

# EL TRIUNFO DE LAS TINIEBLAS



GIACOMETTI  
RAVENNE

Grijalbo

ÉRIC GIACOMETTI  
JACQUES RAVENNE

# El triunfo de las tinieblas

Sol negro, I

Traducción de  
Paz Pruneda

**Grijalbo**

SÍGUENOS EN  
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*A nuestros lectores y amigos*

La organización de las ss fue concebida por Himmler siguiendo los principios de la Orden de los Jesuitas. Las reglas y los ejercicios espirituales definidos por Ignacio de Loyola constituían un modelo que Himmler trató de reproducir a toda costa.

WALTER SCHELLENBERG, general de Brigada de las ss y jefe de la división de espionaje y contraespionaje de la RSHA, la oficina central de seguridad del Reich. *Walter Schellenberg: The Memoirs of Hitler's Spymaster*, A. Deutsch Ed., 1956

## Cómo nació este thriller...

Moscú, marzo de 2016, centro de seguridad de los archivos del Ejército Rojo. Estábamos rodando un documental para la cadena France 5 sobre la odisea de los archivos masónicos expoliados por los nazis y recuperados más tarde por los rusos.[1] Por casualidad, nuestro primer thriller, *El ritual de la sombra*, el primero de la serie del comisario Marcas, estaba inspirado en esa increíble historia.

Imaginen un austero edificio cubierto de nieve en cuyo interior una hilera de depósitos mal iluminados y un laberinto de estanterías metálicas se hundían bajo el peso de millones de cajas de cartón viejas y amarillentas. Bajo la atenta mirada de un guardián ruso ataviado con una bata gris, descubrimos dentro de una de las cajas, sellada desde hacía decenios, un tratado francés de alquimia que databa del siglo XVII. Una obra de inestimable valor robada por los nazis, convencidos de que los francmasones poseían el secreto de la piedra filosofal. El equipo de rodaje no podía creerlo. Un libro de hechizos ocultistas conservado en un centro de archivos militares y de espionaje de la antigua KGB, aquello parecía directamente salido de Indiana Jones...

### **Volver a los orígenes del mal**

Durante nuestra investigación, en París, Bruselas y Berlín, acumulamos un montón nada desdeñable de información sobre las indagaciones esotéricas del Tercer Reich. Sabíamos de antemano que no podríamos utilizar todo el

material para el documental, pero se nos ocurrió una idea: ¿por qué no lo usábamos en otro thriller? Esta vez no para que lo resolviera Antoine Marcas, sino para remontarnos a las fuentes a través de un relato que se desarrollaría durante las sombrías horas de la Segunda Guerra Mundial.

### **Brujas y demonios**

Dos semanas más tarde, en París, mientras nuestro amigo el realizador Jean-Pierre Devillers montaba la película, nos llegó una sorprendente información. En Praga, unos investigadores acababan de encontrar un compartimento secreto con trece mil libros sobre magia, brujería y demonología de la colección personal de Heinrich Himmler, el jefe de las SS y de la siniestra Gestapo. Y sí, por insensato que eso pueda parecer, el hombre más poderoso de la Alemania nazi después de Hitler, el organizador de la *Shoah* (holocausto), se sentía fascinado por el ocultismo. En ese mismo instante tomamos la decisión. Tan pronto como se terminó el documental y concluimos la escritura de la novela que teníamos en curso, nos lanzamos a escribir una nueva saga, «Sol negro», con un primer título: *El triunfo de las tinieblas*.

### **El sol negro**

Como bien saben nuestros lectores, no nos gusta dar gato por liebre. El libro que ahora mismo tienen entre sus manos es desde luego una novela, pero está inspirada en hechos tan reales como sorprendentes, algunos de los cuales aparecen recogidos en el anexo, al final de la obra. Allí descubrirán que a menudo la realidad supera a la ficción...

Un último apunte esencial. El nacionalsocialismo condujo a la muerte a sesenta millones de personas en un conflicto que terminó convirtiéndose en mundial, así como al exterminio en campos de concentración de seis millones de hombres, mujeres y niños, en su mayoría judíos. Sin duda ese horror no puede ser reducido *ad absurdum* a una interpretación esotérica. El nazismo constituyó ante todo una conjunción de hechos políticos y económicos. Sin embargo, también tuvo lugar en Alemania un fenómeno de orden casi religioso alrededor de Hitler. La patria de Goethe y de Beethoven —uno de los países más civilizados de la época— se sumió durante unos años en una locura letal sin parangón. En alguna parte, en lo más recóndito del espíritu de determinados dirigentes nazis, existía un verdadero pensamiento mágico, una visión mística del mundo basada en la primacía de la sangre y de la «raza». Lo que nosotros llamamos un «esoterismo de Estado». Una singularidad que diferenciaba al nazismo de otros regímenes autoritarios en Europa: el fascismo en Italia, el comunismo en la URSS o el «petainismo» en Francia.

Eso que los iniciados denominan el sol negro del esoterismo...

ÉRIC y JACQUES



## Prólogo

*Berlín*

*9 de noviembre de 1938*

La estufa de carbón emitía un denso calor desde la semipenumbra. De pie, delante de las altas ventanas con lustrosos marcos de madera, el profesor Otto Neumann contemplaba la ciudad iluminada. Su ciudad. La amaba apasionadamente y, sin embargo, era la última noche que pasaría en ella.

Su última noche en Alemania.

El librero aún no se había hecho a la idea: él, que no había salido nunca de Berlín, al día siguiente a esa misma hora estaría en París, y al otro en Londres. No había cogido un avión en su vida, pero su mujer se había mostrado entusiasmada al teléfono: «Es maravilloso. Ahí arriba uno se siente como un pájaro».

Escuchar la voz emocionada de su querida Anna le había llenado de esperanza. Ella había partido en otro vuelo la semana anterior, tras sacarse un visado de turista para no despertar sospechas. Y ahora era su turno de poner rumbo al aeropuerto de Tempelhof. Lanzó una mirada nerviosa al reloj de pared. Eran casi las diez y media y su amigo aún no había aparecido, pese a que la embajada inglesa se hallaba a apenas un cuarto de hora en coche. A menos que se hubiese visto atrapado en algún puesto de control no autorizado de una brigada de las SA. Desde hacía algunos meses, esos brutos de camisa parda se divertían jugando a ser agentes de tráfico de la ciudad. Un pretexto ideal para poder asestar palizas a los judíos y robar sus coches.

—Señor Neumann, ¿puedo marcharme ya? Las cajas están ordenadas y tengo una cita con mi Greta.

La aguda vocecilla de su aprendiz ascendió desde la planta baja por la escalera de caracol.

—Sí, Albert, y deja la puerta abierta cuando salgas, espero a alguien —respondió el librero—. Hasta la semana que viene.

La campanilla de la puerta de la calle tintinó. No había tenido valor para despedirse de Albert.

Permaneció sentado unos minutos, pensativo. No volvería a ver al muchacho. Oficialmente, cerraba la librería para tomarse una semana de vacaciones en Francia, pero no se hacía ilusiones. En cuanto las autoridades se apercibieran de su fuga, la oficina de «arianización» del comercio confiscaría la tienda.

Desde la llegada de los nazis al poder, Otto Neumann era visto como un *Mischling*, un mestizo mitad judío mitad ario, un profesor expulsado de la universidad y reconvertido en librero. Para los doctos redactores de las leyes raciales en vigor, eso equivalía a una mezcla entre «subhombre» y «superhombre». Una verdadera «contaminación» racial.

Cinco años antes, en Heidelberg, el rector de la facultad, matemático, entusiasta nazi y vicepresidente de la Asociación de Ciencias del Reich, se había valido de esa ley para anunciar el despido de Otto de la cátedra de Historia comparada. Neumann había tratado de apelar a su razón al explicar que el «sub» y el «super» se anulaban algebraicamente y que solo debía considerársele un «hombre». Algo que sí iba con él. Pero desgraciadamente, su interlocutor, impermeable a su sentido del humor, se había mantenido inflexible y, tres meses más tarde, el eminente profesor Neumann se había visto obligado a reconvertirse en librero especializado en libros antiguos, su pasión.

Se levantó de su sillón y cerró una pequeña caja repleta de valiosos libros.  
«Mis queridos libros...»

No podía llevárselos todos. Solamente tres cajas con las obras más queridas, sus tesoros, serían discretamente expedidas a Suiza a casa de un colega. El resto, más de un millar de títulos, tendría que abandonarlos. Saber que pasarían a manos de fanáticos tan retrógrados como radicales le repugnaba, pero no podía hacer otra cosa.

De todos sus tesoros solo llevaría uno consigo a Londres. Por el momento, este se encontraba bien guardado en la caja fuerte. No podía arriesgarse a que los nazis se hicieran con él. Ni siquiera se atrevía a imaginar las consecuencias de semejante sacrilegio.

Desde la ventana, la ciudad parecía tranquila y apacible. Y, sin embargo, el mal se deslizaba por sus arterias, infiltrándose en las piedras y los espíritus, envenenando hasta el mismo aire. Ni siquiera se atrevía a volver la mirada a la derecha pues, más allá de la primera línea de casas, podía percibirse la enorme silueta del edificio de estilo neoclásico que constituía el cuartel general de la Gestapo en la Prinz-Albrecht Strasse. La gigantesca oriflama que lucía la cruz gamada quedaba cada noche iluminada por reflectores verticales. La tenebrosa esvástica. Negra como una araña venenosa, y achaparrada, con sus cuatro patas bien gordas. Una araña convertida en bandera.

«La esvástica. Símbolo inmemorial de armonía y paz en Asia y más concretamente en la India tradicional.»

Esas eran sus propias palabras, escritas hacía más de veinte años en su obra sobre los símbolos paganos.

¡Armonía y paz! Qué siniestra ironía... Debería haber añadido: una esvástica a lo hindú, orientada hacia la izquierda. El propio Hitler no era

precisamente un adepto a la sabiduría oriental. Él la había hecho girar en el otro sentido. Había invertido las tradiciones asiáticas.

Había vampirizado la esvástica para metamorfosearla en un signo de infamia. Al menos para las llamadas razas inferiores, con los judíos a la cabeza, tal y como habían sido definidas por el Reich. De este modo, Alemania se envenenaba el alma en la veneración de esa siniestra cruz.

Consultó de nuevo el reloj de pared. Ya pasaba de la hora y su visitante se estaba haciendo esperar. Atravesó la habitación y se agachó ante la caja fuerte encastrada en la pared. Las ruedecillas giraron rápidamente entre sus dedos, liberando la puerta blindada de su letargo.

En el momento en que estaba deslizando un objeto en su cartera de cuero rojo, la campanilla de la puerta de la librería tintinó de nuevo. Neumann soltó un suspiro de alivio. Al fin había llegado su amigo. Dejó la cartera en el escritorio y bajó por la escalera alegremente.

—Hace casi una hora que lo esperaba —dijo mientras alcanzaba los últimos peldaños—. Decididamente es...

Su corazón dio un respingo.

Tres hombres estaban de pie ante el mostrador. Tres hombres vestidos de la misma forma. Gorra de plato adornada con una calavera, chaqueta y pantalón negros escrupulosamente ajustados, brazaletes con una cruz gamada en el brazo derecho, y relucientes botas de cuero. Y cada uno de ellos portaba una pistola en el cinto. El rostro del de mayor edad se iluminó. Una fina cicatriz le recorría la mejilla remontando hasta la sien.

—¿Cómo está, profesor? —saludó el SS inclinando la cabeza—. Es un honor encontrarle.

Era de alta estatura, esbelto, de unos cuarenta años, con el cabello corto y

entrecano y un rostro delgado e inteligente. Sus ojos claros prolongaban su mirada.

—Soy el coronel Weistort. Karl Weistort —añadió.

El librero se mantuvo inmóvil, incapaz de responder. Los otros dos SS se habían alejado del mostrador y husmeaban entre las estanterías.

—Yo... Encantado... Estaba a punto de cerrar —balbuceó.

El coronel adoptó un aire contrariado.

—¿No podría hacer una excepción y saltarse el horario? He venido desde Munich para hacerle una visita. Mire lo que le he traído —dijo posando sobre el mostrador un libro amarillento. La manoseada cubierta estaba ilustrada con la estatua de un hombre barbudo sentado sobre un trono.

Neumann se ajustó las gafas y reconoció rápidamente la biografía del emperador Federico Barbarroja que él mismo había escrito.

—Una obra magnífica —continuó el SS—. La descubrí siendo joven en la facultad de Colonia y desde entonces ha ocupado un puesto de honor en mi biblioteca, al lado del volumen sobre los símbolos sagrados. ¡Qué erudición!

—Muchas gracias —respondió el librero, incómodo.

—No, son merecidas. Sin duda, debe saber que el Führer profesa una pasión desmesurada por ese emperador sin igual.

—No lo sabía...

—En cambio, estoy totalmente en desacuerdo con usted sobre la leyenda de Barbarroja. Ya sabe, aquella que dice que el emperador no está muerto sino que yace dormido en las entrañas de una montaña mágica. Y que cuando se despierte, el Reich será restablecido para toda la eternidad.

El librero frunció el ceño en señal de perplejidad, mientras el dedo índice del SS tamborileaba sobre la cubierta del libro.

—Usted no ve más que un cuento para niños, cuando en realidad se trata de un mito con un poder considerable, digno de hacer vibrar el corazón de

todo alemán. ¡El imaginario, profesor! La verdadera fuente de poder sobre los hombres. Aquel que controle el imaginario de un pueblo, poseerá más fuerza que diez ejércitos juntos. Pero tiene demasiada sangre judía en las venas para que eso signifique algo para usted... No es culpa suya.

El pulso del librero se aceleró. El coronel posó las palmas de las manos sobre el mostrador.

—Porque si se piensa bien, ¿no podría ser Adolf Hitler la reencarnación del viejo emperador durmiente? Él ha despertado al pueblo y va a instaurar un nuevo Reich durante mil años. Es un enviado de la providencia. Eso al menos debe entenderlo. ¿Acaso los judíos no llevan aguardando al Mesías durante milenios? Pues bien, nosotros los alemanes hemos encontrado al nuestro antes que ustedes.

—Sí..., probablemente.

Los ojos del coronel de las SS brillaban de excitación.

—Y de golpe hemos accedido al estatus de nuevo pueblo elegido. ¡Qué enorme responsabilidad!

—Me alegra saberlo... Pero ¿qué es lo que quiere exactamente, coronel? —preguntó Neumann procurando que su voz sonara indiferente.

—Perdón, me he dejado llevar. A veces soy un romántico incorregible... De hecho, una dedicatoria me haría muy feliz —replicó de pronto el SS extrañamente jovial.

El librero se percató de que sus dos colegas abrían una de las cajas que iban a ser expedidas a Ginebra.

—Esas no están a la venta —advirtió Neumann.

El coronel dio un golpe en el mostrador con el libro.

—Déjelos, profesor, mis adjuntos son de naturaleza curiosa. Es una señal de perspicacia. ¡Y ahora al trabajo, busque una pluma!

Neumann le lanzó una mirada, irritado. Era preciso que se deshiciera de

esos visitantes antes de que llegara su amigo. Si aparecía por la tienda a esa hora avanzada de la noche, sin duda sería rápidamente detenido, y él también.

—Voy a buscar algo con lo que escribir.

—No se moleste —le contestó Weistort tendiéndole una gruesa pluma estilográfica negra y dorada, adornada con la insignia de las SS—. Un regalo del Reichsführer Himmler en persona.

El librero la tomó como si se tratara de una serpiente venenosa.

—Para Karl, con unas palabras cariñosas —prosiguió el coronel con aire bonachón—. Eso será suficiente. —Y entonces se volvió hacia sus ayudantes—. Si el Reichsführer se enterase de que un medio judío ha utilizado su pluma le daría un síncope en el acto.

Los otros dos SS rompieron a reír.

Neumann no levantó la vista y continuó a lo suyo.

—Ya está, ¿necesita alguna otra cosa?

Uno de los dos nazis se acercó con los brazos cargados de libros primorosamente encuadernados y los posó sobre el mostrador.

—Observe estos tesoros ocultos —indicó el enorme rubio señalando las cubiertas desplegadas ante él—. ¡Asombroso! He encontrado una *Esteganografía* del abad Trithème, la versión original, sin contar el *Mutus Liber* con prefacio de Paracelso.

—Y yo he descubierto dos joyas —soltó el segundo SS, con las manos hundidas hasta el fondo de la caja—. ¡Una primera edición del *Malleus Maleficarum*! Creía que habían desaparecido todos los ejemplares tras la quema de libros de 1635 en Hamburgo. Y también un *Codex Demonicus* del gran inquisidor de Baviera.

Neumann no podía creerlo. Esos hombres habían identificado perfectamente las obras. ¿De dónde habían salido esos cafres letrados, a la vez fanáticos del simbolismo y eruditos? En general, los individuos de su

clase solían limitarse a tareas policiales insignificantes y a la protección de los dignatarios del régimen.

El coronel interceptó su mirada sorprendida y tomó la obra dedicada.

—¡Seré estúpido! He olvidado hablarle de nuestras atribuciones. Trabajamos en el Instituto para la raza y la herencia ancestral alemana, el Ahnenerbe. Yo soy el director general. No se deje llevar por nuestros uniformes de las SS, al igual que usted somos universitarios, intelectuales, pero de sangre pura.

Neumann frunció el ceño. Intelectual y nazi... «Qué siniestro oxímoron», pensó.

—Claro... ¿Y de qué universidades son? —inquirió con prudencia.

El coronel inclinó la cabeza.

—Un servidor de la Universidad de Colonia, doctorado en Etnología. Y mis dos ayudantes vienen de Dresde. El capitán es titular de la cátedra de Antropología de la Universidad de Munich, y el teniente ha dejado su puesto como profesor titular en Literatura de la Edad Media para hacerse cargo de sus nuevas funciones en el Ahnenerbe. Ahora mismo estamos hasta arriba de trabajo, no damos abasto. ¡Imagínese, Himmler incluso me ha pedido que cree más de cincuenta secciones de búsqueda! Estoy un poco desbordado...

Uno de los SS iba apilando cuidadosamente los libros unos sobre otros.

—Estas obras tendrían un lugar escogido en la biblioteca de nuestro Instituto. Desgraciadamente, el presupuesto del que disponemos por el momento es bastante reducido. ¿Tal vez nuestro amigo podría tener un gesto de buena voluntad?

Neumann los observaba en silencio. Ni siquiera con sus diplomas, esos tres valían más que otros nazis sin ellos. Se aprovechaban igualmente del reinado del terror para expoliar a los judíos. Su cabeza funcionaba a toda velocidad: si se negaba, quedaría expuesto a un montón de problemas, pero si aceptaba,



perdería sus más preciados tesoros. Lo sopesó. Sin embargo, no podía posponer más la respuesta.

—Dado que esos libros son de su agrado, los cedo gustosamente a su Instituto.

El coronel asintió satisfecho.

—Es muy amable de su parte. De hecho, me permito abusar de su generosidad: estoy buscando una obra en concreto, el *Thule Borealis Kulten*, que data de la Edad Media.

El librero entornó los ojos. Su corazón latía desbocado.

—Ese título no me dice nada. Voy a consultarlo en el registro. Ha dicho...

—*Thule Borealis* —respondió Weistort articulando cada sílaba.

Neumann ojeó su catálogo con mano nerviosa.

—No, la verdad es que no encuentro nada. Lo más sensato sería consultar a mis colegas especialistas...

Al coronel se le entristeció el semblante.

—Vamos, Neumann, ¿está seguro? Se trata de una enseñanza esotérica puramente aria. Una enseñanza prodigiosa...

—Sin duda... Debe de ser de lo más interesante —mintió, prudente, el librero.

El coronel se volvió hacia sus adjuntos.

—¿Cómo se llamaba el judío que interrogamos ayer?

—El rabino Ransonovitch, un hombre encantador, aunque un tanto huraño —respondió el teniente—. Desgraciadamente no pudo resistir el interrogatorio.

Al librero se le heló la sangre.

—Eso mismo, Ransonovitch. Y sin embargo me aseguró que usted poseía un ejemplar.

—No conozco a ese rabino, lo siento —murmuró—. Si no les importa,

tengo que cerrar.

El coronel se encogió de hombros y sacó dos billetes de su cartera.

—Una pena. Tenía tanta curiosidad por descubrir ese libro —dijo posando los doscientos marcos en el mostrador.

El librero abrió los ojos como platos.

—Me está dando mucho dinero, ya le he dicho que se los regalaba.

El hombre de la cicatriz alzó la mano.

—No me ha entendido. Esta suma corresponde a la compra de su librería, y aún me parece que estoy siendo muy generoso.

—Yo... No está en venta. Es ridículo.

—Ah, profesor, todo habría sido más sencillo si me hubiese entregado el *Thule Borealis* por propia voluntad. Teniendo en cuenta la admiración que le profeso, algo bastante inusual por mi parte al ser usted judío, nos habríamos ido amistosamente y usted habría escapado de la purga.

—¿La purga?

El coronel lanzó una mirada a sus adjuntos y agarró al librero por el hombro.

—Lo comprenderá en un instante. Mientras tanto, vamos a subir a su despacho. Su amigo el rabino me susurró al oído, antes de expirar, que el libro estaba en la caja fuerte.

—La llave de la caja está dentro de la máquina registradora —murmuró el librero. Se inclinó sobre el mostrador, pasó la mano por debajo del carro y encontró lo que buscaba.

—Dese prisa, el tiempo corre —le indicó el coronel con voz pausada—. Y no precisamente a su favor. Creo que...

No pudo terminar su frase, Neumann se había erguido y le apuntaba con una Mauser.

—Salgan de mi librería. La están profanando.

Weistort no pestañeó, mientras que sus dos adjuntos comenzaron a retroceder.

—Vamos, profesor... Amenazar a un miembro de las SS con un arma de fuego es sinónimo de pena de muerte. ¿Sabe al menos cómo utilizarla?

Neumann sonrió por primera vez desde la entrada de los intrusos en la librería.

—Combatí en la Gran Guerra. Fui condecorado con la Cruz de Hierro por la batalla del Somme —señaló—. Seguramente, para mi disgusto, he matado a muchos más hombres que usted, pero en su caso haré una excepción.

El nazi retrocedió y, por primera vez, en su rostro se podía ver el miedo. Neumann sintió que le invadía una oleada de bienestar. Asustar a un SS suponía un extraño placer del que se acordaría toda su vida. Sin embargo sabía que neutralizando ahora a esos intelectuales con la insignia de la calavera no lograría más que un corto respiro, pues regresarían en manada. Pero al menos se aseguraba el tiempo para huir y esconder el libro.

De pronto, el más joven de los dos SS desenfundó su pistola, y el librero apenas tuvo el tiempo justo para disparar. Alcanzado en la cabeza, el nazi cayó hacia atrás profiriendo un grito. Neumann no tuvo ocasión de apuntar al coronel. Más rápido, este ya había sacado una Luger de la funda de su cinturón y le disparó. La bala atravesó la parte alta del pecho del librero y salió por la espalda al tiempo que le pulverizaba la clavícula. Neumann se desplomó, la camisa bañada en sangre.

—¡Imbécil! —suspiró Weistort—. Llévemole arriba.

—¿Y Viktor? —preguntó el capitán señalando a su colega tirado en el suelo.

—Al Valhalla de los guerreros. Esta noche cenará en el banquete de Odín.

Los dos SS remontaron la escalera sosteniendo a Neumann. Mientras lo

hacían, la sangre iba salpicando los peldaños. Al llegar al despacho lo depositaron en su sillón, frente a la ventana.

Weistort distinguió un ovillo de cuerda de embalar tirado en el suelo.

—Coge la cuerda y átaló al sillón.

Mientras el capitán de las SS amarraba a Neumann, Weistort echó un vistazo a la caja fuerte abierta.

—¿Dónde ha puesto ese libro?! —bramó el coronel al tiempo que arrojaba al suelo los fajos de billetes que contenía la caja.

—¡Váyase al diablo! —respondió el herido, cuyo cerebro empezaba a enturbiarse.

De pronto Weistort divisó la cartera sobre la mesa. La abrió y blandió la pequeña obra encuadernada en cuero rojo.

—¡El *Thule Borealis*!

Se sentó en el diván y lo abrió con delicadeza. A medida que iba pasando las páginas, un fulgor de asombro fue iluminando sus ojos.

—Magnífico... Absolutamente magnífico.

—No tiene derecho...

El coronel señaló con el dedo en dirección a las ventanas.

—Esta noche los arios tenemos todos los derechos y los judíos ninguno. ¡Observe!

El cielo se inflamó. Un resplandor amarillo y rojo iluminaba toda la ciudad.

—¿Qué sucede? —balbuceó Neumann.

Parecía que un incendio estuviera envolviendo el barrio.

Weistort dejó el libro a un lado, abrió los brazos y alzó las palmas como un sacerdote en su iglesia.

—La purga, amigo mío. La purga. Debería haber encendido la radio y escuchado al bueno del doctor Goebbels. Ha hecho un llamamiento al pueblo

alemán para que salga a las calles y manifieste su justa cólera contra los judíos como consecuencia del cobarde asesinato cometido en París.[2]

Abrió las ventanas de par en par. Por todas partes resonaban gritos y se oía ruido de cristales rotos.

Weistort cruzó los brazos a su espalda, las llamas brotaban del techo de la sinagoga más al sur.

—Pero... la policía...

—Tienen prohibido salir de las comisarías. Y lo mismo les ocurre a los bomberos en sus cuarteles. Los alemanes pueden entrar en casas y comercios, expulsar a sus ocupantes, golpearlos, humillarlos, robarlos, e incluso matarlos. La purga... Toda esa potencia devastadora se expande en este preciso momento como un imperioso torrente. Berlín, Munich, Colonia, Hamburgo, por todas partes va a correr la sangre. La impura, la de los judíos, claro está. Y todo aquel que les preste cobijo será considerado enemigo del pueblo. Una sola ley se aplicará esta noche: la de la sangre pura.

—Ustedes son el Mal, el Mal...

Weistort golpeó al herido en su hombro fracturado.

—Todo depende de en qué lado se encuentre cada uno. Para nosotros, los nacionalsocialistas, ustedes los judíos son el virus extranjero que ha infectado el cuerpo alemán. Han envenenado nuestro país y nuestra sangre como una enfermedad. El Mal son ustedes. Y al eliminarlos estamos haciendo el Bien. Actuamos por el bien del pueblo.

—Están locos.

—Sin embargo es muy fácil de entender. El Bien es la mayoría, el Mal la minoría.

—¡El Bien... la mayoría! Qué absurdo... La gente se revolverá.

—Lo dudo. ¿Acaso cree que a los valientes alemanes que participan en esta noche de purificación les van a entrar remordimientos? En absoluto.

Mañana se sentirán un poco avergonzados, como después de una fiesta de la cerveza en la que hubieran bebido de más. Pero lo que conservarán será el recuerdo de una embriaguez redentora.

Weistort volvió a guardar el libro en la cartera y abrió el resto de las ventanas. Los gritos se habían transformado en alaridos, y ahora las risas estridentes y los cantos patrióticos resonaba por todas partes. Se inclinó sobre el alféizar para mirar calle abajo. Delante de una tienda de ropa totalmente saqueada, tres hombres con gorra de plato y camisa parda se reían mientras arrastraban por los pies a una anciana en camisón. Un viejo ensangrentado yacía en los escalones de entrada.

—Esos SA son imbéciles... —exclamó Weistort suspirando, y luego se volvió hacia el librero—. Si le sirve de consuelo, debe saber que repruebo el sadismo.

—Su maldita cruz gamada les ha envenenado el alma.

—No, nos ha revelado a nosotros mismos. Tal es su poder. Su magia. Ah, profesor, cuánto lamento que sea usted un *Mischling*. Habría podido ofrecerle un puesto en el Ahnenerbe, y quién sabe si no nos habríamos hecho amigos...

El librero trató de alzar la cabeza, pero el dolor le envolvía la nuca.

—Que el diablo... le lleve.

El coronel soltó una carcajada.

—Lamentándolo mucho, yo creo en la magia de las fuerzas paganas, y no en la del demonio. Satán no es más que una invención judeocristiana para los espíritus débiles.

Las fuerzas estaban abandonando a Neumann. La voz del SS le llegaba como un eco al cerebro. Lloraba. Pero no de dolor, no. De rabia. Contra sí mismo.

Tendría que haber puesto ese maldito libro a buen recaudo.

Weistort se levantó.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó el capitán al contemplar que el librero parecía estar desangrándose.

—Dejémosle morir tranquilamente mientras contempla esta maravillosa noche.

—¿Y la librería? ¿Le prendemos fuego?

—No. Mañana por la mañana enviaremos un camión para recoger las obras que completarán la biblioteca del Reichsführer del castillo de Wewelsburg. Y que se lleven también el cuerpo de nuestro camarada caído en el peligroso cumplimiento de su misión, vilmente asesinado por un judío. Tendrá una Cruz de Hierro póstuma.

El coronel con la cara marcada se inclinó sobre Neumann.

—Adiós, profesor. Gracias a usted, gracias a este libro, el Bien podrá al fin triunfar.

Los dos SS sonrieron y abandonaron la librería. Al otro lado de las ventanas, unas densas nubes reflejaban el rojo de la calle, como si fuese a llover sangre.

Postrado en su sillón, Otto Neumann se hundía en las tinieblas. Frente a él, la sinagoga se había transformado en una gigantesca antorcha. Ahora sabía que el incendio que contemplaban sus ojos no era más que un prelude.

Esa noche Alemania estaba ardiendo. Al día siguiente lo haría el mundo entero.

A causa de un libro.

Un libro maldito.

## PRIMERA PARTE

Todas las fuentes de poder intelectual,  
natural y sobrenatural, desde la tecnología  
moderna hasta la magia negra medieval,  
desde las enseñanzas de Pitágoras  
hasta los encantamientos faustianos  
del pentagrama, deben ser explotadas con  
vistas a la victoria final.

WILHELM WULFF, astrólogo personal  
de Himmler. *Zodiac and Swastika*,  
Ed. Coward-McCann, Geoghegan, 1973



*Tíbet*  
*Valle de Yarlung*  
*Enero de 1939*

La tormenta empezaba a perder fuerza. El estallido de los truenos repercutía en ecos lejanos más allá de las cimas y los rayos persistían en su danza plateada hacia el norte, en dirección a la cumbre del Yarlung.

Protegido del viento glacial que barría el valle desde hacía tres días, de pie, al abrigo de la entrada de una caverna, un hombre equipado con un mono de montaña blanco observaba con atención las últimas estrías de luz que iluminaban las cumbres himalayas. Manfred no temía al rayo, más bien al contrario. Había aprendido a dominarlo con la ayuda de su padre, un alpinista veterano, durante sus escaladas por las escarpadas paredes de los Alpes bávaros. Las palabras de su progenitor afloraban a su memoria cada vez que se desencadenaba una tormenta.

«Ama al rayo, este purifica el aire y forja el corazón del fuerte.»

Sin embargo allí, en aquel rincón perdido del Tíbet, en el corazón de ese valle encajonado, reinaba un no sé qué viciado que ni siquiera el rayo conseguía purificar. La meteorología parecía una brújula averiada. No había caído un solo copo y sin embargo las montañas que lo rodeaban se hundían bajo un espeso manto de nieve. Como si una fuerza invisible e insidiosa hubiese impuesto su ley a los elementos naturales más poderosos de la creación.

El Hauptmanführer de las SS Manfred Dalberg escrutó las estribaciones del valle con mirada hostil. Estaba muy lejos de la belleza de las montañas bávaras de su infancia. La ausencia total de vegetación, el sol gris y estéril, la desmesura de las paredes rocosas salpicadas de aristas afiladas como cuchillos... Ese paisaje había sido conformado con el único objetivo de aniquilar toda presencia humana o animal. Así lo sentía en lo más profundo de su ser.

«La tierra de los cráneos que aúllan.»

Tal era el nombre que los tibetanos habían dado a ese extraño lugar olvidado de los dioses y los hombres. A falta de cráneos vociferantes, era sobre todo el aullido del viento lo que ponía los nervios de punta. Ya no soñaba más que con regresar a Alemania, donde se reuniría con su división de combate.

Manfred levantó el cuello del mono de las tropas alpinas de las SS, cuando de pronto oyó un ruido familiar a su derecha. Agarró sus prismáticos para observar más abajo. Un camión cubierto por una sucia lona avanzaba a toda velocidad por la destrozada pista que hacía las veces de carretera. El polvo brotaba de las ruedas y formaba una estela cenicienta.

Schäfer llegaba.

Una ola de alivio invadió al SS. Su jefe había mantenido su palabra, e iba a hacerse cargo de la situación.

Se levantó la capucha y descendió de cuatro en cuatro los peldaños de la larga escalera de piedra que serpenteaba a lo largo de la desolada colina y conectaba la entrada de la gruta con los lindes de la pista.

Huir de ese agujero maldito...

Hacía casi dos semanas que había dejado Lhasa, y al grueso de la expedición de Schäfer, acompañado por un pequeño destacamento científico compuesto por dos arqueólogos, un lingüista que hacía las veces de traductor,

media docena de porteadores tibetanos y tres monjes budistas. Al principio todo fue a las mil maravillas. Había seguido las instrucciones al pie de la letra y establecido el campamento. En el lugar exacto descrito en los rollos sagrados, una caverna situada en una colina al borde de la pista de Sanshaï y delimitada por dos tulpas escarlatas, esas pequeñas torres tibetanas tradicionales en forma de cono donde se encuentran las ruedas de plegaria. Excepto que en estas no había ninguna rueda, solamente esculturas de cornudos y amenazantes demonios.

Todo era conforme a los dibujos reproducidos en los rollos del *Kanjur*, el libro sagrado de los tibetanos.

«La puerta de entrada al reino de las calaveras.»

Pero apenas establecieron el campamento base, dos porteadores habían caído enfermos de forma inexplicable y se habían desangrado hasta morir. Poco después, creció la tensión entre los alemanes y los «pestilentes monjes», como los llamaba su ayudante. Los bonzos habían ordenado a los porteadores que bloquearan la entrada a la necrópolis, de modo que resultó imposible acceder a las profundidades de la cueva. Si solo hubiera dependido de él, Manfred les habría ejecutado de inmediato, pero no quería poner en peligro las relaciones diplomáticas con su país. Después de todo, el Tíbet se había convertido en el gran amigo del Tercer Reich y había solicitado su ayuda militar frente a los chinos.

Fue entonces cuando decidió enviar un mensaje para pedir ayuda a su jefe, el Hauptsturmführer Ernst Schäfer. ¿Acaso el comandante de la misión «Tíbet tierra aria» no se había convertido en el confidente del hombre fuerte de Lhasa, el quinto Rimpoche, hasta el punto de haber convencido a este último para que ofreciera a los alemanes los ciento ocho rollos sagrados del *Kanjur*?

Manfred llegó a la pista en el momento en que el camión recubierto de

polvo color luna frenaba ante él. Justo delante de los tulpas, un porteador estaba limpiando el arnés manchado de excrementos de uno de los mulos. Manfred lanzó una mirada de menosprecio al hombrecillo de rostro arrugado como una manzana asada. No acababa de comprender por qué Schäfer proclamaba a voz en grito que esos subhombres pertenecían a la raza aria.

Cuando los dos hombres con mono de montaña blanco salieron del vehículo, Manfred se plantó como una estaca, con el brazo derecho reglamentariamente levantado en su dirección.

—*Heil Hitler!*

Los dos oficiales le devolvieron el saludo. El más corpulento de los dos, de rostro esculpido como el de un boxeador, con barba rubia y rostro risueño, aferró su mano con un vigor desbordante.

—Manfred, qué alegría —soltó Schäfer con voz excitada.

Luego señaló en dirección a su compañero de ruta, que se mantenía ligeramente rezagado.

—Te presento al coronel Karl Weistort, director del Ahnenerbe y miembro del Estado Mayor personal del Reichsführer. Ha venido desde Berlín.

El SS se acercó hacia Manfred. Una fina cicatriz le bajaba desde la sien hasta la mejilla. Manfred ya había observado ese tipo de marca en los esgrimidores de las hermandades estudiantiles prusianas. Sin embargo, a pesar de su cicatriz, aquel hombre desprendía una especie de benevolencia que rara vez había visto en un oficial de las SS.

El oficial superior le estrechó la mano y le sonrió cálidamente.

—Enhorabuena, Obersturmführer Dalberg. Si las informaciones son exactas, estamos al borde de un descubrimiento maravilloso. Tiene usted el futuro asegurado en el seno de las SS, mi joven amigo.

El teniente frunció el ceño, parecía que nadie hubiese leído su carta.

—Me siento muy halagado, herr coronel, pero yo mencioné ciertas

dificultades.

El oficial le agarró por el hombro.

—Cuéntemelas.

El teniente lanzó una mirada de desprecio hacia el interior de la gruta.

—En la caverna hay una puerta gigantesca sin cerradura que lleva al santuario donde se encuentra... el objeto. Pero los monjes están furiosos, y alegan que el trato era llevarnos solamente hasta la caverna, no entrar en la necrópolis. Se niegan a que gente forastera profane su santuario.

Weistort se echó a reír. Una risa franca y alegre.

—¿Gente forastera? Por supuesto que no. Nosotros llevamos la misma sangre que ellos, incluso si no puede advertirse a primera vista —replicó observando al porteador que fumaba una larga pipa—. Vayamos a resolver este problema con nuestros «primos».

Los tres hombres subieron por la escalera que conducía a la gruta.

—¿Qué tal ha ido la estancia en Lhasa? —se interesó Manfred.

—Excelente. He terminado de rodar mi documental y hemos hecho acopio de datos científicos de primer orden. Lamento que tengamos que marcharnos tan pronto de vuelta a Berlín. Este país es maravilloso y los tibetanos, unas personas extraordinarias.

—No comparto su opinión, Ernst —replicó el joven teniente.

Weistort, que parecía estar de un excelente humor, dio un brinco sobre los peldaños.

—Vamos, vamos, teniente. Un poco de optimismo, qué demonios. Es usted un SS. ¿Cómo llamaban los tibetanos a esa tierra?

El trío estaba apenas a una treintena de metros de la entrada de la caverna, que formaba una especie de semicúpula excavada en la roca de la pelada colina.

—«La tierra de los cráneos que aúllan» —respondió Manfred—. Para los

monjes, hay algunos muertos que continúan viviendo sin poder reencarnarse. Vagan por las entrañas de la tierra murmurando su desesperación, incapaces de encontrar de nuevo un cuerpo que habitar. Si abrimos la puerta, el infierno se desatará en la tierra. Y como hacen falta al menos una decena de hombres para arrancarla de sus goznes...

El coronel Weistort sonrió.

—Muertos errantes a la espera de una resurrección. ¡Magnífico! ¿No es esa una parábola de nuestro pueblo? ¿Los alemanes desesperados por la derrota y la traición que esperaban a su salvador, Adolf Hitler? El Führer ha proporcionado un nuevo cuerpo a Alemania. Más fuerte, más vigoroso. Adoro esas tradiciones ancestrales. Nos permiten comprender el sentido oculto del universo.

El pie del coronel tropezó contra una gran lata de conservas destripada que descansaba sobre un escalón. Había salido rodando desde un montículo de desechos depositados frente a una enorme piedra en un lateral. Weistort se paró en seco y recogió la lata, que arrojó sobre el montón de basura.

—Teniente, va a darme el gusto de enterrar esa inmundicia inmediatamente.

El joven teniente abrió mucho los ojos, llenos de asombro. Weistort le contempló sacudiendo la cabeza; parecía afligido.

—Mancillar la naturaleza es un crimen, teniente. La tierra nos ofrece tantas maravillas, que lo menos que podemos hacer es respetarla. ¿Acaso no se lo enseñaron en el curso de ecología en el Instituto de las SS?

—No, mi coronel, me uní a la orden el año pasado.

—Pues vaya, es una pena. Debe saber que «ecología» es una palabra inventada por un buen alemán, el biólogo Ernst Haeckel, a partir del griego *oîkos*, ‘hábitat’, y *lógos*, ‘ciencia’.

Schäfer añadió con voz entusiasta:

—Todo un precursor ese Haeckel, creía en la desigualdad de los hombres y situaba a los blancos en la cima de la evolución. Fue miembro fundador de la Sociedad de Higiene Racial a principios del siglo xx, cuando el nacionalsocialismo aún no había nacido.

—Desde luego es preciso leer y releer su obra *Las maravillas de la vida* —añadió Weistort—. Ya le pasaré un ejemplar.

Satisfecho de su pequeño discurso, el coronel de las SS continuó ascendiendo los escalones y luego dejó transcurrir algunos minutos antes de que los tres penetraran en la gruta. El interior, tan espacioso como una cervecería de Munich, estaba iluminado por antorchas dispuestas a lo largo de unas paredes tan grises como el paisaje del valle. Al fondo de la caverna, un grupo de hombres estaba recostado frente a un fuego que desprendía un humo rancio. El olor a grasa cocida flotaba en el aire frío. Un hombre rubio, de gran estatura, se precipitó a su encuentro con las facciones tensas. Ni siquiera se tomó la molestia de saludar a los recién llegados.

—Teniente, uno de los portadores no se encuentra nada bien, está vomitando y escupiendo sangre.

Weistort y Schäfer intercambiaron una breve mirada de inquietud.

—Es el tercero —añadió el joven alemán—. Lo hemos puesto en la otra estancia.

—Llévenme a verlo, si no es inconveniente —dijo el coronel con voz suave.

Tomaron una bifurcación a la derecha de la caverna en dirección a un entrante del que surgía un débil resplandor. Un pequeño grupo estaba sentado delante de una especie de altar de piedra sobre el cual ardía un fuego con brasas. Tres monjes con hábito color azafrán, sentados en posición de loto, rodeaban a un hombre tendido en el suelo que se retorció de dolor sobre una

raída manta. Su rostro estaba empapado en sudor y la sangre resbalaba por la comisura de sus labios.

Weistort se acercó a los monjes y se inclinó para saludarlos.

—Tradúzcame y dícales que he sido enviado por Adolf Hitler, el Gran Lama de Alemania.

El traductor así lo hizo, pero los monjes permanecieron impasibles. Weistort se agachó y pasó una mano por la frente del enfermo.

—¿De qué padece?

Uno de los monjes alzó los ojos hacia el oficial y lo miró con dureza. Una oleada de palabras entrecortadas y afiladas brotó de su boca. El traductor escuchó atentamente y luego balbuceó con voz débil.

—Este porteador ha sido castigado, como los otros, por haber penetrado en el santuario. Morirá esta noche y se reunirá con los muertos que golpean tras la puerta. Si no nos marchamos, nos esperará la misma suerte.

El coronel Weistort asintió con gesto de haber comprendido.

—Traduzca lo que voy a decirle. Estoy muy decepcionado. Solo queríamos rendir homenaje a sus ancestros. Dígale que siento mucho respeto por su tierra aria y sus costumbres. En Alemania hemos restablecido las antiguas prácticas ancestrales despreciadas por el cristianismo. ¿Podríamos hacer una ofrenda, un sacrificio, en señal de respeto por los muertos?

El traductor tomó de nuevo la palabra. A medida que hablaba, el monje parecía cada vez más sombrío. Graznó algunas palabras y escupió en el suelo.

El traductor abrió mucho los ojos y sacudió la cabeza.

—Es necesario degollar a una cabra bendecida por el Lama superior de Lhasa. Lamentablemente, no tenemos esa cabra.

El oficial alemán sonrió. Y luego, sin decir palabra, desenfundó el cuchillo que colgaba de su cinturón. Lo blandió a la débil luz del fuego, mientras sus



ojos azules parecían reflejar el resplandor metálico del acero y su voz resonaba en las paredes de la cueva.

—Dígale que yo mismo pertenezco a una orden espiritual, las SS, y este cuchillo me ha sido remitido por mi jefe, Heinrich Himmler. En la hoja hay grabada una divisa: «Mi honor es mi fidelidad».

Sumergió el cuchillo en las brasas. El acero comenzó a enrojecer.

—No sé si la palabra «honor» significa algo en el Tíbet, pero en mi país comprende tres cualidades: orgullo, valor y lealtad.

El coronel se acercó a uno de los monjes sonriendo, el cuchillo en su mano ahora incandescente. La voz de Weistort se volvió de pronto más apaciguada, más dulce. Se agachó al lado del bonzo de más edad, que hasta el momento no había pronunciado palabra.

—Amigos míos, no tengo la impresión de que hayan dado muestras de mucha lealtad hacia nosotros.

Apenas había pronunciado la última palabra cuando asestó al viejo una puñalada en la garganta. La hoja rompió la glotis y se deslizó en la carne. Un chorro de sangre clara brotó y salpicó el immaculado mono de montaña del coronel. El monje cayó de espaldas, al lado del enfermo, los ojos desmesuradamente abiertos mientras se retorció como un gusano. El olor a carne chamuscada se expandió a su alrededor.

Los otros dos monjes no abrieron la boca. Sus rostros continuaron impassibles.

Schäfer se acercó.

—¡Está usted loco, coronel! Ellos no son responsables de la enfermedad de este hombre.

Weistort limpió su hoja en el hábito del monje y respondió con condescendencia:

—Esa ingenuidad le hace muy simpático, mi querido Ernst. Pero

permítame que se lo explique. ¿Ve el ribete rojo que adorna el bajo de la túnica de estos monjes? Indica que pertenecen a Ganpitra, una orden interna del clero tibetano cuya misión es proteger a la comunidad a cualquier precio. Tienen permitido transgredir sus propias leyes y matar cuando lo crean necesario. Son lobos disfrazados con piel de cordero. Nadie desconfiaría de unos amables monjes budistas... Muy práctico, ¿no le parece?

—No veo la relación —replicó Schäfer, que no se atrevía a mirar al hombre mayor que yacía inerte en el suelo.

—Los ganpitra no utilizan jamás armas blancas, son demasiado vulgares para su gusto, sino veneno. La gran especialidad de la orden. Antes de emprender el viaje, leí las memorias de un misionero italiano que había sido admitido en Potala[3] hace más de treinta años. Sostengo que han envenenado a los portadores para hacernos creer en la existencia de una maldición y que desistiéramos.

Uno de los monjes tomó la palabra.

—Dice que los discípulos de Buda no tienen miedo ni de usted ni de la muerte —explicó el traductor—. Puede asesinarlos, si quiere, pero eso no cambiará la situación. Y tampoco los portadores le servirán de nada, prefieren morir antes que enfrentarse a los muertos que aúllan.

El coronel con el rostro marcado sacudió la cabeza y volvió a coger su cuchillo. Se inclinó sobre el cadáver del monje y recortó un trozo de carne redondo, del diámetro de una moneda, bajo la frente del desafortunado, justo en el arranque de la nariz.

Blandió su trofeo y luego lo lanzó al brasero.

—Traduzca de nuevo, se lo ruego. Yo también practico su magia, he tomado el tercer ojo de su colega y lo he quemado. A partir de ahora su alma me pertenece y voy a divertirme haciéndole sufrir un millar de tormentos. Nunca alcanzará el Nirvana.

El rostro de los monjes se transformó súbitamente. Intercambiaron miradas de temor.

La voz de Weistort resonó de nuevo:

—Están al corriente de este tipo de brujería puesto que la utilizan de vez en cuando para aterrorizar a los enemigos del Rimpoche.[4] No he hecho más que leer cuidadosamente el libro del sacerdote enviado por el Vaticano, quien pudo ver de cerca sus artimañas. Ahora va a decirles que espoleen como es debido a los porteadores para que nos abran la puerta del Santuario, o de lo contrario me veré obligado, a mi pesar, a ocuparme de sus almas.

Los dos monjes no esperaron a escuchar el final de la traducción y se levantaron a la velocidad del rayo. Corrieron hacia la sala vociferando órdenes a los porteadores tumbados en el suelo.

Weistort guardó su cuchillo con gesto tranquilo.

—¿Qué les parece si vamos a abrir esa famosa puerta?

Dos horas más tarde, la entrada al santuario había sido desbloqueada. Los sólidos batientes de bronce, que debían de pesar media tonelada, yacían en el suelo, uno a cada lado del hueco abierto por donde escapaba un olor a la vez acre y dulzón.

—El dulce perfume de la muerte —murmuró Weistort, que se adentró por un largo corredor, antorcha en mano, seguido de Schäfer, cuyo dedo índice reposaba sobre el gatillo de su metralleta.

Los otros alemanes, que se habían quedado apostados frente a la entrada, no tuvieron necesidad de alejar a los porteadores. Estos habían huido de la caverna atemorizados, gritando plegarias. Los dos bonzos, ahora silenciosos, permanecieron sentados frente al fuego.

Mientras los dos oficiales progresaban a paso lento por el suelo húmedo, la

antorcha arrojaba vacilantes destellos en las paredes medio azuladas veteadas por una miríada de reflejos metálicos.

—Debe de tratarse de una antigua mina de plata —murmuró Schäfer—, el Tíbet está lleno a rebosar de minerales preciosos.

—Lo que nosotros buscamos aquí es infinitamente más valioso que la plata o el oro —replicó Weistort—. Por cierto, aún no le he felicitado por su iniciativa. Una idea brillante la de establecer lazos de amistad con el dignatario tibetano y haber comenzado la traducción de su libro sagrado.

El corredor se había ensanchado, como una suerte de avenida subterránea hundida en las tinieblas. Schäfer aguzó el oído. Unos curiosos ruidos sordos, como arañazos, se manifestaron a su alrededor.

—¿Cree realmente en esa leyenda, mi coronel? —dejó caer el jefe de la expedición con voz un tanto temblorosa.

—¿En los muertos vivientes? No lo he creído ni por un segundo. Aquellos que han ocultado el objeto aquí, querían provocar el temor de la población supersticiosa. Por el contrario, las ratas que...

Weistort enmudeció de golpe y aminoró el paso.

—¡Qué diantres!

Blandió su antorcha.

Delante de ellos se erguía una estela negra y rectangular. Alta y enorme, recordaba a las gigantescas lápidas de los monumentos a los muertos en los cementerios militares de la Prusia Oriental. Pero había algo a media altura de la lápida que la diferenciaba de las piedras funerarias alemanas.

Una estatua.

El busto de un hombre con el rostro deformado en expresión de profundo sufrimiento. La mitad inferior del cuerpo de ese ser de piedra parecía haber sido emparedado en la estela. Sus brazos estaban tendidos hacia delante, con una bacina de metal en las manos.

A sus pies, dispuestos en círculo, había un montón de esqueletos.

Los dos alemanes se acercaron mientras los huesos crujían bajo sus botas. Estaban como hipnotizados por lo que habían descubierto. El rostro de Weistort se iluminó.

Sacó de entre su ropa un libro encuadernado con tapas rojas y adornado con un título en letras góticas: *Thule Borealis Kulten*.

—Qué sorprendente juego de pistas a través de los continentes y los siglos —observó Weistort—. Y pensar que todo comenzó con este libro escrito en la Edad Media, en Alemania, cuyo propietario era un medio judío... He descubierto un pasaje que hace alusión a los rollos sagrados en Oriente y a la existencia de...

Lo abrió por una página marcada. En ella aparecía un grabado.

—¡La misma estatua!

Ambos se acercaron a la extraña escultura. En la bacina había posado un objeto color rubí que reflejaba los destellos tornasolados de la luz de la antorcha. Estaba tallado en forma de símbolo. Un símbolo que maravilló a los dos SS.

Una esvástica.

El coronel Weistort tendió la antorcha a su ayudante y tomó la cruz gamada entre sus manos. Su voz resonó como el estallido de un trueno.

—Hoy comienza el año I del Tercer Reich.

*Cataluña*  
*Enero de 1939*

—¡No pasarán!

A lo largo de la devastada carretera que se dirigía hacia el frente, un grupo de soldados saludó al camión que pasaba soltando el grito de guerra de los republicanos. Indolentemente sentado en la parte trasera del Ford, Tristan les respondió levantando el puño a la vez que hacía girar un puro entre sus dedos. Aún no había tenido tiempo de encenderlo. Un puro lleva su tiempo. Al igual que un buen coñac, primero hay que olfatear su perfume, acariciar con la mirada su envoltura rojiza... Un frenazo del camión le sacó de su degustación imaginaria. Un río desbordado había inundado la carretera cubriéndola con un torrente de lodo negro.

—¡Todo el mundo abajo!

La voz ronca de Jaime resonó como un puñetazo. Pequeño, fornido, con el bigote revuelto de un conquistador enardecido, el jefe del grupo había saltado del camión fusil en mano. Dirigió una mirada furibunda a Tristan, que guardaba con precaución su cigarro en un bolsillo interior.

—Tú, el francés, mueve el culo. Es preciso que lleguemos antes de que caiga la noche.

Alrededor de Jaime, una docena de soldados se habían alineado en posición de pasar revista. Uno se levantó el cuello raído, el otro volvió a anudarse la cuerda que le servía de cinturón. Su uniforme, la viva imagen de

la República, estaba hecho trizas. Solo Tristan lucía una imponente chaqueta cuyos botones plateados resplandecían bajo el sol invernal. La había recuperado de un cadáver, al igual que el cigarro puro.

—Con esos malditos botones vas a hacer que nos disparen como a conejos —refunfuñó Jaime—. Al primer rayo de luna, van a brillar como si fueran cirios de Pascua.

Sonriendo, el francés sacó una pequeña caja redonda de uno de sus bolsillos.

—Lo tengo todo previsto, un toque de betún y ya no se verán.

Jaime dio un tirón seco a su bigote. Detestaba a ese francés al que no había manera de desconcertar. Ni el hambre en el estómago, ni las balas de los franquistas. Un engañamiertes, eso es lo que era. Siempre tenía respuesta para todo, y encima con una sonrisa. ¡Así era imposible mantener la disciplina! De hecho, si de él hubiera dependido, nunca se habría hecho cargo de un tipo de esa calaña. Se lo habían impuesto. Para esa misión vital, resultaba indispensable. Pero indispensable para qué, eso no se lo habían dicho.

—¡En posición de firmes!

El chasquido seco de las palmas sobre las culatas resonó en el aire gélido. Jaime adoraba ese ruido.

—¡Comprueben armas!

La culata de los fusiles, perfectamente engrasada, se deslizó en el silencio. La eficacia alemana, se dijo Tristan, que había reconocido un Mauser. La escasez de armas y municiones en el campamento republicano era tal que no vacilaban en despojar a los cadáveres enemigos que encontraban en el campo de batalla. Sin embargo, los Mauser que recuperaban estaban destinados prioritariamente a las tropas de élite.

—Algo me dice que nuestra misión no va a ser un paseo —comentó el

vecino de Tristan, un irlandés pelirrojo que se había unido a las Brigadas Internacionales en primavera.

Jaime le fulminó con la mirada. No soportaba a esos voluntarios venidos de toda Europa para defender la República española. Se tenían por héroes y despreciaban toda disciplina.

—¡Media vuelta a la izquierda!

Frente a ellos se alzaba una montaña de formas fantásticas. Centenares de picos grises se recortaban desordenadamente sobre el horizonte como si un viento de piedra, tras haberlos azotado, los hubiera fijado allí para la eternidad. En una escotadura se erguía la silueta sombría de un campanario semejante a la hoja afilada de una espada. Jaime alargó nerviosamente la mano.

—Nuestro objetivo. El monasterio de Montserrat.

Habían esperado a que anoheciera para deslizarse entre las primeras montañas. Un camino de cabras serpenteaba entre las grandes masas de granito. En un acto de prudencia, Jaime les había ordenado que abandonaran sus cascos justo antes de comenzar la subida. Un solo choque metálico contra una piedra y sería toda la montaña la que resonaría como un carrillón. El Jefe, como le apodaban sus hombres, había preparado bien su misión. O mejor dicho, se la habían preparado bien, se dijo Tristan.

—Al parecer el monasterio ha sido evacuado —susurró el irlandés—. Incluso he oído que la mayoría de los monjes fueron asesinados. Me pregunto qué es lo que vamos a buscar ahí arriba. Aparte de las ruinas y los cuervos, ya no queda nada.

—Tal vez vayamos a la caza de fantasmas, una nueva arma secreta para ganar por fin la guerra...



El pelirrojo se persignó a su pesar.

—¡Cállate! En mi país, Irlanda, uno no bromea con los fantasmas. Fíjate cómo se alzan esas malditas rocas, uno creería que son guerreros petrificados por un demonio. A veces tengo la impresión de que van a despertarse...

—¡Alto! —ordenó Jaime.

Acababan de alcanzar una terraza que sobresalía sobre un acantilado. En ese alero de piedra, la luna reflejaba el agua viva que el caño de una fuente vertía en una pila de piedra. Los hombres depositaron sus armas en el suelo para refrescarse. La subida había sido dura. Jaime encendió una cerilla que le iluminó el rostro. Bajo el resplandor vacilante, se le veía más pálido que de costumbre.

—¡Luz!

Uno de los soldados se precipitó a su lado. Llevaba en la mano una linterna que el Jefe encendió. El haz de luz, más intenso, reveló un paño del muro adosado al acantilado. Sobre el arco conopial de la puerta, la escultura de un santo, al que coronaba una estrella, otorgaba su bendición. Jaime escupió en el suelo. Detestaba a los curas más que a nada en el mundo. Si España estaba sumida en esa guerra civil, era a causa de ellos. Durante siglos habían mantenido al pueblo en la ignorancia y el temor. Ignorancia de la libertad, temor al infierno. Sin embargo, un viento nuevo había soplado prendiendo las brasas de la revolución, y desde entonces España se había convertido en un brasero.

—A ver, irlandés —susurró Jaime—. ¿Tú no eres católico?

Fatalista, el pelirrojo asintió.

—¿Entonces eres capaz de orientarte en un monasterio?

El Jefe había sacado un plano que iluminó levantando la linterna. Había un punto rojo sobre el ángulo donde se encontraban la iglesia y el claustro.

—Debemos dirigirnos ahí.

Tras haber seguido la ruta con el dedo, el irlandés comentó la disposición de los edificios.

—Primero hay que franquear la portería, y luego atravesar el patio central para alcanzar la iglesia. En cada ocasión, nos encontraremos al descubierto. Si no hay nadie todo irá bien, si no...

—El monasterio fue evacuado hace varios meses, aunque dos personas recibieron autorización para quedarse. El padre superior y un guardián. Dos curas.

Tristan, que acababa de encender su puro, intervino en la conversación.

—Dudo que nos dejen saquear impunemente la abadía...

Furioso, Jaime se sobresaltó.

—¿Y quién te dice que hemos venido a saquearla?

—El punto rojo. Está justo en el lugar donde, en un monasterio, suele encontrarse el *scriptorium*. En la Edad Media era ahí donde se copiaban los manuscritos de los textos antiguos. Salvo que después de la invención del padre Gutenberg, los copistas se encontraron con que estaban en el paro...

—Ve al grano.

El Jefe detestaba el tono desenvuelto que empleaba el francés. Esa costumbre de burlarse de todo sutilmente despertaba en él deseos de matarlo.

—Desde hace al menos cuatro siglos, el antiguo *scriptorium* suele ser el lugar donde se guardan las riquezas monásticas: objetos de culto en metales preciosos, obras de arte... En resumen, el tesoro de la abadía. Esa es la razón por la que dudo que nuestros anfitriones nos reciban con los brazos abiertos...

A su alrededor, los soldados escuchaban al francés con atención. Desde que les habían asignado esa misión especial, los interrogantes no habían hecho más que aumentar. Todos conocían el monasterio de Montserrat pues, desde hacía siglos, se había convertido en un lugar de peregrinación venerado

en toda España. Desde Sevilla hasta Burgos, pasando por Barcelona, todos se apresuraban para ir a honrar a la Virgen milagrosa de la abadía. Sobre esa montaña palpitaba el corazón espiritual de todo un país. Y también esa aura misteriosa revelaba temores supersticiosos. Algunos de los soldados ya habían empezado a lanzar, angustiados, miradas de reojo hacia la explanada donde se alzaba el monasterio. Jaime comprendió rápidamente que si no les insuflaba valor, sus hombres corrían el riesgo de flaquear. Y todo por culpa de ese maldito francés.

—¡Soldados! La República os ha elegido por vuestro coraje y vuestro valor. ¡Nuestra misión es capital para vencer al enemigo! ¡Esta noche, el futuro de nuestra República recae en vuestras manos! Y ahora, ¡en marcha!

Reconfortada, la tropa prosiguió el camino. Solo Tristan se rezagó un momento para contemplar el frontón de la capilla. La luna envolvía con una luz centelleante al santo que parecía brotar de la piedra. Justo por encima de su cabeza, la estrella, iluminada por un rayo, brillaba con un fulgor tan intenso como el de un diamante tallado.

—Tú, el francés, si continúas hablando a tontas y a locas vas a terminar mal, palabra del Jefe.

Tristan no respondió. Agarró su fusil, comprobó el cargador y siguió avanzando sin perder la sonrisa. Sabía que en el último momento Jaime iba a necesitarlo.

La enorme masa oscura del monasterio descansaba entre dos paredes rocosas como una bestia adormecida, aunque uno no podía saber si se trataba de un sueño o una pesadilla. Para mayor seguridad, Jaime había dividido a sus hombres en dos secciones, cada una de ellas dirigiéndose hacia la entrada y protegiendo a la otra. Nunca se sabe. Pero cuando los dos grupos se unieron

frente a la verja de entrada, se la encontraron totalmente abierta, como si un monje distraído hubiera olvidado cerrarla. Esa facilidad imprevista les incomodó todavía más, habida cuenta de que estaban frente al inmenso patio central donde, antes de la guerra, millares de fieles se congregaban para las fiestas religiosas. Ahora estaba desierto, pero no silencioso. Un viento frío hacía crujir las hojas secas que caían de los grandes árboles con aspecto más sombrío que la propia noche. Ninguno de los soldados se atrevía a avanzar. Ese crujido ininterrumpido les ponía los nervios de punta. Incluso el Jefe permaneció inmóvil. Sin atreverse a confesarlo, sabía que una vez franqueada la plaza sagrada no podrían volver atrás. Un umbral invisible, tal vez el oscuro miedo al sacrilegio, le retenía a su pesar en el sitio. Se giró hacia sus hombres. Todos parecían fundirse en la oscuridad.

—¡Un voluntario para ir a la iglesia!

No se oyó ni un paso ni una sola palabra.

—¡Es preciso encontrar al guardián y al abad, es una orden!

—Si no es más que eso...

La voz irónica de Tristan precedió a su gesto. Deslizó el Mauser en su hombro, apuntó a un objetivo invisible y disparó. En un instante, el pesado campanario de la abadía resonó como un cañonazo, amplificado por el eco de la montaña.

—Ahora saldrán.

Con los puños apretados por la rabia, Jaime se contuvo para no partirle la cara a ese francés descarado, pero ahora era necesario reaccionar y rápido:

—Tú, irlandés, te emboscarás cerca de la puerta. Los otros, adoptad una posición en círculo alrededor de la iglesia. Y en cuanto a ti, francés, no pierdes nada por esperar.

Una puerta chirrió. Precedida de una luz vacilante, una sombra hizo su aparición. El pelirrojo no vaciló. Salió del porche y apoyó su arma sobre el

hombre con sotana. Una cruz de plata relucía en su pecho. Jaime se acercó corriendo.

—¿Dónde está el guardián? ¡Habla o estarás muerto!

El cura no tuvo tiempo de responder. Por detrás de él, un cuerpo suplicante acababa de postrarse de rodillas.

—¡Jesús y María, protégenos de los demonios! Jesús, María...

La súplica del guardián no llegó nunca al cielo. Un golpe de culata le partió la boca.

Los republicanos habían arrastrado a los dos curas al interior de la iglesia. Empujados contra un confesionario, contemplaban horrorizados a los soldados atacar la puerta del *scriptorium*. Tras la angustia del ascenso nocturno a la abadía, los hombres de Jaime parecían haberse desatado, como para exorcizar su miedo. En ese combate contra la superstición todos se esforzaban en cometer los mayores sacrilegios. Los fragmentos de mármol de las pilas de agua bendita volcadas se mezclaban con la lluvia de vidrieras rotas que cubrían el enlosado. Armado con una bayoneta, un soldado mutilaba las estatuas de los santos, cortándoles la nariz y arrancándoles las orejas. Jaime los dejó hacer. Una vez pasada la sed de destrucción, sabía que la disciplina se restablecería por sí sola. Y también el orden, que tanto necesitaba, pues la misión tocaba a su fin.

La vieja puerta de madera de castaño crujió con un ruido infernal. El irlandés fue el primero en entrar en el antiguo *scriptorium*. Era una gran sala de piedra oscura abovedada, con arcos de ojiva. Las únicas aberturas procedían de unas estrechas troneras por donde silbaba un aire glacial. A no ser por la enorme chimenea cerca de la entrada, esa sala hubiera recordado a una tumba olvidada por los vivos. Y sin embargo no estaba vacía. Pegados

contra los muros, largos lienzos cubrían objetos de los que solo se podía distinguir el bulto. Tristan tuvo la impresión de penetrar en un castillo donde, pasado el verano, el servicio tapaba los muebles con sábanas para protegerlos del húmedo asalto del invierno. Desconfiados, los soldados se mantuvieron a distancia de esos paños grisáceos que recordaban a mortajas.

—Haz venir al abad.

Cuando el padre superior entró, Jaime hizo entrechocar los talones de sus botas, desplegó una hoja oficial, llena de sellos, y se la tendió con un gesto seco.

—En nombre de la República, tengo orden de requisar todos los bienes de valor que conserva el monasterio. Aquí está la orden firmada por las autoridades competentes.

—¿Qué autoridades competentes? —replicó el sacerdote aferrando febrilmente su cruz de plata—. ¡No conozco más que una y es la de Dios!

Jaime se giró hacia el irlandés.

—Haz retirar esas telas, para que veamos lo que hay debajo.

El pelirrojo hizo lo que se le ordenó y, en un instante, un montón de oro y plata apareció a la vista. Centelleantes cálices, cruces cinceladas, relicarios insertados de perlas, tablas preciosas... Jaime se sintió abrumado por tantas riquezas.

—¡Jamás podremos llevárnoslo todo!

—Esa es la razón por la que estoy yo aquí —afirmó Tristan—, para distinguir lo verdadero de lo falso, separar el grano de la paja, como dicen los evangelios...

Jaime lo miró atónito.

—Tomemos por ejemplo ese portavelas...

Tristan acababa de coger un candelabro que lanzaba destellos plateados.

—... que parece auténtico, brillante, deslumbrante y sin embargo... Está

hecho de una aleación sin valor. Esmalte. De imitación.

Lo rompió contra el suelo.

—En cambio, esa belleza...

Extendió delicadamente sus dedos hacia una vasija azul pálido con un largo cuello de cisne.

—Es un lacrimatorio. Desde hace siglos, ha recogido lágrimas de santo. En una subasta valdría una fortuna, con la que podrían comprarse armas para la República.

Rápidamente, los soldados se precipitaron hacia las obras de arte acercando sus capturas a Tristan como si fuera un trofeo que presentaran al general vencedor. Con un gesto, él indicaba las que debían llevarse, mientras que las otras eran arrojadas al suelo en medio de un estruendo que semejaba el fin del mundo. El abad se había arrodillado, rezando en silencio mientras que el guardián, a pesar de su boca ensangrentada, soltaba gemidos de bestia a la que estuvieran degollando. Jaime era el único que no participaba en el saqueo, solo contemplaba con mirada fría las manos ávidas que iban llenando los sacos traídos para cumplir esa misión. Al lado de Tristan, el irlandés anotaba en un cuaderno cada objeto del botín de guerra.

—Un copón de plata... Un relicario incrustado con gemas y turquesas...

El francés se detuvo ante una serie de pequeños cuadros polvorientos. Unos paisajes ennegrecidos que representaban el viacrucis. Retiró uno de su precario marco. Bajo la capa de barniz agrietado, podía apreciarse una alta montaña, coronada por un edificio, por encima del cual brillaba una estrella. Tristan lo deslizó en su saco.

—¿Eso tiene algún valor? —le interrogó Jaime acercándose a él.

El francés se echó a reír.

—¡Ni un céntimo, pero me servirá de recuerdo! Así cada vez que vea esta mierda me acordaré de todo esto.

El Jefe le agarró bruscamente por el brazo.

—¿Quién eres, maldito francés? ¿Qué haces aquí?

Tristan se soltó con autoridad.

—¡Soy un cazador de obras de arte! Rastreo, persigo y cuando encuentro... ¡Mira!

Uno de los soldados acababa de arrojar al suelo un paño dejando al descubierto una gran cruz con un Cristo de tamaño natural. Esta vez fue el francés quien agarró el brazo de Jaime.

—Un Cristo barroco del siglo XVI. La cruz es de ébano, el Cristo de marfil. Una pieza única.

El Jefe se acercó, su rostro quedó a la altura de los pies perforados por los clavos abombados.

—Descolgamme ese crucificado...

El guardián profirió un aullido. Con un golpe de bayoneta, uno de los soldados hizo saltar los clavos uno a uno. La escultura de marfil se deslizó hasta el suelo sostenida por el irlandés y Tristan. Jaime observó el cuerpo del Cristo depositado sobre el enlosado.

—Es demasiado pesado para transportarlo. Decapítadlo, arrancadle los brazos, las piernas, y luego romper el resto del cuerpo. Venderemos el marfil al peso.

Tristan se interpuso entre la escultura y Jaime.

—Eso es un crimen...

No tuvo tiempo de terminar la frase. El guardián acababa de abalanzarse con un candelabro en la mano.

—¡Maldito seas, demonio!

Gritó antes de actuar: grave error. Jaime se dio la vuelta y esquivó el golpe. Llevado por el impulso, el guardián rodó por el suelo. El Jefe soltó una carcajada diabólica.



—¿Querías salvar a tu crucificado? Pues bien, acabarás como él, ¡clavadle a la cruz!

*Un año y medio más tarde...*

*En ese final de verano de 1940, los fuegos de la democracia se han ido apagando uno a uno en Europa.*

*En ese final de verano, Adolf Hitler ha logrado su insensata apuesta. La Alemania nazi reina como dueña y señora sobre el viejo continente.*

*Al este ocupa Checoslovaquia y Polonia. Al norte ha conquistado Noruega y Dinamarca. Al oeste, tras una estrategia tan audaz como fulgurante, los Países Bajos y Bélgica han sido barridos. Y ante la estupefacción del mundo entero, Francia, que tenía fama de invencible tras la Primera Guerra Mundial, ha sido aplastada bajo las ruedas de los tanques de las divisiones Panzer. La campaña ha sido tan rápida que incluso los propios alemanes se muestran atónitos por sus milagrosos triunfos. Hasta el punto de que entre el pueblo se murmura que el Führer es el elegido de Dios.*

*En el sur, la Italia fascista de Mussolini bloquea las puertas del Mediterráneo y se dispone a invadir Grecia.*

*En cuanto a los otros estados europeos, pueden contemplarse dos tendencias: los temerosos y los benévolos. Los primeros, como Suecia, se han acomodado en una perezosa neutralidad. Los segundos, la mayor parte dictaduras, como las de los Balcanes o las de la península Ibérica, manifiestan una contagiosa admiración por el Tercer Reich.*

*En ese final de verano, cosa inaudita, los rojos se han aliado con los negros. Stalin, el zar comunista, ha firmado un pacto de no agresión con*

*Hitler, su enemigo jurado, dejándole despedazar a su antojo los territorios del este.*

*El verano se acaba.*

*Y el señor de la esvástica saborea su triunfo.*

*No queda más que una sola nación para plantarle cara.*

*Una sola: Inglaterra.*

*Una nación debilitada y humillada. Día y noche, los bombarderos de la Luftwaffe devastan la dolorida isla y la invasión por mar no tardará en consumarse.*

*El verano se acaba.*

*Y esos últimos meses de fuego y acero han estado plagados de hechos extraños y crueles, que, sin embargo, no son nada comparados con lo que prepara el conquistador de la cruz gamada. En nombre del Bien que sueña para su pueblo, va a expandir el Mal. Un mal de tal magnitud como nunca hasta ahora ha conocido la humanidad.*

*El verano se acaba.*

*Berlín, cancillería  
Gabinete de Defensa  
Finales de septiembre de 1940*

El jefe del Reich dio un puñetazo en la mesa.

—¡Esos ingleses obstinados! ¿Por qué rechazan mis ofertas de paz? Se empeñan en desafiarnos. Peor para ellos.

Alrededor de la mesa oval de mármol claro, adornada con una gigantesca esvástica roja, todo el mundo guardaba silencio. Los siete hombres más poderosos de la nueva Alemania se habían acostumbrado a esos arrebatos repentinos del jefe. Pero el volcán no escupía su lava demasiado tiempo. Esperaron unos minutos a que la erupción se enfriara.

Adolf Hitler abrió con nerviosismo una carpeta gris depositada frente a él, se colocó unas gafas de aumento y retomó la palabra.

—Señores, espero que hayan leído atentamente el informe sobre la operación *Seelöwe*.<sup>[5]</sup>

Se detuvo un instante, se quitó las gafas y escrutó a uno a uno a los miembros del Gabinete.

—La invasión de Inglaterra por mar.

Los siete jefes habían leído el expediente. Al lado del Führer, sentados de izquierda a derecha, se encontraban el ministro del Aire Hermann Goering, Joseph Goebbels, ministro de Educación para el Pueblo y Propaganda, el Reichsführer de las SS Heinrich Himmler, el arquitecto Albert

Speer y el general Wilhelm Keitel, jefe del Estado Mayor del ejército. En el extremo de la mesa se sentaba Rudolf Hess, jefe del partido, y Alfred Rosenberg, ideólogo oficial del régimen y responsable del saqueo de obras de arte en los países ocupados.

Todos esos hombres, tan implacables como eficaces, cada uno a su manera, habían ayudado a Hitler en su ascensión hasta la toma del poder en 1933. Eran su guardia personal, su «círculo de hierro», según las palabras del Führer. Unidos en su admiración incondicional por su jefe, se codeaban desde hacía tantos años que podían permitirse detestarse más o menos cordialmente.

Al fondo, contra la pared, la única representante del sexo femenino, la secretaria personal de Hitler, tecleaba con aplicación en su máquina de escribir Torpedo. El Reich sublimaba a la mujer como madre, amante y reproductora, pero en la esfera profesional la relegaba a empleos subalternos.

Una estrepitosa voz resonó en la estancia.

—¡Ya va siendo hora! —gruñó Hermann Goering—. No es momento de contemporizar. Mis bombarderos Heinkel están arrasando las ciudades y los centros de producción industriales. Inglaterra va a caer como la fruta madura. ¡Es preciso lanzar ya la operación de invasión!

El imponente ministro del Aire era a su vez primer ministro de Prusia y el número dos del régimen. Si Hitler moría, sería él quien ocuparía su lugar. Entusiasta de las distinciones, ese gran amigo de la naturaleza ostentaba además el título de Monarca Mayor del Reich y Señor de los Bosques. Lucía una sonrisa grande y ávida en un rostro mofletudo y ostentaba un vientre tan imponente que su sastre personal debía importar de Estados Unidos una tela elástica para confeccionar sus extravagantes uniformes.

Le apodaban el Ogro por su apetito insaciable y su legendaria voracidad en materia de obras de arte. Desde la ascensión al poder de su jefe, su suntuosa casa de campo en Brandeburgo se había transformado en un increíble museo

privado repleto de cuadros y esculturas robadas o adquiridas a precios ridículos a familias judías alemanas perseguidas.

—Secundo con todas mis fuerzas la proposición del ministro del Aire. Los ingleses están agotados, no podrán resistirse a nuestras tropas cuando estas desembarquen en sus costas. ¡Qué bonitas imágenes podríamos filmar en Londres!

El hombre que acababa de tomar la palabra estaba sentado a la derecha del Ogro. Tan frágil y flaco como enorme era su vecino, Joseph Goebbels, el influyente ministro de Educación para el Pueblo y Propaganda cruzó los brazos con aire altanero. La mirada, igual de negra que sus cabellos engominados peinados hacia atrás, coronaba una boca con forma de hoz invertida. Era el hechicero, quien organizaba los gigantescos desfiles del régimen y gobernaba con mano de hierro el mundo de las artes y la cultura. Nada le complacía más que redactar largos discursos escritos para sí mismo o para su líder. Era un hombre de su tiempo, fascinado por las nuevas tecnologías de comunicación, como la radio, el cine y, desde hacía poco, la televisión. Vestía chaquetas con charreteras demasiado grandes para su constitución, y había enviado a un campo de concentración al último sastre que se atrevió a sugerir que redujera su anchura. Sus adversarios, numerosos y poderosos en el seno del partido y del ejército, le apodaban a sus espaldas el Retaco.

—Ya me parece estar viéndole, mi Führer, en el balcón del palacio de Buckingham —continuó Goebbels con tono exaltado—, de pie al lado del rey de Inglaterra pasando revista a nuestras tropas. Leni Riefenstahl[6] sería la encargada de filmar las imágenes. El desfile se cerraría con un cortejo de prisioneros, con las manos encadenadas a la espalda, y encabezados por ese bandolero francmasón que es Winston Churchill. Los americanos se lo pensarán dos veces antes de declararnos la guerra.

El rostro de Hitler se crispó, no estaba de humor para escuchar los delirios cinematográficos de su ministro. Se giró hacia el único militar de carrera sentado a la mesa, el jefe del Estado Mayor del OKW,[7] Wilhelm Keitel.

—¿Cuál es su opinión, mariscal de campo?

El soldado se irguió, su aire de suficiencia enmascaraba la ausencia total de voluntad. Había sido elegido por Hitler por su notable propensión a la sumisión y por saber transmitir las órdenes a la tropa. Los jefes nazis, e incluso determinados oficiales superiores, se mofaban de él atribuyéndole el sobrenombre de «Lacayo».[8]

—He leído atentamente los detalles del plan de invasión y todo parece perfecto. Pero tengo una duda importante: la marina británica. Su flota es la mejor del mundo. Tal vez sea necesario diferir el ataque.

Albert Speer levantó un dedo para intervenir y esperó a que Hitler hiciera un gesto de asentimiento con la cabeza.

—No estoy seguro de que la logística acompañe. Es imperativo que recuperemos la provisión de munición y carburante que se ha consumido durante la campaña de Bélgica y Francia. Hay que posponer el proyecto para más adelante.

Speer había obtenido sus galones seduciendo a Hitler con colosales proyectos de arquitectura aria. Sus maquetas de la futura capital del Reich, Germania, adornaban el despacho del Führer. Oportunista y desprovisto de cualquier ideología, Speer consagraba buena parte de su tiempo a no dejarse arrastrar en el juego de alianzas y clanes. Y precisamente por ese motivo, en privado comparaba el Gabinete de Defensa con un foso de serpientes, aunque mucho más peligroso.

La mirada de Speer se cruzó con la del mariscal Keitel. Este último retomó la palabra con voz aún más firme.

—Añadiría además que nuestros hombres necesitan descanso y...

El Ogro dio un puñetazo en la mesa.

—¿Descanso? ¡Siempre con la misma cantinela de la Wehrmacht! Si le hubiéramos hecho caso, jamás habríamos invadido Francia.

Keitel enrojeció.

—¡No le permito...!

Hitler dio unos golpecitos con sus gafas contra el vaso de agua.

—Haya calma. Aún no he escuchado la opinión del Reichsführer.

El hombre con gafas de montura fina de acero, embutido en su chaqueta negra de las SS, confeccionada por un joven modisto llamado Hugo Boss, inclinó la cabeza. De todas las serpientes allí reunidas alrededor de la mesa, era la más venenosa. La más letal. Heinrich Himmler acumulaba dos cargos que le hacían infinitamente peligroso. En primer lugar era el jefe de las SS, la organización más elitista del país que, con los años, se había ido separando del Partido Nazi para convertirse en un estado dentro del Estado, con su policía, su ejército, las Waffen, y su economía paralela. Ostentaba además el temible cargo de ministro del Interior y era responsable de la Gestapo. Incluso se decía que poseía expedientes de todos los miembros sentados alrededor de aquella mesa y que se recreaba con las desviaciones de unos y otros. Tecnócrata del terror, Himmler se consideraba nada menos que un monje-soldado. Para él, sus SS constituían el nuevo orden de caballería de la Alemania moderna. Una orden cuya religión se resumía en un credo: la adoración de la pureza de la sangre aria.

Con rostro glacial, y las sienes rasuradas tres centímetros por encima de las orejas, aquel a quien llamaban el Mago, pero que Goering se divertía apodándolo el Pollo frío —el Reichsführer había sido criador de aves de corral en sus años jóvenes—, entornó los ojos para quitarse luego las gafas. Como de costumbre, hablaba con una lentitud calculada.

—Tal vez les sorprenda, pero verán... Yo amo a los ingleses.



El rostro del gordo Goering se encendió mientras que el de Goebbels se endurecía. Himmler continuó, siempre con voz sosegada.

—Los ingleses son nuestros primos arios, me sentiría mortificado por derramar su sangre mientras que decenas de millones de judíos y de subhombres infestan todavía Europa. ¿Por qué apresurarse?

Su voz era dulce, casi afectuosa. Marcó una pausa y mostró una pálida sonrisa que pretendía ser conciliadora.

Rudolf Hess aplaudió, puesto que compartía la misma visión.

—¡Bravo! Estoy totalmente de acuerdo con el Reichsführer. Tengo muchos amigos ingleses muy bien situados. Están desesperados por la insensata estrategia de Churchill.

Hess parecía exaltado. Con sus pobladas cejas y la frente que caía como un puente levadizo sobre sus ojos, su sonrisa le otorgaba un aire inhumano. A sus espaldas, se decía que recordaba a Quasimodo. Compañero desde los primeros tiempos de Hitler, había sido bautizado en privado como el Chalado debido a que estuvo en un sanatorio psiquiátrico antes de la guerra.

—No importa —masculló Goering—, los ingleses están a nuestra merced.

El Mago asintió y continuó:

—Estoy totalmente de acuerdo, mi querido Hermann. Churchill no es más que un bulldog atemorizado y hambriento, sin dientes ni garras. Su fuerza terrestre es casi inexistente tras la retirada de Dunkerque. Pero, por otro lado, nuestros servicios de información nos han comunicado que los ingleses están repatriando su flota del Atlántico hacia sus puertos. No podemos ignorar su potencia naval. Propongo por tanto diferir el excelente plan de invasión el tiempo necesario para abrir un nuevo frente que pueda debilitar la defensa de Albión.

Los otros miembros del Gabinete le miraron de arriba abajo con sorpresa.

Goebbels descruzó sus delgados brazos, que flotaban bajo su chaqueta demasiado grande, y se inclinó sobre la mesa.

—No estará insinuando que quiere atacar a los soviéticos, ¿verdad? Hemos firmado un acuerdo con Stalin.

Himmler sonrió.

—¿Y quién ha hablado de Rusia, Joseph? Estaba pensando en España.

Goering soltó una risa estrepitosa y abrió los brazos como si dirigiera una plegaria al cielo.

—¡España! ¿En serio? ¿No habrá alguna otra razón que nos esté ocultando nuestro querido Heinrich...? Todos sabemos que el Reichsführer envía expediciones por todo el mundo para probar sus teorías esotéricas. ¿Se le habrá metido en la cabeza demostrar que las corridas de toros son de origen ario? ¿Que el flamenco ha sido inventado por los vikingos?

El orondo mariscal detestaba las SS, tenían demasiado poder para su gusto. Además, nunca dejaba escapar la ocasión de burlarse de las doctrinas espirituales del Mago.

El Reichsführer desvió un ojo en dirección a Rudolf Hess y Alfred Rosenberg, los dos únicos miembros del Gabinete que no habían sonreído al chiste de Goering. Eran sus dos aliados oficiosos. Ellos también compartían su visión mística del Reich.

Alfred Rosenberg acudió a su rescate. Aborrecía al Ogro, que se había consagrado al robo de obras de arte a gran escala.

—Yo creo que el mariscal no ha apreciado la sutileza de los propósitos del Reichsführer, quien cuenta con la entrada en guerra del general Franco contra Inglaterra.

Himmler inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Exactamente. El caudillo debe saldar sus deudas. Después de todo, nosotros lo hemos sostenido en su levantamiento, proporcionándole armas y

soldados en abundancia. Sin nuestra Legión Cóndor, jamás habría ganado la Guerra Civil.

—¿Y qué propone, entonces? —le preguntó Hitler.

—Solicitar oficialmente un encuentro con el general Franco —respondió el jefe de las SS—, a ser posible en su casa. Empujarle a declarar la guerra a los ingleses. No podrá negarse a nada.

—¿Y con qué fútil pretexto los españoles, exánimes tras cuatro años de guerra civil, van a querer lanzarse a tal operación? —inquirió Goebbels con voz melosa.

Himmler respondió de buen grado tomando nota mental de no olvidar su desprecio.

—Gibraltar, por supuesto, Joseph. El territorio de Gibraltar pertenece a los ingleses desde hace doscientos años, y es una molesta verruga para los españoles. Está situado al sur de la península, en el extremo de Andalucía. Una bailarina de flamenco no puede calzar un escaquin británico. Si España le declara la guerra, Churchill se verá obligado a enviar una parte de su flota para proteger la base de Gibraltar, de modo que desguarnecerá sus costas. Al menos mientras crea que hemos abandonado nuestro proyecto de invasión.

Hitler cerró los ojos unos segundos y luego volvió a abrirlos con una sonrisa radiante.

—Excelente idea, mi querido Heinrich. ¿Algún otro comentario?

Nadie tomó la palabra. Goering y Goebbels sabían muy bien que el Mago había vuelto a hechizar al Führer.

—¡Bien! Tiene toda la razón, Heinrich. Voy a retrasar la operación *Seelöwe*, pero quiero que Londres sea bombardeada ininterrumpidamente. Mañana le trasladaré la petición a Franco; en mi ausencia, el mariscal Goering dirigirá el país. La sesión ha concluido.

Himmler volvió a colocarse las gafas y añadió:

—Mi Führer, me quedaría más tranquilo si pudiera acompañarle a España, yo mismo inspeccionaría personalmente sus ejércitos para verificar que están a la altura. No me perdonaría haberle aconsejado mal.

Hitler, que ya se había levantado de la mesa, agitó una mano con gesto negligente.

—Con mucho gusto. Buenas noches a todos. Tengo sueño, lo que es una buena señal.

Los siete hombres se levantaron a su vez y saludaron al Führer con deferencia, observando cómo se alejaba.

Himmler recuperó su expediente y saludó educadamente a sus homólogos del Gabinete. Su mirada se rezagó en el Ogro y el Retaco.

—Espero que mi sugerencia no les haya decepcionado demasiado. No he hecho más que diferir ligeramente la invasión de Inglaterra, como saben. No será más de uno o dos meses.

Goering replicó guasón:

—Para nada, Heinrich. Estoy seguro de que encontrará una fecha adecuada con sus expertos en runas[9] de las SS.

Sin esperar respuesta, se volvió hacia Hess.

—En cuanto a usted, Rudolf, no dude en echar las cartas del tarot con el fin de saber si Franco va a enviar a su terrorífica armada contra Inglaterra.

El Ogro soltó una fuerte carcajada mientras observaba la reacción de los dos hombres a los que había provocado. Hess se encogió de hombros y salió sin saludarle, flanqueado por Rosenberg y Himmler, que se había calado la gorra.

Al observarlos alejarse, Goebbels murmuró a la oreja del Ogro:

—¿Para qué querrá acompañar a España a nuestro amado Führer? Sin duda tiene algo en mente.

El Ogro hizo una mueca como si se hubiese tragado una salchicha rancia.

—No sé qué está tramando. En cambio, lo que sí es seguro es que el Führer acaba de cometer un error capital al no autorizar la invasión de Inglaterra.

Goering se levantó de su asiento con más agilidad de la que uno hubiera podido esperar de un hombre que debía de pesar ciento treinta kilos. Se reajustó el correa que rodeaba su vientre por encima de la chaqueta de un blanco immaculado y añadió con voz suave:

—Nunca volveremos a encontrar una ocasión parecida. Y algún día los ingleses nos lo harán pagar. A un precio muy alto.

*Cataluña*  
*Castellón de Ampurias*  
*Octubre de 1940*

En un rincón del museo desierto, la radio escupía las noticias del día. De pronto, la voz del presentador, chisporroteante y ronca, se perdió entre un fondo de música militar. Tristan aguzó el oído. Estaba punto de caer alguna noticia importante: a final de mes, el general Franco iba a encontrarse con Adolf Hitler. La voz, en el puesto de radio, sonaba acelerada. Los dos jefes de Estado querían entablar negociaciones políticas y diplomáticas esenciales para el futuro de Europa. ¡A juzgar por la propaganda de Madrid, el hombre que había salvado a España del comunismo y la anarquía, iba a tratarse de igual a igual con el nuevo señor de Europa!

En el rostro de Tristan se dibujó una sonrisa amarga. A decir verdad, el caudillo, con cientos de miles de muertos a sus espaldas, tenía necesidad de restablecer el prestigio de capa caída de España y, sobre todo, ofrecer a una población agotada la impresión de que iba a convertirse, por fin, en una gran nación. El himno español atronó. Tristan quitó el sonido. La entrevista entre el caudillo y el Führer tendría lugar en Hendaya, en territorio francés. La elección de ese lugar le pareció humillante y le dolió en el corazón. Desde el mes de junio, de Dunkerque a Girona, de París a los Pirineos, la mitad del país estaba ocupada por los alemanes, y ese encuentro en una población bajo la bota nazi era un símbolo claro del hundimiento de Francia.

Para escapar de su tristeza, miró por la ventana. La plaza que daba sobre la catedral estaba desierta, y no se llenaría más que de algunas pocas mujeres vestidas de negro a la hora de la misa. La mitad de la población de Castellón de Ampurias, aquella que había elegido el bando de la República, vivía bajo el terror de las redadas policiales, los arrestos arbitrarios y las ejecuciones sumarias en cualquier esquina. Cada semana, franquistas exaltados desfilaban por la villa, abombando su torso de vencedores, bajo las aclamaciones de la otra mitad de la población.

Curiosamente, jamás se habían acercado al museo. La historia no les interesaba. Al pasar por delante, lanzaban una mirada desdeñosa al mosaico romano que se exhibía en la fachada, haciendo chasquear sus botas sobre el pavimento mientras entonaban el *Cara al sol*, el himno de su partido.

Esa indiferencia convenía a Tristan.

En la villa, todo el mundo le conocía por el nombre de Juan Labio, un joven conservador del Museo de Barcelona a quien las vicisitudes de la Guerra Civil habían acabado arrojando al adoquinado de Castellón. Es cierto que a veces se le notaba un ligero acento francés, pero este desaparecía en cuanto hablaba de pintura o escultura, siempre con pasión y elocuencia. Afable, devoto, competente, se había instalado en el museo, abandonado por sus conservadores, para proteger las colecciones del saqueo, antes de acometer una benévola clasificación de su contenido, algo que nadie había juzgado útil hacer hasta entonces. Cuando las nuevas autoridades se hicieron cargo del municipio, resultó de lo más natural que confirmaran a Juan en su puesto, concediéndole un mísero salario antes de dejarle allí olvidado.

El verdadero Juan se habría sentido muy sorprendido por su nueva ocupación, pero dado que se pudría en silencio bajo un edificio desplomado de Barcelona, aquello no tenía ninguna importancia. Lo único que contaba era que sus documentos de identidad hubieran ido a parar oportunamente a

manos de Tristan. Ciertamente que la foto estaba un poco deteriorada a la altura de los ojos y los labios, pero se podía reconocer, sin sombra de duda, la frente alta bajo el oscuro cabello, las prominentes mejillas y el voluntarioso mentón. En resumen, que después de más de un año, Tristan se había convertido en Juan Labio para satisfacción general de los lugareños y, sobre todo, de Lucía.

Cada domingo antes de misa, Lucía subía por la calle que llevaba a la plaza de la catedral y había terminado fijándose en ese joven de mirada socarrona que fumaba discretamente un cigarrillo, sin duda de contrabando, asomado a la ventana de su despacho. En pocas semanas, prestando oídos a los rumores de las comadres en el mercado, se había enterado de todo lo que se contaba sobre el recién llegado.

La opinión pública le era favorable, al igual que la de Lucía. Solo hacía falta encontrar un medio de entrar en contacto con él. Cuando supo que el nuevo conservador había comenzado a clasificar las colecciones, recordó que su abuelo había donado un cuadro religioso al museo. Rebuscó discretamente entre los viejos papeles familiares, encontró algunas cartas intercambiadas con el conservador de la época y, armada con esas pruebas irrefutables, franqueó la puerta del museo. Tristan no estaba acostumbrado a las visitas, y menos aún de mujeres. Se quedó atónito cuando vio que la joven, cuya ropa revoloteaba en torno a su cuerpo, depositaba en su despacho unos papeles amarillentos. Le dio las gracias vivamente, pidió a la encantadora desconocida algunos días para examinar la correspondencia y le sugirió que regresara. Lucía no se hizo de rogar y repitió su aparición la semana siguiente, con un atuendo igual de impresionante, antes de pedir una visita guiada del lugar.

El museo ocupaba una antigua casa medieval. La planta calle y la planta principal habían sido transformadas en salas de exposición. El primer nivel albergaba los vestigios históricos de la región. Generaciones de arqueólogos



aficionados habían amontonado piedras talladas, puntas de flecha y pilas de huesos sin preocuparse por la cronología ni la pedagogía. Lucía, que hasta entonces no había visitado nunca el museo, tuvo la sensación de penetrar en un gran almacén donde podía comprarse una docena de sílex mientras esperaba las rebajas de la cerámica. Al imaginarse a Tristan como buhonero le entraron ganas de reír, pero se contuvo, y subió la escalera para descubrir la sala de las pinturas. Allí ya no se trataba de quincalla, sino de un auténtico baratillo. Colocados de cualquier modo contra las paredes o abandonados al polvo, decenas de lienzos esperaban días mejores. Tristan al menos había logrado destacar algunas obras religiosas expuestas en una vitrina. Lucía se sintió orgullosa al ver que una de las pinturas, donada por su familia, figuraba en ese espacio protegido. Gratificó al francés con una leve sonrisa y le anunció que, si él quería, ella podría acudir a ayudarlo en su trabajo una vez por semana.

Y así fue como Tristan, en la ventana, esperaba la llegada semanal de Lucía.

Teóricamente, la joven le ayudaba a clasificar las numerosas piezas de colección reunidas en el museo. Habían empezado en primavera clasificando los vestigios romanos hacinados en el depósito. Si Lucía se había interesado rápidamente por las figuras de animales, lechuzas, toros, representadas en fragmentos de mosaico, Tristan, por su parte, se había apasionado enseguida por las prendas de su nueva colaboradora. Ella las lucía con gran elegancia y, sobre todo, con un punto de picardía al nivel de las rodillas. A veces, si el cielo era claro y el sol bienvenido, un ribete de encaje asomaba algunos centímetros por debajo de la falda; en cambio otras, si alguna nube apuntaba en el horizonte, el tejido caía hasta los tobillos. Ese juego cándido tenía encandilado a Tristan. De golpe, los secretos del pasado y las incertidumbres por el futuro que a veces le acosaban, se esfumaban como el viento.

A principios de verano habían comenzado a atacar las colecciones medievales, etiquetando los cascos abollados y las espadas oxidadas. En ocasiones, sus manos se rozaban bajo algún escudo blasonado. Y no siempre era Lucía la que se sonrojaba primero. Cuando el calor se hizo insoportable, la joven ya solo se vestía con una fina blusa cuyo escote se prolongaba hasta el nacimiento de los senos. Llevaba los cabellos trenzados para refrescar su frente y su nuca, lo que no impedía que las gotas de sudor perlaran su pecho. Una tarde que estaban clasificando documentos antiguos, la mirada de Tristan se posó en esas gotas que trazaban un lento reguero sobre la piel dorada de Lucía. Fascinado, contempló el arroyuelo delicado que brillaba como un espejo. Avanzó sus labios y depositó un beso en el borde de la blusa. Los senos de Lucía parecieron henchirse de golpe. Tristan tenía un sabor extasiado a sal en los labios. Para no romper ese momento de gracia, el francés se apartó lentamente y se sumergió en la lectura de un documento, pero las letras bailaban bajo sus ojos. Se preguntaba qué expresión tendría Lucía, pero no se atrevía a levantar la vista. Pensó en Montserrat, en la subida nocturna, en la toma de la abadía... En ningún momento le había faltado el valor, pero ahora se sentía incapaz de mirarla a los ojos. Lucía carraspeó ligeramente y tendió la mano para tomar el documento. Él solo tenía un deseo, atrapar esa palma y posarla en su corazón para que viera cómo palpitaba por ella.

—Lucía...

Ella posó un dedo en su boca. Tampoco quería romper el encanto. Tristan tuvo un respingo de felicidad. En un instante, sus hombros le parecieron más ligeros, como si acabaran de quitarle un yugo. Su vida pasada, sus errores, sus vagabundeos, todo parecía haberse esfumado, desaparecido. Sonrió. A partir de entonces, sabía que sería feliz cada día. Cada día que viera a Lucía.

Acodado en la ventana, miraba fijamente la esquina de la calle por donde ella aparecería. Un canto marcial le hizo sobresaltarse. Por una esquina de la plaza, acababa de surgir un grupo de hombres con camisa azul. Botas lustradas, pantalones de montar, los falangistas trataban de parecerse a los camisas negras italianos, aunque no fueran más que su caricatura. Visiblemente achispados, berreaban lemas exaltados a la mayor gloria de la España eterna y de su jefe, el caudillo. Tristan lanzó una mirada nerviosa a la calle por donde los tacones de Lucía ya resonaban sobre el adoquinado. Rápidamente, atravesó la sala, recorrió de un salto el rellano y se abalanzó hacia la escalera. La puerta del museo estaba abierta. Un primer silbido resonó en las fachadas, seguido de algunas carcajadas. Uno de los franquistas hacía con las caderas un gesto que no dejaba lugar a dudas. Estalló una nueva salva de risas. Lucía había disminuido el paso, pero el grupo vociferante ya la tenía rodeada.

—Y bien, pequeña, ¿te paseas sola por la calle?

—¿Acaso no te han enseñado que el lugar de una mujer es su casa?

—¿Estás buscando a alguien?

—Mirad su ropa, ¡nos está provocando!

Uno de los hombres la agarró por el brazo.

—Sabemos muy bien qué hacer con las putas como tú.

—Y con los hombres, ¿sabes qué hacer con ellos? —le interpeló Tristan.

Sorprendido, el falangista se dio la vuelta. Al descubrir a su adversario, mostró una sonrisa de desprecio.

—¡Un intelectual! Que además va buscando pelea. ¡Necesitas que te den una buena lección!

Levantó su mano enguantada de negro, pero el puño de Tristan ya le estaba golpeando en plena cara. Un siniestro crujido le destrozó el mentón, que rugió bajo su cráneo, antes de que olvidara hasta su nombre. Empujada contra

un muro, Lucía soltó un chillido justo antes de que la jauría se echara encima de su amante. Paralizada, contempló cómo los golpes le llovían como granizo.

—¡Te vamos a reventar, hijo de puta!

—¡Matad a ese sucio traidor!

Tristan retrocedía arrastrando a la horda lejos de Lucía. Su rostro chorreaba sangre. Con un gesto vivo, le hizo un ademán para que huyera. Ella, con la mirada enloquecida, vaciló y luego echó a correr. Pudo ver por última vez su falda revolotear alrededor de los tobillos. Durante un instante, creyó oír sus tacones resonando sobre el adoquinado, pero un golpe de porra aterrizó en su nuca.

Y se hizo de noche.

*Cataluña*

*25 de octubre de 1940*

El convoy oficial se presentó a toda velocidad ante la entrada del burgo medio en ruinas. El Mercedes blindado, negro y reluciente como un escarabajo, iba precedido por una escolta de motociclistas del ejército español. En la parte delantera del coche, dos banderines con la cruz gamada negra sobre fondo blanco ondeaban en el viento arenoso.

Uno de los motoristas que iba a la cabeza indicó al conductor de la berlina que redujera la velocidad y el convoy aminoró el paso para internarse en la plaza del ayuntamiento, adornada con plátanos mutilados y casas amputadas. Una muchedumbre compuesta por falangistas alzó los brazos con entusiasmo. Tras ellos, una treintena de habitantes, escuálidos y pobremente vestidos, agitaba banderitas alemanas.

Sentado en la parte trasera del coche, el Reichsführer bajó el cristal de la ventanilla para contemplar el rostro del salvador de la España católica desplegado en la fachada de un edificio de piedra gris. Pese a su gigantesco tamaño, el retrato no conseguía disimular los agujeros de los impactos de bala en los dañados muros. El general Franco lucía un rostro mate y regordete de ceño desconfiado.

Himmler soltó un suspiro y aceptó el pañuelo que le tendía su traductor, un capitán de las SS, rubio hasta el tuétano, sentado delante de él.

—No es demasiado ario este caudillo... No me extrañaría que tuviera

antepasados judíos.

El Reichsführer se sonó y observó, dubitativo:

—Es todo un detalle por parte del gobernador de Cataluña haber avisado de nuestra presencia a todos los pueblos por los que hemos pasado. Pero ¿son sus verdaderos habitantes los que nos saludan o actores pagados para aportar un aire más fraternal a la bienvenida?

El joven capitán negó con la cabeza.

—La nueva España se ha purificado de sus elementos patógenos comunistas y masones. Lo que tiene delante son españoles orgullosos y apasionados.

Himmler hizo una mueca.

—Y astutos... Expulsaron a sus judíos enviándolos por toda Europa en 1492. Y hoy es a nosotros a quienes nos toca solucionar ese «problema»... A ese respecto no tengo ninguna confianza en Franco, al parecer ni siquiera es antisemita.

—En todo caso, es enérgicamente anticomunista y antimasón. De eso puede estar seguro.

El capitán de la Wehrmacht, enviado por la embajada de Madrid para servir de traductor a Himmler, había trabajado tres años como oficial de enlace con los nacionales durante la Guerra Civil. Allí había aprendido a amar esa nación y a sus habitantes, al menos a aquellos que habían elegido el bando del caudillo.

Continuó con el mismo tono:

—He combatido al lado de las tropas de Franco contra los rojos, y puedo asegurarle que ese hombre es un gran amigo de Alemania.

Himmler resopló escandalosamente.

—He tenido al Führer al teléfono después de la reunión en Hendaya, justo

antes de que saliéramos de Barcelona. Acababa de pasar dos horas de negociación con vuestro «gran amigo».

—¿Van a firmar el acuerdo? ¿Entrará España en guerra contra Inglaterra?

El coche había dejado atrás la plaza y rodaba con una lentitud exasperante por una calle medio derruida.

Himmler hizo un gesto con la cabeza y contempló al capitán con conmisericordia.

—No exactamente... Esto es lo que me ha comentado a propósito del caudillo: «Preferiría que me arrancaran tres muelas antes que volver a negociar con ese tipo». Al parecer vuestro general ibérico ha presentado toda una serie de exigencias desmesuradas. El Führer estaba furioso. Basta decir que Churchill puede dormir en paz y que Gibraltar no será nunca invadido por vuestros «amigos» españoles.

El convoy aceleró al salir del pueblo adentrándose por una sinuosa carretera que serpenteaba a lo largo de un macizo montañoso.

—Es incomprensible —respondió el capitán—. Alemania ha aplastado a todos sus enemigos, representa el futuro de Europa.

Los labios de Himmler esbozaron una leve sonrisa.

—Hace ya cuatro días que visito este país devastado por cuatro años de guerra civil. Franco nos ha deleitado con su pequeño número de bailarín de claqué. Ha hecho desfilar a sus tropas mejor equipadas en Madrid, nos ha ofrecido una visita al Museo del Prado y presentado a la aristocracia y a la élite nacionalista durante suntuosas veladas. La fachada de la nueva España tal vez sea rutilante, pero la realidad se acerca más a los pueblos arrasados que estamos atravesando. Esta nación está en ruinas, la población exánime y el ejército agotado. Franco lo sabe. Y además, ese santurrón fanático pretende instaurar un pestilente nacionalcatolicismo; jamás había visto tantos curas y obispos pululando por todos los rincones. Justamente todo lo que detesto.

El coche continuó avanzando por la carretera, que se empinaba a lo largo de prados de pasto. El capitán volvió a la carga:

—Pero ¿no se ha quedado impresionado por la forma en que está limpiando su país? Las cárceles están llenas a rebosar y a los subversivos que sobrevivieron a la guerra los apresa, reeduca o ejecuta. Debe de haber más de cien mil hombres en los campos de concentración esperando a ser juzgados. Aquellos que no mueran de hambre o de calor, por supuesto.

El vehículo pasó por delante de un rebaño de vacas enflaquecidas que pacían al borde de la carretera.

El Reichsführer se volvió hacia su ayudante.

—¡Bárbaros! ¿Cómo se puede infligir semejante sufrimiento y obtener tanto placer?

El capitán abrió mucho los ojos. Himmler había legalizado personalmente el uso de la tortura por la Gestapo y hacinado a decenas de miles de opositores alemanes en los campos.

—No le entiendo.

Himmler observaba las vacas, con mirada compasiva.

—¡Las corridas, demonios! Qué inmundos espectáculos.

La antevíspera, en Madrid, habían sido convidados a la plaza de Las Ventas. Para celebrar «la eterna amistad germano-española». Durante dos largas horas, al abrigo del sol pero bajo un calor sofocante, Himmler había mantenido la compostura, sudoroso y contrariado. Cuando el alcalde le hizo visitar el interior de la plaza para conocer a los toreros, tuvo que desviar la mirada frente a los cadáveres aún calientes de los toros. El aire de los sótanos destilaba un olor infecto y venenoso a carne torturada y a muerte. Al igual que su Führer, el jefe de las SS amaba a los animales y no soportaba que les hicieran daño.

El Mercedes oscilaba a lo largo de una sucesión de curvas que parecían no



tener fin. El sol estaba emprendiendo su descenso por encima de los macizos montañosos. Unas densas nubes amenazaban tormenta.

Himmler golpeó la ventanilla trasera con su sello de caballero grabado con las dos runas de las SS.

—El pueblo ibérico vibra con crueldad. Corre demasiada sangre mora por sus venas.

—¿Eso piensa? —dijo el capitán, lleno de asombro.

El jefe de las SS se volvió hacia su subordinado con expresión irritada.

—Tengo la impresión de que usted no comparte mi opinión. Tal vez le vendría bien dejar este país y que yo mismo le encontrara un destino de acuerdo con su individualidad. Faltan oficiales de supervisión en el campo de Dachau...

El capitán sintió un escozor en la nuca. De pronto su corazón se aceleró.

—Tiene usted razón, es un espectáculo mezquino.

Himmler le escrutó durante unos segundos y luego se desató en lo que parecía ser un estallido de risa, pero que en realidad era una sucesión de espasmos ácidos e irritantes para el oído.

—Estaba bromeando, mi pequeño Wilfred. Tranquilícese, tolero entre mis subordinados cierto margen de independencia de espíritu. Es usted libre de amar las corridas, siempre que su lealtad me pertenezca, hasta la última gota de su... sangre.

El convoy disminuyó la velocidad al tener que trazar una larga curva que bordeaba un barranco.

Una cadena de montañas afiladas como dientes de sierra apareció ante sus fatigados ojos. A media altura de las abruptas paredes en forma de dedos alargados, estaba anidado un bloque de edificios rectangulares.

—Al fin —murmuró Himmler—, ahí está el monasterio de Montserrat.

—El embajador me ha dicho que ha querido prolongar el viaje un día más

para venir expresamente aquí con el fin de encontrar el... Grial. ¿Es eso cierto?

Himmler puso una expresión extraña. Tras las pequeñas gafas de acero, sus ojos parecían haberse encogido hasta convertirse en dos diminutas ranuras.

—El embajador no sabe mantener la boca cerrada, pero no importa. ¿Conoce el *Parsifal* de Wagner? ¿Ha leído usted la novela sobre el Grial de Wolfram von Eschenbach?

El capitán se abstuvo de responder que no había tenido tiempo de ir a la ópera o de leer durante los años de la Guerra Civil.

—Sí, pero hace ya algunos años.

El convoy se acercaba a toda velocidad. Dos tanquetas con ametralladoras habían sido dispuestas a cada lado del ensanchamiento de la carretera que indicaba la entrada al monasterio. La piedra de sus muros arrojaba una luz dulce, casi rosada, bajo la puesta de sol.

Himmler se enfundó sus guantes negros de etiqueta.

—La copa sagrada, el Grial, estaba guardada en un castillo anidado en el flanco de una montaña. Ese lugar místico se llamaba Montsalvaje y, según las indicaciones de Eschenbach, estaba situado en los Pirineos. Podría ser este de Montserrat, cuya etimología se le parece.

El capitán escuchaba con atención.

—El Grial... ¡Siempre me ha estado destinado!

De golpe, el rostro del Reichsführer se iluminó. Parecía estar en trance. Sus manos se volvieron febriles, como si estuviera a punto de aferrar el vaso sagrado.

—Pero ¿el Grial no es una leyenda?

—Usted no ve más que la corteza de las cosas, y no la savia ardiente. El verdadero Grial es bien distinto. Es el sol negro de los arios.

El capitán permanecía impasible, pero estupefacto por las extrañas palabras

del hombre más poderoso de Alemania después del Führer. ¿Un sol negro? El jefe de las SS estaba perdiendo la cabeza.

Sin embargo, juzgó más prudente guardar silencio.

El convoy se adentró por una avenida bordeada de pinos y tilos que terminaba en un atrio de impresionante tamaño, donde se había concentrado un grupo compacto de hombres uniformados. Un destacamento de soldados de la Legión española, un general barrigudo flanqueado por media docena de oficiales, varios religiosos con sotana negra, y todo ello bajo dos inmensas banderas, la española y la alemana, colgadas de los muros. A un lado, pegado a la cruz de un calvario de granito, estaba apostado un hombre alto y delgado con un traje tan claro como su tez. Llevaba un sombrero Panamá ligeramente ladeado.

Himmler se incorporó en su asiento. Su expresión alucinada se había evaporado.

—Y pensar que había solicitado que no hubiese ningún comité de bienvenida... Menos mal que nos espera el querido Oberführer Weistort. Un gran viajero, ha recorrido numerosos países exóticos y acompañó a la expedición de Schäfer al Tíbet, esa de la que se habla en el *Völkischer Beobachter*.

Señaló con el índice al civil que acababa de aplastar un cigarrillo y miraba en su dirección. El hombre de la cicatriz les hizo un pequeño gesto con la cabeza.

—¿Ha oído hablar de él? —le preguntó Himmler.

—Sí, por supuesto —respondió el capitán con voz neutra para enmascarar su sorpresa, ya que el servicio de información de la embajada no le había prevenido de la presencia del jerarca de las SS.

Había oído hablar de Weistort a su hermano menor, que había entrado en las SS tres años antes. El Oberführer era uno de los íntimos de Himmler y

controlaba con mano de hierro la formación dispensada por las escuelas de oficiales de la Orden negra. Se murmuraba además que organizaba extrañas ceremonias y que su odio por el cristianismo le había conducido a abofetear al mismísimo obispo de Colonia cuando este le trasladó su protesta por la persecución contra los judíos. Su influencia sobre Himmler era tal que se había granjeado numerosos enemigos en el seno del Estado Mayor.

—¿Por qué no viste el uniforme reglamentario de las SS? —preguntó el capitán.

—Los reglamentos no están hechos para un hombre como él —respondió Himmler ajustándose la visera negra sobre la sudorosa frente.

El convoy se detuvo en seco frente al comité de bienvenida que aguardaba en posición de firmes como un solo hombre. Un suboficial de la Legión se precipitó a abrir la puerta del Mercedes. Himmler salió de la berlina seguido del capitán, y respondió mecánicamente a los saludos fascistas de los españoles. Escuchó con educación las manifestaciones de gratitud del general, de las que no comprendió una sola palabra, y luego se volvió hacia los religiosos, que se inclinaron respetuosamente. Uno de los monjes balbuceó algunas palabras que le tradujo el capitán.

—El padre Andreu se siente muy honrado de recibirle —dijo el alemán—. Le presenta las excusas del abad, el padre superior, que se encuentra en este momento en Gerona. Fue avisado de vuestra llegada demasiado tarde.

Himmler agitó su mano con aire lacónico y se inclinó para susurrar en la oreja del capitán.

—Dígales que no quiero que me molesten dentro del monasterio.

—No hace falta.

Los dos hombres se giraron. El hombre de la cicatriz estaba frente a ellos y alzó el brazo hacia Himmler.

—*Heil Hitler*. He convencido al general Ariagas para que nos deje hacer la

visita solos. Le he dicho que quería rezar a la Virgen Negra antes de volver a Alemania.

Himmler mostró una mueca falsamente desaprobadora.

—Yo... Rezar a la Virgen... Qué gracioso, Karl.

El Oberführer Weistort le contestó con una gran sonrisa.

—Cuánto me alegra verle —continuó Himmler—. ¡No me haga esperar! ¿Ha encontrado la segunda esvástica tal y como se indica en el *Thule Borealis Kulten*?

El Oberführer mantuvo su sonrisa intacta.

—En el libro se dice que se encuentra en un lugar llamado Montseg, lo que podría corresponder a la antigua grafía de Montserrat.

—¿Ha podido explorar el lugar?

—No, Reichsführer, he llegado hace apenas una hora. Mi avión se averió durante su escala en Toulouse y he tenido que continuar el viaje en coche durante la noche. Y pensar que he atravesado la mitad de la India y una parte del Tíbet y que jamás he tenido un problema de transporte... Pero, respondiendo a su pregunta, un monje nos espera en su celda. Solo necesitamos un traductor.

Weistort echó un vistazo por encima del hombro de Himmler y divisó al ayudante de campo que discutía con el general.

—¿Es él?

—Sí, el primero que me asignaron desapareció el mismo día de mi llegada, una intoxicación alimentaria o algo por el estilo. Este parece más despierto de mente, aunque quizá demasiado hispanófilo para mi gusto.

—Pertenece a la Wehrmacht...

—Lo sé, pero los SS que hablan español no son legión...

Himmler hizo una señal a su ayudante de campo, que subió los escalones

para reunirse con ellos. Este saludó de forma impecable a Weistort, quien le escrutó sin disimulo.

—Vamos a necesitar de su talento, capitán.

—A sus órdenes —contestó el joven oficial, un poco incómodo bajo la mirada fija del recién llegado.

Cuando los tres alemanes se adentraron en el edificio principal, un dulce perfume a flor de azahar envolvía la entrada sombría y fresca. Atravesaron un largo corredor de blancos muros desnudos. Himmler caminaba a paso vivo, escoltado por Weistort, mientras el capitán les seguía a una distancia respetuosa.

Himmler hablaba en voz baja.

—Y pensar que el objetivo principal de mi viaje a España depende de un insignificante fraile.

Pasaron por una suntuosa biblioteca y bordearon la entrada de una capilla hasta encontrarse frente a las puertas de un puñado de celdas; una de ellas estaba abierta de par en par. La habitación vecina dejaba filtrar un rayo de luz. Una sombra fugitiva apareció y desapareció igual de repentinamente.

Himmler se quedó en el umbral de la puerta mientras los otros dos alemanes entraban. En el interior, un hombre con tonsura y rostro surcado por múltiples y finas arrugas negras estaba sentado en una sencilla silla. Mascullaba oraciones a la vez que apretaba un rosario de perlas de madera gordas como aceitunas. Vestía un sayal sucio que apestaba a moho.

Weistort no pudo evitar posar una mirada despectiva sobre el crucifijo que colgaba de la pared detrás del monje y que soportaba a un Cristo lívido y descarnado. La sangre brotaba con generosidad de sus pies y de su frente.

El monje inclinó la cabeza al advertir su llegada, pero sin marcar una

especial deferencia. Su mirada parecía ausente.

Weistort posó una mano en el hombro del capitán.

—Pregúntele si ha oído hablar de un pequeño cuadro en el cual está pintado un castillo con una estrella encima.

El capitán arqueó una ceja sorprendido.

—Creía que el Reichsführer estaba interesado en el Grial.

—¡No discuta y traduzca! —rezongó el Oberführer.

El capitán trasladó la pregunta al monje, que hizo un gesto con la cabeza.

—Dice que los republicanos saquearon el monasterio hace casi dos años. Pero se acuerda del cuadro que estaba oculto en el *scriptorium*.

Weistort no manifestó ninguna emoción, pero su respuesta sonó como un silbido.

—¿Y puede recordar algún detalle? ¿Un nombre?

El monje le observaba con mirada vacía mientras hablaba a la oreja del traductor. Este último agachó la cabeza.

—Dice que eran todos rojos, unos brutos hijos del demonio. Crucificaron a uno de los monjes. Había un jefe, Jaime, y otro, un francés. Fue él quien robó el cuadro. No sabe nada más.

Weistort dio un puñetazo a la pared. Su rostro parecía esculpido en granito. Himmler, que lo había escuchado todo, no se tomó la molestia de ocultar su decepción.

—Dos años... Demonios. Habrán sido ejecutados o quizá hayan huido a Francia. Temo que esta visita no haya servido de nada. Y pensar que convencí al Führer para que se reuniera con ese asno de Franco para poder venir aquí...

Salieron de la celda con paso lento.

—Ya no me queda nada que hacer en este país —declaró Himmler con una

mueca—. En cuanto a usted, Weistort, debe seguir la pista. Inmediatamente. Necesitamos ese cuadro a cualquier precio.

Weistort entrechocó sus talones.

—¡A sus órdenes!

De pronto, de una celda vecina salió un cura con sotana. Un gigante con la frente muy ancha.

—Reichsführer, es un honor conocerle —exclamó en un alemán perfecto.

Tendió su mano a Himmler, que retrocedió instintivamente. Jamás tocaba a sus interlocutores, era una cuestión de higiene.

Weistort se interpuso.

—¿Quién es usted?

El hombre mostraba una gran sonrisa.

—Soy el padre Matteus, capellán jefe de la guarnición de Barcelona. Vengo a menudo aquí para reposar.

—Habla bien nuestro idioma —remarcó Weistort.

El hombre se pasó la mano grande como una sartén por el mentón mal afeitado.

—Es porque pasé seis meses en Munich durante la Guerra Civil. Formaba parte de una delegación de la Iglesia española. Soy un gran admirador de vuestro Führer, aunque me han contado que no va a misa con tanta frecuencia como nuestro caudillo.

Lanzó una mirada de reojo a la celda de la que habían salido.

—No he podido evitar escuchar su conversación. Deben perdonarme... — Vaciló unos segundos y luego prosiguió—: Resulta que además de mis funciones, a menudo me llaman de los campos de reeducación nacional para guiar a las almas perdidas y, a veces, darles los sacramentos antes de las ejecuciones.

Himmler le observaba con curiosidad.



—He trabado conocimiento con algunos —continuó el cura—. Y a veces discutimos en sus celdas. He tratado de salvar a aquellos que lo merecían. El papa Pío XII es, de hecho, el primero en reconocer que...

El Oberführer levantó la mano para interrumpirle.

—Nuestro tiempo es precioso, padre. Vaya directamente al grano.

El gigante se frotó de nuevo el mentón.

—Sí, desde luego... Discúlpeme. Hace dos semanas me encontré con un tipo llamado Tristan. Un nombre poco común entre nosotros. Tristan. No recuerdo su apellido, pero me acuerdo muy bien de él. Es francés. Ese hombre tiene una gran cultura y conoce los evangelios a la perfección. Algo bastante infrecuente entre los rojos. Pertenecía a esas malditas Brigadas Internacionales que tanto daño nos hicieron... Tal vez...

El rostro de Weistort se iluminó.

—¡Por fin una pista! ¿Y sabe en qué prisión se encuentra?

—No, formaba parte de un destacamento a la espera de que le asignaran un centro de detención. Ha habido un montón de prisioneros después de la victoria. Me ha parecido entender que la nueva administración no contaba con tener tantos prisioneros. De ahí las ejecuciones en masa...

El cura parecía realmente entristecido al pronunciar esas últimas palabras.

—¿Y nada más?

—No, espero que eso les sirva de ayuda. Y tendría una pequeña petición, si no es abusar demasiado.

Una expresión de desconfianza se dibujó en el rostro de Weistort, pero inclinó atentamente la cabeza. El cura prosiguió con voz quejumbrosa:

—En Munich no cometí más que un pecado... La cerveza de Tannenberg. Una maravilla. Sé que su embajador la recibe para sus recepciones. ¿Sería posible conseguir una caja o dos?

Himmler sonrió.

—Con sumo gusto, padre. Incluso diez. Me encargaré de ello personalmente.

Los tres hombres se alejaron por el pasillo, dejando al gigante con sotana transido de felicidad. Himmler parecía más relajado.

—Si aún fuera católico, diría que ese hombre es una señal de la Providencia. Ya no nos queda más que encontrar a ese Tristan, y confiar en que los franquistas no lo hayan fusilado. ¿Quiere ocuparse de mi traductor?

Weistort acarició maquinalmente su fina cicatriz y lanzó una mirada hacia el capitán, que les seguía como un perro fiel.

—Deme unos minutos y eche un vistazo al retablo de la capilla. Necesito hablar con él.

Himmler se encogió de hombros y se alejó para entrar en la capilla mientras que Weistort llamaba al capitán.

—Sígame, me gustaría enseñarle una cosa.

Los dos hombres entraron en la sala capitular, en cuyo extremo había un gran balcón. Weistort atravesó la sala con paso vivo y salió al aire libre. Frente a él se erguían las paredes de la montaña de Montserrat y hacia abajo caía un abismo vertiginoso.

Se subió al parapeto del balcón, con la dimensión justa para que cupieran sus zapatos, y contempló el panorama con aire de conquistador.

—Únase a mí, capitán.

El traductor obedeció a regañadientes, padecía vértigo desde la infancia, pero no quería exhibir esa debilidad delante de su superior. Subió a su vez y se colocó al lado de Weistort. No se atrevía a mirar hacia abajo. La cabeza empezaba a darle vueltas, pero disimuló.

Weistort contemplaba la montaña y abría sus brazos como si la saludara.

—Adoro la montaña, no se la puede engañar. ¿No es ese el verdadero lugar de un SS? ¿Colocarse por encima de la humanidad?

—Sí... Oberführer, aunque yo no soy un SS.

El joven oficial sentía que le flanqueaban las piernas mientras luchaba con todas sus fuerzas para permanecer firme. Por debajo de él, debía de haber al menos trescientos metros de desnivel.

Weistort prosiguió con voz suave.

—El Reichsführer me ha ofrecido sus servicios, pero necesito saber si puedo confiar en usted. ¿Lo comprende?

—Por supuesto. Estaré encantado de trabajar a su lado.

Weistort posó un brazo en su hombro.

—Bien... Relájese y disfrute de la vista. Admire estas espléndidas montañas a nuestro alrededor. La naturaleza es un templo sagrado y hay que preservarlo.

—Sí...

—¡Admirable! La montaña... La más bella encarnación de la belleza y la armonía. Como nuestra obra nacionalsocialista. El propio Führer ha instalado su cuartel general en Berghof, un lugar magnífico e inspirador. La leyenda dice que el emperador Federico Barbarroja está enterrado allí, a la espera de ser despertado.

El Oberführer bajó los ojos hacia el precipicio.

—Me gusta decir que la última cosa que uno debería ver antes de morir tendría que ser algo bello.

Con un enérgico gesto, empujó al capitán al vacío. Durante una fracción de segundo, el desgraciado batió los brazos como un pájaro torpe, y luego cayó hacia la escarpada hondonada lanzando un grito prolongado. Su cuerpo rebotó varias veces en las rocas como si fuera un muñeco de trapo.

Weistort esperó al último bote y luego, satisfecho, se bajó del balcón. No

necesitó más que un puñado de minutos para reunirse con Himmler, quien le esperaba en la entrada de la capilla.

—¿Dónde está el capitán?

—Ha tenido una desafortunada caída. Qué mala suerte, toda esa pura sangre alemana perdida.

—¿Qué ha sucedido?

La expresión del Oberführer se dulcificó.

—No tenía nada contra él, pero es preciso no dejar ningún testigo: nuestra búsqueda es demasiado importante.

—Sí, pero va a necesitar un traductor para encontrar el rastro del francés.

—Eso no es problema. Me gusta hablar español aunque no sea un idioma ario.

Himmler sonrió.

—Había olvidado su don para los idiomas, mi querido Karl. Por mi parte, preferiría que la humanidad no hablara más que una sola lengua. El alemán.

*Seis meses después*  
*Prisión de Montjuic, Barcelona*  
*Mayo de 1941*

La primavera había llegado a Barcelona. A pesar de tratarse del comienzo de la estación, el sol caía implacable sobre la ciudad. En las laberínticas callejuelas que rodeaban las Ramblas se hacía difícil encontrar una sombra. Tan raro como cruzarse con sus habitantes. Entre los edificios en ruinas arrasados por los obuses, las fachadas con restos de metralla y los cascotes que se acumulaban hasta la altura de las ventanas, la vieja ciudad contaba con más población de ratas que de humanos. Sin embargo, los escasos moradores que sobrevivían, entre los escombros, si bien estaban desesperados, aún tenían un último consuelo. Y no era el de Dios, que les había abandonado, sino el de una sombra. Una sombra maléfica, la de la prisión de Montjuic, que dominaba Barcelona.

A una madre a cuyo hijo le faltaba la leche, le bastaba contemplar la abrupta masa de la fortaleza para, rápidamente, dar gracias al destino por morirse de hambre y no estar encerrada entre esos muros de muerte.

Ahí arriba, achicharrados por el ardiente sol y azotados por el viento seco que llegaba del interior, se hacinaban miles de detenidos republicanos en un vertedero a cielo abierto.

Ahí arriba, al fondo de un calabozo subterráneo, se pudrían el irlandés, Jaime y Tristan.

Cada mañana el juez Teros, enfundado en un traje negro a pesar del calor, esperaba la llegada del autocar al pie de la colina de Montjuic. Después de que la ciudad cayera en manos de los franquistas, había retomado el ejercicio de su profesión. Le habían confiado la instrucción de los expedientes más sensibles: destapar a los comunistas más empedernidos y a los anarquistas fanáticos entre la multitud de soldados prisioneros. Desde hacía más de un año, hacía desfilar por su despacho, uno a uno, a todos los detenidos para interrogarlos en profundidad. Y cada fin de semana veía florecer más montículos en la tierra recién removida justo debajo de su ventana, como prueba de la eficacia de su trabajo.

Sin embargo, tras múltiples pelotones de ejecución semanales, los comunistas se convirtieron en un bien escaso, y en cuanto a los anarquistas, ya no se encontraba ninguno en el mercado. Así pues le confiaron una nueva misión.

Al apearse del autocar para franquear el puente que se extendía sobre el foso de la prisión, el juez Teros se frotó las manos. Su nuevo cometido era emocionante: esta vez no se trataba de enterrar a enemigos políticos, sino de encontrar a una banda de saqueadores. Unos meses antes de la caída de Barcelona, un comando republicano se había apoderado del monasterio de Montserrat para vaciarlo de sus riquezas. Pero esos impíos no se habían detenido ahí: antes de huir, se habían atrevido a clavar a uno de los curas en una cruz. El desgraciado no había sobrevivido al suplicio. La frente del juez se contrajo por la rabia. ¿Cómo se habían atrevido a atacar bienes sagrados de la Iglesia? Y lo que es peor, ¿a un hombre de Dios? Habían hecho bien en confiarle esa instrucción. Iba a mostrarse implacable.

Al llegar al despacho, su secretario le tendió el expediente. El juez no lo abrió. Como de costumbre, prefirió interrogar a su mano derecha.

—¿Cómo hemos identificado a esos hombres?

El secretario era un funcionario meticulado. No había un solo asunto en curso del que no conociera hasta el más mínimo detalle.

—El grupo armado que atacó el monasterio estaba compuesto por catorce hombres. Doce españoles y dos voluntarios extranjeros. Para encontrarlos, hemos cotejado los testimonios del padre superior de la abadía y los archivos de los republicanos en los que se conservaba una lista de los miembros del comando. La mayor parte de ellos no sobrevivió a los combates posteriores. Estamos seguros de la muerte de nueve de ellos. Dos han sido declarados desaparecidos. A menos que ya estén al otro lado de los Pirineos.

El rostro del juez Teros se contrajo en una mueca de disgusto. Más de medio millón de republicanos se habían refugiado en Francia. ¡Esos cobardes, traidores! Tras aguardar respetuosamente un minuto a que se desvaneciera la indignación silenciosa del juez, el secretario prosiguió:

—Los tres supervivientes están detenidos aquí. Jaime Echeverría, un vasco capturado empuñando las armas cerca de Gerona. Colman Flanders, un irlandés arrestado cuando intentaba vender un cáliz de plata para poder pasar a Francia.

—Extranjero, ladrón y encubridor... —murmuró Teros con condescendencia.

—Y luego, un francés...

—Y a este, ¿dónde lo habéis pillado?

—En un museo municipal, en Castellón de Ampurias.

—¿Hacía turismo cultural? —ironizó el juez.

—No, se hacía pasar por el guardián. En la debacle, nadie le prestó atención. Hablaba perfectamente español, conocía a fondo las colecciones... Y como el alcalde, el consejo municipal y los funcionarios habían huido, fue condecorado para dar ejemplo.

—¿Está bromeando? —se indignó Teros.

—Nunca, señor juez. Fue arrestado en una pelea con los miembros del partido. Entretanto, se había paseado por todas partes con falsas identidades. Un auténtico camaleón.

—Cuenta conmigo para hacerle apreciar el gusto por la metamorfosis. Pero antes una última pregunta: ¿qué fue del botín?

El secretario alzó los brazos por encima de su cráneo carente de pelo.

—Nadie lo sabe. Según los interrogatorios, los saqueadores se lo remitieron a las autoridades republicanas. Después...

—Después esos perros ávidos se sirvieron bien de él, ¡puede estar seguro! Un relicario de oro para uno, un candelabro de plata para otro, y todo eso para terminar en una fundición clandestina. Nunca encontraremos nada, aunque... El irlandés, ¿ha dicho que intentó vender un copón?

—Así es, señor juez.

—Otro con manos ligeras... Haced que lo interroge la Guardia Civil. Y que me lo traigan mañana a primera hora, si aún sigue vivo, por supuesto...

—¿Y los otros dos?

El juez miró por la ventana que daba a los antiguos jardines. Cuatro nuevos montículos habían aparecido en la tierra. Sus colegas no perdían el tiempo, incluso le llevaban ventaja. No era cuestión de quedarse atrás.

—En cuanto al vasco... Muerte de un cura, actos de sadismo, sacrilegio... Hay que dar ejemplo. ¿No llegan hoy a las once los nuevos prisioneros? Y siguen pasando por la terraza superior, ¿verdad?

—Sí, señor juez. Doscientos detenidos que vienen de toda España. Todos muy pertinaces.

—¡Pues entonces vamos a domarlos! Cuando esos miserables se hallen en la terraza, justo por encima de nosotros, que los guardias los pongan en fila. Voy a ofrecerles un espectáculo excepcional, créame.

El secretario no pudo evitar estremecerse.



—Sí, señor juez.

Tieros se frotó las manos. La mañana comenzaba bien.

—Y ahora, haga venir a ese francés...

Cuando Tristan entró en el despacho, el juez le clavó la mirada en un punto preciso de su rostro, justo por encima de las cejas. Tieros había observado que esa mirada persistente desestabilizaba a los detenidos, que imaginaban que el juez miraba por detrás de ellos. Con frecuencia echaban una ojeada hacia atrás, suspicaces, y se ponían nerviosos perdiendo pie ante la andanada de preguntas. A decir verdad, se batían contra dos adversarios: el juez y su imaginación, y siempre perdían. Tristan, sin embargo, sonreía. Acababa de percibir su reflejo en un espejo. Pese a su barba de eremita y sus cabellos alborotados, aún pudo reconocerse. Muchos detenidos, enflaquecidos por las repetidas privaciones y abatidos por las sórdidas condiciones de su detención, habían perdido hasta la luz de su mirada. Pero no era el caso de Tristan. El juez advirtió que se miraba en el espejo.

—Y bien, Juan, ¿está viendo a un espantapájaros o a un fantasma?

—A un fantasma —respondió Tristan—. Tienen el don de atravesar los muros y las puertas. En prisión eso puede ser útil.

El juez no cayó en su provocación. Nadie escapaba de Montjuic. Ni los vivos ni los muertos.

—Los fantasmas tienen además otro don. Se acuerdan perfectamente de su pasado. Lo que no parece ser su caso. Además le han arrestado bajo el nombre de Juan Labio, un nombre muy español para alguien que es francés.

Tristan no respondió y dejó que el juez continuara.

—Pero nosotros hemos topado con otra identidad diferente: Tristan Destrée. Si es que no se trata, una vez más, de otra falsa identidad. También nos hemos apoderado de un informe sobre usted de los archivos administrativos del extinto ejército republicano —continuó Tieros con una

breve sonrisa de soslayo, que dejaba a la vista sus incisivos. Siempre que hacía destacar algún detalle mostraba ese reflejo carnívoro—. He visto que realizó sus estudios en París, en historia del arte... y que luego trabajó para la familia... Bloch... Unos conocidos financieros que descubrieron su pasión por la pintura...

—Deseaban crear una colección de obras de arte, y yo les aconsejaba en sus adquisiciones.

—Viajes a Londres, Milán... Estaba en Madrid justo antes de la Guerra Civil. ¿Haciendo qué?

—Evaluaba una colección privada de la que mi empleador deseaba adquirir algunas obras.

—Sí, la colección del marqués de Valdemosa. Un aristócrata con convicciones republicanas. No tuvo buena fortuna, a pesar de ello. Está muerto y sus cuadros son ahora mismo propiedad del Estado.

—Tenía unos magníficos Velázquez —comentó sobriamente el francés.

—Y luego vuelve a aparecer en Barcelona en otoño de 1939. Un curioso lugar para un aficionado al arte. Una ciudad entregada a la anarquía...

—El marqués de Valdemosa poseía una propiedad en la periferia que contenía parte de su colección. Me pidió que me asegurara de transferirla a Francia.

El juez alzó una mirada irónica hacia Tristan.

—Un seguro de vida, en cierto modo... No obstante, es a usted a quien le habría venido bien tener uno. ¿Qué hizo la noche del 12 de enero de 1939?

Tristan volvió la cabeza hacia la ventana. Un extraño aroma subía del exterior. O más bien dos. Había un olor a tierra removida, suave, y luego otro, más mareante, que no conseguía identificar. Cerró los ojos para olfatearlos mejor.

—¿Está buscando en sus recuerdos? Si es así, voy a refrescarle la

memoria. Durante esa noche usted, junto con otros trece salteadores, atacó y saqueó el monasterio de Montserrat. Ah, lo olvidaba, y también mató a un hombre.

Tieros sabía por experiencia que cuando se acusaba a un sospechoso de alguna muerte, este protestaba airadamente, pero el francés no reaccionó. Era como si se mostrara indiferente a cualquier cosa que pudiera pasarle.

—Para ser exactos, usted lo crucificó y él no sobrevivió. Y, por tanto, tenemos profanación de un lugar santo, robo de objetos sagrados, asesinato de un cura...

El juez dejó la frase en el aire. El veredicto era evidente, pero quiso que planeara la duda. Un hombre que cree que va a morir se vuelve súbitamente muy charlatán.

—Parece que fuera reseda —pronunció lentamente Tristan—. El olor que sube por la ventana.

Tieros frunció los labios, enfurecido. Con lo que le gustaba practicar ese cruel juego del gato y el ratón durante sus interrogatorios, detestaba que le chafaran ese placer. Adoraba inspirar terror, adoraba ver cómo este se apoderaba de los rostros hasta deformar los rasgos, adoraba percibirlo en las palabras de traición, de humillación... ¿Y este francés creía que podía privarle de ello? ¡Pobre imbécil!

—Secretario, ¿qué hora es?

—Casi las once, señor.

—¿Ha transmitido mis consignas?

—Sí, señor juez. El vasco ya está abajo.

Tieros se levantó y comprobó si el francés estaba bien esposado. Solo faltaría que saltara por la ventana.

—Sígame.

Tristan le obedeció. En el jardín, tambaleándose entre dos guardias civiles,

estaba Jaime. Sus piernas apenas eran dos llagas en carne viva.

—La Guardia Civil tiene sus propios métodos para interrogar. Verter sal en las heridas es uno de ellos. Al parecer el dolor es insoportable. Y me inclino a creerlo, pues su amigo, el Jefe, se ha ido de la lengua. Ha dicho que fue usted quien clavó al sacerdote en la cruz.

Tristan no respondió.

—Fíjese que yo no lo creo. El padre superior de Montserrat fue muy explícito en su testimonio: fue Jaime Echeverría quien cometió ese acto irreparable. Y va a pagar por ello.

Tieros asintió con la cabeza dos veces. Uno de los guardias que estaban junto al Jefe se agachó y tiró de una lona que Tristan no había advertido.

La tierra negra de un foso apareció ante sus ojos.

—Recién excavado —precisó el juez.

Justo por encima de ellos, comenzó a oírse ruido de pasos.

—Son los nuevos prisioneros, que acaban de llegar. Van a disfrutar del espectáculo. Normalmente fusilamos a los condenados en la ciudad para dar ejemplo, y luego los enterramos aquí. Pero por ser su amigo Jaime, he ordenado un tratamiento especial.

Bajo la ventana, los guardias comprobaban las ataduras de su prisionero. Un garrote alrededor del cuello, un nudo corredizo ciñendo las manos y una cadena de gruesos eslabones para los tobillos.

—Arrojadle.

El cuerpo gimiente de Jaime rodó al foso, su rostro pegado contra el suelo.

—Dadle la vuelta —ordenó Tieros—, quiero que se vea cómo se muere. — Y luego, girándose hacia Tristan, añadió—: ¿Se preguntaba qué olor era el que subía desde el jardín?

Una primera paletada de tierra cayó en el foso.

—El perfume de una ejecución nunca es el mismo. Un cuerpo acribillado

de balas emana un olor acre, repulsivo, pero que no dura demasiado. Los colgados, en cambio, huelen a los excrementos con los que se han manchado...

Para entonces, las piernas de Jaime ya estaban cubiertas de tierra negra.

Había dejado de gritar. Sus ojos dilatados se clavaban en el cielo azul como un enigma insoportable.

—Los enterrados vivos, por el contrario, exudan un olor agrio, el olor del miedo... ¿Empieza a notarlo?

Ya solo sobresalía el rostro, rodeado de tierra oscura. A su alrededor, los dos guardias, con una pala en la mano, esperaban la orden del juez para concluir la faena. Tiers hizo un gesto con la cabeza. Una nueva paletada cayó sobre Jaime Echeverría.

—¿Se ha preguntado cuál será su olor cuando acabemos con usted? —interrogó el juez.

Otra paletada, aún más cargada, siguió a la anterior.

—Usted, Tristan Destrée, o como quiera que sea su verdadero nombre, morirá entre sangre, en su propia sangre.

*Prusia Oriental*  
*Bosque de Schorfheide*  
*Mayo de 1941*

Le ardía la garganta, la sangre afluía a sus arterias como un torrente devastador. Jamás habría creído posible que su cuerpo pudiese hacerle sufrir hasta tal punto. Aminoró el paso y se dejó caer contra una roca recubierta de musgo.

Trató de recuperar el aliento, pero el aire glacial apenas conseguía llegarle a los pulmones. Miró en dirección a la verdosa pendiente que se extendía desde la linde del bosque y percibió, un poco más abajo, las luces de Heisenberg. La ciudad no estaba a más de dos o tres kilómetros de distancia. Allí podría encontrar refugio.

«Gracias, Dios mío.»

Una esperanza renovada le recorrió mientras se masajeaba los muslos doloridos. Tenía que aguantar, tratar de no desfallecer. El padre Breno no había corrido de esa forma en toda su vida. Salvo una vez, en Colonia, para atrapar al ladronzuelo que había robado un crucifijo de plata de la capilla del pequeño seminario. Pero eso sucedió hacía más de treinta años. Desde que ejercía como sacerdote, sus piernas solo le servían para lo mínimo indispensable. Decir misa, celebrar matrimonios y entierros o acudir junto al lecho de sus parroquianos; actividades, todas ellas, que no requerían gran forma física.

La cabeza le daba vueltas y los ojos le escocían. El cura lanzó un vistazo atrás, pero los sombríos y enormes árboles bailaban a su alrededor. Si no le estuvieran persiguiendo, se habría detenido para disfrutar de ese magnífico paisaje que se ofrecía ante sus ojos. Aquel bosque era muy bello. Bello y cruel. Y se fundía con sus perseguidores. Podía sentirlo en lo más profundo de su ser. En esos sombríos árboles, Dios no era bienvenido, y mucho menos su servidor. Quizá ya no fuera bienvenido en toda Alemania. Ni siquiera en Europa.

Se secó las lágrimas que resbalaban por sus ásperas mejillas. Cuando los tres agentes de la Gestapo fueron a buscarle al presbiterio tres días antes, no se sorprendió demasiado. Los policías habían sido corteses, una pequeña conversación en la comisaría central, nada más. Pero él no se engañaba, sabía muy bien por qué le buscaban. La semana anterior, cuando regresaba en bicicleta tras haber dado la extremaunción a un parroquiano, se había detenido en un paso a nivel. Un tren de mercancías estaba ahí bloqueado, aparentemente con la locomotora averiada. Otro tren había estacionado un poco más lejos de la vía. Los soldados de las SS iban y venían entre los dos convoyes.

Se había ocultado entre la maleza por miedo a que lo tomaran por un espía. Y luego empezaron a oírse chasquidos metálicos y gritos, y las puertas de los vagones se abrieron para derramar un cargamento de seres humanos. Hombres, mujeres y niños. Los SS les gritaban para trasladarlos al otro tren. Por primera vez, el mal había aparecido en su vida de sacerdote. Por supuesto, como muchos alemanes, sabía que deportaban a los judíos a los «campos de trabajo», pero ahí descubrió una realidad que superaba su entendimiento.

Incluso asesinaron a algunos. Una pareja de ancianos, que habían caído al saltar del vagón y no podían levantarse. Un oficial se les acercó y les disparó

en la cabeza. Oculto en la maleza, el padre Breno no había podido despegar los ojos del tirador, hipnotizado por su orondo rostro jovial. Dos soldados arrojaron rápidamente los cadáveres a un lado del arcén, como si de sacos de basura se tratara.

Aterrorizado, permaneció oculto durante más de una hora, el tiempo suficiente para que el segundo convoy infernal se alejara al ponerse el sol. Allí solo, en ese crepúsculo glacial, había comprendido dos cosas.

Satán existía. Y era alemán.

De vuelta en su iglesia, se había postrado de rodillas delante del altar para rezar por esa pobre gente. Pero no fue suficiente, los remordimientos le corroían, había actuado de forma parecida a aquellos que contemplaron, sin hacer nada, a Cristo emprender el camino de la cruz. No podía quedarse de brazos cruzados.

Tres días más tarde, en el púlpito, había pronunciado un colérico sermón, el más bello que hubiera dado jamás, en el que explicó lo que había visto. Los rostros de sus parroquianos se quedaron petrificados. Después de misa, prácticamente todos se habían volatilizado, tenían miedo. Y más tarde esa cobardía se había transformado en delación.

Los policías no se lo llevaron a la comisaría sino a una especie de refugio forestal perdido en medio de los bosques, encastrado en una inmensa propiedad rodeada de altos muros de piedra. Le habían insultado, calificado de traidor al Führer, pero curiosamente no acabaron con él. Le habían alimentado y luego le proporcionaron ropa limpia. Otros dos prisioneros ocupaban las celdas contiguas, pero luego desaparecieron uno tras otro. Una noche, esa noche, uno de sus guardianes había entrado en su celda vestido de cazador.

—Padre, van a venir mañana temprano para transferirlo al campo de



Dachau. Ahí es donde encierran a los sacerdotes y pastores desleales con la patria.[10] Es la antecámara del infierno. Voy a dejar la puerta abierta.

—¿Por qué lo hace?

—Soy nazi, pero también un buen católico. No puedo permitir que maten a un hombre de Dios. Márchese enseguida, diré que me ha dejado inconsciente.

Le explicó el camino a través del bosque para poder llegar a Heisenberg. Justo antes de partir, el padre Breno le había preguntado dónde se encontraban. El cazador le contestó con aire enigmático.

—En la guarida del Ogro, padre. Él no tiene piedad alguna por sus presas. Corra. Corra como si el diablo le pisara los talones.

Había pasado una hora desde su fuga. Se obligó a inspirar más lentamente. A ralentizar su respiración y a disipar el miedo. Pero este persistía.

Un ronco aullido resonó detrás de los árboles. Y luego otro. Seguido de un tercero.

Se enderezó de un salto.

No se trataba de aullidos, sino de ladridos de perros. Unos perros adiestrados para cazar y despedazar la carne de las presas a las que perseguían. Los había visto destrozar a unos conejos vivos que los guardias balanceaban en sus jaulas para divertirse. Sin embargo, su ferocidad no podía compararse con la de sus amos, que eran las verdaderas bestias. El sadismo llevado al extremo. Le habían hecho albergar una absurda esperanza. El guardián se había burlado de él.

Era solo una presa que rastrear y abatir. Nada más.

El ruido de un cuerno resonó en el bosque. Un destello de luz surgió a un lado y a otro, entre los troncos.

La jauría se impacientaba.

El padre Breno aferró con todas sus fuerzas el crucifijo que le habían permitido llevar alrededor del cuello y comenzó a murmurar con voz opaca.

Las voces eran ya perceptibles. Distinguió relinchos y el ruido compacto del galope de caballos en la tierra húmeda.

La jauría estaba feliz.

Supo entonces que jamás alcanzaría Heisenberg a tiempo. Su Cristo había elegido esa rutilante noche para que se uniera a él.

Alzó los ojos enrojecidos hacia el cielo iluminado por el resplandor de la luna.

El miedo desapareció.

Haría frente a sus verdugos, como Cristo había hecho dos mil años antes. Ahora todo se había vuelto más claro.

Su muerte era un regalo. Un regalo de su creador para que redimiera sus años de ceguera, de sumisión y de egoísmo.

Agarró una rama muerta y la partió en dos sobre su rodilla. Luego retiró la cadena del crucifijo y anudó las dos ramas entre sí. La cruz tenía un aspecto un tanto defectuoso con sus ramas horizontales que se retorcían en los extremos, pero era la cruz más bella que hubiera visto jamás.

La deslizó hasta fijarla en la fisura de la roca y se arrodilló delante de ese altar improvisado.

«Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino...»

No tuvo tiempo de terminar, los aullidos se transformaron en gruñidos. Gruñidos que sonaban muy cerca.

Se giró lentamente. Cinco perros estaban plantados frente a él. Sus cuerpos en tensión, los ojos semientornados, los hocicos fruncidos, los dientes brillando como cuchillas bajo el efecto de los rayos de luna.

La jauría exigía su cobro.

Los monstruos habían sido adiestrados a la perfección, jamás atacarían sin una señal de su amo.

El Ogro.

De golpe lo comprendió todo. Los perros, el refugio en la propiedad, esos hombres vestidos de cazadores. Estaba en los terrenos del Montero Mayor del Reich y Señor de los Bosques.

El mariscal Hermann Goering.

Detrás de los perros, los haces de luz desgarraban la oscuridad. Podía oír perfectamente el clamor excitado de los cazadores.

El padre Breno se enderezó y cruzó los brazos como muestra de su firmeza. Les ofrecería su perdón, pero no su miedo.

Dos siluetas a caballo aparecieron en un claro entre los árboles.

El caballero parecía desproporcionado con respecto a su montura, que daba la impresión de ser demasiado pequeña, pues su masa corporal desbordaba la silla. Portaba un fusil que levantó para apuntar.

El Ogro a caballo.

El padre Breno sonrió. Una imagen ridícula surgió en su mente. La de Sancho Panza, el rollizo compañero de don Quijote, encaramado en su asno.

Al lado del mariscal, el otro jinete, más delgado, parecía más proporcionado con su caballo, de una blancura casi fantasmal. Sostenía una gran ballesta en su mano derecha.

El momento había llegado.

El padre Breno alzó un brazo para bendecir a sus verdugos.

«Perdónalos, porque no saben lo que...»

No pudo terminar la frase, sonó un disparo. Fruto del impacto, se vio proyectado contra la roca. Se deslizó lentamente hasta el suelo, su espalda resbalando contra la piedra. Un dolor agudo le desgarró el lado derecho del vientre. Se llevó la mano a la aureola pegajosa que se expandía por su camisa.

¿El gran montero era un cazador torpe o acaso quería prolongar su placer?

—*Angriff!*[11]

El grito del mariscal resonó a través de la noche. La jauría se abalanzó sobre el sacerdote, el golpeteo del galope de los dos caballos llenaba la oscuridad.

El padre Breno se estremeció y cerró los ojos.

«Dios mío, haz que sea rápido. No poseo... la fuerza de los mártires.»

Su plegaria fue escuchada al instante.

Una flecha de la ballesta se clavó en su pecho. Justo por debajo del corazón. Sintió las primeras mordeduras de dos perros que habían llegado antes hasta él.

—*Leg dich Schlafen!*[12]

La voz del Ogro atronaba por encima de él. Como por un milagro, los perros, con la boca ensangrentada, habían liberado sus piernas y se habían recostado en el suelo.

Reconoció al orondo Goering increpar enfurecido al caballero que guardaba la ballesta en su funda.

—Frau Von Essling, la presa estaba paralizada por el miedo. Ha frustrado a mis perros de su placer, privándome de un espectáculo selecto.

El último rostro que vio el padre Breno fue el de una hermosa mujer rubia con ojos almendrados. Se erguía como una amazona sobre su caballo y observaba su agonía. La mirada clara e impasible.

Esa noche había lleno completo en Carinhall, la suntuosa residencia de caza del Reichsmarschall, que se encontraba a una hora en coche desde Berlín. Como cada año, el Montero Mayor organizaba una fiesta magnífica para celebrar el final de la temporada. La impresionante sala de recepción, con las paredes decoradas con cabezas de ciervos, gamos, osos y jabalíes, estaba a

rebosar. Más de doscientos privilegiados, entre cazadores y sus esposas, conversaban alegremente al ritmo de un vals interpretado por una orquesta con traje tradicional, pantalón de piel y sombrero con penacho. Reinaba un ambiente de euforia, la mayor parte de los hombres allí reunidos habían participado en las victoriosas campañas militares del Reich.

A diferencia de las veladas oficiales del régimen, pertenecer a las altas esferas del partido no era suficiente para ser convidado. Aquí se codeaba una curiosa mezcla social: burguesía, aristocracia, miembros influyentes de la administración del Reich, oficiales de la Wehrmacht, pero también apasionados de la caza surgidos del campesinado, a menudo las mejores escopetas del país. En el Tercer Reich, la caza seguía constituyendo una auténtica institución con sus códigos, sus reglas y sus partidarios diseminados por todo el territorio. Una red poderosa, más abierta que la de la caza a caballo en Inglaterra, pero igual de celosa de su elitismo de gatillo. Para obtener un puesto o una invitación, un buen carnet de cazador era una llave maestra que abría tantas puertas como un carnet de adhesión histórica al partido. En Alemania, la montería ejercía su poder, discreto, mucho antes de que Hitler viniera al mundo. Y si bien el Führer aborrecía la caza y la carne, el Montero Mayor y Señor de los Bosques la practicaba con pasión y por placer. El Ogro dirigía esa fraternidad carnicera con jovial apetito y un puño de acero tan sólido como el de sus Mauser de competición. Había inventado además una divisa que había hecho colgar con letras de oro en su despacho de Berlín:

«La caza es el arte de hacer que corra la sangre estando en buena compañía».

De pronto el *Danubio azul* dejó de sonar en la sala. El director de orquesta acababa de recibir la señal de la llegada del señor del lugar. Su batuta dio varios giros. Los primeros compases de la *Sinfonía heroica* atravesaron el

aire cargado de humo cuando el anfitrión apareció en lo alto de la monumental escalera de mármol claro.

Todo vestido de seda gris, con una banda blanca alrededor de su vientre, pantalón de cuero completado con botas de montar, el Ogro no tenía parangón a la hora de lucir atuendos excéntricos.

Una salva de aplausos recorrió la sala mientras el sátrapa se subía al estrado para hablar por el micrófono. Después de Johann Strauss, Beethoven fue interrumpido en seco. La voz atronadora de Goering invadió el salón.

—Señoras y señores, les doy la bienvenida a Carinhall, templo de la caza y de los placeres que de ella se derivan. Este año, la cena está compuesta de piezas escogidas que he abatido yo mismo. Y dada la numerosa concurrencia, puedo asegurarles que me han dado ustedes mucho trabajo. No se lo cuenten al Führer, o pensará que he desertado de mi puesto en la Luftwaffe y que los ingleses van a recibir menos bombas.

Las risas resonaron bajo la mirada golosa del Ogro. Era el único jerarca nazi que se permitía hacer bromas en cualquier circunstancia.

—Si hay algún vegetariano perdido en esta sala, le sugiero que se haga invitar en casa del Reichsführer Himmler. Va a organizar una velada de pepinos y calabazas arias la semana que viene.

La concurrencia parecía animada, incluso el puñado de oficiales y cazadores de las SS que habían sido invitados se rieron a carcajadas.

—Mis muy queridos amigos, declaro oficialmente el final de la temporada de caza y el comienzo de las festividades.

Goering se abrió paso en medio de sus invitados, que se dirigían hacia el comedor, distribuyendo calurosos apretones de mano con sus regordetes dedos enjorjados con gruesos anillos tornasolados. Además de la caza, el opio, la moda y los cuadros, el mariscal sentía pasión por las joyas, al igual que una cortesana del siglo XIX.

Posó sus ojos en la joven rubia de tez bronceada y aspecto de Diana cazadora que le había frustrado el deleite con su presa humana. Algo comprensible. Erika von Essling era la única mujer del salón que llevaba pantalón y botas. Toda una provocación, pero siempre había apreciado la audacia y la excentricidad, lo que le diferenciaba de los otros miembros del régimen. Goering la conocía desde hacía tiempo, había sido amigo de su difunto padre, el conde Von Essling. Decepcionado por no haber tenido un varón, el aristócrata renano se había encargado personalmente de la educación de su única hija. Le había enseñado lo que una mujer no aprende nunca en la alta sociedad: la caza, la esgrima y el tiro. En la nueva Alemania, donde la mujer era celebrada ya fuera por su belleza o por su competencia como reproductora de la raza aria, Erika desentonaba. Pero podía permitírselo, su familia era poseedora de los altos hornos y las fábricas de armamento que funcionaban sin descanso. Obuses, blindajes y bombas se habían convertido en la especialidad de la familia. Con el curso de los siglos, la naturaleza del poder había cambiado, pero no ellos. Con cada barrido de escoba de la historia, siempre se posicionaban del lado del más fuerte. Como otros muchos industriales, el padre había financiado la ascensión de Hitler cuando este apareció como el único bastión contra la escalada de los comunistas. El conde Von Essling no había podido ver la llegada al poder de su pupilo, pues había muerto en un accidente de caza la víspera de la toma de posesión del nuevo canciller. Desde entonces, la corporación estaba dirigida por su viuda desde Berlín. Por su parte, la hija había descubierto su pasión por la arqueología y gozaba de una excelente reputación en los medios universitarios, en los que aventajaba a sus colegas masculinos.

El Ogro se acercó a la joven, retirada en una zona del salón poco frecuentada. Parecía fascinada por el gigantesco retrato de una mujer de mirada dulce y descuidada elegancia sentada en un sofá.

—Toda mujer apropiada del Tercer Reich debe llevar vestido por la noche —dijo Goering observando a la amazona.

Erika, que no apartó los ojos del cuadro, contestó sin darse la vuelta:

—Yo no he sido nunca muy apropiada.

Goering se acercó a ella y contempló también el lienzo. Un velo de tristeza cayó sobre su redondo rostro. Dos finas lágrimas asomaron al rabillo de sus ojos.

—Veo que la ha reconocido... Carin, mi primera esposa, fallecida en 1931. El gran amor de mi vida. Ella también detestaba las convenciones. Le debo tanto... Bauticé esta finca como Carinhall en su memoria. Nadie lo diría, pero soy un gran sentimental.

—Una mujer magnífica. Y a Emmy,[13] ¿qué tal le va? —replicó Erika.

—Bien, está tomando las aguas en Baden-Baden. No me gusta tenerla por aquí durante mis cacerías.

La tomó por el brazo.

—Frau Von Essling, me ha desilusionado. Demonios, ¿por qué disparar de buenas a primeras a la presa? Le he hecho el honor de invitarla a mi última cacería privada de la temporada. Participar en el acoso de un hombre es un honor ofrecido a muy pocos invitados.

La joven volvió tranquilamente el rostro hacia él.

—No me había advertido que estábamos cazando a un ser humano. Un tanto sorprendente para un gran sentimental.

—Eso no tiene nada que ver. No todos los hombres poseen el mismo valor. Y además, me gustan las sorpresas. Usted es una de las pocas mujeres en este país que practica la caza y que, además, posee una imagen que muchos hombres desearían. Pensaba que le proporcionaría placer. Pero no ha respondido a mi pregunta.

Ella miró fijamente a aquel hombre obeso.



—Debe achacarlo sin duda a un antiguo trasfondo en mi educación protestante. He sentido piedad por ese pobre cura. ¿Por qué lo eligió?

Goering se reía a carcajadas, sus carnosas mejillas oscilando como las olas en un mar embravecido.

—¡No lo supe hasta el último momento! Cada año, Pollo frío, perdón el Reichsführer Himmler, me envía una selección de tres prisioneros para la caza. Normalmente suelen ser judíos o comunistas, esta vez ha incluido a un cura en el lote. Esa debe de ser su forma de hacerse el gracioso.

La joven le lanzó una mirada gélida.

—No veo nada cómico en acosar a unos pobres bribones en un bosque y asesinarlos.

Los ojos del grueso mariscal se entornaron.

—Vamos, querida... Por la forma en que ha abreviado los sufrimientos de nuestra presa, está claro que no es la primera vez que mata a un ser humano. Eso incluso me ha sorprendido. Estaba convencido de que me dejaría completar esa tarea. Le asombraría saber el número de invitados que se han desinflado en el momento de apretar el gatillo.

Erika no respondió. Había aprendido a enmascarar sus emociones en el nuevo orden nazi. Sin embargo, Goering era un espécimen desconcertante. El hombre que tenía delante podía soltar una lágrima, auténtica, ante el retrato de su esposa y ejecutar a unos pobres tipos durante sus parodias de caza a caballo. De hecho, era tan despiadado como su padre, el conde Von Essling. No era sorprendente que se hubieran hecho amigos.

Goering adoptó una voz adulatora y le pasó un brazo por los hombros.

—Erika, si mi información es exacta, ¿va a trabajar para el Ahnenerbe, el Instituto de Himmler?

—Está mejor informado que yo. Lo único que sé es que me ha invitado a su castillo de Wewelsburg en los próximos días.

El Montero Mayor perdió su cordialidad.

—Preste atención a donde mete sus bellas botas, frau Von Essling. El nacionalsocialismo es una obra extraordinaria que ha transformado Alemania. Una revolución en la historia de la humanidad, y yo soy uno de sus pilares. Al igual que el Führer, lo veo como un astro resplandeciente que debe irradiar al mundo, y calcinar a aquellos que no son dignos de recibir su luz. Pero algunos se han vuelto hacia una dimensión aún más radical. Himmler con sus malditos SS, esos monjes-soldados fanáticos, son la encarnación perfecta. Profesa doctrinas extrañas y absurdas y, lamentablemente, su poder no cesa de extenderse.

La joven arqueó una ceja.

—¿Y entonces?

—Si las SS son una galaxia, el Ahnenerbe es su sol negro.

*Barcelona*  
*Prisión de Montjuic*  
*Mayo de 1941*

Como cada mañana a las diez, un ojo inquisidor se sumergía en la penumbra mugrienta de la celda 108. Un calabozo situado en la base de los muros, apenas iluminado por una antigua tronera.

—¡Madre de Dios, cómo apesta aquí! ¿No crees que deberíamos entrar? Tal vez se esté descomponiendo.

A través de una mirilla, uno de los guardias observó el suelo cubierto de paja húmeda donde un cuerpo, acurrucado, yacía sin dar señales de vida.

—Es francés, por lo visto ha matado a un cura... ¿De verdad quieres ocuparte de esa carroña?

—El juez Tiers ha dicho que le tiene preparado un castigo ejemplar. No tengo intención de que se nos escape de las manos antes de que suceda.

—Ya hace tres semanas que se pudre aquí. Tu juez se ha olvidado de él. Con todas las fosas que llena cada semana... ¿Y sabes qué?, nosotros también tenemos que olvidarlo. Le pones agua, una escudilla con sopa y volvemos mañana. Y entonces, si no ha tocado la comida...

—... estaremos cubiertos.

—¡Y sobre todo nos habremos librado de él! Pero habrá que limpiar la celda a fondo. Es increíble que pueda apestar así. Cualquiera pensaría que los gusanos están a punto de reventarle el vientre.

Se produjo un chasquido seco. La mirilla se había cerrado. Los pasos de los guardias se alejaron por el corredor. En la celda 108, una mano se movió, ascendiendo a lo largo del cuerpo y hundiéndose bajo el pecho. Un olor insoportable invadió la estancia mientras que el cadáver de una rata en plena descomposición aterrizaba contra muro.

Tristan la había matado seis días antes.

Esa mañana de hacía casi una semana, se había sentado en el ángulo más sombrío de su celda dejando en el centro la escudilla con la sopa que le habían deslizado bajo la puerta. Una primera rata apareció, esquelética, golpeando el suelo con el rabo. Una exploradora. Sin acercarse a la comida, bordeó un muro, y luego otro, y se batió en retirada. Poco después apareció otra que, con paso discreto, se apostó cerca de la escudilla y se quedó quieta como si le hubiese dado una parálisis súbita. «La vigía», pensó Tristan, «se integra en el entorno y espera a ver si se declara algún peligro. El secreto está en ser más paciente que ella». Al cabo de unos largos minutos, la cola de la vigía se estremeció y luego serpenteó por el suelo. Finalmente, la rata se movió. Se acercó a la comida, pero no la tocó. Cuando su hocico estuvo bien impregnado de los olores que emanaban del recipiente, empezó a retroceder y desapareció.

Sin apresurarse, como si estuviera de visita, una rata de un tamaño sorprendente surgió de un agujero entre la paja. «El macho dominante.» Había enviado a su rendida servidora a realizar la labor de aproximación. Ahora, ya podía pasearse con toda tranquilidad. Excepto que había olvidado algo...

El roedor se estaba dando un atracón de una sopa muy espesa. Demasiado espesa, a decir verdad. Solía ser apenas un poco de caldo en donde flotaba un

mendrugo de pan rancio mientras que esa era una sopa inhabitualmente espesa... «Lo que has olvidado es mandar a una catadora.»

De pronto, el ruido frenético del macho dominante devorando todo a su paso se apagó bruscamente. Tristan se levantó. A pesar de la penumbra, podía distinguir la mirada del roedor paralizada por el estupor. Su cuerpo acababa de abandonarle. Él, que aplastaba a todos sus rivales, que mordía a sus hembras hasta desangrarlas, ya no podría tiranizar más a nadie. En pocos segundos, sus ojos atontados se apagaron sin entender nada. Sin entender que el salitre, que Tristan había raspado de los húmedos muros y mezclado con la sopa, era letal para una rata. Incluso para un macho dominante.

Unos minutos más y su olor a muerte haría surgir a sus súbditos. Se morían de hambre y de odio. Y su antiguo jefe terminaría devorado, engullido... Aunque Tristan tenía otros planes para él.

En pocos días, el cadáver del roedor se había descompuesto y un olor pestilente había invadido la celda. El francés aprovechó para acurrucarse en el lugar más sombrío de su calabozo. Debido a la afluencia cotidiana de prisioneros, los carceleros hacían su guardia a toda prisa. Un olor sospechoso, un cuerpo inmóvil. Y como buenos funcionarios aplicaban una regla universal: esperar. Tras la ronda matinal, Tristan sabía que contaba con veinticuatro horas. Los celadores no volverían a abrir la mirilla hasta el día siguiente. El olor a muerte que invadía la celda le aseguraba soledad y protección.

Durante su detención, había podido medir el largo y el ancho de la celda, estudiado la construcción de la bóveda y calculado el grosor de los muros, para acabar concluyendo que sus oportunidades de evasión fracasarían ante la pericia de los albañiles de la Edad Media.

Sin embargo un detalle le agujoneaba. Cada día, prácticamente a la misma hora, oía una catarata de agua justo en el borde de la tronera. En un primer momento pensó que se trataba de una cañería a lo largo de la fachada, pero no vio rastro de humedad que hubiese podido salpicar la fina abertura vertical. Así que terminó por suponer que en el interior del muro debía de haber un conducto que databa de la época de la construcción del castillo. Sin duda la salida de una letrina. A menudo esos conductos eran de gran tamaño, pues por ellos se arrojaban toda clase de desperdicios.

Actualmente ese canal de evacuación sería usado por las cocinas de la prisión, puesto que se había fijado en que el flujo de agua se oía siempre después de la hora de comer o de cenar. Dicho de otro modo, la vía estaba libre durante toda la noche.

Tristan apoyó el talón en el alféizar inferior de la tronera y tanteó las piedras laterales. En medio de la penumbra, pudo notar bajo la palma de su mano una espuma esponjosa que debía de haber atacado también a las juntas.

Saltó de vuelta al suelo, revolvió en la paja y extrajo un trozo de metal curvo.

Le habían encarcelado con sus zapatos, de los cuales una punta estaba guarnecida con una media luna metálica. Desollándose los dedos, había logrado soltar el hierro para poder utilizarlo como un punzón.

El mortero entre las piedras era poroso. En dos horas logró soltar un bloque y lo fue retirando centímetro a centímetro. Finalmente la piedra se despegó. El conducto tenía que estar justo detrás, pero la oscuridad del calabozo no le permitía saberlo con seguridad. Pese al olor infernal, agarró a la rata por la cola y la lanzó por el agujero negro que el bloque arrancado había dejado al descubierto. Tristan sonrió. Una serie de golpes cada vez más amortiguados resonaron por la abertura del muro: era el cadáver del macho dominante, que había conseguido deslizarse por el conducto medieval. No se

había equivocado. Sin embargo el acceso era demasiado estrecho para un hombre, había que quitar una segunda piedra.

En menos de una hora había logrado retirar un nuevo bloque. Así agrandada, la abertura ya era practicable.

El conducto vertical se reveló más amplio de lo previsto. Pese a la oscuridad reinante, distinguió, a intervalos regulares, rectángulos luminosos que se elevaban en altura. Sin duda eran orificios de ventilación que podían servirle de puntos de apoyo. Bien pegado contra el muro, Tristan confiaba en trepar al menos hasta el piso superior. Se deslizó por el acceso, clavó los pies y lanzó sus manos a la búsqueda ciega de un saliente. Lo que encontró fue una junta medio deshecha que le sirvió para izarse hasta la primera boca de ventilación. Acomodó su pie derecho antes de empezar a subir. Tenía la impresión de reptar en vertical. Su respiración resonaba entre los muros. No se atrevía a mirar hacia abajo por miedo a percibir el ojo ávido de un pozo sin fondo. Lo que le esperaba arriba no podía ser peor que lo que imaginaba por debajo. Ese pavor en el estómago le empujó a ascender aún más rápido para escapar de la angustia de la caída. Finalmente, sintió un reborde bajo sus dedos ya ensangrentados. Se alzó hasta él para darse de bruces con un muro perforado para la salida de una simple tubería. Tanteando las juntas por donde el cemento se deshacía, reconoció una pared de ladrillo. Una construcción precipitada y, sin duda, reciente. Trató de calmar su respiración y permaneció durante unos cuantos minutos al acecho. Sin embargo, detrás de la pared todo estaba en silencio. No había por qué vacilar. A pesar de los calambres, se incorporó de cara al muro y dio un fuerte golpe con el talón. Un primer ladrillo voló al otro lado, seguido de otro. En pocos minutos, el centro del muro había desaparecido. Tristan se deslizó por él, su pecho lacerándose con

las aristas de ladrillo, y se encontró en una especie de armario repleto de cañerías de desagüe, pero cerrado por una sencilla puerta. Con mucha delicadeza, abrió el batiente.

La cocina estaba sumida en la oscuridad. Atravesó la estancia sin hacer ruido en dirección a una de las ventanas. La cocina daba sobre el patio central, una decena de metros más abajo. Una solución peligrosa e inútil. Más le valía pasar por la puerta y tratar de encontrar una salida por el interior. Dos batas usadas colgaban cerca de la entrada. Tristan se hizo con una, y luego se inclinó sobre el fregadero para lavarse la cara. Prefería no verse, aunque en esa prisión los guardias estaban tan infestados de piojos como los prisioneros, así que podía pasar inadvertido.

Para evitar que las miradas se posaran en su rostro, Tristan fingió cojear haciendo chasquear su suela contra el suelo. Tanto los dos guardias como la enfermera con los que se cruzó, se fijaron solamente en su pie antes de acelerar el paso. Había logrado recorrer un largo pasillo sin llamar la atención. Si no estaba equivocado, se estaba desplazando en dirección al muro exterior, dando la espalda al patio. Las puertas de acceso estaban todas vigiladas, pero debía de haber entradas de servicio más discretas.

Tristan buscaba una en concreto.

Se dejó guiar por el olor.

La muerte tenía tres olores.

El primero era ácido y volátil, pero lo impregnaba todo a su paso. Era el perfume de los cadáveres recientes lo que Tristan seguía. Lo había notado al principio del pasillo, al salir a un rellano que daba sobre un tramo de escaleras.

Solo tenía que seguirlo hasta su origen.



A medida que descendía una escalera iluminada por una bombilla mortecina, se fue haciendo más denso. Ya no era el aroma ácido del principio, sino un hedor acre que brotaba en tenaces bocanadas. El olor de los cuerpos que han perdido toda dignidad.

La morgue estaba muy cerca. El olor a muerte se pegaba a la garganta convirtiéndose en una tortura. El francés contuvo el aliento y empujó la puerta.

El espacio del depósito estaba dividido en dos: por un lado, los fusilados, donde algunos esperaban una fosa desde hacía días, y por otro, los prisioneros muertos de hambre o enfermedad, cuya piel traslúcida servía de mortaja al esqueleto. Tristan avanzó. Para ganar espacio algunos cadáveres habían sido apilados unos sobre otros y se fundían como un sorbete derretido. El olor había cambiado, ya no se distinguía, sino que evocaba carnes carcomidas y putrefactas, el vuelo negro de los cuervos... Tristan vaciló antes de rehacerse, al menos nadie iría a buscarlo allí. Tras haber sido interrogado por el juez Tiers, sabía que los cuerpos de los fusilados los enterraban en los fosos de la prisión, mientras que los otros cadáveres los arrojaban a un osario en el exterior. Lo que confirmaba una hilera de sacos depositados en el suelo frente a una puerta cerrada.

Contó once. Todos parecidos. Todos de lona cosida. La tela atada precipitadamente con un grueso cordón. Uno de los sacos aún mostraba el diseño impreso de unos granos de café... La muerte lo recicla todo.

Tristan inspeccionó las improvisadas mortajas con minuciosidad. La séptima pareció convenirle: no olía todavía demasiado fuerte y no se filtraba nada a través de su tejido. Agarró el cordón y lo retiró con precaución. Iba a necesitarlo. El cuerpo estaba boca arriba, enflaquecido y tumefacto. Lo asió por los tobillos y lo amontonó en la pila gelatinosa de los fusilados.

Había quedado un sitio libre.

Unos pasos resonaron poco antes del mediodía. El ruido de fuertes pisadas golpeó el suelo con cadencia.

—¿Cuántos debemos transportar hoy?

Se oyó un crujido de papel.

—Once.

—¿Dónde siempre?

—No, el osario está lleno. El otro día, los vecinos vieron un brazo que sobresalía del suelo. Para evitar altercados, hay que encontrar otro sitio, no muy lejos, y que sea discreto.

—¿Y quién va a romperse los brazos cavando como condenados? ¡Ya estoy harto! Dime, ¿están vestidos los cadáveres?

—No tienes más que comprobarlo.

Tristan escuchó un desgarró.

—¡Desnudos como el padre Adán! Mucho mejor. Así no quedará nada.

—¿Dónde quieres deshacerte de ellos?

—En el Tibidabo.

—¿En las colinas?

—Sí, desde el principio de la guerra ningún cazador ha ido por allí arriba. Debe de estar plagado de animales. Sobre todo de jabalíes. Esas bestias se lo comen todo.

El francés oyó un segundo desgarró. Un muerto acababa de levantarse.

—¡A los jabalíes no, a los jabalíes no!

—Llama al juez —gritó uno de los guardias—, es un detenido. Quería fugarse.

En su mortaja, Tristan comprendió que todo había acabado. Cuando dos prisioneros tienen la idea de fugarse al mismo tiempo, caen los dos.

—Abrid todos los sacos —silbó la voz del juez, que había acudido rápidamente.

La hoja del cuchillo que desgarraba la tela cortó la oreja del francés y dejó escapar un grito.

—Y yo que le estaba buscando —se regocijó Tiers—. Precisamente tenía que darle una noticia.

Aún tambaleante, Tristan se levantó. El juez sonrió.

—Va a morir hoy.

*Londres*  
*Barrio de Westminster*  
*Mayo de 1941*

Cuando salió del búnker subterráneo, un hedor a cenizas frías, infecto y sofocante como un gas venenoso, se le metió hasta la garganta. Tosió en su pañuelo de seda, bordado con una «C», y descubrió los restos de piedra que se amontonaban ante él. Las arrogantes y majestuosas mansiones victorianas no eran más que fachadas destripadas y ennegrecidas. En segundo plano, unas sombras gigantescas danzaban bajo la puesta de sol. Danzaban y devoraban la ciudad enrojecida.

—Dios mío... Así que esto es el apocalipsis —murmuró con voz quebrada.

Por todas partes se oían explosiones y el aullido de las sirenas. Alzó la cabeza y percibió unos finos meteoros de metal que caían del cielo entre estelas de fuego. No se trataba de aviones alemanes. Sintió ganas de gritar de rabia, pero ningún sonido escapó de su boca seca. Ahí, ante sus ojos, Londres no era más que un montón de ruinas. De llamas. Y de muertos.

Un ruido sordo resonó por detrás del refugio de hormigón. Una nueva explosión. Las piedras brotaron a su alrededor y aterrizaron sobre la punta de sus enfangados zapatos.

—¡Hay que regresar, señor primer ministro! —gritó un hombre a su lado, un coronel con el uniforme sucio y desgarrado.

Winston Churchill se giró hacia el militar, pero no encontró fuerzas para

responder. Sintió que dos guardias le empujaban hacia atrás para llevarle de nuevo al agujero y no ofreció resistencia.

Su cerebro había dejado de obedecer, ya no era más que una carga para su cuerpo. Los medicamentos que su médico personal le obligaba a tomar día y noche desde hacía semanas habían aniquilado su voluntad.

Al cabo de unos largos minutos de caminar por un túnel resbaladizo se encontró de nuevo en una sala de conferencias delante de un grupo de oficiales con rostro extenuado.

—Está todo perdido, señor primer ministro —anunció uno de ellos, un general que ostentaba un bigote con las puntas hacia abajo—. Los alemanes han tomado la ciudad y están avanzando por el norte hacia Piccadilly Circus.

Churchill sacudió la cabeza incrédulo.

—¿Dónde está Wessex? Debería entrar con las tropas blindadas en Hyde Park. ¡Él nos salvará!

Los oficiales intercambiaron miradas dubitativas.

—El general Wessex está muerto y su unidad ha huido en desbandada —respondió uno de los militares—. Debe tomar medidas, señor primer ministro. Refugiarse en un lugar seguro antes de que...

El rostro de Churchill se oscureció y dio la impresión de que su boca se plegara sobre sí misma. Agitó una mano temblorosa en dirección a los oficiales.

—¡Jamás! ¿Me han oído? ¡Jamás! —espetó—. Prefiero morir aquí antes que huir como un cobarde. Y el rey Jorge, ¿dónde está?

—En Cardiff, con la familia real. Están listos para embarcar en un acorazado Dreadnought en dirección a Irlanda. Los alemanes han asegurado que no los harán prisioneros.

Churchill dejó caer su puro con laxitud, su mirada clavada en el retrato de rostro austero del rey colgado en la pared.

—Así pues, seré el último en salvar el honor del imperio.

El coronel que lo había acompañado fuera del refugio le agarró por los hombros.

—¡Entonces márchese a Escocia! Aún hay tiempo. Un puente aéreo aguarda todavía en el parque de Kensington. Un Lancaster que solo espera una señal suya para despegar y conducirlo a Edimburgo donde...

El primer ministro golpeó la pared con el puño.

—¿Y si los alemanes me interceptan? ¿Se le ha ocurrido pensarlo? ¡Me arrastrarían por las calles para humillarme! Hitler me haría bailar en el extremo de una cuerda. Jamás le concederé ese placer. De todas formas, ya he tomado mis precauciones.

Rebuscó en el bolsillo de su pantalón y extrajo una cajita de metal ennegrecido. La abrió y sacó una minúscula ampolla de cristal llena de un líquido ambarino.

—Cianuro. Un último cóctel y yo...

En el momento en que pronunciaba la última palabra, una violenta explosión resonó sobre sus cabezas. La virulencia fue tal que las paredes se abatieron sobre los oficiales. Una nube de polvo inundó la sala.

Cuando se dispersó, al cabo de unos segundos, Churchill se levantó a duras penas en medio de los escombros. Tosía como un condenado.

Súbitamente aparecieron frente a él unos hombres con uniforme de combate, todos con el rostro cubierto por máscaras de gas. Todos con casco alemán.

El primer ministro retrocedió hasta apoyarse contra una pared de hormigón.

Uno de los soldados avanzó unos pasos y se retiró la máscara. Era un hombre rubio, con rasgos finos y regulares, casi dulces, como los de un ángel, pero sus ojos azules destellaban de rabia. Parecía el arcángel san Jorge.

Y él, Winston, era el demonio. Trató de agazaparse, pero sabía que eso no serviría de nada.

El alemán alargó una mano por encima de él y bramó.

—He venido a buscarte. Inglaterra debe morir. Y tú serás el primero.

Churchill gritó.

Y se despertó.

Su corazón latía desbocado.

A su alrededor todo estaba en calma. Solo el ronroneo del generador contiguo rompía el silencio en el que estaba sumida su habitación. Encendió la lámpara de la mesilla e, instintivamente, agarró la Browning 12 que había escondido debajo del colchón. En ese mismo instante, llamaron a la puerta.

—¡Señor primer ministro! ¿Va todo bien?

—Sí, todo bien, Andrews —respondió Churchill con su ronco tono habitual—. Tengo... hambre, tráigame ya el desayuno.

Echó un vistazo al reloj de pared que tenía enfrente. No eran más que las seis. Demasiado tarde para volver a dormirse. Se sentó en la cama y encendió el primer puro del día contemplando la habitación en la que se encontraba.

Techo bajo, paredes de hormigón recubiertas de mapas de Europa tachonados con banderines con la cruz gamada. Una bandera inglesa y un retrato de Su Majestad el rey Jorge V por toda decoración. En el fondo de la habitación, si es que podía dársele ese nombre, una mesa de hierro flanqueada por cuatro sillas a juego. Como únicos elementos insólitos, unas lámparas de estilo victoriano con pantalla malva y un tapiz muy elegante de Woolgore y Brothers. Había un aparato de radio conectado, pero la señal no funcionaba más que intermitentemente.

«Lúgubre.»

Fue la primera palabra que le vino a la mente.

Golpeó la punta de su puro contra el cenicero y tomó la primera decisión sensata del día. Esa noche regresaría a dormir a su casa, a la superficie, en el número 10 de Downing Street. Prefería mil veces asumir el riesgo de morir por una bomba de la Luftwaffe que enterrarse en ese agujero como una rata. La Sala de Guerra no serviría más que para las reuniones.

Un cuarto de hora más tarde, un hombre de tez rojiza entró portando una gran bandeja.

—Buenos días, señor primer ministro. ¿Ha pasado buena noche?

—Execrable. He tenido una pesadilla terrible. Los alemanes nos habían ganado la partida y venían a buscarme las cosquillas. Nunca más volveré a dormir aquí. Acabaré sumiéndome en una depresión.

Churchill se levantó y se instaló ante el desayuno mientras su ayudante de campo ponía la mesa.

Café, huevos revueltos, mermelada de membrillo, pan fresco, mantequilla y lonchas de beicon acompañadas de judías. Un verdadero lujo en esa Inglaterra en pleno racionamiento, pero él no manifestó falsa vergüenza. A grandes responsabilidades, un desayuno de verdad. Era el único lujo que se permitía junto con los puros y el whisky. El ayudante de campo abrió los batientes de un ropero encastrado en el hormigón.

—¿Qué traje se pondrá hoy?

—El de tweed gris que me regaló mi mujer para hacerme pasar la píldora de los acuerdos de Munich. De hecho, hay que avisarla para decirle que esta noche iré a dormir a casa.

Una mujer morena, de unos treinta años, asomó la cabeza por la ranura de la puerta.

—Los expedientes para el consejo de guerra, señor.

—Gracias, Kate, déjelos sobre el escritorio —respondió sin volverse.



La secretaria cruzó la habitación con paso rápido. Vestía una falda recta gris que le llegaba por debajo de las rodillas, y depositó la pila de expedientes en el borde de la mesa todavía vacía. Un fajo de carpetas de cartón atado con una cinta elástica.

—La sesión debe celebrarse en una hora y media, señor primer ministro.

—Gracias. ¿Qué tal van sus dos niñas?

—Las han trasladado a una granja de Surrey junto con toda su clase.

—Bien, al menos no caerá sobre sus cabezas la mierda de ese gordo de Goering.

La joven no respondió, contentándose con sonreírle. Esa sonrisa rompió el corazón del primer ministro. Era la de una madre separada de sus hijos que no quería mostrar su dolor. Como la de decenas de miles de inglesas valientes.

La contempló cerrar la puerta y se giró hacia su ayudante mientras apuraba la taza de café.

—En mi sueño, yo quería suicidarme. ¿Existirán cápsulas de cianuro al whisky?

—No que yo sepa, pero voy a informarme. En caso afirmativo, ¿las querrá de puro malta o con una pizca de turba?

Churchill le obsequió con una sonrisa cómplice; entre otras muchas cosas, apreciaba a ese hombre por su impecable humor. Mientras devoraba una gruesa rebanada con mermelada que rezumaba por los bordes, se acomodó en su silla y repasó la agenda del día con aire malhumorado. Estaba ocupado hasta las diez de la noche.

—¡Demonios! Dirijo una guerra, debo tomar decisiones que tendrán consecuencias incalculables para nuestro país y me han endosado una entrevista con el representante de los charcuteros de Yorkshire. ¿Es una broma?

—Seguramente su secretario pretende abastecer las despensas del refugio. Es un encuentro altamente estratégico.

—Por compasión. Suprímame esa cita, Andrews. O acórtemela. A menos que los teutones desembarquen en Dover durante la jornada, pretendo regresar a mi casa esta noche.

El ayudante de campo arqueó las cejas e hizo girar su estilográfica alrededor del folio durante largos segundos. Podía oír cómo Churchill masticaba el pan.

—Quizá se podría aplazar la entrevista de las cinco con los representantes de las industrias textiles y reunirse con ellos la semana que viene en la sede del patronato. Entonces podría recibir al comandante Malorley del SOE justo después de desayunar. Tenía cita para última hora de la mañana.

El rostro del primer ministro se iluminó. El SOE, el Servicio de Operaciones Especiales,[14] era la unidad de contraespionaje que él mismo había creado en pleno verano de 1940 justo después de la caída de Francia. Su bebé. Una unidad de información independiente de los servicios tradicionales como el MI6 y que no tenía que rendir cuentas a nadie más que a él. El SOE debía, según su expresión favorita, «llevar el fuego sagrado de la resistencia por la Europa ocupada». Sabotajes, asesinatos, maniobras sucias y desinformación eran las palabras maestras de los «irregulares de Baker Street», como los apodaban con desprecio sus homólogos refinados del MI6. El primer ministro se rascó la cabeza con aire pensativo.

—Malorley... Malorley... Ah, sí, el responsable de Propaganda y guerra psicológica. ¿Podrá avisarle con tan poco tiempo?

—Sí, precisamente ha venido esta mañana muy temprano a inspeccionar el dispositivo de protección de la Sala de Guerra. Supongo que aún se encuentra en el ala oeste.

Transcurrió un cuarto de hora antes de que un hombre de gran estatura

vestido con uniforme de comandante entrara en la sala. De unos cuarenta años, sienes despejadas y mentón voluntarioso, poseía una mirada penetrante.

—Mis respetos, señor primer ministro.

Churchill le estrechó vigorosamente la mano.

—Malorley, qué placer. Nos vimos el año pasado cuando inauguré su gabinete. Estudió en Oxford y sirvió en el tercer regimiento de las Indias, ¿no es así?

Malorley inclinó la cabeza.

—Para servirle.

Churchill le indicó la silla que estaba frente a él.

—Siéntese y sea breve, comandante. La jornada va a ser larga y me gustaría regresar a Downing Street esta noche.

—Como desee —respondió Malorley abriendo su cartera, que posó sobre la mesa al lado del desayuno. Sacó un fajo de papeles que desplegó delante de Churchill.

—Ahí encontrará el resumen que solicitó sobre la moral de la población. No es demasiado brillante, me temo. Mis colegas me han facilitado además una nota detallada sobre los movimientos de las tropas alemanas en Normandía. Esta ha sido transmitida al Estado Mayor. En otra hoja podrá leer un informe sobre las actividades de sabotaje alemanas en nuestras fábricas de armamento de Coventry y Birmingham. Ayer conseguimos atrapar a tres espías nazis.

—Bravo, Malorley, la primera buena noticia del día. ¿Alguna otra cosa?

El comandante sacó una carpeta de color negro.

—Me gustaría que echara un vistazo al dossier referente al viaje a España del Reichsführer Himmler el pasado otoño.

Churchill se limpió la comisura de los labios con la servilleta.

—España... ¿Sabía que nuestro embajador en Madrid dio saltos de alegría

el año pasado cuando supo que Hitler se había marchado de Hendaya con el rabo entre las piernas tras su desastrosa entrevista con Franco? Espero que no vaya a anunciarme que el caudillo ha cambiado de opinión.

—No, puede estar tranquilo. Pero resulta que uno de nuestros agentes apostados en España nos ha hecho llegar una curiosa información.

—¿De qué naturaleza? Me está intrigando.

—Sobre unas indagaciones arqueológicas que parecen ser muy importantes para Himmler. Durante su visita a Cataluña se desplazó hasta el monasterio de Montserrat, donde se le unió uno de sus más próximos, el coronel de las SS Karl Weistort, quien ha vuelto a Barcelona recientemente.

Churchill frunció el ceño.

—Recuérdeme de quién se trata.

—Es el director del Ahnenerbe, el Instituto que financió la expedición al Tíbet de las SS en 1938. Escribí una nota al respecto.

—No había oído hablar de él.

—El Ahnenerbe es un Instituto cultural anexo a las SS que se ocupa de las búsquedas arqueológicas y esotéricas. Estoy prácticamente seguro de que el jefe de las SS hizo el viaje a España con el único propósito de ir a ese monasterio. Es un hombre al que le apasionan las ciencias ocultas; como bien sabe, numerosos dirigentes nazis están fascinados por el esoterismo. El propio Hitler en su juventud...

Churchill alzó una mano.

—No creo que les sirva de mucho. Que invoque si quiere a Satán y desaparezca de la faz de la tierra. Escuche, mi querido Malorley, no se lo tome a mal, pero no tengo tiempo para interesarme por las excentricidades de los nazis. Tengo una guerra que dirigir y una reunión del Gabinete de Guerra en un cuarto de hora. ¿Hay algo importante?

El rostro del comandante se quedó petrificado. Cerró su cartera pero dejó

la carpeta negra sobre la mesa.

—No, eso es todo. Sin embargo le dejo el dossier. Por si decidiera conocer...

Churchill se levantó y agarró al hombre del SOE por el brazo.

—Le echaré un vistazo. Pero, entre nosotros, Malorley, no pierda su tiempo con sandeces. Los caprichos de Himmler me resultan del todo ridículos. Esto no son las aventuras de Alan Quatermain<sup>[15]</sup> y tengo cientos de carpetas que devorar con temas mucho más esenciales que este. Concéntrese en sus misiones fundamentales.

Cuando Malorley salió del refugio del primer ministro, un coche le esperaba en el aparcamiento. Se montó en el vehículo y cerró los ojos. El chófer ya sabía que debían dirigirse a la sede del SOE. El Hillman 14 arrancó entre la bruma matinal y se alejó de las garitas de protección. Apenas podía verse nada más allá de unos metros.

El jefe del departamento de Propaganda y guerra psicológica del SOE encendió un cigarrillo mientras observaba las aceras, iluminadas por las farolas de sodio, abarrotadas de trabajadores que avanzaban como fantasmas entre la niebla. Desde el principio de la guerra los horarios de trabajo se habían adelantado una hora. Malorley soltaba bocanadas de humo blanco cuyas volutas se enroscaban entre sí como si la bruma exterior se hubiera infiltrado en el coche. En su mente todo estaba claro, no había convencido al primer ministro. Un desastre total.

Aunque furioso, no se daba por vencido, ya que lo que estaba en juego era demasiado importante. Además había hecho una promesa dos años atrás. Aquella noche trágica en Berlín.

—¡Profesor!

*El librero estaba sentado en su sillón con la cabeza inclinada hacia un lado como una muñeca desarticulada. Su cuerpo solo se mantenía derecho por la presión que ejercían las cuerdas que tenía atadas alrededor del pecho. Su camisa estaba manchada de sangre negruzca.*

—Ah, mi... amigo inglés... Le esperaba...

*Trató de soltar las cuerdas, pero estaban fuertemente anudadas.*

—Se han llevado el... libro. El nazi, el SS lo ha robado, se llama... Weistort.

—Voy a llevarle al hospital. Mi coche está aparcado a dos pasos.

*Otto Neumann agonizaba, las palabras le fluían entre espasmos.*

—Ocúpese... Mi mujer...

—¡No! —gritó el inglés.

—Mi escritorio... Yo... He dejado una libreta... *Borealis*.

*Malorley había conseguido desatar las cuerdas. El librero se hundió en el sillón. Sus ojos fijos en la ciudad en llamas. Su ciudad.*

—¡Otto, resista!

—No... Amigo mío, dejo este infierno.

Malorley siguió de nuevo con la vista a la multitud de londinenses que se dirigían al trabajo. Un cuarto de hora de retraso... Un breve cuarto de hora que habría podido cambiar el curso de las cosas. Él habría podido salvar a Neumann y recuperar el *Thule Borealis Kulten*. La obra maldita. Cuántas veces había repasado esos trágicos minutos en su cabeza. Al acercarse a la librería, se había cruzado con dos SS en la acera. Caminaban tranquilamente por un barrio en el que todo era fuego y sangre. Su mirada se encontró con la

de uno de ellos, el que tenía una cicatriz. Jamás olvidaría aquel rostro, el del verdugo de su viejo amigo alemán.

Malorley abrió la ventanilla del Hillman para dejar que entrara un poco de aire fresco.

Había conseguido recuperar el cuaderno del librero, consagrado al *Borealis*. Sus hojas estaban repletas de anotaciones en las que su amigo había dibujado cuidadosamente un castillo medieval.

Se masajeó las sienes y apartó de su mente el rostro del muerto. ¡Si Churchill era cabezota, él lo era aún más! Todavía le quedaba una última carta por jugar. Su último triunfo. Esa carta no la encontraría en un casino sino en una logia. Una logia masónica. La más grande de Inglaterra.

*Cataluña*  
*Mayo de 1941*

El calor le golpeó en cuanto su ayudante de campo abrió la puerta del Mercedes. Un viento seco y ardiente descendía de la sierra hacia la meseta. Con su uniforme negro, Weistort contemplaba las áridas colinas que se escalonaban hasta los Pirineos antes de hundirse en una empinada pendiente hacia el mar. Alcornocales y bosques de pinos piñoneros gemían bajo el viento. Solo los olivos, protegidos por muretes de piedra, permanecían silenciosos. A unos pasos del jefe del Ahnenerbe, un coronel español con uniforme de gala se cuadró, entrechocó sus talones y saludó.

—¿Ha tenido un buen viaje desde Barcelona, Oberführer?

Weistort sacudió la cabeza y le lanzó una mirada indiferente. No le gustaba que le molestaran durante su meditación. Quince siglos antes, en tiempos de las invasiones bárbaras, las tribus germánicas, primero los vándalos y, más tarde, los visigodos, habían conquistado España para convertirla en su reino. Un reino de grandes guerreros, pálidos y rubios. Nada que ver con ese minúsculo oficial de tez olivácea y cabello rizado. Weistort sonrió con desprecio. El ejército alemán había conquistado ya Polonia y Francia, muy pronto le llegaría el turno a España. Algún día, toda Europa no sería más que un solo territorio germano.

—Permítame que le presente al señor Montalbán, que nos acogerá hoy en su ruedo —propuso el coronel con una voz poco firme.



Ante esta última palabra, Weistort se dignó a volverse. Después de todo, las corridas eran la única cosa noble que los españoles habían inventado. En ellas podían medirse la valentía de un hombre y el valor de un animal.

—Muéstreme los toros.

—Debe saber, excelencia, que las autoridades han insistido para que en su honor...

El señor Montalbán no sabía cómo terminar. Jamás en sus cuarenta años de profesión le habían exigido algo así. El coronel Orsana acudió en su ayuda.

—Oberführer, para usted hemos modificado un poco el programa de la corrida... No habrá toros.

Weistort se contuvo para no saltar. Ese retaco de cabello crespo, ¿sabría al menos que la muerte del toro provenía de la más alta antigüedad? ¿Que ya se practicaba entre las legiones romanas para exaltar los valores guerreros? ¿Que bajo el nombre de Mitra, el sacrificio del toro se había convertido en una auténtica religión que había hecho la competencia incluso al cristianismo?

—¿Nada de toros, dice?

—Ni tampoco matador, Oberführer, al menos no como de costumbre. Pero si tiene la amabilidad de seguirme, el ruedo se encuentra solo a unos pasos.

A pesar de la rabia que sentía, Weistort se acopló al paso del coronel. Dejaron atrás un seto de hojas curvadas por el viento, tras el cual apareció un muro blanco. Unos jinetes montados sobre dos caballos brillantes por el sudor estaban apostados a la entrada. Cada uno portando una larga lanza que giraban en la mano.

—Estos son los picadores —explicó el señor Montalbán—. Al principio de cada corrida, su papel es estimular al toro clavándole la pica.

El interior del ruedo era de una blancura deslumbrante que contrastaba con

el tono más oscuro de la arena. Saltaba a la vista que acababan de regarla. Un ligero frescor ascendió hasta la grada en la que Weistort se había acomodado.

—Si no hay ni toro ni matador...

Una puerta resonó y uno de los jinetes surgió por ella. Había cambiado de montura. En lugar de un semental, desenvuelto y nervioso, ahora montaba un caballo con una ancha cerviz que le hacía parecer un centauro. Se situó en el centro de la arena, saludó con altivez y luego, haciendo resonar los cascos de su montura, se giró hacia una puerta de madera roja.

—El espectáculo va a comenzar —anunció Orsana.

El batiente se abrió despacio desvelando un sombrío corredor del que emergió, con paso vacilante, un hombre desnudo, de cuerpo huesudo y mirada alucinada.

—Es Víctor Abril, un anarquista condenado a muerte por haber violado a las religiosas de un convento de Gerona.

A espaldas del detenido, silbó el golpe de un látigo. Proyectado hacia delante, Abril se desmoronó en la arena.

—Levántate, perro, y combate como un hombre —gritó el oficial español.

—¿Y con qué se va a batir? —preguntó Weistort.

—Con lo que le sirvió para cometer su crimen: sus manos y su...

Pero el picador se impacientaba. Daba vueltas alrededor de su víctima como un ave carroñera, punzándole en cada pasada. Muy pronto la espalda del condenado empezó a chorrear sangre.

—¿Sabe por qué regamos la arena antes de una corrida, Oberführer? Pues por placer, para que la arena no absorba demasiado rápido la sangre.

—Al menos el ruedo está a la altura de este combate —respondió Weistort, desdeñoso.

El ánimo del coronel se ensombreció. Alzó una mano, con el pulgar hacia abajo. El picador dejó de dar vueltas a su alrededor. Con un golpe certero clavó el hierro de su lanza en la espalda de Abril y le hizo girar sobre esta en el suelo.

Con los brazos en horizontal y el cuerpo ensangrentado, Víctor Abril semejaba un Cristo crucificado.

—¡Voy a mostrarle cómo tratamos a los cobardes en nuestro país!  
¡Picador, haz una cabalgada para nuestro anfitrión!

El picador lanzó a su bestia al trote. A cada paso, el suelo resonaba con un golpe sordo como si el caballo quisiera marcar la arena con sus herrajes. Al llegar a dos metros del cuerpo tendido, el jinete redujo el ritmo.

—¡Al paso!

El primer golpe de los cascos reventó el tobillo de Abril. Un amasijo de sangre y carne saltó por los aires como un vuelo de insectos. El segundo le destrozó los testículos.

—A un toro meritorio se le cortan sus partes nobles, pero no a los cobardes  
—comentó Orsana.

Pese a su sufrimiento, Abril trató de liberarse. Alzó la cabeza y luego el busto, pero ese fue su último gesto. El pesado casco del caballo se hundió en su vientre. Un géiser de entrañas brotó como un fuego de artificio y luego cayó en oscuras manchas sobre la arena. Sentado al lado de Weistort, el señor Montalbán se dobló en dos. Él, que tantos toros había visto agonizar arrodillados en el centro de la arena, estaba a punto de vomitar.

—El sol —se excusó respirando pesadamente.

El coronel se secó la frente. Solo Weistort permaneció imperturbable. Sus ojos clavados en el rostro del muerto. Un jirón de vísceras le colgaba de la boca. Su último grito había quedado ahogado por un trozo de intestino caído del cielo. Esa visión envilecedora le regocijó. Así debía ser la muerte para los

vencidos, una humillación. No era suficiente con perder la vida, había que perderla de forma vergonzosa.

—Espero que el espectáculo le haya complacido, Oberführer.

El director del Ahnenerbe hizo un breve gesto de asentimiento. Estaba reflexionando. Tan pronto regresara a Berlín, instauraría un nuevo grupo de estudios. Historiadores y antropólogos se dedicarían a investigar la manera en que las civilizaciones antiguas mataban a sus prisioneros de guerra. Ahí había algo que complacería a Himmler. Ya tenía ganas de anunciárselo al Reichsführer.

—Tenemos otro prisionero, un francés. Este también atacó un monasterio. Weistort se volvió bruscamente.

—¿Qué monasterio?

—El más santo de todos, Oberführer, el de Montserrat, la luz espiritual de España, pero aquí tiene al condenado.

Tristan avanzó por el sombrío pasillo al que se accedía por una puerta baja. Justo por encima, apercibió las gradas blancas bajo un cielo ventoso por el que discurría un rosario de nubes casi traslúcidas. La víspera lo habían sacado de Montjuic para subirlo, junto con otros detenidos, a un camión militar. Habían atravesado una campiña que aún mostraba los estigmas de la guerra. Aldeas quemadas, campos abandonados, coches calcinados... Todo tenía el perfume de la derrota. A medida que avanzaban por bacheadas carreteras, el camión se iba descongestionando de prisioneros, entregados a los oficiales de la Guardia Civil. Una de las veces, los militares ni siquiera esperaron a que el camión se pusiera en marcha y una ráfaga resonó en el silencio de la noche, seguida del ruido sordo de los cuerpos cayendo a una zanja.

Muy pronto se quedó el último.

Por la mañana lo habían entregado a unos soldados cuyo uniforme estaba

impecable que lo condujeron hasta el borde de ese pasillo como un gladiador antes del espectáculo.

El ruedo estaba desierto. El viento que gemía entre las gradas acentuaba esa impresión de soledad. Un agudo pitido le hizo volverse. Justo por encima de la entrada, tres hombres estaban sentados en una grada. Un civil y dos militares, de los cuales uno vestía uniforme extranjero.

—Avance hasta el centro de la arena.

A pesar del calor, la arena parecía húmeda. Y lo que era aún más sorprendente, rezumaba un olor que Tristan no consiguió identificar, un hedor mareante como si hubiesen limpiado un estanque lleno de fango.

—Deténgase.

La puerta baja se cerró como si la hubiera empujado una mano invisible. Desde el centro de la arena, el pasillo por el que había salido parecía un profundo pasadizo. «La puerta de las tinieblas», murmuró Tristan justo antes de oír un ruido sordo y cadencioso que fue ascendiendo como una tormenta. Sobre las gradas, uno de los hombres se levantó. Esta vez Tristan reconoció el uniforme. En las charreteras brillaban dos destellos de plata.

De pronto, como si hubiera sido vomitado por los infiernos, apareció un jinete.

En su mano derecha sostenía una lanza que apoyaba contra el hombro, cual caballero de la Edad Media. Cuando estaba a pocos metros de Tristan, bajó su pica, apuntando al bajo vientre.

Un error.

Tristan se cruzó a la carrera por delante del caballo que, sorprendido, se encabritó antes de caer pesadamente sobre sus cascos. Mientras el francés rodaba hacia un lado, el jinete trató de aferrarse a la silla, pero su vara, dirigida hacia el suelo, se clavó en la arena. Desensillado, cayó con un grito por debajo de su montura.

Tristan se levantó para ver el cuerpo del picador empalado por su propia pica. La vara se había partido atravesando el pecho del jinete, cuyas inútiles manos colgaban temblorosas.

El coronel Orsana estaba furioso. Vociferaba como un niño al que le hubieran roto su juguete. A su lado, el señor Montalbán miraba espantado el cuerpo empalado. ¿Cómo era posible? Acababa de ver a ese maldito francés saltar delante del caballo como un portero de fútbol frente a un penalti y luego...

—Es un brujo... Un brujo —gritó el señor Montalbán.

Se volvió hacia Weistort como buscando una confirmación.

—Los caballos que montan los picadores llevan siempre orejeras, lo que les deja ciegos... El francés no ha podido asustarlo al saltar ante él... Es imposible.

El director del Ahnenerbe se encogió de hombros, sonriendo.

—No es del prisionero de lo que ha tenido miedo el caballo. —Señaló hacia el sol que iluminaba la arena—. Lo ha asustado la luz. Al saltar, el francés le ha arrancado una orejera.

Estupefacto y humillado por la simplicidad de la explicación, el coronel estalló de golpe.

—¡No se librará tan fácilmente! Señor Montalbán, vaya a buscar un toro y, por la sangre de Dios...

—No se masaca a un hombre que ha sabido triunfar sobre la muerte —le interrumpió Weistort.

—Entonces ¿cómo quiere que muera?

—Démelo a mí.

Orsana temía haberlo comprendido. Había visto a los alemanes en acción durante la Guerra Civil, ya que Hitler mandó voluntarios para apoyar a los

franquistas... Unos fanáticos que no vacilaban en aniquilar un pueblo bajo las bombas sin preocuparse de las pérdidas humanas. Eran aliados, cierto, pero aliados para quienes la vida de un adversario no valía nada.

—¿Y qué va a hacer con él, Oberführer?

Weistort se inclinó:

—Créame, coronel, más le vale no saberlo jamás...

El español bajó la cabeza. Circulaban extraños rumores sobre lo que los nazis eran capaces de hacer a sus enemigos. Torturas y modos de matar que desafiaban la imaginación... Y Orsana pretendía poder seguir durmiendo por la noche.

—Es todo suyo.

Sin darle las gracias, Weistort descendió hasta el ruedo. La arena crujía bajo sus botas. Se acercó a Tristan.

—Has conseguido escapar de la muerte para acabar perteneciendo al diablo.

*Londres*  
*Mayo de 1941*

Una lluvia pegajosa caía sobre el barrio de Covent Garden. Como cada vez que se producía un bombardeo, un olor penetrante, mezcla de madera quemada y piedra húmeda, impregnaba el ambiente hasta el punto de que los londinenses habían dejado de prestarle atención.

La semana anterior, tres inmuebles se habían volatilizado justo al lado de Freemasons' Hall, el único de la calle que se había salvado milagrosamente. A primera vista, el edificio parecía una iglesia o un templo, pero un paseante atento habría advertido dos detalles singulares que lo distinguían de una construcción religiosa. El primero, en la fachada: un blasón compuesto por un compás y una escuadra. El segundo, una fecha grabada en una placa: «1717». El año de la creación oficial de la francmasonería. En el reino de Albión, los hermanos no se ocultaban, sino que grababan su poderío en la piedra reafirmandolo ante los ojos de todos.

En la proa del edificio, una pesada puerta de bronce con una pátina de hacía al menos un siglo, más gruesa que el blindaje de un acorazado, bloqueaba la entrada desde el exterior. Ningún sonido salía de sus muros y uno habría creído que se hallaba tan desierto como las calles de alrededor, cuando en realidad el interior del gran templo estaba lleno a rebosar. Era noche de reunión en la sede de la muy venerable Gran Logia Unida de Inglaterra.



—Mis muy queridos hermanos, ha llegado el momento de que concluyamos. Tengamos un momento de recuerdo para nuestros hermanos que sirven en la Fuerza Aérea Real, la RAF. Gracias a su admirable valor, ganarán la batalla del cielo de Inglaterra.

Las palabras del duque de Kent, vigésimo octavo Gran Maestro de la Gran Logia Unida de Inglaterra, resonaron en el enorme templo, del tamaño de medio campo de rugby y alto como una catedral. Sentado en su sillón de venerable, tan majestuoso como el trono de un rey, destacaba por encima de los cuatrocientos hermanos acomodados frente a él en diez hileras de bancos dispuestos en círculo. Todos iban vestidos de negro, con pantalón y chaqueta, la corbata ceñida alrededor del cuello y el mandil masónico cubriendo la parte delantera de la cintura. La mayoría eran de edad avanzada, demasiado viejos para ser movilizados. Los hermanos más jóvenes se habían alistado en el ejército y no tenían tiempo para asistir a esos encuentros.

—Ignoro cuánto tiempo durará esta guerra, pero la luz terminará por triunfar frente a las tinieblas. La Alemania nazi capitulará y sus hijos no tendrán más que lágrimas como única fuente. —El aristócrata dejó pasar algunos segundos y luego prosiguió con voz atronadora—: Por Dios. Por nuestro amado rey. ¡He dicho!

Sentado en la fila más alta, justo al lado de una de las puertas de salida, el comandante Malorley movía los labios al mismo tiempo que el aristócrata. Se sabía aquel discurso de memoria. Y con razón, pues lo había escrito dos días antes. El hombre del SOE se sintió satisfecho al escuchar cómo el duque de Kent pronunciaba tan admirablemente su discurso. Casi le había hecho estremecer, si hubiera podido creer una sola palabra de la conclusión y de tanta propaganda, incluso en las logias... La esperanza era un lujo que no se podía permitir, pero que se había convertido en una necesidad para los ingleses que estaban siendo duramente golpeados.

—¡Mis hermanos, orden!

El aristócrata dio tres palmadas. Los cuatrocientos hermanos se levantaron como un solo hombre. Erguidos como picas, con las manos pegadas a las costuras del pantalón. La sesión había terminado. La doble puerta interior que cerraba el templo se abrió como por ensalmo y, fila a fila, los francmasones abandonaron la sala.

Fue necesario un cuarto de hora para que el templo se vaciara. Malorley salió de los últimos y se adentró discretamente por un corredor que llevaba al ala sur del edificio, donde se encontraba la administración de la Gran Logia, desierta a esa hora tan tardía. Apresuró el paso bajo la mirada severa de los grandes maestros de la orden cuyos retratos adornaban las paredes recubiertas de madera. Todos aristócratas de alta alcurnia, comenzando por el difunto rey Eduardo VII. En el reino de Inglaterra la masonería siempre había sido un pilar del orden establecido, disfrutando de la protección de las dinastías reales. Los Windsor no derogaron la regla, y el actual soberano, Jorge VI, frecuentaba asiduamente su logia.

Malorley empujó una puerta que daba a una escalera sumergida en la penumbra y descendió rápidamente los peldaños. Un minuto más tarde estaba al aire libre, sobre Great Queen Street, la calle donde se ubicaba la Gran Logia.

Una luna redonda y plateada como un chelín planeaba por encima de la calle desierta. Dejó que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Desde que se produjo el *Blitz*, el bombardeo aéreo, Londres se sumía cada noche en las tinieblas, y el transeúnte debía recurrir al astro muerto para guiarse por sus rayos de luz. Contempló el cielo con laxitud. Una decena de globos aerostáticos oscilaban silenciosamente en la noche. Malorley se sentía fascinado por esos dirigibles anclados a los tejados de los inmuebles londinenses con la ayuda de cables de acero. Tenían la misión de impedir que

los aviones enemigos realizaran vuelos rasantes, pero proyectaban un cierto aire amenazante, como enormes insectos dispuestos a explotar por encima de la ciudad.

Apresuró el paso hasta llegar junto al Rolls Royce azul noche estacionado en doble fila. Un chófer con librea apostado en el exterior corrió a abrirle la puerta trasera al verle llegar. Malorley sonrió. El propietario del vehículo, Sebastian Moran, debía de ser uno de los últimos banqueros que empleaba un chófer ataviado de esa guisa.

Inclinó la cabeza y se instaló con elegancia en el asiento de cuero blanco. Un hombre de cabellos a juego con el color de la tapicería estaba sentado frente a él. Debía de tener algo más de sesenta años, con ojos vivos, y tres grandes arrugas que surcaban su frente.

—Sebastian, ¿por qué me pidió que saliera del templo por separado?

—Algunos hermanos son demasiado curiosos para mi gusto —se contentó con responder el banquero—. Verdaderas urracas...

Su voz se tiñó de un ligero acento áspero, típico de los nativos de Sussex.

El coche arrancó sin que apenas se oyera el ronroneo del potente motor. Malorley rechazó el cigarro que le tendía el banquero.

—¿Y qué le ha parecido el discurso del Gran Maestro al final de la sesión?

—Admirable... Desde todos los puntos de vista.

Malorley meneó la cabeza con aire comprensivo.

—En este momento muy poca gente nos encuentra admirables, al menos en la Europa continental. Adolf y sus amigos les están poniendo las cosas difíciles a nuestros hermanos. He sabido que en Francia el mariscal Pétain ha redactado una ley para expulsar a los francmasones de la administración.

—Lo lamento profundamente, pero algunos masones franceses estaban demasiado politizados. Han pagado un precio muy alto por su antifascismo.

El Rolls enfiló una arteria casi desierta.

—¿Listo para la presentación ante nuestro pequeño comité? —prosiguió Moran.

—Sí. Espero llegar a convencer a la concurrencia con más éxito que al primer ministro.

—No se puede culpar a Churchill, querido. Y tampoco te garantizo que nuestros miembros sean más receptivos. Aunque a veces pueden dar muestra de una gran apertura de espíritu.

La orilla del Támesis estaba envuelta en una blancura casi espectral. El coche rodeó una batería de cañones de la DCA que apuntaba al cielo y estaba justo en mitad de la calle.

Transcurrieron diez minutos hasta que el Rolls pudo estacionar en Craven Street, al lado de la estación medio en ruinas de Embankment, justo frente a la fachada señorial de un edificio de piedra gris. Los dos hombres salieron del Rolls y ascendieron un pequeño tramo de escaleras que llevaba a una puerta de madera oscura. Malorley arqueó una ceja al ver la placa clavada encima del timbre, en la que estaba grabado el nombre de «Mansión Próspero».

—Próspero... ¿Será una referencia a *La tempestad* de Shakespeare?

—Exactamente —respondió Moran—. Próspero es el duque de Milán, exiliado en una isla perdida con su hija Miranda y el maldito Calibán, convertido, por despecho, en brujo y en maestro de maleficios. Una obra magnífica.

El banquero tiró de una campanilla de cobre fijada a la pared. Después de unos segundos, se abrió una mirilla tras la cual apareció una mirada inquisidora.

—Venimos a la representación de las once —anunció Moran.

La puerta se abrió como por encantamiento, dejando a la vista a un sirviente que se inclinó respetuosamente ante ellos.

—Les están esperando —anunció ceremonioso mientras recogía los

abrigos de los recién llegados.

Los dos hombres se adentraron en un majestuoso vestíbulo de estilo victoriano con las paredes recubiertas de colgaduras de terciopelo escarlata. Una lámpara de araña de tamaño imponente, sobrecargada de racimos de granadas de cristal de Bohemia, difundía una luz de reflejos tornasolados. El criado empujó una puerta entreabierta, le tendió una llave de plata al banquero y se esfumó para dejarlos pasar. Se encontraron en un pasillo curvo que recorría los palcos cerrados por cortinas, como en un teatro. El jefe de Propaganda aguzó el oído. Se oían gritos y aplausos. Aminoró el paso hasta llegar a la altura de un palco vacío con las cortinas abiertas y percibió más abajo un pequeño proscenio.

—Eche un vistazo, querido amigo —murmuró el hombre de cabellos blancos.

Malorley se adelantó y se quedó pasmado ante el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Dos mujeres pelirrojas con corsé de cuero rojo y botas a juego, armadas de fustas, golpeaban a un hombre calvo de tupido bigote, tan desnudo como un gusano, que sostenía un cráneo entre sus manos.

—Pero ¿dónde estamos? —preguntó el comandante, intrigado.

El banquero sonrió con malicia.

—¿Es posible que el agente secreto de Su Majestad no esté enterado?

—Yo me ocupo de la información, no de los hábitos sexuales de mis compatriotas.

El sumiso trataba de declamar su texto entre gemidos. La pelirroja más corpulenta le clavó el tacón en los riñones. Este cayó al suelo bajo la mirada inflamada de sus verdugos.

—«¡Ser o no ser!» —exclamó Moran visiblemente divertido por el

espectáculo—. ¡Hamlet, por Dios! Acto tercero, escena primera. El príncipe de Dinamarca, atormentado, medita sobre su destino.

—O mejor dicho... Sufrir o no sufrir —replicó Malorley—. No recuerdo que en el texto hubiese escenas sadomasoquistas.

El banquero se llevó un dedo a los labios.

—Algunas noches, la mansión de Próspero recuerda a Shakespeare bajo un ángulo más... erótico. Los palcos que ves están ocupados por aficionados al genio de Stratford-upon-Avon, pero con marcadas inclinaciones erotómanas. Incluso podemos participar. Este Hamlet no es otro que uno de mis colegas ingleses, uno de los más influyentes de la City.

—¿Y yo debo hacer mi presentación justo después de él? ¿En compañía de esas encantadoras damiselas?

—Tranquilícese, nuestra cita es en otra zona del teatro. Digamos que, por razones de seguridad, nuestro círculo cambia cada vez el lugar de reunión. Este teatro pertenece a uno de nuestros miembros y la agenda ha querido que la reunión de esta noche se desarrolle entre estos muros.

Malorley estaba impaciente por encontrarse con los miembros del Círculo Gordon, al cual pertenecía su hermano de logia. Era su última esperanza. Entre los grupos influyentes que existían en la capital, el Círculo era considerado uno de los más poderosos. Su nombre había sido escogido en homenaje al general Charles Gordon, uno de los héroes de la Inglaterra victoriana. Apodado «Gordon Pacha», había muerto en Sudán durante la guerra contra el Mahdi, un exaltado místico, jefe de tribus musulmanas, que el Gobierno inglés de la época sacrificó por motivos políticos. El escándalo provocado había incitado a un conjunto de industriales, banqueros y militares de alto rango a crear un grupo de influencia frente a los gobiernos, con el fin de no volver a reproducir tan trágicos errores. Se murmuraba que había sido

el Círculo Gordon el que había favorecido el ascenso del marginado Churchill al cargo de primer ministro frente al gran favorito, lord Halifax.

—¿Ha hecho instalar el proyector? —preguntó Malorley.

—Sí, no se preocupe. Ah, y una última cosa, no se moleste por la rudeza de algunos miembros, eso forma parte del desarrollo normal de las reuniones.

Al llegar frente a una puerta ornamentada con una máscara con una mueca retorcida, Sebastian Moran sacó una llave. Abrió con precaución y ambos penetraron en un salón de luz tamizada. No había ninguna ventana.

La sala tenía el techo bajo, y estaba sostenida a intervalos regulares por columnas dóricas. Once hombres y una mujer estaban sentados alrededor de una mesa oval. Tras ellos, en un trípode, asomaba un proyector coronado por una bobina con medio rollo de película.

El banquero avanzó por el salón con su invitado.

—Queridos amigos, os presento al comandante Malorley, jefe del departamento de Propaganda y guerra psicológica del SOE. Nos ha cedido un poco de su precioso tiempo para hacernos llegar informaciones cuando menos... singulares. Os ruego que le escuchéis con atención.

Malorley saludó a los presentes, entre los que reconoció algunos rostros. A la derecha de la mesa identificó a sir Alan Lascelles, secretario personal del rey, a Clement Atlee, lord del Sello Privado, y al general Alan Francis Brooke, jefe del Estado Mayor. A la izquierda, una mujer de unos sesenta años con cabello negro azabache, lady Beltham, la cuarta fortuna de Inglaterra, y a su lado el almirante Cunningham. A los otros seis miembros no les conocía.

El rey Jorge VI completaba la concurrencia, o al menos lo hacía su retrato, que destacaba en una de las paredes medianeras. El soberano contemplaba con mirada apacible a los invitados.

Malorley se dirigió hacia la pantalla blanca dispuesta en una pared frente a

los allí reunidos, mientras que Sebastian Moran ponía en marcha el proyector. Como por encantamiento, las luces del salón redujeron su intensidad. Se oyó una especie de ronroneo difuso. Un haz blanco iluminó la pantalla y el comandante se colocó a un lado para no quedar deslumbrado.

Su voz grave resonó en la penumbra.

—La información que voy a comunicarles esta noche puede que les haga cuestionarse sus certezas sobre esta guerra. Lo que van a escuchar no ha sido consignado en ningún informe del Estado Mayor y jamás será objeto de una comunicación escrita. Esta información no tiene vocación de ser notificada a la población. Negaré haber tenido esa intención si por descuido alguno de ustedes hiciese referencia a la misma.

En la penumbra, apenas podía distinguir los rostros de los participantes. Prosiguió con voz más firme.

—Hace dos años, el Reichsführer Himmler envió una expedición al Tíbet. Una expedición científica dirigida por el etnólogo de las SS Ernst Schäfer. Descubrieron...



*Barcelona*  
*Gran Hotel*  
*Mayo de 1941*

La puerta estaba cerrada con llave, pero podía abrir la ventana. En cualquier caso, la altura de la fachada desalentaba toda tentativa de evasión. Tras los meses pasados en una mazmorra en Montjuic, Tristan aún no podía creerse que estuviera detenido en una habitación con parquet encerado y sábanas que se cambiaban todos los días. Cada mañana, una doncella con la mirada gacha y los labios apretados aparecía para hacerle la cama como si se tratara de un huésped distinguido. Atando algunos cabos, Tristan había terminado por comprender que estaba siendo retenido en un hotel que dominaba la ciudad. Uno de esos establecimientos concebidos con el cambio de siglo y que debía de acoger, antes de la guerra, a la alta sociedad cosmopolita de Europa. Por ironías del destino, el hotel alojaba ahora a las SS, cuya inmensa bandera con la cruz gamada flotaba por encima de la escalinata de entrada. Ahí, donde en otros tiempos se apiñaban porteros y botones, ahora se apostaban guardias de uniforme negro erguidos e impasibles como estatuas.

Cinco días habían transcurrido desde que lo dejaron olvidado en esa habitación, de la cual había llegado a conocer de memoria el papel pintado, los reflejos ondulados del sol sobre las molduras del techo y la línea azul del mar en el horizonte. A decir verdad, Tristan sabía muy bien que no se habían olvidado de él. No, lo habían dejado macerarse entre la duda y la esperanza

hasta que estuviera a punto para un primer interrogatorio. Los nazis no parecían perder el tiempo más que para ganarlo. Para que su espíritu no se viera vencido en la batalla constante en que se batía contra la angustia, Tristan se tendía en la cama y recordaba los museos que había visitado. Había necesitado dos días para recorrer, de memoria, las principales salas del Louvre, una jornada entera para el Prado de Madrid, si bien lo había recorrido a grandes zancadas en plena Guerra Civil, y desde ayer, se había consagrado a las Galerías de Florencia.

Estaba contemplando un detalle, el resplandeciente negro de una coraza, de *La batalla de San Romano* de Paolo Uccello, cuando la puerta se abrió al tiempo que sonaba el entrecuchar de talones de un guardia. En un instante, Tristan se encontró en el pasillo antes de descender por la gran escalera que conducía a los salones.

En lugar de mullidos sillones y mesas de juego, una nube de secretarias, todas tan rubias como valquirias, tecleaban frenéticamente en sus máquinas de escribir o respondían con voz chillona al teléfono. Obviamente, el antiguo palacio se había convertido en el centro neurálgico de la presencia alemana en Barcelona. Tristan atravesó la gran sala en medio de la indiferencia general: la maquinaria de la guerra nazi estaba en marcha y nada podía detener lo más mínimo sus engranajes.

—¡No se mueva!

El francés se detuvo frente a un gran ventanal que daba a un jardín de boj. La tarde comenzaba a caer y el cielo había adquirido una delicada tonalidad naranja. Una inusitada calma que contrastaba con el enjambre de abejas que zumbaba a sus espaldas. Volvió a pensar en el cuadro que su memoria había resucitado, *La batalla de San Romano*: en primer plano podía apreciarse, en una mezcla indescriptible, a los caballeros batirse a muerte; pero detrás, en medio de campos bucólicos, se distinguía a los conejos y las liebres

corriendo. Tristan nunca había comprendido cómo el pintor logró combinar, una al lado de la otra, la imagen de la guerra y la de la armonía. Ahora lo sabía. El mal podía coexistir perfectamente con la belleza.

Una sombra acababa de interponerse entre él y el cielo. Tristan emergió de sus pensamientos. A dos pasos se encontraba el oficial que le había sacado de la arena. Ya no llevaba el tan temido uniforme negro, sino un elegante traje de viaje, como si acabara de tomar una habitación en el hotel. Pese a su atuendo civil, el guardia se dirigió a él por su graduación:

—Oberführer, aquí está el prisionero.

Weistort lo despidió sin decir palabra y se dirigió hacia el jardín. Tristan lo siguió hasta una mesa en donde se instaló el SS. Las terrazas del jardín descendían hasta una serpenteante carretera que conectaba con la ciudad y el mar. De lejos, Barcelona parecía intacta. Solo algunos sombríos agujeros entre edificios recordaban la intensidad de los ataques. Weistort había vuelto su mirada al otro lado, hacia el bosque de castaños que rodeaba la colina.

—Los bosques me inspiran. Me gusta contemplarlos, olfatearlos, escucharlos. En Alemania los bosques son el reino de la noche. Bajo las altas plantaciones de abetos, la luz no penetra nunca y en la oscuridad aún se esconden los antiguos dioses.

Señaló con la mano un calvario adornado con una cruz de madera carcomida que se encontraba al final del jardín.

—¿Cómo creer en un dios tan tonto como para terminar crucificado? Pero los nuevos tiempos han llegado y, muy pronto, una nueva cruz va a dominar el mundo para que reine el orden y el poder.

—No estoy muy seguro de que los habitantes de Guernica, que han experimentado el poderío alemán bajo la forma de las bombas que han arrasado su ciudad, compartan su amor por el orden.

—Un detalle de la historia del que nadie se acordará —zanjó Weistort—.

Como de usted, si así lo decido.

Encima de la mesa, el Oberführer había abierto una carpeta roja de tapas abombadas cuyas páginas, escritas a máquina, estaban profusamente garabateadas en los márgenes.

—El juez que le interrogó en Montjuic hizo bien su trabajo. Lo que no deja de sorprenderme para ser español. Veo que habla varios idiomas además del nuestro. ¿Siguió sus estudios en París?

—Me licencié en Historia del Arte.

—Sí, especialidad en Pintura Antigua. Veo que tiene varios trabajos sobre Paolo Uccello. Sin duda sabrá que su mayor obra, *La batalla de San Romano*, ha sido dividida en tres partes.

—Sí, una de ellas está en París, la otra en Londres y la tercera en Italia.

—Muy pronto el Reich inaugurará en Berlín el museo más grande del mundo. Albert Speer ya está trabajando en ello, y no tengo ninguna duda de que ese famoso cuadro se exhibirá completo. Después de todo, ya hemos ocupado París, y muy pronto le llegará el turno a Londres...

Tristan le interrumpió con calma.

—Tal vez. En cambio, me temo que su amigo Mussolini no quiera regalarles la parte que está en Florencia...

—¡El Duce! Por ahora no ha conseguido vencer ni siquiera a los griegos sin nuestra ayuda. No me cabe duda de que después de haberle infligido semejante humillación, estará encantado de ofrecer a Alemania los tesoros artísticos que desee.

—Un tributo, en cierto modo.

—Un tributo pagado con sangre. Algo que le supera, a usted, cuyo oficio es rebuscar entre las obras de arte como un vulgar ratero para luego venderlas a precio de oro a coleccionistas adinerados. Todos judíos, estoy seguro.

—No pregunto a mis clientes si están circuncidados o bautizados,

únicamente si aman el arte.

—Y si están dispuestos a pagar, pues para usted todo se vende y todo se compra. De hecho, es un cazador de obras, un mercenario del arte.

—Un mercenario al servicio del arte —corrigió Tristan.

Weistort cerró el expediente. El tiempo de las escaramuzas había terminado; ahora comenzaba el cuerpo a cuerpo.

—Pero todos los mercenarios tienen un precio. Esa es la razón por la que está aquí: tengo una transacción que proponerle.

Aunque un tanto sorprendido, Tristan continuó mirando a lo lejos, hacia el fondo del jardín. De vez en cuando, unos cascos grises emergían entre los setos de boj impecablemente podados, precedidos del ruido sordo de un par de botas. Incluso en la quietud del jardín, era difícil olvidar que uno estaba en prisión.

—Hace algunos meses, Heinrich Himmler realizó una visita oficial a España y aprovechó para acercarse al monasterio de Montserrat.

—Ignoraba que el jefe de las SS fuera un aficionado a la vida espiritual...

Weistort continuó imperturbable:

—Allí tuvo la desagradable sorpresa de no encontrar lo que había ido a buscar. Por lo que parece, justo antes del paso del Reichsführer, usted, sí, usted, también fue presa de unas irresistibles ganas de visitar esa abadía.

Tristan decidió replicar en el mismo tono.

—Soy como el Reichsführer, no desaprovecho jamás la ocasión de instruirme.

—Y uno se instruye mucho mejor por la noche, en compañía de amigos armados, ¿no es así?

—En ese momento, España no era muy segura.

—Y en cuanto al monje, si lo crucificaron fue sin duda porque era un pésimo guía turístico, ¿no es cierto?

En un duelo con floretes embotados, el perdedor es siempre aquel que no sabe detenerse a tiempo. Tristan decidió no realizar un nuevo asalto de ironía.

—Si se está refiriendo al tesoro del monasterio, ya debe de saber que fue remitido en su totalidad a las autoridades republicanas justo antes de la debacle. Ya no queda nada.

Con absoluta tranquilidad, Weistort se sacudió una manga del traje, y luego la otra, antes de continuar:

—Verá, el Reichsführer no es amante de cálices ni de crucifijos, y mucho menos de relicarios. En cambio, es un apasionado de la pintura, ¿lo sabía?

Los nazis mantenían una relación ambigua con el arte. Hitler, quien vio frustrados sus planes de estudiar Bellas Artes en Viena en su juventud, había decretado que todo aquello que se hubiese pintado, diseñado o esculpido después de su nacimiento era un arte pervertido. Monet o Picasso, por ejemplo, eran pintores degenerados, indignos de figurar en los museos. Una condena furibunda que no impedía en absoluto que determinados altos dignatarios nazis coleccionaran con pasión cuadros impresionistas o cubistas.

—¿Cómo, el mariscal Goering es un gran coleccionista de obras ajenas?

Weistort se permitió una sonrisa. El jefe de la Luftwaffe era famoso por sus saqueos desenfrenados en los museos de los territorios conquistados. Una avidez que le deshonoraba a ojos del SS.

—A diferencia de Goering, el Reichsführer es mucho más selectivo en cuestiones estéticas. En este momento está interesado en un cuadro que se encontraba entre el tesoro de Montserrat. Fíjese, contemple esta puesta de sol, es como si inflamara el bosque. ¡Qué belleza! Parece una iluminación medieval. Uno casi esperarí a ver surgir a los caballeros de la Tabla Redonda.

Tristan agitó la cabeza educadamente. No valía la pena explicar a su interlocutor que la búsqueda del Grial, antes de ser un mito universal, fue

primero un relato francés, que rápidamente desencadenó una leyenda alemana, fuente única y verdadera de toda inspiración artúrica.

—Personalmente, en materia de pintura —continuó Weistort—, yo prefiero las miniaturas de la época medieval. Me gusta su ingenuidad, su inocencia, sus jóvenes doncellas de cabellos trenzados y sus caballeros de dorada armadura...

—He estudiado ese período, pero son más bien las obras del Renacimiento las que me conmueven. Tal vez porque el hombre es la medida de todas las cosas.

—Pero hay hombres y hombres. No todos valen. Es más, estoy convencido de que los grandes artistas de los que se vanagloria Italia son todos arios. De hecho, habría que efectuar una búsqueda genealógica de los grandes pintores. El Ahnenerbe podría encargarse...

Weistort podía imaginar la cara que se le quedaría al Duce, con su pequeño cráneo arrugado, cuando le anunciaran que Leonardo da Vinci y Miguel Ángel eran de origen germánico.

—El Reichsführer siente pasión por los viacrucis y contaba precisamente con descubrir el de Montserrat. Ya puede imaginar su decepción cuando le anunciaron que ya no estaba ahí...

—Nosotros solo tomamos los objetos de valor de oro, piedras preciosas o marfil. En cuanto a los cuadros que representaban el viacrucis, no los tocamos porque sencillamente no valían nada. Una obra anónima de un artista que no era tan artista. Si los monjes pretenden insinuar que nosotros lo robamos, mienten.

—A decir verdad —replicó Weistort con tono conciliador—, el padre superior no ha pretendido insinuar que lo robaron, sino que afirma que fue usted quien lo robó.

Tristan no protestó. Como en el ajedrez, cuando uno se encuentra en una

mala posición, a veces es preferible esperar al siguiente movimiento.

—De hecho, el abad de Montserrat fue aún más preciso. Señaló que había escogido un cuadro concreto. Uno solo. Sin duda debió de ser un flechazo, a menos que fuera su manera de cobrarse un porcentaje.

—Usted sabe, al igual que yo, que ese cuadro no tenía ningún valor.

—Ningún valor artístico, es cierto. Entonces ¿por qué lo cogió?

—Por intuición estética...

En el rostro de Weistort se dibujó una sonrisa extraña.

—De modo que en Montserrat, ante tanta belleza acumulada durante siglos, ¿no pudo resistirse y sucumbió a sus viejos demonios? Y entre todos los cuadros que acumulaban polvo, ¿escogió uno al azar?

Tristan negó con la cabeza.

—No fue por azar. El viacrucis constaba de doce pinturas, y yo elegí la que representaba la montaña de Montserrat. Como una especie de recuerdo.

El jefe del Ahnenerbe dio unas palmadas. Rápidamente apareció un soldado.

—Avisé a la guardia, vamos a bajar.

Weistort se levantó para dirigirse a la parte inferior de los jardines. Tristan lo siguió.

—Cuando se construyó este hotel, aquí tenían lugar las noches locas de la Belle Époque española. Venía gente de toda Europa para desfilarse y divertirse. Uno podía cruzarse con industriales enriquecidos, nobles arruinados, cortesanas aguerridas, jugadores empedernidos... Y sin embargo, lo que creó la reputación de este hotel de lujo no fueron los sofás profundos como alcobas, como diría uno de sus escritores decadentes, o sus endiabladas mesas de juego, no: fue su bodega.

Acababan de llegar ante una puerta de arco ojival custodiada por dos militares con uniforme de campaña.



—Se cuenta que si el hotel se edificó sobre una colina fue precisamente para excavar en la roca la más perfecta bodega de vinos. De hecho, ahora va a verla.

Uno de los guardias empujó los batientes y se apoderó de una antorcha. El olor a resina flotaba en el aire.

—El último director hizo instalar luz eléctrica en la bodega. Un anacronismo, o peor aún, una herejía, que por supuesto hemos subsanado. Y además, la oscuridad es mucho más favorable para las actividades que llevamos a cabo en ella.

El resplandor de la llama se esparció en millones de destellos de cuarzo que salpicaban la bóveda tallada en un arco perfecto. Tristan comprendió por qué ese lugar complacía a Weistort: recordaba a la sala subterránea de un castillo medieval. Uno esperaba encontrarse con un desfile de armaduras y lanzas adosadas a los muros.

—Si busca las botellas —anunció el Oberführer mostrando las estanterías desiertas a lo largo de los muros—, se llevará una decepción. El hotel sirvió de hospital militar y la visita prolongada a las bodegas formaba parte de un programa autoproclamado «de convalecencia» de los soldados.

Avanzaban sobre un lecho de arena húmeda que crujía bajo sus pies.

—En cuanto a la arena, no tiene nada que ver con la conservación de los caldos. Fui yo quien la mandó extender. Cada paso, cada suela deja una huella. Después de cada una de mis visitas, la hago alisar. Incluso varias veces al día. Así, si alguien se introduce aquí...

Sorprendido, Tristan contempló los altos botelleros metálicos vacíos. ¿Por qué tanta precaución? Ya no quedaba nada que robar desde hacía mucho tiempo.

—Para conseguir una conservación óptima de los grandes caldos era

necesario que la temperatura y la humedad de la bodega fuera constante; esa es la razón por la que los propietarios del hotel hicieron construir un pozo.

Weistort extendió la mano. Al fondo de la bodega se alzaba un alto brocal de piedra esculpida en forma de gárgola. Estupefacto, Tristan avanzó, pero la abertura estaba bloqueada por una gruesa losa perforada de agujeros, como un colador.

—¿Sabía que en la Edad Media el gremio de poceros, que horadaba y cuidaba los pozos, fue sospechoso de brujería? Uno no se sumerge en las entrañas de la tierra impunemente. Un pozo es a menudo un portal abierto a los infiernos.

El guardia había posado su antorcha y, con la ayuda de un torno, levantaba la pesada losa que ocluía el interior del brocal.

—Desde el principio de los tiempos los hombres han tenido miedo de los pozos, de ese ojo, que proviene de las profundidades, que les contempla.

—Un temor ahora inexistente.

—¿De verdad lo cree? Entonces ¡observe!

Tan pronto como se inclinó sobre el borde de piedra, Tristan reculó con pavor. A lo largo de la pared, aferrados a unas piedras salientes, varios hombres colgaban en el vacío como moscas en una tela de araña.

—Ya ni siquiera gritan —anunció Weistort—, por miedo a perder las fuerzas y caer en las tinieblas.

—¿Quiénes son?

—Alemanes, traidores que se han unido a los republicanos. La mayoría son comunistas que vinieron a entrenarse en España. Sus informaciones y sus contactos resultan de vital importancia para desmantelar sus redes clandestinas en Alemania.

Uno de los prisioneros tenía cada vez más dificultad para mantenerse

agarrado a la pared. Tristan advirtió que llevaba un número tatuado sobre su cráneo rasurado.

—El número veintiocho —leyó Weistort—. Ya ha sido interrogado dos veces, y no tiene nada más que contarnos.

El guardia se acercó al torno para cerrar progresivamente la abertura del pozo.

—Deja caer la losa de golpe —le ordenó el Oberführer.

El soldado obedeció. Un violento estruendo resonó por toda la cavidad.

Y un grito le respondió.

El prisionero acababa de soltarse.

Weistort agarró a Tristan del brazo.

—Y ahora, si pudiera decirme dónde se encuentra ese cuadro...

*Londres*  
*Mansión Próspero*  
*Círculo Gordon*

Un profundo silencio planeaba en la sala de reunión. Los miembros del Círculo Gordon fijaron su atención en las imágenes que desfilaban por la pantalla.

Varios europeos rubios y sonrientes estaban sentados en el suelo alrededor de una mesa baja junto a unos monjes tibetanos. En otra, un joven alemán tomaba medidas al cráneo de un paisano sonriente. Esas escenas estaban entrecortadas con planos secuencia de las cumbres nevadas y de una caravana que serpenteaba por una pista a gran altitud.

—Ya me acuerdo —exclamó el lord del Sello Privado—. La expedición Schäfer... Recuerdo que sospechamos de los alemanes cuando trabaron contacto con el Gobierno tibetano para intentar oponerse a nosotros en las fronteras de la India.

—Su información es exacta pero incompleta —respondió Malorley—. Tras la marcha de Schäfer, el regente del reino, el Rimpoche, se puso en contacto con nuestro agente en el puesto de Lhasa. Estaba como enloquecido. Según él, los nazis habían traicionado su confianza llevándose un talismán de valor inestimable para su pueblo.

Una nueva imagen apareció en la pantalla. Era una escultura de gran

tamaño de un hombre con pronunciados rasgos asiáticos, que sostenía en las manos una cruz gamada.

—La esvástica de Kanjur —prosiguió Malorley—. Se supone que asegura la estabilidad del mundo y proporciona el conocimiento de todas las cosas. Los alemanes la robaron, asesinaron a los monjes que se ocupaban de su custodia y la remitieron a Berlín. Con consecuencias imprevistas...

Unas nuevas imágenes aparecieron.

—¡Qué horror! —exclamó lady Beltham.

Podía verse a dos hombres tumbados en unas camas de hospital con el rostro arrasado como si hubiesen sido quemados al ácido. La epidermis estaba hecha jirones, los cabellos habían desaparecido dejando al desnudo unos cráneos con la piel fisurada, los ojos ya no eran más que dos cráteres informes y la nariz, literalmente, se había licuado.

—Esa foto, tomada en el hospital militar de Berlín, fue recuperada por uno de nuestros agentes. Los cinco SS que regresaron custodiando la esvástica sagrada sucumbieron a causa de un misterioso mal. Según los informes médicos, sus cuerpos se corroyeron desde el interior. Los desgraciados fueron sometidos a eutanasia y sus cuerpos incinerados en el acto. Pero lo más inquietante aún está por llegar: uno de los expedientes indica que esos SS recibieron la radiación de una energía probablemente contenida en la esvástica.

—¿Material radioactivo? —inquirió el jefe del Estado Mayor.

—No, general Brooke —respondió Malorley —, y le ruego que escuche atentamente. Los médicos alemanes anotaron en el informe: «Energía de naturaleza desconocida, mil veces más poderosa que la radioactividad».

Una vez más los murmullos se alzaron en la sala. Malorley pidió silencio y volvió a tomar la palabra:

—La esvástica fue rápidamente enviada a Wewelsburg, el castillo privado

de Himmler. Una fortaleza inexpugnable. La apropiación de esa esvástica, en marzo de 1939, ocurrió seis meses antes de la invasión de Polonia que marcó el principio de la guerra.

Lady Beltham rompió de nuevo el silencio. Parecía cautivada por las palabras del comandante.

—Hay algo en su relato que no entiendo. ¿Cómo pudieron los alemanes tener noticia de ese talismán?

El rostro de Malorley se ensombreció. Unos penosos recuerdos regresaron a la superficie de su mente. Hizo una señal a Sebastian para que accionara de nuevo el proyector. La imagen de un rey de la Edad Media, barbudo y con gesto arisco, apareció en la pantalla.

—Se hicieron con un libro que se creía legendario, el *Thule Borealis Kulten*; se lo robaron a un librero de Berlín. Esa obra escrita en la Edad Media habría pertenecido al emperador Federico Barbarroja antes de desaparecer. En ella se cuenta una curiosa historia que data de los tiempos antiguos, mucho antes de la Grecia clásica, antes incluso de la construcción de las pirámides. Un continente mítico, Hiperbórea, cuna de la llamada raza aria, habría sido víctima de una glaciación progresiva. Ese pueblo, supuestamente, se diseminó por los otros continentes mientras que sus señores, que eran cuatro, habrían ocultado en diferentes lugares los símbolos de su poder. Cuatro esvásticas que representaban el agua, el aire, la tierra y el fuego. Al parecer una de ellas, reverenciada por los tibetanos, podría ser la que encontraron los nazis en 1939.

La pantalla se apagó y el proyector dejó de girar. Malorley precisó:

—El *Thule Borealis Kulten* les ofrecería las indicaciones precisas sobre los lugares en los que estarían ocultas las reliquias.

El almirante tomó la palabra.

—¿Habla en serio, comandante? Al oírle, uno podría pensar que esa cruz

gamada tibetana tiene poderes... mágicos. ¿Sostiene que esa cruz habría convencido a Hitler de entrar en guerra?

—Yo no llegaría tan lejos como para utilizar el término «magia» —replicó Malorley con tono seco—. No creo en esas cosas desde que tuve edad para ponerme el pantalón yo solo. Pero mi trabajo me obliga a tener en cuenta todas las hipótesis. Incluso las más absurdas. Estoy convencido de que los alemanes se han apoderado de un objeto potencialmente peligroso que ha tenido una influencia evidente en el estallido de la guerra. Y el problema es que hay otros tres más que se encuentran ocultos en la naturaleza.

El almirante Cunningham arqueó las cejas y respondió con un deje de desprecio:

—Antes de la guerra viajé dos veces a Alemania respondiendo a la invitación de nuestro embajador, para asistir a los Juegos Olímpicos de Berlín y, al año siguiente, para un encuentro bilateral. Me crucé con mis homólogos de la Kriegsmarine e intercambié opiniones con los generales de la Wehrmacht. Esa gente tenía las botas bien clavadas en la tierra de su maldito Reich. Hablaban de tanques, bombarderos y acero, y no de brujería y libros de magia.

—Con el debido respeto, no se cruzó con las personas adecuadas...

—¿Qué quiere decir?

Malorley buscó con la mirada el apoyo del banquero, quien sonrió amistosamente. El hombre del SOE prosiguió:

—Es culpa mía, no he sido lo suficientemente explícito. Cuando hablaba de alemanes, no me refería a oficiales del ejército regular o a la mayoría de los mandos nazis, evocaba más bien a determinados altos dirigentes a la vez pragmáticos y capaces de creer en leyendas de otros tiempos.

—O bien ha dicho demasiado o no ha sido suficiente. Explíquese con más claridad —pidió lady Beltham.

Malorley esperaba reacciones de incredulidad. Hizo una seña al banquero y este accionó de nuevo el proyector.

—Para responder debo hablarles de una corriente esotérica que impregnó incluso la misma creación del Partido Nazi. Observen atentamente el dibujo de la pantalla.



—Este es el blasón de la Thule Gesellschaft —continuó Malorley—, una sociedad secreta alemana creada en 1919, un año después de la capitulación germana. Observen el símbolo en la parte alta del puñal: una cruz gamada o, más exactamente, una esvástica con los bordes ligeramente curvados. La Thule estaba compuesta por aristócratas, miembros de la alta burguesía, filósofos y militares irritados por la derrota de Alemania. Una derrota que ellos atribuían a los comunistas, a los judíos y a los francmasones, en vez de a sus incompetentes generales. Ese discurso no tenía nada de original, pero se expandió hacia la esfera de influencia del movimiento nacionalista de la época, lo que se denominaba la *Germanorden*. Pero lo que diferencia a la Thule de las otras organizaciones *völkisch* era su esoterismo llevado al



extremo. Todos los miembros eran unos apasionados del ocultismo y el misticismo y practicaban ritos paganos.

Una mano se alzó.

—¿Qué entiende usted por *völkisch*?

—Se trata de los grupos nacionalistas, nacidos por toda Alemania en la segunda mitad del siglo XIX, que profesaban un nacionalismo teñido de xenofobia. Para ellos, la unidad nacional solo podía pasar por una toma de conciencia de la «germanidad», factor racial primordial.

En la pantalla, un nuevo dibujo reemplazó al primero. Podía verse a un guerrero rubio que se erguía, hacha en mano, frente a un oso polar.

—Pero volvamos al grupo Thule. Según ellos, hace más de cien mil años vivió una raza superior, blanca, que habitaba en un continente mítico situado en el polo norte: Hiperbórea. La raza boreal. Siempre según los ideólogos de la sociedad, las otras razas inferiores, no blancas, negras y judías, se habrían levantado contra ellos para exterminarlos. En esa visión del mundo, la historia de la humanidad se resume desde hace milenios en una lucha despiadada entre esas razas. Y claro está, los arios deben reinar como señores y exterminar a los subhombres. ¿Eso no les suena de algo?

—La leyenda que aparece en el libro, el *Borealis* o como se llame — contestó el general Brooke muy atento.

—Los dirigentes de la Thule decidieron que necesitaban una base popular para expandir su veneno. Y crearon un movimiento político de fachada, el Partido Obrero Alemán. Que ustedes conocen bajo otro nombre...

Oyó murmullos en la sala.

—¿El Partido Nacionalsocialista? —sugirió uno de los participantes.

—En efecto. Es ahí donde entra en escena un hombre que les resultará familiar: Adolf Hitler. En esa época, era un oscuro cabo desmovilizado y solitario que, como millones de alemanes, rumiaba sus frustraciones y

vegetaba en un país en ruinas. Pintor fracasado, sin un céntimo, aceptó jugar el papel de soplón para los servicios de información de lo que quedaba del ejército. En 1919, sus superiores le enviaron a espiar a ese grupúsculo de agitadores.

Una voz masculina, que Malorley no reconoció, se elevó desde el lado derecho de la mesa.

—¿De modo que Hitler no creó el Partido Nazi?

—En efecto. En cambio, se hizo notar por su talento como orador. En menos de seis meses pasó del estatus de confidente al de líder carismático. Y todo ello bajo la protección del grupo Thule, que le lavó el cerebro con sus creencias malsanas. La cruz gamada, el saludo *Sieg Heil*, la creencia en la raza aria y en su sangre sagrada...

—Y así se va metamorfoseando durante catorce años, pasando de pintor aficionado a dictador profesional —añadió Sebastian Moran—. Un modelo de reconversión laboral.

Unos murmullos de aprobación recorrieron la asamblea. Malorley sabía que había marcado sus tantos. Pero la partida no había terminado.

El almirante le increpó con voz exacerbada:

—Y el ridículo bigote del Führer... ¿Es también esotérico?

Se escaparon unas pequeñas risitas.

—Comandante, si le he entendido bien —replicó el almirante—, está usted insinuando que el nazismo tomó su inspiración de una especie de mística pervertida y que Hitler era una marioneta en manos de una banda de chiflados. Eso me parece demasiado fantástico para explicar su ascensión. Si no fuese usted uno de los directores del SOE, hace rato que habría abandonado esta sala.

—Voy a concretar mi razonamiento para dejar las cosas claras. Hitler llegó al poder gracias a la conjunción de numerosos factores de lo más racionales.

Un país humillado por la derrota de 1918, destrozado por la crisis económica e influenciado por una propaganda perniciosa. Se benefició del apoyo de los ámbitos industrial y militar y supo aprovecharse del sistema democrático para llegar al poder por las urnas. No, lo que me gustaría hacerles comprender es la dualidad esencial del nazismo. Es un movimiento político, pero también una religión. Y, como toda religión, se sustenta en sus creencias, y sus dirigentes integran esa parte irracional en su mente. Si Hitler es el profeta del nazismo, yo digo que su Biblia ha sido escrita de antemano por otros antes que él. Que...

—No termino de ver cómo eso puede ayudarnos a ganar la guerra. ¿Qué sugiere? ¿Enviar un comando para asesinar a los dirigentes de esa secta Thule?

Malorley negó de nuevo con la cabeza.

—No. A medida que Hitler iba ascendiendo fue marcando distancias con la sociedad secreta, incluso aunque algunos de sus más próximos formaban parte de ella, como Rudolf Hess, el jefe del partido. Y cuando finalmente accedió al poder en 1933, la disolvió de una vez por todas. Es ahora cuando llego a la parte más interesante de mi intervención. Ahora entra en escena un personaje inquietante, al que todos conocen.

La pantalla cobró vida y apareció un desfile nazi con su largo cortejo de hombres uniformados de negro marchando en la noche a paso de oca. Sus rostros estaban iluminados por antorchas. Un hombre de gafas redondas y rostro astuto, ataviado con el imponente uniforme de las SS, les saludaba con aire satisfecho. La imagen se centró en él.

—Himmler, el hombre más poderoso y más peligroso de Alemania después de Hitler. Lo que no saben es que el jefe de la Gestapo y de las SS también es un fanático del ocultismo, la magia y la mística pagana. Él no formó parte de la sociedad Thule, pero ha llegado aún más lejos al crear de la

nada sus SS y estructurarlas como una orden de caballería. Con sus ritos, sus grados y una creencia en las virtudes mágicas de la sangre aria que hay que preservar. Además, también aborrece a los judíos y al cristianismo, y quiere restablecer en toda Alemania el culto pagano. Himmler, al igual que Hitler y algunos otros dignatarios del partido, no razona como nosotros. Es la encarnación misma de esa dualidad propia del nazismo. Capaz de construir el campo de Dachau y, al mismo tiempo, de crear el Ahnenerbe, el Instituto para la raza y la herencia ancestral alemana, encargado de apuntalar su visión oculta del mundo con la ayuda de científicos de primer orden. De día, se apasiona por los métodos de tortura basados en la electricidad y, por la noche, envía una expedición a las Canarias para encontrar la Atlántida.

—Entonces ¿qué sugiere? —preguntó lady Beltham—. ¿Qué financiamos una operación para recuperar esa maldita esvástica?

El almirante asintió con la cabeza. Sebastian Moran respondió adelantándose a Malorley.

—Esa sería una misión imposible, puesto que el objeto está tan protegido como un lingote en los depósitos del Banco de Inglaterra.

Malorley posó las manos en la mesa y anunció con calma:

—Según nuevas informaciones, existe un segundo objeto similar, con el mismo poder. Y este no debe caer en manos de los nazis. Eso sería catastrófico.

—¿Y dónde está? ¿En el Tíbet? —aventuró el general Brooke.

—No. El año pasado, Heinrich Himmler viajó a España, en concreto a Cataluña, al monasterio de Montserrat, para hacerse con él. No lo encontró, pero una pista habría llevado a sus hombres al otro lado de los Pirineos. Hay que interceptarles cueste lo que cueste, porque si los nazis se apoderan de él, creo que podríamos despedirnos definitivamente del mundo libre.

—Lo que no explica cuál es la naturaleza del talismán robado a los

tibetanos —replicó el almirante con tono rudo.

—Eso es trabajo de los científicos. El mío es recuperar esa reliquia antes que los alemanes. Y para ello hay que convencer al primer ministro para que envíe un comando lo más rápidamente posible. Ese es el motivo por el que estoy aquí, frente a ustedes, esta noche.

—Ridículo... Grotesco —farfulló el almirante.

El banquero tomó la palabra:

—Todos me conocéis de sobra, no hay nadie más racional que yo, pero tengo por costumbre no dejar nunca nada al azar. Así es como he conseguido amasar mi fortuna. Es preciso ayudar al comandante y volver a la carga con el primer ministro. Un comando no es gran cosa en medio del esfuerzo de la guerra actual.

Un hombre que hasta entonces había permanecido en silencio alzó la mano para tomar la palabra. Era el secretario del rey Jorge VI.

—Propongo someterlo a votación.

*Castellón de Ampurias*

*Mayo de 1941*

La pesada sombra de la catedral se cernía sobre las casas como una nube negra antes de la tormenta. El templo de Dios aplastaba todo con su mole de piedra. Las viviendas que lo rodeaban parecían estar arrodilladas, petrificadas en oración. Tras las contraventanas cerradas, a causa del calor, los habitantes debían de tener pesadillas llenas de criptas y de gárgolas. En cualquier caso, no se veía a nadie en las calles. Un vehículo militar blindado, que precedía al convoy, avanzaba lentamente. El morro negro de su cañón parecía escrutar cada calle, cada fachada, en busca de alguna presa peligrosa. Si bien es cierto que en Madrid el general Franco festejaba su victoria sobre el pueblo, aún no había conseguido que toda España le perteneciera. Los grupos de partisanos seguían activos en los Pirineos, desde donde lanzaban sus operaciones de ataque a la meseta. El Oberführer Weistort no había querido correr ningún riesgo. Desde que dejaron Barcelona, circulaban por caminos pedregosos fuertemente custodiados. El carro blindado acababa de llegar a la plaza. La torreta negra de su cañón recorrió todos los rincones antes de que los coches oficiales fueran autorizados a estacionar cerca de la catedral. Con un chasquido de las portezuelas, los soldados emergieron sobre la plaza desierta para bloquear todas las vías de acceso.

—¡Perímetro asegurado, Oberführer!

Siempre vestido de paisano, Weistort desplegó su largo cuerpo como si

hubiera estado encerrado en un baúl durante el trayecto. Pese a lo exiguo de los asientos del coche, su traje apenas se había arrugado. Sin embargo, lo examinó cuidadosamente en busca de algún falso pliegue o un desgarrón, y una vez que terminó de comprobarlo, recorrió la plaza con la vista antes de detenerse en una fachada típicamente medieval al lado del ayuntamiento.

«Museo Gótico.»

Tristan salió del segundo vehículo flanqueado por dos guardias. Estos le permitieron dar algunos pasos, pero podía sentir su mirada clavada en la nuca. Allí donde el impacto de una bala habría sido fatal.

—¿Es este el museo donde se refugió tras la caída de Barcelona? — preguntó Weistort pese a conocer la respuesta.

El francés se acercó y mostró con el dedo una de las ventanas enrejadas que daban a la plaza.

—Ahí estaba mi despacho.

—Pero ¿cómo pudo contratarle la gente de aquí? —insistió Weistort, asombrado.

—Llegué una mañana y expliqué que había sido el guardián del Museo de Historia de Barcelona y que la toma de la ciudad me había lanzado a la carretera. Ya no quedaban autoridades locales, los habitantes tenían miedo al saqueo y como solo pedí la comida por todo salario...

—Salvo que al cabo de tres meses le concedieron un verdadero salario. Y al cabo de seis, se lo doblaron.

—Como no tenía demasiados visitantes, empecé a confeccionar el catálogo de las colecciones.

El Oberführer permaneció dubitativo.

—Puedo admitir que se le pagara por eso, pero de ahí a aumentarle...

—Hice creer que las piezas más raras del museo habían sido donadas por las familias principales de la localidad. Ya sabe que en los archivos se puede

escribir cualquier cosa. De modo que puse sus nombres a cada sala del museo, y ese honor los conmovió...

El rostro del alemán se fundió en una sonrisa. La vanidad era realmente el peor defecto de los españoles.

Acababan de llegar ante la puerta de entrada del museo. Un funcionario aterrorizado los abandonó ahí mismo sin pedir explicaciones. El edificio olía al salitre que ascendía a través de las grietas existentes en las distintas plantas. Un olor anticipador y fúnebre, como si los sótanos fueran a engullir al viejo edificio en cualquier momento. Sin demorarse demasiado frente a los vestigios romanos o medievales acumulados en las vitrinas, Weistort se precipitó hacia la sala de pintura. Dos Madonas, que amamantaban al Niño Jesús contra su seno vigoroso, rodeaban los retratos de ilustres desconocidos con calvicie precoz y encerados bigotes. Bajo el ennegrecido barniz, sus nombres en letras de oro mate estaban a punto de desaparecer. En una vitrina aislada, como olvidada en un rincón, unos cuadros desparejados habían sido expuestos en desorden. Retratos de santos en éxtasis, imágenes de Cristo con el corazón radiante... Todo un baratillo religioso que ni siquiera un chamarilero habría querido.

—¡Ahí está!

La mano, de una blancura impresionante, del jefe del Ahnenerbe señaló un lienzo de dimensiones modestas cuyos deslucidos colores no atraían la atención. Podía distinguirse una montaña, en forma de cono truncado, en la que se elevaban distintos niveles de murallas y una torre. En el cielo brillaba una estrella blanca de cinco puntas cuyo tamaño, manifiestamente exagerado, desentonaba del conjunto.

—Objeto AF 133: «Supuesta vista de Montserrat, artista desconocido, lo mismo que la datación» —anunció Tristan.

Ante la palabra «supuesta», Weistort lanzó una mirada interrogante al



francés. Este último se desplazó hasta otra pared y descolgó un grabado de marco endeble.

—Esta sí es una vista de Montserrat. Como puede constatar, la abadía no está situada sobre una cima, sino sobre la escotadura de una montaña. Es más, el monasterio no está protegido por ningún tipo de muralla.

—¿Y cuál es su conclusión?

—Que no se trata de una pintura que represente Montserrat, sino otro lugar. Más aún, no se trata de una abadía sino más bien de un castillo. Observe atentamente la torre que se erige por encima de las murallas, está almenada. No es un campanario, sino una torre de defensa.

—¿Sería capaz de datar el castillo?

Tristan se inclinó para observar los detalles.

—No soy especialista en historia medieval, pero el recinto no tiene matacanes en lo alto de sus baluartes, ni ninguna barbacana de protección, ni torres de flanqueo. Y por tanto ningún sistema de defensa sofisticado. Yo diría que el cuadro representa un *castrum*, un castillo del siglo XII o XIII.

—¿Significa eso que el artista tuvo que verlo con sus propios ojos para poder representarlo así?

El francés negó con la cabeza.

—No, incluso sin haber conseguido datar la pintura con precisión, considerando la forma en que está pintado, el empleo de los colores... sin duda tuvo que ser realizado después de 1500.

A Weistort le encantaban los enigmas. Consideraba que un universitario, incluso si llevaba uniforme, tenía que continuar siendo un investigador. Fijó su atención en el cuadro para verificar las opiniones de su prisionero antes de interrogarle de nuevo:

—¿Y cuál es su hipótesis?

—Se trata de la copia de una pintura o de un dibujo mucho más antiguo.

Sin duda medieval. Cabe imaginar que la obra original se fuera deteriorando con el paso de los años, por lo que decidieron realizar un duplicado... Antes de incorporarlo a un viacrucis. Tal vez para no llamar la atención.

Desconfiado, el Oberführer se dio la vuelta, pero los guardias se habían quedado a la entrada de la sala: no habían podido escuchar nada. Volvió su atención al cuadro. Decididamente, el francés se estaba revelando cada vez más competente. Lleno de recursos. Casi demasiados.

—Entonces tenemos un dibujo o una pintura que representa un castillo de mediados de la Edad Media del que habrían hecho una copia, varios siglos después, para incluirlo en un banal viacrucis, ¿no es eso?

Tristan asintió. Aparentemente Weistort sentía la necesidad de reformular la información para asimilarla mejor.

—Ese castillo, ¿sería capaz de reconocerlo?

—Si pudiera verlo, tal vez. Pero el cuadro no ha sido pintado para que se reconozca a primera vista. Al contrario, ya sea la montaña, las murallas o la torre, no hay ningún detalle destacable que sea visible.

—¿Y qué interés podría tener entonces disimularlo en un viacrucis?

—Tal vez habría que examinarlo más de cerca...

Con suma delicadeza, Weistort deslizó el cristal de protección y agarró el bastidor, poniendo buen cuidado en no tocar más que el dorso para no estropear el barniz, ya bastante agrietado. Vista desde más cerca, la estrella estaba situada exactamente en el eje de la torre mientras que sobre las murallas aparecían unos trazos negros que, sin duda, simbolizaban las troneras. Justo en la base del baluarte, la montaña parecía fortificada por una sucesión de muros de piedra que protegían un camino de acceso. No obstante, aparte de esos detalles que precisaban la arquitectura del castillo, no había ningún otro indicio en la superficie del cuadro. El cielo era de un azul uniforme, la montaña de un gris descolorido.

Sin embargo un detalle intrigó a Tristan. Justo por debajo del reborde superior del marco podía distinguirse algo en números romanos. Se lo mostró a Weistort.

—«XI» —leyó el Oberführer—. La cifra que en un viacrucis corresponde a la escena de la crucifixión de Cristo.

—Salvo que aquí no hay ninguna cruz, ningún crucificado... El único elemento coincidente es el monte, ya que, como se dice en los Evangelios, Cristo fue crucificado en el Gólgota, en el monte del Calvario.

—¿Significa eso que hay que concentrarse en ese monte?

—En el lugar o en la palabra —precisó Tristan—, pero eso no es suficiente. Si este cuadro quiere decirnos algo, por fuerza debe haber algún otro indicio.

Weistort advirtió en un ángulo de la sala un viejo sillón castellano de cuero ajado. Sin duda un vestigio del Siglo de Oro. Lo empujó hasta colocarlo frente a la vitrina y se instaló en él como si fuera un señor de tiempos pasados. Uno de sus principios era que no se reflexionaba bien si no se estaba sentado.

—Procedamos por orden —propuso—. Si partimos de que hay una señal o indicación oculta en este cuadro que nos permite localizar ese castillo, ¿dónde podría estar disimulada? ¿En el marco?

Tristan sonrió con ironía. Durante el tiempo que pasó en el museo había, por supuesto, desmontado el marco que invadía parcialmente el lienzo para ver si ocultaba algún indicio. Una acción básica de la profesión cuando se es cazador de cuadros.

—Ya veo, por su sonrisa, que podemos descartar esa hipótesis. ¿Supongo que también habrá verificado el dorso de la pintura?

—El lienzo está sustentado en un bastidor de madera que mantiene su tensión. No hay ninguna marca visible. Ni tampoco inscripción, sello o

contraste; nada. Pero, en mi opinión, el que esté en un sencillo bastidor ya es muy revelador, pues significa que la tela puede ser retirada con rapidez, enrollada y transportada...

—... y disimulada.

—Por tanto, si hay algún mensaje tiene que estar en el cuadro.

Weistort descruzó las piernas y posó las manos contra los muslos. Necesitaba concentrarse. Viendo que permanecía silencioso, Tristan continuó:

—No veo más que dos posibilidades. O bien el indicio está en la obra misma, oculto bajo una gruesa capa de color o barniz, o bien está en los elementos que la componen.

—Sea más preciso.

A pesar del peligro que le rodeaba, Tristan sentía que una especie de entusiasmo se iba apoderando de él. Como siempre que se encontraba frente a una obra de arte desconocida, experimentaba el deseo irreprimito de descubrir un sentido que el tiempo o los hombres habían disimulado. Una búsqueda cuyo gusto le venía desde la infancia, y que le hacía contemplar cada cuadro como un enigma a desentrañar. Era, además, ese gusto insaciable por el misterio lo que le había granjeado su reputación en el mundo del arte. Una obra no era solo algo bello, era también una historia por descubrir, un relato que recuperar.

—En la época en que este cuadro fue pintado, el Renacimiento, los intelectuales, al igual que los artistas, eran unos apasionados del doble sentido. Fue entonces cuando se inventaron los códigos. Para encontrarlo, hay que localizar aquello que escapa a la lógica, a la coherencia de la representación habitual. Hay que cambiar de perspectiva.

—A primera vista, no puede tratarse del castillo, la muralla o la torre... Todo es conforme a la imagen tradicional de una fortaleza.

—Y lo mismo sucede con la estrella, incluso si es demasiado grande, sus cinco puntas responden a las representaciones de la época.

—Solo nos queda el monte. ¿No hay nada que le sorprenda?

Por más que Tristan miraba atentamente, no apreciaba nada singular. Al contrario. La pintura del monte era de una banalidad casi desoladora. El artista, visiblemente apresurado, ni siquiera se había tomado la molestia de representar un bloque de roca estilizado o el verde de un pequeño bosque de árboles. Daba la impresión de que había consagrado su esfuerzo a pintar el sendero de acceso, que se extendía en múltiples revueltas hasta la cima. «Quizá un esfuerzo excesivo», pensó Tristan. «No había necesidad de tanto. Y además las curvas son todas deformes. Ascender esa pendiente llevaría horas, es completamente...»

Tristan no acabó su razonamiento. Hizo girar el cuadro de derecha a izquierda.

—Ya lo tengo.

Weistort dio un respingo en su asiento. Visto así, el trazado del camino conformaba un entrelazado de curvas parecido a una firma un tanto enredada.

—Es una palabra disimulada —afirmó el francés—. Observe por la parte inferior, la primera letra.

—Una «s» seguida de una «e» acentuada.

El francés giró el cuadro. Al derecho, el acento agudo correspondía a una sección del muro que bordeaba el sendero. El Oberführer agarró la obra para poder descifrarla mejor.

—La tercera letra es una «g».

—La siguiente una «u».

—«Ségu...»

—«Ségur» —repitió Tristan, quien, intrigado, se inclinó de nuevo sobre la pintura.

—¿Qué es lo que está buscando? —preguntó Weistort, suspicaz.

—Hay un acento agudo sobre la «e», lo cual es extraño, ya que esta «e» no es tónica en español.

A su vez, el Oberführer escrutó el lienzo. No había ninguna duda, el acento en la «e» estaba muy claro. La conclusión de Tristan fue inmediata.

—Solamente en francés se utilizaría el acento sobre la «e». Si «ségur» está escrito así es porque indica algún lugar en Francia.

—Un lugar con un castillo medieval —añadió Weistort—, con un monte en forma de cono.

Tristan dio una palmada. En la entrada, un guardia se dio la vuelta, dejando caer su arma del hombro.

—¡Montségur! Es un castillo en el sur de Francia, al borde de los Pirineos. Sobre un pico, es célebre porque...

No tuvo tiempo de terminar.

—¡Guardias!

La voz del Oberführer resonó entre las paredes del viejo museo. Los soldados acudieron rápidamente.

—Prendan al prisionero.

En un instante, las muñecas de Tristan quedaron inmobilizadas.

—¡Enciérrenlo!

En cuanto el francés salió del museo, el SS llamó a su oficial de intendencia.

—Hay que transmitir una petición urgente al Reichsführer en persona. Que envíen una sección de las SS y un equipo de excavación al castillo de Montségur, en la zona libre de Francia.

*Londres*  
*Cuartel General del SOE*  
*Baker Street*

Los golpes de martillo redoblaron su intensidad entre los chirridos de una sierra radial. Un fino polvillo comenzó a caer del techo y ensució el expediente que estaba consultando.

«Ya están otra vez.»

Malorley se frotó los ojos enrojecidos por el cansancio, y luego sacudió la grisácea capa de polvo con el dorso de la mano. Nunca conseguiría concentrarse en esas condiciones. No solamente habían adjudicado a la sección de Propaganda y guerra psicológica las oficinas del ala más húmeda del edificio, sino que además, desde hacía dos semanas, tenía que soportar el ruido de las obras de reforma.

Gritó en dirección a la puerta entreabierta que daba al cubículo de su secretaria.

—¡Penny! Por compasión, diles que paren su satánica faena mientras estoy trabajando.

El rostro jovial de una mujer pelirroja apareció por el quicio de la puerta.

—Imposible, comandante, los obreros están terminando el acondicionamiento del piso superior. Siendo así, puedo ofrecerle algodón para los oídos, si es que le está permitido usarlo a un oficial de su rango.

Malorley sonrió para sus adentros. Su secretaria, a la que explotaba

vergonzosamente junto con otros tres jefes del servicio, poseía un don innato para deshacer las tensiones. Una valiosa cualidad cuando se trabajaba en el centro de mando del SOE. Se levantó con cierto entumecimiento y se acodó frente al marco de la ventana con aire fatigado. Por debajo, un tupido bosque de paraguas se deslizaba por Baker Street. Corría el rumor de que Churchill en persona había elegido esa dirección a causa de su gusto inmoderado por las aventuras de Sherlock Holmes.[16] Visto desde el exterior, nada distinguía el elegante edificio de sus inmuebles vecinos, tan solo una sobria placa en la entrada indicaba «Inter Services Research Bureau», un nombre falso y en clave. Pero tras esos muros señoriales operaba el temible SOE. Un centenar de hombres y mujeres que trabajaban noche y día con un solo objetivo: crear el caos en la Europa nazi.

Entre sus paredes se tramaban sabotajes, se organizaban lanzamientos en paracaídas de agentes, fusiles o granadas, e incluso se planificaban asesinatos. Si bien la dirección la conformaban británicos hasta la médula, los pasillos bullían con los coloridos acentos de los agentes extranjeros, todos reclutados por su odio a la Alemania conquistadora, y todos animados por su deseo de vengar las humillaciones sufridas en sus países ocupados. Soldados de caballería del antiguo ejército polaco se cruzaban con oficiales franceses rescatados de Dunkerque o con policías checos que regresaban de entrenamientos de comando en los que se habían codeado con antiguos rateros holandeses, monárquicos belgas y socialistas noruegos. Todos de paso por esa torre de Babel de la subversión armada, impacientes por ser devueltos a su patria para llevar el hierro y el fuego.

Y Malorley era uno de sus mandos desde el primer momento. Al principio de la guerra había rechazado un puesto en el seno del prestigioso MI6, el servicio oficial de contraespionaje, para integrarse en el departamento de Propaganda y guerra psicológica del SOE. Aquello le iba como anillo al



dedo. E incluso en la organización interna del SOE, de la que era el número tres, su servicio era considerado como el más audaz. Operaciones de desinformación y de intoxicación, montaje de estaciones de radio fantasmas, elaboración de perfiles e identificación de los vicios de los jefes nazis, manipulación de diplomáticos... El servicio de psicología se había vuelto indispensable en el seno del SOE.

La secretaria buscó su mirada.

—No desespere, comandante. La sección F va a dejar libres sus despachos para trasladarse a Orchard Court. Somos los primeros en la lista para ocuparlos.

—A propósito de la sección F, ¿podría llevarles estos expedientes? —pidió Malorley señalando la pila de carpetas amarillas depositada en su escritorio —. Dígale al coronel Buckmaster que finalmente he escogido a dos de sus agentes.

—Conociendo a F,[17] no creo que vaya a prestárselos de buena gana. Él los considera como a hijos propios.

—Hay que saber cortar el cordón umbilical —replicó Malorley con tono sereno—. Me pasaré a verle en un cuarto de hora.

—Eso no será necesario, no ha dejado de llamar. En mi opinión, va a aparecer por aquí más rápido que un cuco en un nido de golondrinas.

Esperó a que la secretaria cerrara la puerta de su despacho para encender un cigarrillo Morland, obsequio de un amigo del almirantazgo, el capitán Fleming, al que había conocido en la sede del *Times*. Los Morland eran su pecado venial, una sabia mezcla de tabaco de contrabando proveniente de Turquía y los Balcanes. Aspiró una bocanada deliciosamente caramelizada y luego examinó de nuevo las fotos de los dos agentes escogidos para acompañarle en su operación comando.

Un hombre y una mujer.

El primero, de unos treinta años, llevaba el cabello oscuro peinado hacia atrás. De rostro común y cansado, su mirada tierna estaba enmarcada por las ojeras. «Un tipo del que nadie se fiaría», se dijo Malorley. En su ficha figuraba el nombre de Charles Grandel. Capitán del ejército de Tierra francés, segundo regimiento de Infantería, había llegado a Londres en agosto de 1940 para, rápidamente, ofrecerse voluntario en las filas del SOE. Lanzado en paracaídas en el departamento de Loira Atlántico, estaba montando *ex nihilo* una red de resistencia. El agente operaba bajo el seudónimo de Charles.

Malorley deslizó la segunda foto sobre la anterior.

Jane Colson. Veintisiete años, franco-inglesa, nacida en Besançon. Hija de un coronel del ejército de las Indias y de una enfermera francesa. La familia había recalado en Inglaterra dos años antes de la declaración de guerra. Malorley tomó la imagen en blanco y negro entre sus manos. La joven rubia parecía tener un rostro enfurruñado y expresión burlona. Apenas habían reclutado a un puñado de agentes femeninos en los servicios de acción desde su creación. Las otras voluntarias habían sido asignadas a las secciones de administración y coordinación.

Malorley aún tenía dudas sobre ese segundo fichaje, ya que se sentía incómodo por enviar a una mujer a Francia. Pensar que aquella chica podría sufrir las torturas más innobles de la Gestapo le ponía enfermo. Sin embargo, F había insistido en que fuera acompañado de una mujer durante su travesía por el sudoeste. Una pareja pasaba inadvertida más fácilmente y, hasta el momento, ningún agente del sexo femenino había sido arrestado por los alemanes.

Malorley no se hacía ilusiones sobre las atenciones de F. Este último había protestado ante sus superiores contra la operación, sobre todo debido a su implicación personal. Un oficial de alto rango del SOE hecho prisionero sería una catástrofe para el servicio.

Dejó la foto a un lado y aspiró una larga bocanada de humo. Al otro lado de la ventana, el cielo londinense parecía teñido con tinta negra.

Malorley estaba ahora en plena crisis. Una cosa era planificar una misión y otra muy distinta participar en ella. En menos de dos días se lanzaría en paracaídas en los alrededores de Burdeos, en plena zona ocupada. Un territorio enemigo donde sería tratado como un espía si los alemanes lo capturaban. Lo que suponía tener la esperanza de vida de un buey en el matadero, además de una muerte dolorosa.

Abrió un cajón y extrajo una botella de Oban de diecisiete años que le habían regalado sus colegas por su cumpleaños.

Se sirvió medio vaso e hizo un brindis silencioso a Otto Neumann, su amigo alemán muerto como un mártir. Luego alzó el vaso en dirección a la foto de Churchill, que dominaba la pared por encima de un archivador. Todo se había precipitado la víspera, cuando fue convocado de urgencia al 10 de Downing Street.

*En el despacho del primer ministro, el aire apestaba a cigarro. Churchill observaba con atención un mapa de Europa colgado en la pared y ni siquiera se volvió para saludar al comandante.*

*—Y bien, Malorley, ¿pasamos por encima de mi cabeza para negociar sus caprichos delirantes?*

*Malorley se había quedado rígido como un bate de críquet.*

*—No entiendo de qué me está hablando, señor primer ministro.*

*Churchill se dio la vuelta, con gesto furioso.*

*—¡No se burle de mí! He recibido una llamada del secretario de Su Majestad para que lea ese informe suyo lleno de sandeces sobre... Demonios, ¿cómo lo llamaba?*

—El Ahnenerbe.

—Eso es... Voy a ser muy claro con usted, Malorley. Si solo dependiera de mí, le habría destituido en el acto. No creo ni por un instante en la magia, el esoterismo y todas esas creencias de otra época. ¡Nunca me oirá admitir que un talismán encontrado en el Tíbet haya podido ayudar a Hitler a ganar su guerra! ¡Jamás!

—Yo no he...

—Déjeme terminar. Resulta evidente que ha conseguido persuadir al Círculo Gordon para que le apoye. Lo que dice mucho sobre la salud mental de algunos miembros de nuestras élites. Pero vaya directamente al grano. ¿Qué es lo que quiere exactamente?

Malorley le miró sin pestañear.

—Luz verde para montar una operación comando en el sur de Francia con el propósito de recuperar la otra reliquia codiciada por nuestros enemigos. Un lanzamiento en paracaídas de seis agentes del SOE y luego, una vez allí, bastaría con el apoyo local de algunos miembros de la Resistencia.

El primer ministro adoptó una expresión de bulldog astuto.

—Seis agentes, nada menos... Si realmente cree en esas tonterías, ¿hasta qué punto está dispuesto a implicarse? Después de todo, pretende arriesgar la vida de agentes muy valiosos que serían mucho más útiles en otras misiones estratégicas.

Malorley sostuvo su mirada irónica.

—No le entiendo, señor.

—Voy a ser más claro. ¿Está usted dispuesto a asumir la dirección de ese comando y a meterse en la guarida del lobo?

El corazón de Malorley daba saltos en su pecho. No se esperaba semejante proposición. Transcurrieron varios segundos.

—Sería un honor.

Churchill parecía decepcionado.

—Dios mío, está usted igual de chiflado que los nazis. Solo pretendía poner a prueba su determinación.

—Iré yo mismo.

Churchill sacudió la cabeza.

—Es peligroso, usted sabe demasiadas cosas sobre el SOE.

Malorley apoyó sus manos en el escritorio.

—Contamos con unas nuevas cápsulas de cianuro incorporadas a los empastes dentales. El dentista del departamento hace maravillas.

El primer ministro había empezado a recorrer la habitación, con la cabeza mirando al suelo y el paso irritado. Se paró en seco y clavó sus ojos en Malorley con gesto decidido.

—Está bien. Tiene carta blanca para enviar a un equipo allí. Pero quiero que en todos sus informes consigne un objetivo realista, aunque sea falso. No me gustaría que a mi muerte encuentren en mis archivos la autorización para comenzar una búsqueda del rey Arturo en plena guerra. A su regreso, me mantendrá al corriente de sus... descubrimientos, solamente de manera verbal. Si es que es tan importante lo que descubre y regresa a casa sano y salvo. ¿He sido claro?

—Sí, señor.

—Y no tendrá derecho más que a dos agentes del SOE. En cuanto al resto, deberá conformarse con miembros de la Resistencia francesa. Imagino sus caras cuando les exponga el objetivo de la operación. Vaya a ver a F para los detalles y... —Dejó pasar varios segundos antes de vociferar—: ¡Y buen viaje al infierno!

Malorley hizo una leve inclinación de cabeza y se dirigió hacia la puerta

*con paso rápido. En el momento en que se disponía a salir, la voz de Churchill resonó a sus espaldas.*

*—Comandante, detesto que me fuercen a hacer las cosas, incluso si es el mismísimo rey en persona. No vuelva a intentar nada parecido o le juro que colgaré su cabeza en lo alto de la Torre de Londres.*

Los golpes de martillo habían cesado, sustituidos por un estridente redoble de taladradora. Justo cuando iba a ponerse algodón en los oídos, la puerta de su despacho se abrió con estrépito. Un hombre de gran estatura, escaso cabello rubio y rostro delgado y lívido, se plantó frente a su escritorio. F mostraba un gesto de lo más hostil.

—¿Ha elegido ya?

Malorley deslizó las dos fotografías para mostrárselas.

El rostro del coronel Buckmaster se ensombreció.

—¡Charles no! Aún no ha terminado de montar su red. Tiene otros diez con el mismo perfil.

Malorley negó con la cabeza.

—Pero él es el único de la lista que ha vivido hasta que terminó el instituto en el Ariège. Y más concretamente en Lavelanet, a una decena de kilómetros del objetivo. Conoce la región como la palma de su mano. ¿Acaso el conocimiento del terreno no es una ventaja preciosa, mi querido coronel?

F espetó con furia:

—¿El objetivo? ¿Quiere que hablemos de ello? Soy el jefe de la sección de Francia y sigo sin entender por qué el Gabinete del primer ministro ha establecido semejante bloqueo alrededor de esta misión. Demonios, Malorley, ¿no estará usted pensando en ocupar mi plaza?

El comandante abrió los ojos como platos.

—No veo adónde quiere llegar...

F apartó los expedientes y se sentó en el escritorio.

—No pretenda dárselas de listo. Es la primera vez desde que existe el departamento de Francia que no se me pone al corriente de una operación que necesita la participación de mis agentes. Debe tratarse de algo gordo, puesto que usted también va a ir. En consecuencia, si la cosa sale bien recibirá todos los laureles.

Malorley sonrió.

—Los resultados de esta misión, ya sean positivos o negativos, jamás serán divulgados en el seno del SOE. Puede dormir tranquilo, no tengo ni la intención ni la madera para quitarle su puesto. Incluso puedo firmarle un papel confirmándolo.

F le contempló durante algunos instantes y luego sacó un paquete de cigarrillos del que extrajo uno.

—Es usted un tipo extraño, Malorley. Realmente extraño. No me choca en absoluto que le hayan confiado el departamento de Propaganda y guerra psicológica... Bien, ¿cómo tiene pensado proceder?

Malorley desplegó un mapa de la mitad sur de Francia, que sujetó con varios libros.

—En una semana despegaré con Jane, si el tiempo no nos juega una mala pasada. A continuación nos lanzaremos en paracaídas sobre Pessac, donde el jefe de la red para la Gironda nos acogerá. Charles nos esperará ahí.

Dos trazos amarillos habían sido marcados entre Pessac y Toulouse.

—Jane y yo tomaremos el tren en la estación de Burdeos para atravesar la línea de demarcación y luego llegar a Toulouse, segunda etapa de nuestro periplo, donde un segundo contacto nos aguardará. Grandel, por su lado, viajara en camión para minimizar los riesgos de ser interceptado.

El dedo índice de Malorley se deslizó rápidamente a lo largo de un trazo

rojo que rotulaba una sinuosa carretera, para detenerse en una localidad. Buckmaster se ajustó las gafas de leer y se inclinó sobre el mapa.

—Montségur... Nunca había oído hablar de ese lugar. ¿Qué puede haber tan importante en ese agujero perdido?

Buckmaster era fiel a su reputación: no se daba nunca por vencido. Malorley respondió con voz tranquila:

—Permítame continuar. Una vez cumplida la misión, nos reuniremos en un pequeño puerto del Mediterráneo, Colliure, donde nos esperará un submarino en algún punto cercano a la costa.

—Un submarino, nada menos... Normalmente mis agentes regresan por España y Portugal o son rescatados por un avión. ¿Sigues sin querer contarme nada sobre todo este circo?

—Lo lamento, coronel. Véalo por el lado bueno. Si no regreso podrá dar su opinión para elegir a mi sucesor. Sin duda será un tipo menos extraño que yo...

F se quitó las gafas pellizcándose el puente de la nariz.

—Contrariamente a lo que piensa, le tengo aprecio. Espero sinceramente que triunfe con su misión. Y que me devuelva a mis dos agentes sanos y salvos.

—Haré cuanto pueda.

—En nuestro oficio, hacer cuanto uno pueda no es más que una primera etapa. Buena suerte para todos.

Pensativo, Malorley contempló la puerta que F acababa de cerrar. Su despedida había sido mucho más amable que las últimas palabras de Churchill.

Sacó otro expediente de su cajón y lo abrió para extraer una fotografía. Era la de un rostro de sonrisa congelada, con una gorra de plato negra adornada con una calavera. Una fina cicatriz le recorría la mejilla. A pesar de estar



sonriendo, el rostro conservaba una expresión altanera. La foto llevaba pegada una etiqueta rectangular con un nombre escrito con una caligrafía fina y delicada: «Oberführer Karl Weistort».

Tan solo lo había visto una vez, en Berlín durante la noche de los Cristales Rotos. Pero entre ellos dos había un cadáver: el del amigo al que no había podido salvar, el profesor Neumann.

Malorley pasó el índice sobre la imagen de mala calidad.

«Weistort... Esta vez haremos algo más que cruzarnos.»

*Tres días más tarde*  
*Castellón de Ampurias*  
*Mayo de 1941*

Tristan emergió del sótano del museo empujado por dos soldados que gritaban como posesos. Uno de los coches, aparcado ante la catedral, arrancó bruscamente haciendo chirriar los neumáticos sobre el adoquinado de la plaza. Ocultos tras las contraventanas, los atemorizados lugareños contemplaban la escena. ¿Quién sería ese hombre al que arrastraban por el suelo? Y esos soldados con uniformes negros como la noche, ¿de dónde habían salido? Sus gritos guturales resonaban contra las fachadas. Levantaron de mala manera al prisionero y lo arrojaron al interior del coche, cuyo motor rugía. Tras las ventanas, las mujeres se persignaban mientras que los hombres, con los puños apretados por la impotencia, murmuraban ya la oración de los muertos.

El vehículo arrancó. Su larga silueta proyectó una sombra feroz contra los muros, como si ya estuviera acosando a su siguiente presa. Una vez que se hizo el silencio, Weistort salió del museo caminando despacio. Cubierto con un sombrero de paja, recordaba al perfecto turista. Los lugareños ya no comprendían nada. Sin embargo se habían acostumbrado a tantos horrores durante la Guerra Civil que una pesadilla más no sorprendía a nadie. Weistort llevaba el cuadro en la mano. Al día siguiente, lo enviaría a Berlín por valija diplomática a la dirección de los laboratorios del Ahnenerbe. Allí, la pintura

sería estudiada hasta el más mínimo detalle. Limpiarían su barniz hasta dejarlo transparente, examinarían cada golpe de pincel, cada reflejo de la pintura... Un desnudo al completo que, sin embargo, no aportaría nada nuevo. El Oberführer estaba seguro. Tristan había encontrado el mensaje. Un mensaje venido desde el fondo de los tiempos y que conseguiría elevar al Reich hasta el firmamento.

Weistort atravesó la plaza. Tras él, el vehículo blindado acababa de ponerse en marcha. Muy pronto desaparecerían de su vista, igual de anónimos que cuando llegaron. Y absolutamente nadie sabría jamás que la suerte de la guerra se había jugado allí, en Castellón de Ampurias.

Pero antes tenía que ocuparse de Tristan, al que había mantenido prisionero, mientras se enviaba un equipo de investigación a Montségur.

En la parte baja de la villa, un trozo de muralla había sobrevivido a las invasiones y la destrucción. Levantada con pesadas piedras ocres, ese vestigio se elevaba al pie de un antiguo foso mal desecado. Los soldados no habían elegido aquel lugar por casualidad. Era perfecto para una ejecución. Las balas que perforaban los cuerpos terminarían contra el muro, y en cuanto a los cadáveres, el fondo del foso, fácil de cavar, les serviría como última sepultura. Weistort observaba con atención el ritual de formación de un pelotón de ejecución. Era la primera vez, y los rituales, sobre todo cuando antecedían a la muerte, le fascinaban.

Después de haber alineado a los soldados, el sargento designó a los tiradores, cinco en total. Los hombres salieron de la fila y le tendieron sus armas. El sargento recolectó los fusiles y luego se alejó. Sería él quien los cargase, pusiera los cartuchos e hiciera girar la culata, y luego regresaría para posar las armas en el suelo. Al ser llamados por sus nombres, los soldados

abandonaban la fila y elegían un fusil al azar. Todos sabían que una de las armas no estaba cargada, de ese modo cualquiera podía creer que no era responsable del tiro mortal.

Weistort se encogió de hombros. Ese ritual era ridículo, indigno de los soldados del Reich. El hombre nuevo, el que edificaría la Alemania nazi, no debía conocer ni el miedo ni el remordimiento. Solo tendría que obedecer a su voluntad, a la fuerza y a la fe absoluta en su superioridad. Muy pronto, la conciencia y la humanidad no serían más que un recuerdo, un vestigio de un pasado abolido, como los muros calcinados de las sinagogas desde Berlín hasta Varsovia.

Tristan continuaba en el coche. Un guardia mantenía su rostro aplastado contra la parte trasera del asiento del conductor. Le costaba respirar. Su corazón latía como si fuera a salirse del pecho y quisiera huir lejos de ese cuerpo en peligro. Se oyó un grito afuera y le hicieron salir. El sol le cegó. Tenía sed. Con gesto brusco, el sargento le despojó de la chaqueta, comprobó que no llevaba ninguna cadena o medalla que pudiera desviar el tiro, y luego le ató las manos antes de conducirlo ante la muralla.

Tristan lo comprendió todo cuando notó las piedras que sobresalían del muro clavarse en su espalda. El pelotón ya estaba preparado y dispuesto. Pensó en el cuadro de Goya, *Los fusilamientos del tres de mayo*, que había contemplado en Madrid un día de primavera, en esos cuerpos convulsos, agujereados por las balas. Los muertos eran españoles y las balas francesas, pero el pelotón de ejecución, a lo largo de los siglos, era siempre el mismo, impasible y mudo. Observó el foso color ceniza. Nunca había imaginado morir boca abajo. El sargento entrechocó sus talones y desplegó un pañuelo negro. Tristan lo rechazó. Iban a quitarle la vida pero no le robarían su muerte. Quería mirarla de frente. El suboficial hizo un giro como en un desfile y se reunió con el pelotón.

Una primera orden resonó.

Los soldados apuntaron.

Se oyó una segunda, pero Tristan no la escuchó. Su cuerpo rebotó contra el muro y luego cayó en el foso.

Se despertó cuando le arrancaron la camisa del cuerpo, justo antes de gritar. La tromba de balas había carbonizado el tejido antes de fundirse con la carne.

—Y aquí está, como Cristo —anunció la voz irónica de Weistort—, cubierto de estigmas.

Tristan se llevó instintivamente la mano al pecho, pero una paletada de tierra le oscureció el rostro. Tosió y abrió los ojos. Justo a su lado, un soldado cavaba un agujero.

—No se preocupe, no vamos a enterrarle vivo.

Una vez retirada la camisa, le quitaron rápidamente los zapatos. Tristan reconoció al sargento que había dirigido el pelotón de ejecución.

—¿Qué está haciendo? —balbuceó.

—Acabamos de matarle —respondió con calma el Oberführer—. Ahora mismo todo el mundo le cree muerto, los soldados que le han disparado y los lugareños que han oído las detonaciones. Pero no es suficiente. El pantalón, quíteselo.

Sin entender nada, Tristan obedeció. El dolor le invadió todo el cuerpo. Tenía cuatro marcas circulares en el pecho.

—Son balas de fogeo. El sargento las cargó en los fusiles. Te queman, te hacen sangrar y a veces supuran, pero no te matan.

Tristan sintió una náusea. Un olor inmundado se expandía por el aire. No era posible. Una de esas malditas balas debía de haberle atravesado y se estaba descomponiendo por dentro.

—Es cierto que empieza a oler —reconoció Weistort—, pero eso es porque se ha pasado dos horas en el maletero.

El francés creyó que se estaba volviendo loco.

—Mire hacia arriba.

Del borde del foso colgaba una mano inmóvil, asediada por una nube de moscas que emitían un incesante zumbido.

—Lo hemos recogido en la carretera. Sin duda, un prisionero ejecutado deprisa y corriendo. Más o menos de su edad, y prácticamente de su talla, con el mismo color de pelo y con dos balas en el corazón. Solo hace falta añadir dos más.

De hecho, el sargento ya estaba vistiendo al cadáver con la ropa de Tristan.

—Y no se olvide de anudar los cordones.

Tristan se había incorporado y estaba apoyado en la pared del foso. La cabeza le daba vueltas, pero a su alrededor la maquinaria de las SS continuaba su dinámica implacable. El agujero había adquirido la forma de una tumba, y el cadáver la apariencia de Tristan. El Oberführer tendió los papeles falsos del francés al sargento. La sangre había manchado la foto de identidad.

—Colóquelos en el bolsillo trasero del pantalón y termine el trabajo.

El suboficial retrocedió, apuntó y disparó al cadáver dos veces en el pecho.

—Ahora ya está muerto —anunció Weistort.

Estupefacto, Tristan vaciló.

—Voy a explicarle lo que va a suceder. En una hora o dos, los lugareños van a precipitarse hasta aquí. Sin duda querrán sacar el cadáver del foso y rebuscar en los bolsillos. Y cuando vean que se trata de un extranjero, se quedarán petrificados de miedo y avisarán rápidamente a la Guardia Civil.

Lo que seguiría, Tristan podía adivinarlo fácilmente. Una vez constatada la

ejecución, la información sería transmitida a la embajada de Francia en Madrid. En menos de un mes, estaría muerto. Oficialmente. Definitivamente.

—A partir de ahora ya no existe —anunció Weistort—, va a tener que acostumbrarse a ello.

El soldado que acababa de cubrir apresuradamente la tumba abrió una mochila y le tendió al francés un uniforme gris verdoso. Todavía aturdido, Tristan se enfundó la guerrera. Cuando el áspero tejido entró en contacto con sus heridas soltó un grito, mezcla de dolor y de impotencia. Decididamente, había resucitado de los muertos para caer en el infierno.

Un coche estaba estacionado a la sombra de un pequeño bosquecillo de árboles de tono grisáceo. El sargento acababa de abrir las portezuelas. Llevaba la pistola enfundada bajo la hebilla de su cinturón, con la culata girada hacia la derecha. Lista para ser agarrada. Weistort hizo una señal al francés para que avanzara.

—Nos vamos. Todavía nos queda un largo camino hasta llegar a la frontera.

Dos banderines con la cruz gamada adornaban el capó del coche justo por encima de los faros. Tristan iba sentado en la parte trasera, al lado del suboficial que no le quitaba ojo. A la vista del emblema nazi, las barreras de control a lo largo de la carretera se levantaban de forma milagrosa. Algunos oficiales españoles incluso tenían el servilismo o la admiración de ejecutar el saludo nazi al que Weistort respondía con gesto negligente. En la entrada de Gerona, hasta le tendieron una foto de Hitler, recortada de algún periódico de propaganda. Había tenido que tocarla como si fuera una reliquia.

—La Iglesia católica tiene mucha influencia en este país y lo ha condenado a la superstición, al fanatismo de los imbéciles. ¿Es usted creyente, Tristan?

—Ahora mismo no.

Weistort soltó una carcajada.

—Y sin embargo debería serlo, ¿acaso no ha resucitado de entre los muertos? Sin contar con que está a punto de reencarnarse en un soldado alemán. Un auténtico ascenso.

—¿Por qué no me ha matado?

—Porque siento respeto por la inteligencia y creo que la suya puede servir a la causa de la gran Alemania.

Tristan no insistió. Acababan de detenerse en una aldea de estrechas callejuelas cuyas fachadas parecían tocarse. A pesar de la sombra, el calor era sofocante. El chófer abrió el capó para refrescar el motor y buscar un poco de agua. Una puerta chirrió y una joven surgió con un canasto de mimbre bajo el brazo. Se dirigía al lavadero. Sus alpargatas resonaban serenamente en el pavimento. Ni el calor ni los soldados daban la impresión de perturbarla. Parecía el propio corazón de la aldea latiendo. Pasó por delante del coche. Tristan escuchó el murmullo sedoso de su falda al rozar la carrocería. Cerró los ojos para prolongar el placer de esa música carnal. ¿Hacía cuánto tiempo que no soñaba con una mujer? El ritmo de las alpargatas se desvaneció, pero no la esperanza que había nacido en él. Existía otro mundo lejos del de los cadáveres lanzados al borde de las carreteras o las prisiones donde uno gritaba bajo los golpes, y él lo había olvidado. De pronto se sintió lleno de futuro, de promesas, de flores ligeras repletas de frutos por nacer.

El capó emitió un bufido. Un ligero vapor ascendió del motor. Tristan se preguntó si no habría tenido una visión. En los tiempos míticos, las diosas desaparecían así, en medio de una nube de humo. Weistort se impacientó:

—¿Podemos continuar?

El chófer entrechocó sus talones antes de responder:

—Ahora mismo.



El coche arrancó. Tan pronto salieron de la aldea, la masa azulada de los Pirineos hizo su aparición. Los últimos olivares se escalonaban en terrazas a lo largo de colinas cada vez más altas y rocosas. Los bosques de pinos ocupaban al asalto la grupa gris de los acantilados. La frontera con Francia se acercaba.

—¿Cuánto queda para la aduana?

El sargento desplegó un mapa, y resiguió con el dedo una carretera que serpenteaba entre manchas verdes de bosques antes de interrumpirse en una línea de puntos rebordeada de rojo.

—Dos horas, Oberführer.

Weistort se volvió hacia Tristan. De perfil, su parecido con un ave de presa era impactante.

—Justo antes de la frontera, le entregaremos papeles militares alemanes. Tendrá un nombre y una graduación. Si le interrogan, yo responderé por usted, pero después tendrá que desenvolverse solo puesto que habla alemán. Y ahora que todo está arreglado... pongamos rumbo a Montségur.

## SEGUNDA PARTE

Recuerdo la secta anabaptista de Knipperdolling,  
en Münster. Allí, al igual que en el Tercer Reich,  
las ideas románticas de salvación,  
las crueldades y el altruismo religioso se  
sumaban a grotescas rarezas.

La dedicación se mezcla con la brutalidad, una  
obediencia desenfrenada asociada con  
un diletantismo entusiasta en ese fresco de  
una comunidad que, en el siglo XVI, condujo  
a una pequeña ciudad de Westfalia al borde de la  
ruina y, en el siglo XX, precipitó al mundo al caos.

ALBERT SPEER, arquitecto de Adolf Hitler  
y ministro de Armamento y Guerra del Reich.  
«Propos sur le nazisme», en *L'empire SS*,  
Ed. Robert Laffont, 1981

*Wewelsburg*  
*Westfalia*  
*Mayo de 1941*

La oscura mole del castillo apenas destacaba entre las tinieblas que invadían la campiña. Al llegar desde el norte, lo único que se distinguía era la silueta de una torre redonda cuya cúspide, ligeramente almenada, parecía perderse en el cielo. En esa noche fría, las estrellas habían desaparecido bajo la capa de nubes que huían hacia las soledades del este. De no ser por el runrún obstinado del coche y el pálido reflejo de los faros, uno habría creído que se adentraba en otra época, la de los caballeros errantes y los lobos hambrientos. Un brusco giro desvió el coche al borde de la cuneta y una columna de hombres apareció de pronto ante la luz de los faros. En mangas de camisa, a pesar del frío de esa primavera, caminaban silenciosamente en fila, escoltados por dos guardias a caballo. El oficial, que iba sentado al lado del conductor, se dio la vuelta.

—Son presos del campo de Niederhagen —explicó—. Están trabajando en la restauración del castillo por orden del Reichsführer para acelerar los trabajos.

Con las piernas cruzadas y las manos inmóviles sobre una rodilla, Erika von Essling no respondió. Contemplaba desfilar a esa corte de hombres de mirada apagada que marchaban como sonámbulos.

—De ese modo —continuó el oficial con voz entusiasta—, incluso los

desviados, ya sean políticos o raciales, participan en el esfuerzo colectivo de edificación de nuestro gran Reich.

Sin dejar de hablar, lanzó una mirada curiosa a la joven cuyas formas trató de adivinar bajo su traje sastre gris. Estiró el cuello para que ella pudiese advertir las dos eses de reflejo plateado, pero no pareció surtir efecto. Desde el comienzo del viaje, la mujer había permanecido casi muda.

—¿Cuándo llegaremos?

—En menos de cinco minutos.

El oficial intentó atisbar la entrada del castillo al final del camino. Al menos allí se encontraría con sus camaradas de las SS, con quienes podría volver a ser él mismo. Desde que le habían dejado a cargo de esa... ¿cómo era?, ah, sí, arqueóloga, se notaba cohibido. ¡Él, que había combatido en primera línea en Polonia y Francia! De hecho, la indiferencia de esa mujer le tenía anulado. Para ella no existía: era igual que sus antepasados campesinos, anónimos de padres a hijos, solo útiles para cultivar un miserable trozo de tierra de los nobles. Ella, por el contrario, formaba parte de la raza de los amos. Su apellido había resonado en todos los campos de batalla a lo largo de diez siglos, antes de convertirse en una de las puntas de lanza de la industria alemana.

—Ya hemos llegado.

Erika se asomó por la ventanilla. Una hilera de antorchas enmarcaba el puente que desembocaba en el patio de armas del castillo. El coche redujo la velocidad antes de penetrar en él.

—Pare, prefiero entrar a pie.

El conductor se detuvo en el acto mientras el oficial se precipitaba para abrirle la puerta. La joven advirtió que aprovechaba la ocasión para echar una ojeada a sus piernas. Decididamente, estos SS que se consideraban la nueva élite de Alemania carecían de la más mínima elegancia. Y ni su rutilante

uniforme negro ni sus botas brillantes como un espejo le harían cambiar de opinión.

—¿Puedo preguntarle por qué decidió usted hacerse, eh, arqueóloga?

Ella sonrió con desdén. ¡Cuántas veces le habían hecho esa misma pregunta! Para muchos resultaba impensable que una mujer fuera capaz de examinar un paraje histórico, establecer una relación y publicar un informe. Sobre todo en una época en la que por todas partes se exhibía la virilidad: soldados desfilando al paso de oca por las calles y, en los estadios, vociferantes discursos marciales.

Arqueóloga... Cuando llegó a la edad de elegir marido, Erika prefirió sumergirse en los estudios de Historia. Sin duda por influencia de su tío, un gran viajero que, cuando ella era pequeña, le contaba fabulosas historias antes de irse a dormir. El descubrimiento de Troya, las tumbas de las pirámides de Egipto, las ruinas mayas... Todas esas historias mágicas la habían marcado para siempre.

En la Universidad de Colonia era la única mujer que estudiaba Arqueología. Y para colmo de la insolencia, sacó las mejores notas de su promoción.

—No me ha respondido —le hizo notar el SS.

Acababan de entrar en el gran patio adoquinado del castillo. Numerosas ventanas estaban encendidas revelando las esculturas medievales de la fachada.

—¿De verdad quiere saber a qué se dedica un arqueólogo? Entonces mire ahí arriba. ¿Ve usted esa escultura, justo en la esquina?

—Sí, es una escena de caza. Un caballero armado con un arco que persigue a un jabalí.

—Salvo que este castillo, basta con contemplar la forma de sus ventanas,

data del siglo XVII, y en aquella época hacía mucho tiempo que ya no se cazaba con arco.

—No lo entiendo...

—¿No me ha dicho que este castillo estaba siendo reformado? No dudo que su jefe, Himmler, que siente una pasión voraz por la Edad Media, haya querido envejecerlo un poco, incluso si eso significa disfrazar la verdad.

—El Reichsführer es un hombre de una inmensa cultura, es imposible que...

—Contemple ese arco.

Estupefacto, el oficial levantó la cabeza.

—La cuerda está demasiado floja para lanzar una flecha con precisión. Así sería imposible alcanzar a la presa en algún punto letal. En la época medieval no se cometían ese tipo de errores. Es una falsificación.

Acababan de llegar a la gran escalera que conducía a los salones de la planta superior.

—Pero ¿cómo puede saberlo?

—Disparé a mi primer ciervo con quince años. Y no necesité más que una sola flecha.

Construido por un obispo que desconfiaba tanto de los campesinos como de los nobles vecinos, el castillo había sido edificado para suscitar terror. En el exterior, con sus tres torres grises y amenazantes, y en el interior, con pasillos interminables, habitaciones glaciales y estrechas escaleras que se perdían en la oscuridad. Solamente estaba restaurada una parte del castillo, que servía de aula a los futuros mandos de las SS. De hecho, los pasillos estaban abarrotados de cabezas rubias y uniformes negros con botas a juego. Un

bullicioso y disciplinado hormiguero que hacía aún más asfixiante la atmósfera ya de por sí constreñida del lugar.

—Aquí formamos a la élite de la Alemania del futuro, racialmente pura e ideológicamente segura. Los mejores miembros de la Orden aprenden aquí las verdades esenciales de la superioridad germánica.

—¿La Orden? —repitió Erika, sorprendida.

—¡Por supuesto! Somos una verdadera orden de caballería, como antes lo fueron nuestros caballeros teutones y los compañeros de la Tabla Redonda.

La arqueóloga hizo un gesto con la cabeza.

—¿Sabe usted que los caballeros del rey Arturo nunca existieron? ¿Que es una ficción inventada por un monje francés? No hay ninguna prueba histórica...

El joven oficial mostró una de las salas en donde los alumnos tomaban notas presididos por un retrato de Adolf Hitler.

—Aquí tenemos a los mejores especialistas en literatura e historia. Estoy seguro de que ellos probarán que el rey Arturo existió realmente y que fue, desde luego, de ascendencia germánica.

Erika no replicó. A esas alturas, estaba deseando que aquella visita terminase de una vez.

—He sido invitada por el Reichsführer. Hace media hora que estamos visitando este... internado. No me gustaría hacerle esperar.

El oficial consultó su reloj.

—Ha sido el propio Himmler quien programó la visita. Tenía interés en que viera con sus propios ojos a esta juventud que constituye el futuro de las SS, a estos hombres que...

Una puerta del pasillo se abrió bruscamente. Flanqueado por dos soldados, un detenido balbuceaba en una lengua extranjera, con la boca llena de sangre.

Por sus ropas, Erika dedujo que era uno de los condenados a trabajos forzados con los que se habían cruzado en la carretera.

—Algunos están lo bastante locos para intentar escaparse —comentó el oficial—, pero no se preocupe, los SS saben bien cómo manejar esa clase de problemas. Bájenle a la cripta.

Entonces se volvió hacia Erika sonriendo.

—Estoy seguro de que el Reichsführer estará encantado de invitarla al espectáculo de su ejecución.



*Francia*  
*El Rosellón*  
*Mayo de 1941*

El puesto fronterizo parecía una residencia de vacaciones con las ventanas llenas de geranios y las contraventanas recién pintadas de verde. Un aduanero fumaba un cigarrillo cerca de la puerta de entrada aprovechando la sombra del alero, mientras que su colega inspeccionaba indolentemente una carreta cargada con leña. Ni la trágica derrota del mes de junio de 1940, ni los miles de refugiados republicanos que habían cruzado la frontera al terminar la Guerra Civil española, parecían haber hecho mella en la administración francesa que, imperturbable, ronroneaba como un gato acurrucado al sol. Después de todo, desde el Loira hasta el Mediterráneo, el sur de Francia había evitado la ocupación, todo un privilegio cuando tantos países de Europa estaban padeciendo la huella sangrante de la bota nazi.

Exasperado por la lentitud del control, el conductor hizo sonar la bocina pero no consiguió llamar la atención. Parecía que los aduaneros, jugando a hacerse los indiferentes, extrajeran algún maligno placer en hacer esperar al coche alemán. Tristan sonrió para sus adentros. La resistencia comienza siempre con esos pequeños detalles.

—Es intolerable, Oberführer —exclamó el conductor—. Se ríen de nosotros.

El funcionario, que había terminado de fumar, se acercó con paso

intencionadamente lento y, sin decir nada, tendió una mano para reclamar los papeles. Frente al volante, el conductor bullía de impaciencia.

—Ni un saludo, ni una palabra, ¡eso es una provocación!

Su irritación se tornó en estupefacción cuando el aduanero sacó una lupa del bolsillo y comenzó escrutar una a una cada página de los documentos. Tristan bajó la cabeza para que no pudieran advertir su sonrisa. Solo Weistort permanecía impasible, como si el espectáculo no fuera con él.

—¡Estamos en misión oficial! —estalló el conductor—. Es urgente, tenemos prisa, ¿se hace cargo?

El funcionario se llevó una mano a la oreja a modo de excusa. Aquello no era culpa suya, no entendía su idioma. Luego retrocedió dos páginas como si quisiera comprobar un detalle que se le había escapado. Entonces, sin avisar, devolvió los papeles, giró sobre sus talones y levantó la barrera. El coche arrancó como una exhalación y enfiló en dirección a Montségur.

—Tengo una duda que me atormenta —soltó Tristan—, ¿cómo consiguieron dar con la pista del cuadro de Montserrat?

Weistort acarició su cicatriz antes de responder.

—Puesto que ya está muerto, puedo responderle. Antes de la guerra logramos hacernos con un libro sorprendente, el *Thule Borealis Kulten*. La tradición dice que fue escrito por el emperador Federico Barbarroja. En sus páginas se encuentra una representación del cuadro que usted robó. Con una indicación geográfica: «Montser».

—Si hubiese sabido que ese cuadro iba a causarme tantas molestias —ironizó Tristan—, habría hecho lo que los demás y habría robado un copón o algún relicario.

—Más bien debería estar agradecido por su intuición, ya que de otro modo nunca le habría salvado de la corrida de la muerte...

Pasada la frontera, el paisaje había cambiado. El coche rodaba entre

colinas recubiertas de un grueso manto de castaños verdes y altas cumbres grisáceas que acariciaban jirones de nubes.

—Ya estamos en territorio cátaro —anunció Weistort—. Y bien, ¿qué sabe de Montségur?

—Que el castillo fue el centro de una corriente herética medieval, el catarismo; que fue asediado y conquistado por cruzados venidos del norte, y que esa corriente desapareció entre masacres y hogueras, como muchas otras durante aquella época. Nada excepcional.

—Se equivoca —replicó el SS—, los seguidores de esa corriente herética constituyeron una terrible amenaza para la Iglesia católica.

—¿Por qué?

—Porque los cátaros se creían más cerca de Dios que los incultos sacerdotes y los obispos cubiertos de oro de aquellos tiempos. Rechazaban la autoridad del clero, el pago de diezmos, la asistencia a misa, la confesión y la comunión... Para ellos, la Iglesia era un obstáculo entre el hombre y Dios. Un obstáculo que debía desaparecer.

—No debieron de hacer demasiados amigos.

—Así es, sin embargo su movimiento se expandió como una mancha de aceite desde Montpellier hasta Bayona, desde los Pirineos hasta la Dordoña. Y lo mismo sucedió entre los campesinos, que se morían de hambre debido a los siempre elevados impuestos de la Iglesia, y entre los nobles, en eterno conflicto con un clero ignorante y codicioso. En resumen, a principios del siglo XII todo el sur de Francia cayó en manos de la herejía.

—¿Y cómo reaccionó la Iglesia católica?

—Al principio envió a «figuras emblemáticas», como san Bernardo o san Dominicó, para que trataran de recuperar la fe de la población. Pero fracasaron clamorosamente. Y para demostrar a los católicos que no tenían

nada que hacer, en 1242 los caballeros cátaros asesinaron al legado del Papa. Unos meses más tarde comenzó el asedio de Montségur.

—Pero ¿por qué precisamente ese castillo, que sin duda no debía de ser el único conquistado para la causa herética?

—Efectivamente había muchos otros, alguno incluso más grande, como el de Peyreperouse, o mejor defendido, como el de Quéribus... Y sin embargo fue en Montségur donde todos los dignatarios cátaros decidieron refugiarse. Sin duda debía de haber alguna razón secreta... que permanece.

—¿Y cuánto tiempo duró el asedio?

—Diez meses, algo realmente excepcional, pero la situación geográfica del castillo, a más de mil doscientos metros de altitud, lo hacía casi inexpugnable. Hicieron falta más de seis mil hombres, un número considerable para la época, para lograr el objetivo. De hecho...

El coche acababa de adentrarse en una ondulada meseta en la que emergían los tejados color ocre de una aldea enterrada en lo hondo de un valle. Pero lo que más impactó a Tristan fue la sombra, una sombra inmensa que se abatía sobre la hierba rasa de los prados y los senderos atestados de guijarros. Alzó la cabeza, una montaña se erguía como una puntiaguda lanza hacia el cielo. En la cima, entre los jirones de nubes, asomaba la corona mutilada de una muralla.

La voz de Weistort resonó en el interior del coche.

—¡Montségur!

*Wewelsburg*  
*Mayo de 1941*

El prisionero había desaparecido, arrastrado por los guardias. Un reguero de sangre serpenteaba por el parquet. El oficial apenas le dedicó una frase.

—Una mujer del servicio vendrá a limpiarlo, y ahora si es tan amable de seguirme.

Recorrieron el pasillo en medio de un silencio hostil. Las aulas habían dejado paso a vastos salones decorados según el gusto medieval. Por el vano de las puertas, Erika podía percibir chimeneas góticas, enceradas sillerías de madera o una colección de armaduras de acero resplandecientes, pero lo que más le impactó de todos esos adornos de la Edad Media fue la omnipresencia de cráneos, el símbolo fetiche de las SS.

—El Museo de los Orígenes ha sido una iniciativa personal del Reichsführer, quien deseaba que quedaran reunidos en Wewelsburg los testimonios más deslumbrantes de nuestra larga historia y nuestra supremacía a través de los siglos.

Erika se contuvo para no replicar que en la época en la que Roma edificaba foros, templos y termas, los alemanes todavía vivían en chozas de madera en lo más recóndito de los bosques. Con expresión seria, el oficial se inclinó para dejarla pasar. Ella penetró en lo que debió de haber sido la capilla del castillo, de la que sin embargo se había extirpado todo recuerdo religioso. Ahora, en lugar de la pila de agua bendita y el altar, se alzaban altas vitrinas,

muy bien iluminadas, cuyo contenido atrajo rápidamente la mirada de la arqueóloga.

—Todos los objetos aquí expuestos provienen de las excavaciones llevadas a cabo por el Ahnenerbe, el Instituto a cargo de las investigaciones históricas de las SS a lo largo y ancho del mundo, desde el Tíbet hasta Irak y desde Escandinavia hasta las islas Canarias.

—Ah, frau Von Essling, las islas Canarias —pronunció una voz insólitamente metálica—, ¿sabía que habíamos encontrado estas maravillas?

Erika se volvió hacia la entrada. Una fina silueta se apoyaba en el umbral. Heinrich Himmler acababa de hacer su aparición. Con los hombros muy rectos y sus delgadas piernas, parecía servir de percha a su uniforme.

—En 1939 —continuó el Reichsführer tomando el brazo de Erika—, un equipo del Ahnenerbe fue enviado a las Canarias. Un éxito absoluto. ¿Sabía que encontramos inscripciones rúnicas en el corazón de una isla, pruebas irrefutables de una civilización vikinga?

—Un descubrimiento inesperado —comentó Erika, con prudencia.

—No tanto un descubrimiento como una confirmación, frau Von Essling. Yo estaba seguro de que los habitantes de Canarias eran arios puros.

—¿Y cómo es que tenía esa seguridad?

Himmler sonrió tras sus gafas redondas de montura plateada.

—¿No se ha fijado en que las islas Canarias en realidad no son más que montañas que emergen del océano Atlántico?

—Es cierto que...

—Pues bien, fue sobre esas abruptas montañas donde subsistieron los supervivientes del mayor maremoto de la historia.

—Pero ¿a cuál se refiere?

—El que sumergió la Atlántida y...

De pronto resonó un grito de bestia acorralada. «El prisionero», pensó

Erika.

Himmler, impasible, continuó:

—... otro continente mítico, más al norte: Hiperbórea. La madre patria de la raza aria. Una civilización sin igual que vamos a resucitar. Mientras tanto, tenga la amabilidad de seguirme hasta la torre norte.

A diferencia de sus padres, esta era la primera vez que Erika se encontraba con el Reichsführer. Su padre, en cambio, enseguida había reparado en él entre los perturbadores que se agitaban alrededor de Hitler. Halagado por que la alta sociedad lo hubiera acogido de ese modo, más tarde, Himmler, al igual que Goering, había apoyado siempre los intereses de la familia Von Essling. Un favor que Erika temía que el Reichsführer quisiera cobrarse ahora.

—Usted es una reputada arqueóloga, frau Von Essling. He leído algunos informes de sus excavaciones que denotan un saber hacer impresionante, incluso si los resultados no van siempre en el mismo sentido ideológico que nosotros defendemos.

—La arqueología no entiende de política.

—En historia, cuando uno interpreta, lo que en realidad está haciendo es política. Pero no hablemos de eso, le he reservado una sorpresa. Entre.

Erika penetró en una sala redonda con enormes columnas que formaban una especie de deambulatorio. Iluminado por antorchas que proyectaban unas torturadas sombras sobre la cúpula, el lugar tenía todo el aspecto de ser una gruta secreta preparada para llevar a cabo algún ritual oscuro.

—Usted que es especialista en la época medieval, ¿había visto alguna vez una arquitectura parecida?

La arqueóloga asintió con la cabeza.

—Sí, en algunas capillas, sobre todo en las más antiguas, es posible encontrar ese tipo de arquería circular alrededor del altar. Es una forma de aislar un espacio sagrado en el interior mismo de la iglesia.

Tras sus gafas, la mirada de Himmler centelleó.

—Veo que conoce perfectamente el tema, pero ¿sabe de dónde procede esa tradición?

Erika se estremeció. Tenía frío y no conseguía apartar de su mente el grito que había oído poco antes.

—Desde el punto de vista de la arqueología, existen distintas hipótesis. Así, es posible encontrar ese tipo de círculo sagrado en las grutas prehistóricas.

Asintiendo con la cabeza, Himmler la interrumpió:

—Para el Ahnenerbe no hay más que un solo origen posible: los crómlech celtas, esos círculos de piedra, como el de Stonehenge, que celebraban el culto a la energía vital nacida de las nupcias de la tierra y el cielo.

Erika evitó precisar que cuando los primeros celtas aparecieron en Inglaterra, las piedras que se erigían en Stonehenge ya habían visto pasar muchos siglos.

—Y ahora contemple el enlosado.

En el centro de la estancia le señaló un extraño motivo grabado en el mármol verde. Erika no había visto nunca nada semejante. Unos suaves destellos de luz parecían surgir de un centro nebuloso, irradiando todo a su paso. A menos que fueran raíces escapadas de la noche de la tierra... En todo caso, una extraña intensidad emanaba de aquel símbolo.

—Ningún símbolo existe si no se le concede la importancia que se merece —comentó el jefe de las SS—. Observe, por ejemplo, nuestra cruz gamada. Para que reine hoy en día sobre Europa, ha habido que abreverla con la sangre de los muertos. De hecho, usted misma va a poder presenciarlo.

Himmler atravesó la sala hacia una puerta que se abría en el muro, revelando una escalera de caracol. Erika se apresuró a seguir al Reichsführer para descubrir otra sala iluminada por una hoguera.



—Este fuego no se apaga jamás, es el símbolo del poder de las SS: el brasero que debe purificar el mundo.

Con el rostro enrojecido por la danza frenética de las llamas, Himmler parecía un espectro surgido de las profundidades del infierno. Erika comprendió de pronto por qué ese hombre era capaz de atemorizar incluso al mismísimo Goering.

—Pero para que el fuego se mantenga vivo necesita devorar. Es nuestro deber alimentarlo.

Justo allí, inmóviles en un recodo del muro, los dos guardias avanzaron con el prisionero, que tenía los ojos en blanco por el miedo.

—Un polaco —comentó Himmler—, la inutilidad hecha hombre. Pero al menos su muerte va a servir para algo. Adelante.

Con los ojos cerrados, Erika escuchó un chisporroteo infecto, seguido de un espantoso olor a grasa quemada. Se sintió asqueada hasta lo más profundo de su ser por el horrible espectáculo al que había sido convidada. Sin embargo se guardó muy mucho de manifestar su aversión.

—Ya podemos subir —anunció el Reichsführer—. El fuego va a perpetrar su obra salvadora.

Ya en la planta superior, Himmler tomó a Erika por el brazo y la condujo al centro de la sala.

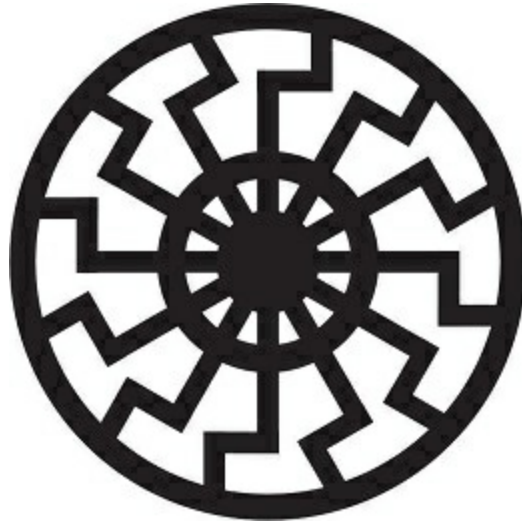
—Y ahora escúcheme bien: hay algo mejor que la muerte para adquirir el poder, ya que existen objetos que, durante siglos, se han nutrido del dolor de los hombres.

La arqueóloga lo miraba con cara de estar perdida. Tenía la impresión de que un monje medieval le estaba hablando del poder de las reliquias, de esos

huesos de santo que habían sufrido el martirio, de la madera de la cruz en la que Cristo había sido crucificado...

—Créame, en las altas esferas, el fervor y el sufrimiento se han metamorfoseado en un auténticos objetos de poder.

Himmler bajó la mirada hacia el signo grabado en el suelo.



—Este es el Sol negro de las SS que cataliza tanto las fuerzas telúricas como las energías magnéticas, pero para alimentarlo necesito una reliquia de fuego y sangre...

Erika contemplaba fascinada ese símbolo insólito cuyas vetas verdes entrelazadas le hacían pensar ahora en un sinuoso nido de serpientes.

—Y usted va a encontrarla para mí.

*Francia*  
*Montségur*  
*Mayo de 1941*

El sol comenzaba a perder su esplendor. Abandonó lo alto del cielo para iniciar su descenso hacia el horizonte. La luz apenas llegaba ya a ciertas zonas del fondo del valle donde remontaban algunos jirones de bruma. Por momentos, un helado aliento de humedad se agarraba a los tobillos como una mano surgida de la tierra. Bajo la guerrera de su uniforme, Tristan se estremeció. Nunca le había gustado la montaña. Sus masas de piedra desesperadamente grises y su herbaje empapado de agua parecían pertenecer a un mundo del que él estaba excluido. Acababan de dejar el coche aparcado sobre un terraplén recién nivelado. Un sendero, con huellas del paso de las tropas, ascendía a través de un campo de hierba rasa.

—El *prat des cremats* (el prado de los quemados, en occitano) —anunció Weistort, quien durante la detención de Tristan en Castellón de Ampurias, había tenido tiempo para documentarse—. El 16 de marzo de 1244, las tropas católicas tomaron posesión del castillo. Todos aquellos que renegaron de la herejía obtuvieron la garantía de que se les perdonaría la vida, pero no fueron más que unos pocos: la mayoría eran soldados agotados por meses de asedio y con ganas de abandonar aquel infierno.

—¿Y los otros?

—No quisieron renegar de su fe. Un total de doscientas veinte personas

que la Iglesia quemó colectivamente. Aquí, en este prado. Los sitiadores levantaron un redil de estacas que rellenaron con haces de leña antes de encerrar dentro a los condenados. Y luego les prendieron fuego. Se cuenta que el olor fue insoportable.

Acababan de alcanzar la linde del campo. Altos setos de boj ascendían al asalto de la colina en apretadas hileras. El sendero limitaba con una pista que serpenteaba a través de las rocas. A cada instante corrían el peligro de resbalar sobre la tierra húmeda o tropezar con algún afloramiento calcáreo.

—¿Se imagina a los soldados del Papa, los cruzados, sudando bajo sus cotas de malla, sin ver apenas por la visera de sus cascos, ascender al asalto de ese baluarte de piedra? Bastaba con una sola flecha o el disparo de una ballesta para derribarlos.

Con el aliento entrecortado, Tristan acababa de alzar los ojos. Aún no se veía el castillo. La ascensión era dura, las matas de boj flagelaban constantemente el rostro y el cuerpo. Era necesario aferrarse a cualquier cosa que sobresaliera para no caer rodando. Tenía las manos ensangrentadas a fuerza de sujetarse a las ásperas ramas o a las aristas de las rocas.

—Pero si el castillo era inexpugnable, ¿cómo cayó?

—Dese la vuelta.

El paisaje se extendía a lo largo de kilómetros antes de toparse con las estribaciones de los Pirineos. Un dédalo de valles oscuros, frondosos bosques y llanuras sin fin.

—Tras los primeros asaltos, los cruzados decidieron cercar el castillo para prohibir cualquier suministro o ayuda. Excepto que la línea de asedio rápidamente se reveló abierta por los cuatro costados. Un colador de tal magnitud que los asediados nunca conocieron el hambre ni la sed. El sitio habría podido durar años.

Acababan de salir de la maleza. A partir de ahí la pendiente se acentuaba,

desnuda y rocosa, hasta los pies del castillo. El francés se detuvo, asombrado. No identificaba nada de aquello con lo que salía en el cuadro.

—Si está buscando las primeras líneas de protección, como en la miniatura, no hay ninguna, ni muro de defensa ni barbacana.

—O bien no se ha conservado nada —rectificó Tristan—. En vista de lo abrupto de la pendiente, en prácticamente siete siglos las construcciones han tenido tiempo de desplomarse y desaparecer. Habría que rebuscar más abajo, entre los setos de boj, para comprobar si quedan sedimentos de acumulación de piedras, algunas talladas y otras con restos de mortero. Así podríamos confirmar la veracidad del cuadro.

—Observo con placer que empieza a colaborar con nosotros.

—¿Tengo elección?

—Absolutamente ninguna.

—Pero eso no explica cómo pudo caer Montségur.

Weistort se había detenido para recuperar el aliento. Señaló un reborde abrupto a la derecha del castillo.

—Ese saliente de allí no fue fortificado por los asediados, ya que por tres de sus lados la pared de la montaña era prácticamente vertical. No había ningún riesgo. Pero los cruzados consiguieron contratar a un grupo de mercenarios vascos. Unos hombres que no conocían el vértigo. Estos escalaron una de las paredes durante la noche, se apoderaron de esa posición y luego la defendieron el tiempo suficiente para instalar un fundíbulo.[18]

Tristan se imaginó el castillo sometido al bombardeo incesante de bolas de piedra que devastaban las murallas hasta que la torre se desplomó.

—Los herejes aguantaron tres meses y luego se rindieron.

La base del castillo se veía cada vez más cerca. Podía distinguirse, en el centro de la muralla, orientada hacia el sur, una gran abertura que daba sobre

una plataforma de madera. En esa terraza estaban apostados dos soldados alemanes que escrutaban el paisaje con unos prismáticos.

—Estamos en zona libre —se indignó el francés—, ¿qué hacen esos militares aquí?

—Hemos llegado a un acuerdo de cooperación con el gobierno de Vichy. Una cooperación en materia científica, arqueológica... Los investigadores alemanes pueden, por tanto, realizar estudios del terreno en Carnac, en los Eyzies...

Así que los alemanes excavaban tanto en las grutas prehistóricas del Périgord como en los megalitos de Bretaña. Pero ¿qué estaban buscando?

—Montségur ha sido clasificada como zona especial de búsqueda. Una discreta unidad del ejército protege el lugar. Y mañana llegará un equipo de arqueólogos.

Los últimos metros de ascensión eran los más difíciles. Tristan, debilitado por los meses de encarcelamiento, sentía que las piernas flaqueaban bajo su peso y su mente se nublaba por la angustia. Desde el saqueo de Montserrat, había dejado de tener control sobre su vida. Se había convertido en prisionero de un destino escrito por otros. A su lado, Weistort subía con paso decidido y la sonrisa en los labios. Él era el vivo, y no Tristan, que ahora no era más que una sombra caída en manos de un demonio.

Acababan de entrar en el patio del castillo salpicado de montones de piedras y abundantes zarzas. Tristan tuvo la impresión de adentrarse en un foso. Solo podía percibirse desde el interior, pero el recinto tenía la forma de un féretro. Una tumba a cielo abierto. Sobre los muros aún sobresalían unas piedras en voladizo que servían de escalera. Para escapar a esa sensación de estar enterrado, el francés comenzó a subir por los oscilantes peldaños. Frente a él, al final del patio, se erguían los restos del torreón. De forma cuadrada y perforado por troneras, había sido arrasado y ya no poseía ni almenas ni

matacanes ni vestigios de techumbre. Pero, sobre todo, su ubicación en el extremo del castillo no coincidía con la que aparecía en el cuadro, pues en él la torre estaba en el centro y no a un lado.

—Es extraño, este castillo no se parece en nada al *castrum* del cuadro —se asombró Tristan.

Weistort cruzó los brazos.

—En efecto. Pero todos los castillos, a lo largo de su historia, no han dejado de ser destruidos y reconstruidos. Nada prueba que el edificio en el que estamos no sea el mismo que sufrió el asedio de 1244.

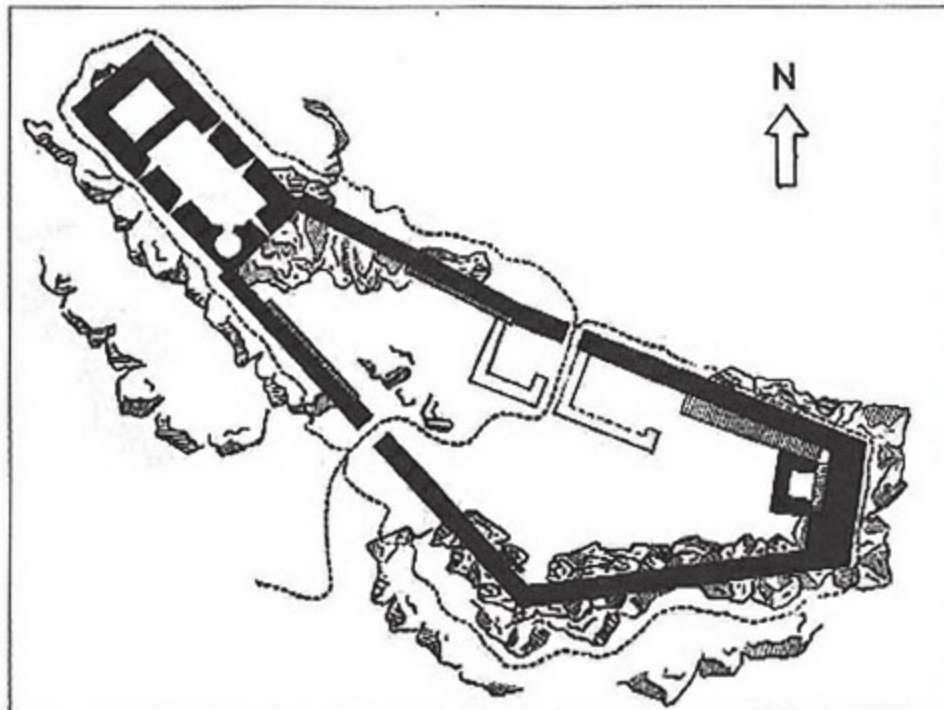
Un grupo de soldados entró en el patio cargando cajas y herramientas de trabajo. Tristan descendió por los oscilantes peldaños. A pesar de que el cansancio le atenazaba los músculos, sus angustias habían dado paso a un reflejo de supervivencia. Si ya había muerto una vez, la segunda sería la buena. No le quedaba más remedio que cooperar. Pero a su manera...

Tras haber despejado un espacio más o menos plano, los soldados empezaron a montar las tiendas. Tristan se acercó. Algunos estaban ocupados en reagrupar el material para la excavación; otros disponían los catres de campaña y las mesas. Una pequeña tienda había sido erigida contra la muralla, ligeramente apartada. En su interior, una mesa plegable estaba ya abarrotada de planos e informes. Un centinela protegía la entrada. El francés no insistió. Notaba la mirada de Weistort clavada en su nuca. Sin embargo, que le vigilaran de cerca no le impedía pensar por su cuenta. Había contado once catres, más el de la tienda apartada que sin duda albergaría al jefe del grupo. Por lo tanto eran doce personas para un castillo en ruinas perdido a los pies de los Pirineos. Por no hablar de que la mayoría de los soldados llevaban en la manga la insignia del cuerpo de ingenieros: la unidad especializada en

construcción de carreteras y puentes... Una decena de hombres capaces de excavar hasta el último rincón de Montségur. Y todo por un simple cuadro...

—Acompáñeme hasta el saliente rocoso del lado este. Ahí fue donde se jugó el destino de Montségur.

Weistort llevaba en la mano un plano del castillo. En él podía reconocerse, a la izquierda, la forma rectangular del torreón con sus troneras laterales, el hueco circular de la escalera y una habitación al fondo que Tristan supuso sería un aljibe. Como no había pozos ni fuentes de agua visibles en Montségur, los asediados seguramente no contaban más que con el agua de lluvia. El recinto semejaba un trapecio aplastado. Sin duda el arquitecto había tenido en cuenta la estrechez del lugar, que además se sustentaba, sobre rocas. Pero visto en el plano, la forma del castillo recordaba la de un sarcófago medieval esperando su cadáver, con la cabeza de perfil en el torreón y el cuerpo en posición fetal ocupando el resto del recinto. La primera intuición macabra de Tristan se confirmó: aquel castillo olía a muerte.





Salieron por la puerta sur, girando a su izquierda a través de las rocas que parecían apoyarse contra la fortificación. Al cabo de unos metros, la muralla viraba bruscamente hacia la izquierda, siguiendo el trazado de la explanada, que se reducía de golpe. El saliente se volvía cada vez más impracticable. Se vieron obligados a torcer y bordear el muro este del castillo.

—Es el talón de Aquiles de la fortaleza, puesto que da sobre una pequeña planicie —declaró el SS mostrando con el dedo un punto en el plano—. Esa es la razón por la que el muro fue doblado y reforzado.

Ahora caminaban a través de rocas desprendidas. Pese a la maleza, podían distinguirse en el suelo rastros de antiguos cimientos. Tristan no terminaba de hacerse una idea del conjunto. Aquel espolón rocoso que prolongaba el castillo hacia levante parecía haber sido habilitado, pero ¿con qué? ¿Habitaciones, un sistema de defensa?

—Ya llegamos.

Un espacio casi desierto surgió entre la sombra de lo que parecían ser los paños del muro de una torre. Weistort se acercó.

—Fue aquí donde se instalaron los mercenarios vascos. Primero cercaron esta torre, matando a los defensores, antes de parapetarse detrás de un foso protegido por una muralla que debía encontrarse...

Una voz femenina le cortó.

—Basta con darse la vuelta.

Bajo la luz del ocaso, se erguía la silueta de una joven. Ataviada con una parka marrón y con los cabellos recogidos bajo una boina ladeada, recordaba a un cazador furtivo al acecho. Sin embargo, su mirada gris, fija e intensa, no transmitía ningún miedo.

—La línea de defensa está situada entre esas malezas. Aún puede distinguirse el trazado, incluso si las piedras del muro han sido derruidas.

Weistort se quitó la gorra, se inclinó y entrechocó sus tacones.

—Oberführer Weistort, para servirla. Habla usted perfectamente el alemán, señorita. ¿Puedo preguntarle dónde lo aprendió?

La mirada gris se tornó airada.

—¡Aquí soy yo quien hace las preguntas! Y no tengo más que una: ¿qué hacen ustedes en mi propiedad?

*Gironde*  
*Mayo de 1941*

Malorley terminó su última tanda de flexiones en el suelo del patio de la granja. Se levantó empapado en sudor mientras el aire fresco de la mañana raspaba sus pulmones e irritaba su garganta. El inglés contempló los campos que bordeaban el bosque a su alrededor. Todo estaba blanco. Y no era por la nieve, sino por una fina capa de escarcha que cubría la tierra hasta donde se perdía la vista. Como en los confines de Surrey o del país de Gales. Se dio cuenta de que nunca había asociado el frío a Francia. Antes de la guerra había cruzado el canal de la Mancha para viajar a París o a la Costa Azul, pero nunca a un lugar recóndito de la Gironda. Para él, Francia debía ser alegre, soleada y verde. Ahora, en cambio, parecía haberse vestido de gris y caqui, los colores de la desesperación, y se hallaba desgarrada en dos, desde el lago Lemán hasta las estribaciones de los Pirineos.

Por fin estaba en Francia. Todos sus esfuerzos habían dado fruto. Y también sus mentiras. Para convencer al Círculo Gordon de que le ayudaran con Churchill había fabricado pruebas falsas. Las fotografías de los SS irradiados en sus camas del hospital habían salido directamente del laboratorio de falsificación del SOE. Un trabajo de orfebrería. Se trataba de soldados quemados durante la batalla de Bélgica y hospitalizados en una unidad de campaña. Los falsificadores del SOE añadieron su toque personal para dar la impresión de que estaban irradiados. Malorley no se sentía

orgullosa de esa superchería, pero el documento había hecho inclinar la decisión del comité a su favor. Apartó a un lado aquellos pensamientos negativos. La misión era lo único que importaba y no tenía ninguna duda del poder maléfico de las reliquias. Eso era lo esencial. Se sopló las manos para calentárselas. Muy pronto despuntaría el alba, era el momento de marcharse.

Escrutó por enésima vez la carretera que bordeaba la granja. Desde su llegada, no le abandonaba el miedo de ver aparecer a los alemanes. Sin embargo todo estaba tranquilo. Demasiado, quizá.

Dio media vuelta y empujó la pesada puerta de madera de castaño que daba al comedor. Un olor a brasas de madera mal apagada se pegaba al techo bajo y a los gruesos muros. Los dos agentes del SOE estaban sentados alrededor de un buen desayuno. El propietario de la granja, un gigante de rostro jovial, les servía un extraño líquido, oscuro y denso, que humeaba en los cuencos. Jean Vercors era un hombre sencillo pero de ideas firmes. Detestaba a los alemanes, contra los cuales había combatido en la guerra del 14 al 18. Antiguo brigada, condecorado en Verdún, se había retirado dos años antes del comienzo de la guerra en 1939. Para su indignación, su unidad de reserva permaneció inmóvil durante la invasión de Francia. Hacía solamente tres meses que pertenecía a una joven y escuálida red de resistencia, pero su granja ya había visto pasar a una decena de agentes llegados en paracaídas que se dirigían hacia los cuatro puntos de Francia. Su hermano menor, Blaise, con el que explotaba la granja, hacía las veces de contrabandista.

—Regaliz, achicoria y unas gotas de coñac —explicó el granjero con voz alegre—, nada mejor para reemplazar el café y engrasar las arterias. ¡Esto despertaría a un muerto!

Malorley se sentó en medio de su grupo y dio un sorbo a la mezcla. Hizo un esfuerzo para no mostrar una mueca de asco y apartó discretamente el

cuenco a un lado. Un mapa de Francia estaba desplegado en el centro de la mesa. Dio unos golpecitos con la cuchara.

—Bien. Vamos a repasar las instrucciones. Ya conocen nuestro objetivo: llegar a Toulouse.

—Ya lo hemos repasado diez veces —dijo con voz cansada Charles, el agente de más edad, de rostro severo y cabello negro peinado hacia atrás.

—Pues entonces esta será la undécima —respondió Malorley fríamente—. Tal vez esto le ahorre tener que repetirlo delante de la Gestapo.

Desde que se habían reunido la víspera, no había buenas vibraciones entre los dos hombres. Malorley notaba una hostilidad larvada en el agente, y había empezado a lamentar haberlo escogido.

Se giró hacia la chica, una rubia de unos de treinta años, con rostro ovalado y mirada dulce oculta tras unas gafas sin ningún encanto.

—¿Jane?

—Yo soy la mujer de Henri Darcourt, su devota esposa. Ambos nos dirigimos a la estación de Burdeos para tomar un tren a Toulouse. Habrá dos controles en nuestro recorrido. El primero en la estación de Saint-Jean, y el segundo en el tren, al traspasar la línea de demarcación.

El exbrigada se acercó para sentarse.

—Tengan cuidado, los alemanes han pedido a los gendarmes franceses que les echen una mano en Saint-Jean. Y también hay que contar con los agentes de la Gestapo vestidos de paisano, que pululan como garrapatas en la cabeza de un perro vagabundo.

Malorley asintió y miró fijamente a Charles. Este adoptó una mirada incómoda y luego balbuceó con voz pastosa.

—Yo soy representante de latas de conserva. Viajo en camión hacia Libourne en compañía de Blaise, un criador de cerdos. Por cierto, gracias por el trayecto en compañía de esos encantadores bichos. Una vez en zona libre,

él me dejará en la estación de Mirande para tomar el expreso en dirección a Toulouse.

Malorley dobló el plano mientras continuaba su interrogatorio.

—¿Punto de encuentro en la ciudad rosa? ¿Hora de la toma de contacto? ¿Contraseña?

—Restaurante El Cerdo Jovial, en la calle Bouquières —respondió Charles con aire sombrío—. Entre las ocho y las nueve de la noche. Un hombre al fondo de la sala con un sombrero negro y cinta de fieltro gris depositado en la mesa. Frase de reconocimiento: «Siempre se necesita un buen sombrero».

La mujer añadió con voz grave:

—Y el contacto debe contestar: «Incluso en primavera». Si la respuesta no es exacta, salir del bar y rogar a Dios todopoderoso que se apiade de nosotros.

Charles sonrió por primera vez mientras que Malorley continuaba impasible.

—No tiene nada de divertido, pues eso significará que están tratando con un agente alemán o con un miembro de la policía anticomunista de Vichy. Den por seguro que tendrá colegas esperándoles a la salida del bar para atraparles. Y sin duda les devolverán a la zona ocupada.

Charles se pasó una mano por el cabello.

—Con el debido respeto, comandante, yo estaba trabajando para montar una red cuando me pidieron que me uniera a usted. ¿Podría ponerme al corriente del objetivo de nuestra misión?

Malorley respondió con voz glacial:

—No. Si es apresado por la Gestapo, no me gustaría que pudiese comprometer la operación. Una vez que nos hayamos reunido todos en Toulouse, le daré nuevas instrucciones sobre el objetivo. ¿Algún otro punto que aclarar?

Los rostros se apagaron definitivamente. El tono inapelable del comandante había enfriado la atmósfera. El propietario de la granja se levantó y anunció:

—Vamos, amigos, hay que ponerse en marcha. Señor y señora Darcourt, yo mismo les llevaré a la estación de Saint-Jean mientras Blaise se ocupa del vendedor de latas en conserva.

### *Carretera de Gironda*

El camión entoldado rodaba a poca velocidad por la sinuosa carretera comarcal en dirección a Langon. En la parte trasera, una decena de cerdos apiñados entre bultos para entregar no dejaban de chillar. El olor pestilente impregnaba incluso el habitáculo del conductor. Charles miró a hurtadillas a Blaise, el pasador, que llevaba la gorra calada en su pelona cabeza.

—Su camión apesta, es un horror —espetó Charles con aire irritado.

El campesino sonrió con picardía.

—Sí, eso mismo dicen los alemanes cuando me paran en los controles. Lo que les impide descubrir los escondites donde transportamos la munición para la red.

A pesar del peligro que corrían, el hermano del antiguo brigada parecía totalmente relajado.

El agente sacó un paquete de cigarrillos que le tendió al conductor.

—No, gracias, no fumo —respondió Blaise—. Estamos a media hora de la línea de demarcación.

—¿Son muchos los que ejercen de pasadores? —preguntó Charles.

El campesino soltó una pequeña risita.

—Bueno, eso depende de cómo lo interprete. Yo lo hago por convicción,

otros por la pasta. Un trayecto así puede reportarles veinte mil francos. Y diez mil más si entregan los clientes a los alemanes.

—¿Cómo?

—No todos lo hacemos, se lo aseguro, pero los hay que sí. Tuvimos un cabrón en el pueblo, Amédée, el herrero. Se embolsó el dinero de dos familias judías y luego las depositó frente a la sede de la Kommandantur de Pessac. No creo que tuviera tiempo de disfrutarlo, se machacó la cabeza contra su yunque dos días más tarde. Algo estúpido.

—¿Un accidente?

—Eso dicen...

El agente del SOE encendió un cigarrillo y contempló las viñas entre la tupida maleza.

—Antes de la guerra pude degustar un *Saint-Émilion* de 1927, en un restaurante de Caen. Aún lo recuerdo. Qué maravilla.

Blaise sonrió afablemente.

—Tuvo suerte. Yo nunca he tenido medios para pagarlo. De todas formas, los alemanes han requisado todas las buenas botellas. Puede decirse que en materia de vinos no tienen mal gusto.

—Las recuperaremos muy pronto y le ofreceré una caja.

Las manos del pasador se crisparon sobre el volante.

—Ya me extrañaría, amigo. Los *boches* nos han aplastado. El ejército ya no existe y, al otro lado de la línea, el viejo mariscal se puede ir al otro mundo de un día para otro.

—¿Y qué pasa con Inglaterra? ¿Y De Gaulle? ¡El llamamiento del 18 de junio!

El camión redujo la velocidad para tomar una curva en horquilla y luego aceleró en el descenso. Los cerdos manifestaron una vez más su descontento. El campesino lanzó una mirada cómplice a su pasajero.



—En cuanto a los *rosbifs* no tengo nada que decir. Se mantienen firmes. Pero respecto a De Gaulle, ¡menuda broma! El año pasado quiso recuperar Dakar contra los de Vichy. Un desastre —se burló el pasador—. Su general, en cambio, es mejor por la radio que sobre el terreno. A mi juicio no tiene mucho futuro.

—No le entiendo. Entonces ¿por qué ayuda a la Resistencia?

—Detesto a los alemanes. Eso debería bastar, y además yo...

No terminó de pronunciar la frase. Un corzo surgió de la maleza y se quedó inmóvil en medio de la carretera con los ojos muy abiertos, la cabeza alta y las fosas nasales temblorosas.

—¡Santo cielo!

Blaise frenó a la vez que daba un volantazo, pero la aleta izquierda del camión atropelló al animal. Los chillidos de atrás volvieron a oírse a todo volumen. Charles se agarró al pomo de la portezuela para no precipitarse hacia delante. Las ramas de los castaños arañaron los cristales y la lona antes de que el camión terminara en una zanja al borde del camino.

Transcurrieron varios minutos hasta que los dos hombres consiguieron rehacerse. El pasador fue el primero en salir de la cabina para evaluar los daños.

El camión parecía un hipopótamo hundido en una poza. Las ruedas traseras enterradas hasta media altura en un charco de agua fangosa. Oyó unos chillidos que surgían a su espalda. Giró la cabeza y vio que tres cerdos huían en dirección a las viñas. El agente del SOE se esforzaba por taponar el rasgón de la lona por el cual el resto del tropel trataba de salir entre gritos.

—Mierda —exclamó Blaise—. No empieza bien su operación.

*Montségur*  
*Mayo de 1941*

La puerta de la casa solariega chirrió como si la brisa de mayo acabara de filtrarse en la vieja vivienda. Ante el ruido de pasos rápidos que resonaban en el enlosado del vestíbulo, Jean d'Estillac supo que su hija acababa de regresar. La joven había subido al castillo a pesar del frío que hacía al anochecer y ahora regresaba igual de airada que cuando se marchó. Jean se hundió con voluptuosidad en el hondo sillón de cuero negro que compró en Inglaterra el año en que impartió clases allí. Una excelente inversión que le permitía enfrentarse con mayor serenidad al carácter acerado de su amada hija. Escuchó los pasos de la chica atravesando el gran salón, pateando el entarimado en espina de pez, como una carga de caballería. A veces le sorprendía que los muros no temblaran a su paso.

Laure estaba furiosa. Ese oficial alemán, con su fría cortesía y su condescendencia de vencedor, se había burlado a placer de ella. Con tres simples frases, le había explicado que el castillo ahora era una zona de investigación especial, requisada por el Reich con la aprobación del régimen de Vichy. Los papeles oficiales estaban a su disposición. Por supuesto podían mandarle una copia si así lo deseaba. Ella había girado sobre sus talones sin decir palabra. La impotencia la puso furiosa. «Con la aprobación del régimen de Vichy.» ¡Y qué sería lo siguiente! No contento con haber entregado la República, ese viejo chocho, en su ciudad termal, le bailaba el agua a los

alemanes vendiéndoles a precio de saldo el patrimonio de Francia. Un patrimonio que su familia poseía y protegía desde hacía siglos. Mientras recorría el pasillo que llevaba a la biblioteca, se cruzó con la mirada del retrato del mariscal Pétain que su padre había colgado en la pared. Cómo había podido Francia entregarse a ese fantasma... Aquello era demasiado. Agarró el marco, lo giró y el viejo mariscal se encontró bocabajo, con el quepis apuntando al suelo. Ese era el precio por llevarle la contraria a Laure d'Estillac.

—¡Papá!

La llamada hizo que hasta los libros más viejos de la biblioteca temblaran. El polvo acumulado durante siglos cayó sobre las encuadernaciones, y los insectos invisibles, que dormían desde hacía decenios entre las páginas, se sobresaltaron como en una pesadilla. Bien encajado en su sillón, Jean esperaba la llegada del huracán. Su hija se mantenía muy recta, como la justicia ultrajada, con la mirada sombría, los cabellos sueltos y los labios rojos de rabia.

—Los alemanes están en el castillo. Acaban de instalarse. Ya han plantado sus tiendas en el patio. Los soldados están montando guardia en la entrada y, lo que es aún peor, me he topado con dos oficiales en el saliente.

Mostró un rictus de disgusto.

—Son de las SS. El que ha hablado conmigo se llamaba Weistort.

Su padre juzgó oportuno tranquilizarla.

—Y te han dicho que estaban ahí para realizar una excavación arqueológica en el marco de un acuerdo bilateral entre Francia y Alemania, ¿no es así?

—Solo ha hablado uno. El otro, más joven, se contentó con contemplarme, pero ¿cómo sabes tú que...?

—El prefecto me previno.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—Porque tú haces que reine la tempestad en la casa contagiando incluso a los muros...

—¡Detesto a los alemanes!

—Hija mía, te recuerdo que hemos perdido la guerra y que ahora estamos bajo la tutela del invasor. Así que te ruego que seas un poco más discreta a la hora de manifestar tu hostilidad.

—¡Esos soldados con una calavera en su uniforme ocupan el castillo donde jugaba de niña y soy yo quien tiene que callarse!

—Para empezar, debes evitar subir ahí arriba. Estarán semanas, unos meses como mucho. Y si tienen ganas de excavar en las ruinas del castillo, pues que les vaya bien.

Con gesto desesperado, Laure señaló los libros que cubrían las cuatro paredes de la biblioteca hasta el techo.

—¿Cómo es posible que tú, que has enseñado la historia de las herejías por toda Europa, que has consagrado tu vida al estudio de los cátaros, aceptes que profanen su último refugio, su último lugar sagrado?

—No son más que cuatro muros de piedra derruidos por el viento en la cima de una montaña. Es una ruina, no un símbolo.

—De todas formas —farfulló Laure—, basta con que Vichy haya dado su permiso para que tú obedezcas como un corderito.

—Tal vez porque el rebaño, cuando se ve amenazado por el lobo, tiene necesidad de un pastor que lo guíe.

—¿Y el guía es ese viejo blandengue cuyo retrato has colgado en el pasillo?

Jean estuvo a punto de saltar. No soportaba que se metieran con el viejo mariscal. El héroe que había salvado a Francia en Verdún y de algo aún peor en junio de 1940.

—Te prohíbo que en esta casa digas una sola palabra en contra de quien se sacrificó para protegernos.

—Mírate, hablas como Radio Vichy.

—Es la voz de la razón, la paciencia y el esfuerzo, la única vía que podemos seguir en este momento.

—Hay otras...

Laure se quitó la parka, moteada de gotas de lluvia, y se acercó a la chimenea.

—Si quieres hablar de ese coronel que se fugó a Londres, de ese desertor que llamó a la desobediencia y a la rebelión...

—Se llama De Gaulle, papá.

—No quiero escuchar ese nombre en mi casa.

El fuego crepitaba suavemente. La noche acababa de caer. Laure se dijo que por primera vez desde hacía siglos, unos soldados iban a ocupar Montségur. Se estremeció por el asco que sentía. Sin embargo, se preguntó qué sueños iban a tener esos hombres suspendidos entre el cielo y la tierra. Ni siquiera ella había dormido nunca en el castillo. Se enfadó consigo misma. Como si esos soldados, ahí arriba, fueran a robarle un secreto.

—¿Desde cuándo posee nuestra familia el castillo?

—Hace casi dos siglos.

—¿Y cómo es posible que tú hayas sido el único de la familia en interesarse por los cátaros?

—Porque el recuerdo se había perdido. Nadie se acordaba ni de la cruzada contra los herejes ni del asedio al castillo, y menos aún de la quema. Fueron los eruditos, a finales del siglo pasado, quienes resucitaron Montségur. Indagaron en los archivos, escribieron artículos, publicaron libros... Y aquel pasado desaparecido volvió a la superficie.

Laure pensó en ese oficial nazi en el saliente que buscaba el lugar en el que

los cruzados habían instalado su máquina de asedio.

—Papá, ¿por qué los alemanes están interesados en Montségur?

El profesor se encogió de hombros.

—No es la primera vez. Ya a comienzos de los años treinta, un joven universitario, Otto Rahn,[19] vino a Montségur a hacer algunas excavaciones convencido de que el Grial estaba escondido aquí.

—Salvo que no hay nada que excavar, el castillo descansa sobre una roca. No hay ni sótanos ni pozos, y no creo que vayan a desmontar los muros...

El padre sonrió. Su hija era impulsiva y a veces se lanzaba a especular a lo loco como un acróbata sin red.

—Aún tienes mucho que aprender sobre Montségur. En el lugar donde te encontrabas este mediodía, justo sobre el espolón donde los cruzados instalaron su fundíbulo, se abre una sima invisible entre la maleza. Y no es la única, las fisuras y las fallas están por todo el *pog*. [20]

—¿Y han sido excavadas o exploradas?

—Únicamente por los murciélagos —bromeó Jean—. Pero hay otro misterio: los cátaros se instalaron en el castillo hacia 1200 y se quedaron más de cuarenta años, dos generaciones, centenares de hombres y mujeres...

—¿Adónde quieres llegar?

—Muchos murieron. ¿Dónde están sus tumbas? ¿Dónde fueron enterrados? Nunca se encontró ningún osario.

—¿Estás diciendo que tiene que haber una necrópolis?

—Es lo más probable. Sin contar con que existe otro indicio. Cuando en marzo de 1244 los sitiados aceptaron la rendición, exigieron una tregua: dos semanas sin ataques, después de las cuales entregarían el castillo.

—¿Y los cruzados aceptaron?

—Sí, preferían obtener la fortaleza sin combate. Era demasiado costoso en vidas humanas.

—Pero ¿por qué esa prórroga de gracia? ¿Qué hicieron los cátaros durante ese tiempo?

—Nadie lo sabe, pero tuvo que haber muchos muertos a consecuencia de los ataques y los últimos combates. Yo diría que varias decenas, tirando por lo bajo. ¿Qué fue de sus cuerpos?

Laure abandonó el confortable calor de la chimenea para instalarse al lado de su padre. Tenía la impresión de haber vuelto a su niñez, cuando él le contaba historias por la noche, historias de las que ella siempre quería saber cómo continuaban.

—Así, durante dos semanas los cátaros pudieron inhumar y esconder sus muertos.

—Tal vez en alguna falla subterránea cuya entrada bloquearon rápidamente bajo los escombros, que no debían de faltar a causa de los muros destruidos por los lanzamientos de piedras.

Fascinada, Laure observaba a su padre. ¿Cómo semejante mente podía ser a la vez tan sagaz en su búsqueda histórica pero tan ciega en la política? O peor aún, ¿cómo él, que se había pasado la vida denunciando la violencia infligida a los herejes por los que ostentaban el poder, podía apoyar a un régimen político represivo como el de Vichy?

—Y si esa necrópolis existe, ¿tú crees que los alemanes tienen alguna oportunidad de encontrarla?

—Con sus medios y sus especialistas, es posible. Pero hace setecientos años que está oculta...

Laure se levantó.

—Estoy rendida. La subida al castillo ha sido ardua. Y todas estas historias... han terminado por agotarme. Subo a descansar a mi habitación.

Su padre la siguió con la mirada mientras ella desaparecía por la escalera, y luego se dirigió a la biblioteca donde relucían sus preciosas

encuadernaciones. Agarró con las dos manos los dinteles de una de las hileras que se abatía hasta formar una estrecha superficie de trabajo. En la plancha de castaño, disimulada a las miradas, había una clave morse. Jean accionó rápidamente el botón y la máquina empezó a crepitar.

«WEISTORT ACABA DE LLEGAR A MONTSÉGUR.»



*Burdeos*  
*Estación de Saint-Jean*  
*Mayo de 1941*

El Citroën gris se había detenido en una pequeña callejuela que bordeaba el almacén de mercancías pegado a la estación. Una ligera bruma se arremolinaba entre los agrietados muros.

—Que Dios les proteja —dijo Jean Vercors, tendiendo la mano a Malorley a través de la ventanilla bajada.

—No estoy seguro de que Dios quiera meter la nariz en nuestros asuntos —respondió Malorley—. Gracias por su ayuda.

El francés pareció vacilar.

—¿Puedo pedirle un favor?

—Si está en mi mano...

—Verá... Las cápsulas que les dan en caso de que sean atrapados... Uno de sus colegas me habló de ellas.

—¿Y bien?

—¿No tendría alguna para mi hermano y para mí?

Malorley le contempló con compasión.

Jean prosiguió:

—Si los alemanes les interceptan, y no estoy diciendo que vayan a traicionarnos, pero les torturarán y entonces...

—Lo lamento mucho, no nos dan más que una por persona. No puedo

asumir el riesgo de que descubran el propósito de mi misión. Pero se las haré llegar en el próximo envío con paracaídas.

El antiguo brigada sonrió con tristeza.

—No lo pido para mí, sino para Blaise, mi hermano... aún es joven. No quiero que sufra en manos de esos brutos. Se cuentan cosas horribles...

Jane, que lo había escuchado todo, se deslizó por delante de Malorley y le tendió una minúscula cajita de metal al francés.

—Tenga. Es la mía.

El inglés permaneció impassible cuando el granjero abrió la cajita y sacó una pequeña ampolla de vidrio color ámbar.

—Basta con romperla entre los dientes —explicó Jane—. El efecto es inmediato.

El hombre le estrechó la mano con efusión.

—Es extraño. Acaba de regalarme la... muerte.

—En esta guerra, incluso la vida se ha vuelto más extraña que la muerte —respondió ella con voz tranquila—. Muchas gracias por su valor y el de su hermano.

Se saludaron una última vez y entonces el Citroën se alejó entre la niebla. Malorley se giró hacia la joven.

—Nunca debió ofrecerle su cianuro. Es una desobediencia a los protocolos.

Ella agarró la maleta con una mano y le desafió con una mirada dulce.

—Desde el comienzo de esta guerra no he hecho otra cosa que desobedecer. A mi madre francesa por haber entrado en el SOE en vez de ser enfermera en un hospital, a mi padre inglés por no haberme casado con mi novio aviador, y ahora a usted. Trato de seguir una lógica. ¿Nos vamos?

Sin esperar su respuesta, caminó hasta sacarle cierta ventaja. Malorley disimuló una sonrisa, le habían advertido que los agentes del SOE tenían

carácter. Y, desde luego, el de esta muchacha era de acero templado. La alcanzó con grandes zancadas y rápidamente llegaron ante la fachada principal de la estación, un edificio de piedra gris y tejado de pizarra típico de las estaciones construidas a finales del siglo anterior en las ciudades de provincia. En lo alto, la esfera de un reloj marcaba las once menos veinte. Les quedaba casi una hora de espera antes de la salida de su tren.

Una muchedumbre se congregaba delante de la entrada. Malorley se dijo que incluso en tiempos de guerra los seres humanos no dejaban de viajar. La única diferencia era la instalación de unas barreras de control ante las dos puertas de entrada y de salida. Un destacamento de gendarmes y de soldados alemanes se había posicionado a cada lado de una larga fila de viajeros.

Los dos agentes se mezclaron discretamente con la masa. Malorley sacó los dos *Ausweis* del bolsillo de su chaqueta.

—Recemos para que los falsificadores de Orchard Street se hayan superado.

La joven se había girado hacia la pared y se sostenía la cabeza. Cuando la levantó, sus ojos parecían inyectados en sangre, como si hubiese pasado la noche llorando.

—Las virtudes de la pimienta...

Transcurrió un buen cuarto de hora antes de que llegaran ante el puesto de control supervisado por dos gendarmes con el quepis ligeramente alzado sobre la frente. A su lado, un poco más retirados, dos hombres con gabardina beis, las manos en los bolsillos y aspecto malhumorado, contemplaban a los viajeros.

Tras los dos hombres, del lado de la estación, una pareja con dos niños de corta edad estaban sentados contra la pared, flanqueados por guardias alemanes. La mujer sostenía a su pequeña contra ella y lanzaba miradas temerosas a todos lados.

Malorley no pudo evitar fijarse en esos desgraciados. A todas luces debían ser judíos que huían de la zona ocupada. En Londres, los informes diplomáticos evocaban la masacre de judíos por toda Europa. Pero eso era en Polonia o en Rumanía, y le costaba creer que Francia se hubiera convertido en cómplice.

—Ya llega nuestro turno —murmuró Jane.

Malorley se rehízo.

—Perdón.

Finalmente llegaron frente al gendarme. El inglés notó como se posaban sobre él los ojos de los tipos con gabardina, probablemente fueran agentes de la Gestapo. Evitó mirarles a la cara, pero su estómago se crispó como si se encogiera dentro de él. El miedo regresó con toda su intensidad. Sórdido, implacable, ciego. Sabía lo que la Gestapo hacía a los espías.

El gendarme tomó los *Ausweis* de la pareja y los inspeccionó con atención. El hombre del SOE sentía que su corazón golpeaba contra su pecho. Todos los entrenamientos del mundo no podían rivalizar con los peligros experimentados sobre el terreno.

Jane se secó las lágrimas de la mejilla. Estaba interpretando su papel de maravilla. Malorley se avergonzó de tener miedo.

El gendarme examinó los documentos de identidad.

—Señor y señora Darcourt, residentes en Toulouse.

Lanzó una mirada a Jane y luego a Malorley.

—Su mujer no tiene buen aspecto.

El inglés sacó un papel de su cartera y articuló en un francés perfecto:

—Acabamos de asistir a las exequias de su madre en Lacanau.

La semana anterior, los falsificadores del SOE habían redactado un certificado de defunción falso utilizando la fotografía de la madre de una de las secretarías.

El gendarme asintió con aire comprensivo, pero no soltó los papeles. Había interceptado una nueva mirada de Malorley a la familia apartada. El inglés quiso asegurarse.

—¿Quién es esa gente?

—Son judíos que pretendían llegar a la zona libre. Han tratado de pasar con unas falsificaciones. Sus *Ausweis* no habrían engañado ni a mi hijo de doce años.

—¿Qué van a hacer con ellos?

El gendarme se encogió de hombros.

—Yo nada en absoluto, pero los alemanes quieren enviarlos a un campo de trabajo.

—¿También a los niños?

—¿Por qué? ¿Acaso quiere adoptarlos? Como dicen los judíos, podemos hacerle un descuento. ¡Vamos, el siguiente!

El gendarme se echó a reír con su colega y le devolvió los *Ausweis*.

Malorley se contuvo para no darle un puñetazo. Sintió vergüenza de su propia sonrisa de connivencia, pero cogió los papeles y pasó por delante de los dos hombres con gabardina, que no manifestaron ninguna emoción. Para su tremendo alivio, no se fijaron en ellos, concentrados en examinar a los siguientes pasajeros.

—Primera barrera superada —murmuró a Jane—. Tenemos tiempo de tomar algo en la estación.

Se adentraron en el vestíbulo medio abarrotado con una inusual mezcla de viajeros franceses cabizbajos y soldados de la Wehrmacht con expresión radiante. Unos paneles indicadores escritos en alemán duplicaban sistemáticamente los letreros en francés. La inmensa cristalera dejaba pasar una luz pálida a los andenes ocupados por media docena de trenes.

La pareja bordeó un muro lleno de carteles de la misma película. Los dos

actores principales, Fernandel y Raimu, mostraban unas sonrisas cómplices.

—Oh —exclamó Jane—, *Tempestad de almas*. Podríamos ir a verla cuando lleguemos a Toulouse.

—Está de broma —farfulló Malorley, que apretó el paso para poner mayor distancia entre ellos y los gendarmes.

—Sí, una pena que lo haya dudado. Pero, a pesar de todo, me gusta mucho su director, Pagnol.

Llegaron ante un panel que anunciaba las salidas. El tren 1432 para Toulouse estaba estacionado en el andén 2. Les quedaba más de media hora, y Malorley necesitaba beber algo. Se abrieron paso hasta el mostrador de la única cantina de la estación. El inglés pidió un vaso de burdeos barato para rehacerse de sus emociones y Jane, leche caliente.

—Un tinto a las once de la mañana no es muy profesional —dijo la joven con malicia.

—Lo necesito. ¿Le extraña?

Ella sonrió.

—No, al contrario, eso le convierte en casi humano, mi señor esposo.

Malorley se bebió el vaso de un trago.

—¿Me encuentra demasiado rígido?

—No más que una escoba de cocina, sin ofender.

De pronto una pesada mano se posó en el hombro de Malorley. Una voz en francés resonó detrás de ellos.

—Policía. Tengan la amabilidad de acompañarnos, por favor.

El inglés se giró y reconoció al instante a uno de los hombres con gabardina.

*Berlín*  
*Ópera Nacional del Reich*  
*Marzo de 1941*

Con sus manos enguantadas en negro y púrpura, el caballero rubio de armadura plateada alzó la copa de oro por encima en su cabeza. A su espalda se recortaban las ruinas de un castillo bañado por un crepúsculo demasiado naranja para ser real. Delante de él, caballeros ataviados con capas blancas y damas con túnica azul se arrodillaron con rostros exaltados y tensos. El coro, profundo y majestuoso, se propagó como un efluvio por la inmensa sala abarrotada hasta el último asiento plegable.

Luego, con gesto elegante y solemne, Parsifal depositó el Grial en una mesa circular de piedra negra. La melodía de las cuerdas y el metal ascendió entonces del foso de la orquesta y su director, el gran Wilhelm Furtwängler, hizo girar la batuta para conducir a los músicos hasta el último movimiento del acto final. Era el momento álgido, el acmé o culminación, simbolizado, según las estrictas instrucciones del maestro Richard Wagner, por la aparición de una paloma blanca. El Espíritu Santo que volaba hacia la copa sagrada.

Sin embargo no sucedió como de costumbre: ningún pájaro de blanco plumaje surgió de los cielos.

No, lo que surgió fue una cruz gamada, pesada y ardiente, como una brasa incandescente.

La esvástica de fuego descendió del techo del escenario hasta detenerse justo encima del Grial.

En el palco de honor, el jefe del Partido Nazi, Rudolf Hess, parecía hipnotizado. Vestido con chaqueta marrón, tenía una expresión obstinada y una mirada entorpecida por la gruesa barrera de sus cejas. Sentado al lado del Führer, qué insigne honor, no podía despegar los ojos del símbolo que hechizaba a Alemania entera. ¡La potencia del símbolo! Tan solo un símbolo y, a la vez, su mejor arma, la que les había otorgado el poder.

Subyugado por la música de Wagner, cerró los ojos. Otra cruz gamada apareció en su mente. La que había sido traída del Tíbet por los SS les había permitido conquistar Europa. Si Himmler conseguía apoderarse de la siguiente, esta les ofrecería el mundo entero. Sin embargo una duda le acechaba, el Reichsführer nunca había sido tan poderoso... Pero al manejar fuerzas titánicas, corría el riesgo de perder el control.

Una oleada de aplausos brotó de la inmensa sala, que se fue iluminando progresivamente. Era como un torrente que arrastraba todo a su paso, almas, corazones y la razón de los hombres y las mujeres sentados en filas impecables.

Hubo entonces una segunda licencia al estricto ceremonial establecido por el genio de Bayreuth. El director de orquesta hizo cesar los aplausos y se volvió hacia un palco situado por encima del escenario que todavía permanecía sumido en la sombra.

Extendió su brazo derecho y gritó con voz vibrante:

—*Sieg Heil!*

En un mismo movimiento, la sala entera se irguió con el brazo tendido, como un campo de trigo maduro acunado por el viento.

—*Sieg Heil!*

Arriba, en el palco, una silueta marrón surgió de la sombra. Su rostro



familiar apareció bajo la luz centelleante de las imponentes arañas de cristal de Bohemia. El hombre de rostro imperial extendió y alzó su antebrazo de forma casi indolente. Adolf Hitler mostró una sonrisa bonachona mientras los gritos redoblaban su potencia.

Esperó más de un minuto y luego se volvió a sentar. Abajo, las voces se difuminaron para dejar paso al murmullo habitual del final del concierto. Una marea de esmóquines negros, uniformes militares de gala y suntuosos vestidos de noche de vivos colores onduló entre los asientos.

La boca del Führer se torció a un lado. Sus ojos claros miraban la sala con una expresión tan dura como la pesada hebilla de acero de su cinturón.

—Obsérvelos, mi buen Rudolf, todos esos apuestos señores y sus perfumadas damas. Esos aristócratas arrogantes, esos industriales barrigudos, esos oficiales engréidos... Me aclaman ahora que les he ofrecido Europa, pero ninguno habría apostado por mí en la época en la que vagaba por esta ciudad sin un céntimo. ¿Cuántos estuvieron dispuestos a apoyarnos hace quince años, cuando estábamos presos en Munich, en la cárcel de Landsberg después de nuestro fracasado golpe de Estado?

—Algunos, mi Führer —replicó Rudolf Hess—. Es cierto que se ha necesitado tiempo y energía para convencerlos de la exactitud de su visión para Alemania.

El jefe del Reich respondió con un sonoro eructo. Un ligero olor a col cocida se esparció por el palco.

—Los desprecio.

Su rostro se oscureció. Se masajó las sienes como para apartar el dolor de cabeza, y luego golpeó su rodilla con un puño febril.

—El pueblo, Rudolf, el pueblo alemán. Solo a él consagro todos mis esfuerzos. Él no me traicionará jamás.

Hess se abstuvo de comentar que esos industriales habían contribuido en

gran medida a la financiación del partido durante su ascensión. En lugar de eso, asintió con prudencia y dijo con tono grave:

—Yo lo he sabido desde el principio, siempre ha sido un solo espíritu con nuestra raza. Ese vínculo es indestructible. Nadie lo traicionará. Nadie... Pero es momento de alegrarse, mi Führer. ¿Qué le ha parecido este *Parsifal* dirigido por nuestro buen Wilhelm?

El rostro de Hitler se iluminó de golpe. Se levantó y se enfundó un par de guantes blancos.

—¡Admirable! ¡Grandioso! ¡Emocionante! Y qué detalle tan delicado el haber reemplazado la paloma por el símbolo de nuestro glorioso movimiento. Casi se me han saltado las lágrimas. ¿Fue idea suya?

Hess se levantó a su vez y empezó a descender las escaleras detrás de su jefe, con el pecho henchido.

—Sí... Mi modesta contribución a la obra del gran Wagner. Nunca me ha gustado esa miserable paloma cristiana que vuela por encima de la copa sagrada. Qué horror. Como si fuera a depositar allí sus excrementos. La esvástica es más apropiada para revelar el sentido verdadero del Grial. Un Grial puro y ario.

—Ah, el Grial. Si tan solo existiera...

—Pues existe, mi Führer, existe.

El canciller sonrió. Rudolf Hess ocupaba un lugar especial en su corazón. Había sido un fiel compañero desde el primer momento, el amigo de sus días de dudas, aquel que no le había abandonado nunca, incluso si profesaba a veces creencias de lo más extrañas. Como recompensa, lo había nombrado jefe del Partido Nacionalsocialista. Un cargo más político que estratégico.

Hitler bajó la cabeza y susurró a la oreja de Hess.

—Ah, Rudolf, no ha cambiado...

—Yo no reniego jamás de mis convicciones, ya sean políticas o

espirituales.

Los dos hombres llegaron a la salida de su descansillo, y el Führer posó una mano en el hombro de Hess.

—Le envidio —murmuró Hitler—. Desde que dirijo el país estoy imbuido en el materialismo. Y es aún peor con la guerra. Tendría que volver a sumergirme en las sanas lecturas de los tiempos de Munich. Asistir a más óperas como la de hoy. Le doy las gracias por haber insistido en que viniésemos a escuchar *Parsifal*.

El hombre de grandes cejas inclinó educadamente la cabeza.

—Tengo también algunos libros extraordinarios que podría recomendarle, entre ellos uno de un escritor americano que ha rehabilitado el Ku Klux Klan. Ha escrito pasajes magníficos sobre la simbología de las cruces de fuego. Pienso sinceramente que podrían tenderse puentes con los representantes de los verdaderos arios de Estados Unidos. Y también con Inglaterra, donde aún tenemos amigos.

El rostro del amo de Alemania se endureció brutalmente.

—Inglaterra... ¿Acaso pretende fastidiarme la velada, mi buen Rudolf?

Hess se mordió los labios, consciente de su patinazo. Su jefe no soportaba la más mínima alusión a los británicos. De hecho, en esa primavera de 1941, el Reino Unido seguía plantando cara a Alemania. El insolente Churchill se había convertido incluso en un héroe para su pueblo.

—No, mi Führer, pero me entristece que nuestros primos ingleses arios no comprendan que usted no es su enemigo.

—Himmler comparte ese mismo punto de vista, pero cree que ahora ha llegado el momento de volverse contra Stalin. Tiene razón. Debemos prepararnos para afrontar a un enemigo más temible.

—¿La invasión de Rusia? —se inquietó Hess, que nunca había estado a favor de ese proyecto.

Hitler sonrió. Había recuperado su expresión bonachona.

—Ah, Rudolf... Dejemos de hablar de la guerra... Hace ya meses que no leo más que informes militares, notas diplomáticas y estadísticas de producción de tanques y aviones que me envía Himmler.

—Esperemos que el Reichsführer no llegue demasiado lejos —advirtió Hess.

Los dos hombres traspasaron la puerta y se encontraron en el pasillo que albergaba los palcos de honor, todos vacíos por razones de seguridad. Dos suboficiales con el uniforme negro de las SS estaban ahí apostados, en posición de firmes, a cada lado de un cuadro de Wagner que descansaba sobre un trípode. Le saludaron de forma impecable. Hitler se paró en seco.

—Rudolf, déjame unos instantes, es preciso que reflexione a solas. Arréglalo para hacerme salir por alguna puerta más discreta, no tengo ganas de cruzarme con todos esos peleles que me esperan abajo.

—Sí, mi Führer —respondió Hess, que se alejó rápidamente hacia una escalera lateral.

Con las manos unidas a la espalda, el nuevo amo de Europa se quedó contemplando el retrato del creador de *Parsifal* y *Lohengrin*, cuyo rostro estaba deformado por una expresión febril, altanera y atormentada. Lo había venerado desde su juventud, desde que asistió por primera vez a una representación de *Rienzi* en la Ópera de Viena, desde el gallinero, con los pobres. Él, un mísero estudiante al que no habían admitido en Bellas Artes, salió de allí totalmente conmovido. Tras la representación, lloró durante horas de alegría y de exaltación. No fue por casualidad que, años más tarde, trabara una sincera amistad con Cosima, la nieta del gran hombre.

Los dos SS permanecieron en silencio, mirando sin pestañear, mientras él seguía plantado ante ellos. Hitler rompió el silencio y se giró hacia el que estaba a la derecha.

—¿Sabe por qué Wagner es un artista genial?

—No.

El dictador arqueó una ceja.

—Puede resumirse en una palabra: *Gesamtkunstwerk*... ¡El arte total! ¿Ha oído hablar de ello?

El guardia negó con la cabeza.

—Es una pena —replicó Hitler con voz suave—. Tendré que pedirle al bueno de Heinrich que perfeccione la educación artística de la élite de este país. Es necesario reparar esa laguna. Wagner practicaba el arte total, un concepto romántico del siglo XIX. Lo que significa que ponía al servicio de su obra todos los recursos disponibles, la música y los decorados, el edificio de la Ópera de Bayreuth, pero también las leyendas y la filosofía aria. Nada, y digo bien, nada, era dejado al azar para que los melómanos se sintieran totalmente sumergidos y... hechizados. El propio Wagner vivía su arte como si su vida dependiera de ello. Al igual que el gran emperador Federico Barbarroja, quien encarnaba como nadie el alma de todo un pueblo.

El guardia no respondió, su mirada continuó clavada en algún punto frente a él. Hitler prosiguió con tono grave.

—*Gesamtkunstwerk*... El nacionalsocialismo es también un arte total y el mundo muy pronto va a descubrir la amplitud de mi obra.

*Montségur*  
*Mayo de 1941*

Las frondosas montañas que rodeaban Montségur se habían tornado de un verde resplandeciente. Cada mañana millones de hojas cubiertas de rocío centelleaban bajo la luz ascendente mientras que la bruma, gris y húmeda, se estancaba en el valle. Sentado en el borde de la ciudadela, con los pies colgando en el vacío, Tristan disfrutaba del sol antes de que su nueva vida lo engullera. A esa hora aún apacible en la que, dentro de las tiendas, los soldados dormían, tenía para él todo ese castillo que parecía a punto de zarpar en un infinito mar de bruma. Entre la maleza que trepaba al asalto de la antigua fortaleza, se elevaba un trino de pájaros tan alegre como el alboroto de unos niños.

La guerra que ensangrentaba Europa parecía tan distante que Tristan a veces olvidaba incluso los trágicos acontecimientos que había padecido. La prisión de Montjuic, los sótanos de Castellón de Ampurias, todos los malos recuerdos daban la impresión de desvanecerse en la lejanía como el vuelo de las aves que surcaban el cielo de los Pirineos. En la dulce placidez de la mañana, Tristan gozaba de esos últimos instantes de calma y soledad antes de que el campamento se despertara. No había vuelto a ver a la chica que apareció para protestar contra la ocupación de su castillo. Aquella joven le intrigaba. De vez en cuando echaba un ojo hacia el bosque para ver si distinguía su boina ladeada por la colina. Tras el intercambio con Weistort, el

coraje de la «princesa del castillo», como la había bautizado, le había sorprendido. Y luego estaba esa mirada gris...

Un ruido sordo le devolvió a la amarga realidad. La campana del torreón acababa de sonar. Comenzaba un nuevo día de servidumbre.

Tras la llegada al castillo de Weistort y sus SS, se había establecido una estricta agenda de trabajo. Cada mañana, un primer equipo compuesto por agrimensores tomaba posesión del lugar. Fue a estos a los que Tristan, apenas descendió de la ciudadela, vio pasar por la estrecha puerta. Equipados con armellas, cuerdas y cintas métricas, los topógrafos ya habían medido la cortina del castillo,<sup>[21]</sup> las dimensiones del torreón y la altura de los muros de defensa. Ahora pensaban explorar sistemáticamente todo el saliente en busca del más mínimo rastro de construcción. El francés los siguió con la mirada; se dirigirían al sector norte, una estrecha lengua de tierra de la que emergían, a medida que la estudiaban, numerosos vestigios. Tristan se acercó hasta la cantina donde, bajo una lona que hacía de alero, un cocinero llenaba los cuencos con leche caliente. El café, al igual que el azúcar, se había convertido en un bien escaso, y estaba reservado a los oficiales y los exploradores.

En medio del patio, sobre un gran tablero de madera, un arquitecto acababa de desplegar un enorme pliego con el plano de la fortaleza, pero también aparecían las curvas de nivel del terreno sobre el que estaba construida. Alrededor del experto, sus asistentes apuntaban a lápiz las medidas y las cotas calculadas por los agrimensores.

Para confeccionar un plano lo más preciso posible del lugar, otro equipo tenía la misión de desbrozar todo el saliente, cortando los setos de boj, cercenando las zarzas, despejando los antiguos atajos o haciendo aparecer los muros derruidos. Cada descubrimiento era catalogado, ubicado y referido en el plano como una posición en un campo de batalla.

Así, el espolón al que Weistort había llevado a Tristan el primer día había sido despejado de toda su capa de matorrales. Ahora resplandecía al sol, liso y desnudo. Por todas partes, desprendimientos, trozos de muro y fosos salpicaban el espacio. El arqueólogo encargado de estudiar y cartografiar el terreno era un joven pálido de baja estatura que cojeaba ligeramente entre aquellas piedras. Sus colegas, poco caritativos, le habían atribuido el apodo de «Goebbels», por lo mucho que se parecía al ministro de Propaganda del Reich, al menos en su aspecto. Esa mañana el francés lo acompañó en su búsqueda. Desde hacía dos días estaban estudiando la torre que defendía el acceso este del espolón. Por allí fue por donde los mercenarios vascos surgieron una noche de primavera y masacraron a los guardias antes de apoderarse del puntal.

Cuando Tristan le contó el asalto, «Goebbels» no pudo evitar sonreír.

—Observe la traza de la torre, su base reducida a causa del relieve accidentado; por razones de estabilidad no permitía que se elevara más allá de dos plantas. Lo que es tanto como decir que no albergaba más que unos pocos centinelas, así que hablar de masacre me resulta un tanto extraño.

Tristan no replicó. Se dijo que la arqueología era todo lo contrario a su trabajo de cazador de obras de arte. Mientras que los arqueólogos descartaban las leyendas, confrontándolas con la realidad del terreno, él, por su parte, buscaba, a partir de un cuadro, contar una historia, descubrir un origen, resucitar vidas...

—Pero lo más importante es eso —anunció «Goebbels».

Acababa de extraer de entre dos cantos a ras del suelo un fragmento de mortero amarillo claro que contemplaba con éxtasis, como un aficionado al arte lo haría ante una escultura de Miguel Ángel. Al ver la mirada dubitativa del francés, se explicó:

—Cada mortero es único, tiene su propia densidad de arena y cal. Lo que



permite distinguirlo de los otros.

—¿Y bien? —inquirió Tristan.

—Sabemos que esta torre perteneció a la construcción original. En cambio, ignoramos si el castillo actual corresponde al del asedio de 1244 o si más tarde volvió a ser edificado. Pues bien, basta comparar los dos morteros, el de la torre y el del castillo. Si son idénticos, todo aclarado y si no...

—Si no, eso quiere decir que el castillo fue reconstruido tras el asedio, ¿no es así?

«Goebbels» se frotó la nuca. El sol primaveral de los Pirineos pegaba más fuerte que en Berlín.

—Sí, pero sobre todo que los cruzados destruyeron el castillo primitivo para edificar otro. Pero ¿por qué lo harían?

Tristan tomó los dos trozos de mortero.

—Yo mismo puedo llevárselos al arquitecto —decidió Tristan.

Con la frente empapada de sudor, «Goebbels» lanzó una mirada hacia el espolón desierto.

—En el pueblo se cuentan extrañas anécdotas sobre la historia de la fortaleza. Los soldados que han bajado para aprovisionarse han comentado...

—¿Qué anécdotas?

—La quema de los herejes al pie de la montaña, con más de doscientos quemados vivos. Se dice que... sus almas aún continúan ahí.

«Goebbels» bajó la voz.

—Algunos sostienen incluso que si los cruzados construyeron un nuevo castillo, quizá no fue para defenderse de un ataque exterior... sino para impedir que las almas de los martirizados escaparan.

El francés sonrió. La superstición siempre le había divertido.

—«El castillo de las almas errantes», sería un buen título para una novela.

De regreso al recinto del castillo para entregar los fragmentos de mortero,

Tristan se detuvo a contemplar el plano de la excavación que, diseñado por el arquitecto, no dejaba de evolucionar. Hacia el este, la fortaleza aparecía ahora protegida por una atalaya, un foso seco y una barbacana. Al sur, bajo la entrada de Montségur, unos muros de protección, cuyos vestigios acababan de ser encontrados, se escalonaban hasta media pendiente. Ahora el castillo ya no figuraba como algo aislado en la cima del *pog*, sino como el centro de una poderosa red defensiva.

Lo más asombroso, sin embargo, se encontraba en dirección norte. Allí donde no había más que bosque bajo y maleza, acababan de aparecer numerosas terrazas superpuestas en las que se adivinaban los restos de multitud de construcciones.

—Los topógrafos han hecho un buen trabajo. Creo que tenemos ante nosotros la aldea cántara —anunció Weistort—. Sin duda fue en ese espacio donde se levantaron casas, talleres, tenderetes y cisternas.

—¿Talleres? —se asombró Tristan.

—Por supuesto, los herejes vivieron aquí varios decenios, y por tanto necesitaban alfareros, herreros, tejedores, zapateros... De hecho, se han encontrado vestigios materiales de sus actividades, clavos oxidados, cueros usados... Observe.

Dos soldados acababan de traspasar la puerta llevando una caja de madera abierta de la que sobresalían trozos de cerámica. Se dirigían hacia el almacén, instalado en una tienda un poco más grande que las otras, donde se depositaban y clasificaban los resultados de las excavaciones.

—Aproveche para entregarles sus restos de mortero.

El francés se adentró en la tienda donde se encontraba un civil encorbatado, con la frente sudorosa y las mejillas sonrosadas. Este anotó escrupulosamente el lugar, la fecha y el responsable del descubrimiento. A su lado, un militar fotografió desde distintos ángulos los restos de albañilería

antes de depositarlos en una caja de cartón que etiquetó y selló. «La eficacia alemana», se dijo Tristan justo antes de que el hombre de la corbata le interpelara:

—Y tú, ve a llevar la hoja de datos al equipo del plano.

El francés tomó la ficha que el funcionario acababa de rellenar y se dirigió hacia el centro del patio donde, lápiz en mano, un arquitecto registraba en el dibujo cada uno de los descubrimientos del día.

—¿Qué traes?

—Hemos encontrado mortero en la base de una torre en el extremo este del espolón.

—Ah, sí, «Goebbels» es quien está inspeccionando ahí abajo. Conoce bien su trabajo. Acércate. ¿Se trata de la torre que está representada sobre la última roca, frente a levante?

Tristan comprobó la orientación y las curvas de nivel antes de asentir. El arquitecto dibujó entonces un triángulo con rayas rojas, seguido del número de inscripción de los fragmentos de mortero en el almacén.

—El triángulo es el símbolo del descubrimiento de un elemento de albañilería. Unos días más y este lugar no tendrá secretos para nosotros.

El francés se alejó para ir a sentarse en la base del torreón. El patio del castillo bullía de actividad. A cada instante, los militares entraban y salían en un flujo continuo de intercambio con las zonas de búsqueda. Del exterior llegaba el ruido de golpes sordos de hacha mientras que una alta humareda blanca se elevaba por encima de los muros. Los soldados estaban despejando un nuevo espacio de excavación mientras otros quemaban troncos y ramas caídas. En pocos días, las ruinas de Montségur habían cambiado radicalmente de aspecto y Tristan aun no entendía bien por qué. ¿Cómo era posible que profesores y buscadores pudieran dedicar tantos medios y energía motivados solo por la fe en un cuadro y por el parentesco fonético entre dos topónimos:

«Montserrat» y «Montségur»? La única respuesta era que él, Tristan, no conocía más que una parte visible de la verdad.

La parte oscura, era Weistort quien se encargaba de custodiarla.

*Burdeos*  
*Estación de Saint-Jean*  
*Mayo de 1941*

La oficina olía a colillas y a sudor agrio. Las paredes, de un verde desvaído, estaban decoradas con carteles de propaganda a mayor gloria de la alianza entre la nueva Francia y Alemania. La foto enmarcada del mariscal Pétain se codeaba con la del Führer vestido con el uniforme de jefe de los ejércitos.

Uno de los agentes de la Gestapo revolvía concienzudamente las dos maletas de la pareja, abiertas y depositadas sobre el escritorio, mientras que el otro examinaba los papeles bajo la mirada atenta de Malorley y de Jane, sentados en un banco contra la pared. Tras la puerta de cristal, un centinela armado hacía guardia paseando de un lado a otro.

El jefe del comando trató de mantener la calma. No había nada comprometedor en las maletas, ya que la intendencia del SOE había preparado el contenido cuidando hasta el más mínimo detalle de la ropa interior. Las prendas venían directamente de Francia o habían sido imitadas a la perfección por un sastre judío que trabajaba para el servicio. El corte de una chaqueta, el modelo de un vestido, el largo del pantalón, nada se había dejado al azar, incluso la cartilla de racionamiento a medio utilizar. Nada podía traicionarlos. Sin embargo, el miedo había regresado y paralizaba su cerebro.

El agente de la Gestapo increpó a su colega.

—¿Y bien?

—¡Nada!

Se volvió hacia la pareja, con los documentos de identidad en la mano.

—Yo también vengo de Toulouse. Estudié allí. Qué bella ciudad. Corrompida por la llegada de esa chusma española de rojos en 1939, pero bueno, eso va a cambiar con el mariscal. Veo que los dos viven en la avenida Jules Julien.

—Así es, en el número 18.

El agente miró fijamente a la joven.

—Conozco bien ese rincón. Un barrio estupendo, Les Minimes. ¿Le gusta? Malorley quiso responder, pero el agente le interrumpió.

—Es a su mujer a quien le estoy haciendo la pregunta.

El inglés sintió que su corazón se aceleraba de nuevo. Había pasado los interrogatorios de entrenamiento en Orchard Street y conocía casi de memoria el plano de Toulouse. Pero en cuanto a Jane...

Ella sacó un pañuelo, se sonó delicadamente, resopló y dijo con voz afligida:

—No, está en la carretera de Narbona. ¿Está seguro de haber vivido en Toulouse, señor policía?

El agente de la Gestapo sonrió, pero continuó su interrogatorio:

—¿Tiene familia allí?

Malorley negó con la cabeza.

—No.

—¿Ni tampoco niños? Una pareja como ustedes aportaría unos hermosos hijos a Francia.

El colaborador articuló la palabra «hijos» con una pequeña sonrisa que ponía los pelos de punta.

—¿Hay algún problema? —preguntó Malorley con voz inocente.

—Control de rutina.

—Es que... nuestro tren sale en diez minutos.

El de la Gestapo se encogió de hombros.

—Hay otro dentro de seis horas.

El teléfono sonó. El hombre descolgó sin dejar de mirar a uno y a otro.

—Sí... Entendido. Gracias por avisar.

Hizo una seña a su colega, que se apresuró a cerrar las maletas. Y luego se volvió hacia la pareja.

—Ya pueden irse. Lamento el retraso. Nos habían avisado de una pareja que organizaba una red de mercado negro entre Burdeos y Toulouse. Mis colegas acaban de interceptarlos en la entrada de la estación. Ya pueden tomar su tren.

—¿Y si lo perdemos?

—La Gestapo no reembolsa los billetes, más bien los cobra. ¿No es así, Marcel?

Los dos hombres se echaron a reír.

Bajaron a toda prisa las escaleras y corrieron hasta quedarse sin aliento por el andén. El jefe de estación estaba a punto de tocar el silbato. Cuando se subieron al tren, este iniciaba su marcha. Recorrieron el pasillo casi desierto.

—Esos franceses eran peores que los alemanes —comentó Jane—. ¿Qué ha podido empujar a esos individuos a traicionar a su país?

—La ideología, el poder, el dinero... Yo apostaría por la última opción en el caso de esos cabrones. En la zona ocupada, la Gestapo ha reclutado a muchos granujas para efectuar el trabajo sucio.

Malorley consultó su reloj.

—Y esto aún no ha terminado. Atravesaremos la línea de demarcación en

menos de media hora.

—¿Habrá que salir del tren?

—No, nada de eso. Permaneceremos tranquilamente aquí sentados y mantendremos la calma. Los alemanes pasarán por cada uno de los compartimentos para inspeccionar los papeles.

—Le envidio —contestó Jane—, yo estaba muy nerviosa.

—Todo irá bien, ya lo verá.

Mentía. El inopinado control de la Gestapo le había paralizado. Una bola de angustia se incrustó en su vientre mientras su corazón latía desbocado. Tenía miedo. En toda su vida jamás había tenido tanto miedo.

### *Campiña cercana a Libourne*

El charco de fango embadurnó de nuevo las ruedas traseras del camión. Charles hizo grandes aspavientos a Blaise.

—¡Pare! Esto no sirve para nada, hay que poner una cuña de madera bajo los neumáticos.

Apoyó un pie en el parachoques trasero, que crujió peligrosamente.

—Sobre todo no lo toque, es frágil —indicó el campesino con voz preocupada.

Hacía más de un cuarto de hora que los dos hombres trataban de desatascar el camión. En vano. Nadie había pasado por aquella carretera.

El agente consultó su reloj. El contratiempo aún era recuperable, al menos si encontraban ayuda para extraer el vehículo de su trampa de fango.

—Conozco a un viticultor no muy lejos de aquí —sugirió Blaise—, a una media hora. Posee un tractor y...

Un rugido ascendió por la carretera. Un coche blindado avanzaba a toda



velocidad seguido de un camión militar alemán, reconocible por la cruz negra pintada sobre la lona.

Charles se tensó. No llevaba ningún arma encima para defenderse.

—¡Mierda, son los *boches*!

—¿Qué hacemos?

—Colaborar. Está muy de moda ahora mismo —bromeó el pasador—. Los *kartoffeln* suelen ser serviciales por aquí.

Avanzó en medio del charco agitando su gorra en el aire.

—Está loco —espetó Charles mirando a su alrededor.

A excepción del sotobosque, donde podía ocultarse, no había más que viñedos hasta perderse la vista. Ideal para que le dispararan mientras huía.

Blaise captó su mirada angustiada.

—Confíe en mí, yo no soy el señor Amédée.

El convoy alemán llegó a su altura y frenó bruscamente. Dos soldados salieron del coche blandiendo sus armas ante el pasador, que alzó los brazos. Llevaban colgada del cuello la placa de identificación de la Geheime Staats polizei.

Blaise alzó la voz.

—He tenido una avería. ¿Podrían ayudarme?

Un oficial barrigudo salió del Mercedes descapotable y llegó hasta donde estaban con la respiración entrecortada. Tenía la tez tan rosada como un bebé. La nuca le formaba pliegues por encima del cuello de su camisa.

—Ah, señor oficial, es usted mi salvador —exclamó el pasador—. Mi camión se ha quedado atascado en el barro a causa de un maldito corzo.

El teniente examinó al campesino con gesto desconfiado. En el camión, los chillidos de los cerdos continuaban con renovado vigor.

El rostro del alemán se iluminó. Apuntó con un índice acusador en dirección al camión.

—¡Mercado negro! *Verboten* —bramó encolerizado.

—Nada de eso —replicó Blaise—. Llevo el permiso de transporte conmigo. Tengo que entregar los cerdos y las latas de conserva vacías al otro lado de la línea de demarcación.

Blaise sacó los papeles de su bolsillo. El teniente los examinó con atención y luego se los devolvió. Su rostro se había relajado.

—Parecen estar en regla. Vamos a ayudarle. No estamos aquí para fastidiar a los franceses. Pero antes mis hombres tienen que comprobar si no hay nada sospechoso en el interior.

Pese a su pronunciado acento alemán, su francés se hacía comprensible.

—Por supuesto. Y muchas gracias —respondió Blaise.

El oficial se cruzó de brazos mientras tres soldados se subían al camión. Unos minutos más tarde, salían con el gesto torcido por la peste. Charles captó la mirada tranquilizadora de Blaise.

—Señor campesino —continuó el teniente—, la ayuda del ejército alemán no es gratuita.

—¿Y eso qué significa?

—Va a ser preciso que redacte un informe. La utilización de material militar humano con fines civiles está prohibida por el reglamento.

Dejó planear el silencio y luego continuó con una gran sonrisa:

—De todas formas, si hace el favor de darnos uno de sus cerdos a título de amistad franco-alemana, mi informe quedará olvidado.

—Con mucho gusto —farfulló Blaise.

El oficial ladró algo en dirección a sus hombres y señaló el camión con tono autoritario.

Charles se acercó y tendió su paquete de cigarrillos al teniente, que le observó con desconfianza.

—Sus papeles, por favor. Usted no tiene aspecto de ser campesino.

El inglés mostró una sonrisa.

—Soy representante de conservas. Los productores de fresas y frambuesas de la Marmande, en la zona libre, no tienen fábrica para envasarlas. Y por eso voy a proponerles unos modelos. Ya sabe, para hacer las compotas y las confituras. Son muy buenas.

—¡Ah, la confitura francesa! La adoro.

El oficial encendió un cigarrillo y soltó el humo mientras sus hombres sacaban el camión del charco.

—Es una pena eso de la frontera, están siendo ustedes muy duros con nosotros —comentó Charles.

—Lo entiendo, a mí tampoco me gustaría que mi país quedara dividido en dos. Pero... no hay que perder la guerra.

El oficial soltó una carcajada, encantado con su broma.

—¿No podría sugerir en las altas esferas que no cerraran la entrada y la salida a cada momento? —preguntó Blaise—. No es muy práctico para el comercio.

El oficial sonrió.

—Se ha hecho deliberadamente. ¿Sabe lo que me dijo uno de mis superiores?

—No...

—La línea de demarcación es como un bocado entre los dientes de Francia. Si esta se encabrita, nosotros tiramos de las riendas. Eso nos permite hacernos entender mejor ante su mariscal.

El camión salió lentamente de su trampa de fango. Blaise volvió a ponerse la gorra en la cabeza.

—Ese puede servir —indicó el teniente lanzando un ojo goloso hacia uno de los cerdos.

Apenas el camión quedó enderezado, el parachoques trasero se despegó y

cayó al suelo. Charles vio que Blaise palidecía. El oficial alemán rompió a reír.

—Ajá, el material francés no es muy sólido, no como nuestros Mercedes. Intentaremos colocárselo.

—No, no es necesario, podemos arreglarnos. Le estamos muy agradecidos, pero ya vamos con retraso —contestó el campesino dirigiéndose hacia el parachoques. Sin embargo, uno de los soldados fue más rápido y ya estaba agarrando el trozo de metal.

Al levantarlo se paró en seco y gritó:

—¡Teniente!

El soldado mostró el reverso del parachoques atestado de cajas de munición.

El grueso oficial perdió al instante la sonrisa y desenfundó su Luger.

—Parece que no vamos a separarnos. Van a tener que seguirme a la Kommandantur. Estoy seguro de que a la Gestapo le va a encantar seguir con nuestra conversación.

*Montségur*  
*Mayo de 1941*

El tañido de la campana, instalada cerca del torreón, interrumpió los trabajos en curso. Arqueólogos, técnicos y soldados se dirigieron hacia el fondo del castillo. Unas hileras de bancos habían sido dispuestas frente a un gran tablero donde se había colgado el plano provisional de Montségur. Cuando todos estuvieron instalados, Weistort tomó la palabra:

—Hace ya varios días que comenzamos a estudiar el lugar con un primer grupo de topógrafos y arqueólogos venidos de Berlín, así como un escuadrón de ingenieros militares. Como ya saben, esta obra es prioritaria para el Ahnenerbe. En efecto, servirá de preparación para una serie de excavaciones intensivas que se van a poner en marcha tan pronto como sea posible. Por tanto, es urgente reconstruir el lugar original, localizar todos los vestigios, identificarlos y cartografiarlos para su análisis. Ese trabajo no tardará en terminarse, razón por la cual, con el fin de ponernos al día con los descubrimientos, he solicitado a uno de ustedes que nos instruyera con una primera síntesis de las búsquedas en curso.

Ruborizado hasta el cuello cabelludo, «Goebbels» se levantó. Las hojas temblaban en sus manos. Hablar en público debía de ser un calvario para él, pero uno no discute una orden del jefe del Ahnenerbe. Se acercó al tablero, inspiró hondo y se lanzó.

—Gracias a estas primeras indagaciones, nuestra visión de Montségur ha

cambiado profundamente. Hemos podido establecer que el castillo estaba rodeado por una importante red defensiva. Primero al este, donde se han encontrado vestigios de una atalaya, un foso y una barbacana. A continuación, por el sur... —El arqueólogo se apoderó de una regla y mostraba la pendiente que descendía bajo la fortaleza, marcada con numerosos trazos—. Aquí se ha descubierto la base de distintos muros sucesivos que permitían la defensa de la puerta de entrada al castillo.

«Igual que en el cuadro», pensó Tristan.

—Hay que resaltar, también, que todos esos medios de defensa, tanto al este como al sur, fueron destruidos voluntariamente. —El extremo de la regla se desplazó hacia la parte alta del plano. «Goebbels» echó un vistazo a sus papeles antes de continuar—. Por el lado que queda expuesto al norte, numerosas terrazas escalonadas han sido desenterradas revelando también un fondo con cisternas y espacios de almacenamiento, así como numerosos cimientos de lo que debían de ser viviendas. Se trata, sin la menor duda, de la aldea que albergaba a la población cátara durante el asedio del 1244. —Una arruga surcó la frente del arqueólogo—. En cambio, si bien hemos extraído cerámica y objetos de metal, no hemos encontrado ningún rastro de madera.

El rostro de Weistort dio paso a una sonrisa en forma de hoz.

—Recuérdeme, ¿cuándo tuvo lugar la quema de los cátaros?

—En el mes de marzo, el día 16.

—Así que fue al final del invierno. No es fácil encontrar madera seca en esa época... Sobre todo en cantidad suficiente. Imagine a más de doscientas personas quemadas vivas...

—No estará pensando que... —La voz de «Goebbels» se quebró.

—¿Que las vigas, estructuras y otros elementos de madera sirvieron para transformar a esos heréticos en cenizas? ¡Pues claro que sí! Siempre que no se sienta demasiado incómodo, ¿podría continuar con su exposición?

El arqueólogo retomó la palabra con voz insegura.

—Nosotros... Disponemos, por tanto, de dos conjuntos originales, la aldea y el sistema defensivo, de los cuales analizaremos cómo se construyeron: talla de las piedras, mortero para unirlos..., con el fin de poder compararlas con las del castillo actual.

La sombra del Oberführer, proyectada por el sol, se abatió sobre los asistentes de la primera fila como un halcón cayendo sobre su presa.

—Sin esperar un estudio técnico preciso, si se comparan los dos grupos: el castillo y los vestigios originales, ¿qué se puede concluir?

—Hay que seguir siendo prudentes —afirmó «Goebbels»—, pero casi podría afirmarse que el castillo en el que nos encontramos fue construido tras la caída de la plaza fuerte cántara.

—¿Y la fortaleza inicial, en su opinión?

—Arrasada, como el resto.

Weistort miró hacia Tristan, que asintió discretamente con la cabeza. Esa era la razón por la que no encontraban la torre central, presente en el cuadro de Montserrat. Esta había sido abatida, destruida, extirpada de la roca hasta sus cimientos.

La presentación había terminado. El plano de Montségur fue devuelto al tablero del arquitecto donde los asistentes apuntaban los nuevos datos, que no cesaban de llegar. Aquí un nuevo paño de muro, allá los vestigios de una forja. «Goebbels» había regresado al espolón. Prefería la compañía de las piedras a la de los hombres; aunque mudas, estas le hablaban en un idioma que le relajaba.

Weistort, por su parte, permaneció en el centro del recinto; de pronto golpeó el suelo con la suela de sus botas. Un sonido sordo que escuchó con

atención. Tristan, al que todo el mundo había tomado por su ordenanza, se mantenía a su lado.

—Hay una capa de piedra antes del nivel de la roca. Si queremos encontrar los cimientos de la torre original, sería preciso excavar toda la superficie del castillo.

—¿Por qué le interesa tanto la torre?

—Mi idea es que cuando los cruzados entraron en el castillo, lo primero que destruyeron fueron las viviendas de la aldea, algo más asequible dado sus muros de adobe y sus endeble techumbres, y luego hicieron caer los merlones y almenas del recinto para desmilitarizarlo, pero no tuvieron tiempo de derribar la torre, al menos no antes de la quema.

—No le sigo —comentó el francés.

—Pues venga conmigo.

La tienda del coronel estaba pegada a la muralla norte. Un SS de guardia vigilaba la entrada. En el interior, había una mesa plegable atestada de papeles administrativos, un estrecho catre de campaña y, colgando de la lona, un retrato de Hitler con el uniforme del Partido Nazi. Como única concesión a esa sobriedad, pegado contra las piedras del castillo, se erguía un baúl de viaje colocado en vertical y transformado en biblioteca portátil.

—Justo después de la quema —prosiguió Weistort—, los asediados fueron interrogados por la Inquisición: unos monjes especializados en la persecución de herejes. Hombres de Dios decididos a terminar con los cátaros por todos los medios, para quienes la caída de Montségur no era más que una etapa del combate. Saque el libro encuadernado en negro, el más grueso.

Tristan obedeció y depositó el volumen sobre la mesa que Weistort acababa de despejar. Abrió una doble página. En un lado se sucedía, en apretadas hileras, una escritura minúscula y al otro su transcripción.

—Esta compilación incluye la copia de todos los interrogatorios,



centenares de interrogatorios, que llevaron a cabo los inquisidores. Todos los defensores de Montségur tuvieron que responder a las mismas preguntas. Las entrevistas fueron realizadas sin tortura, pero con mucha presión... pues las cenizas de la quema aún estaban humeantes.

El francés pasó las páginas. Los nombres surgían remontando la pendiente de los siglos. Setecientos años desde que la pluma se deslizó sobre la vitela; setecientos años desde que los escribas transcribieron cada palabra, verdadera o falsa, y esos testimonios aún seguían siendo fascinantes.

—Los inquisidores tenían una idea fija —explicó el jefe del Ahnenerbe—: confeccionar una lista lo más precisa posible de todos aquellos que se habían alojado en el castillo durante el asedio y recoger metódicamente cada respuesta, cada nombre citado...

Tristan, que acababa de comprenderlo, interrumpió al coronel:

—Para descubrir si alguien había huido, ¿no es eso?

—Exacto, y tres personas faltaron a la llamada, aunque conocemos sus nombres: Hugo, Amiel y Aicard. Esos tres hombres desaparecieron el mismo día de la rendición del castillo.

—Pero ¿por qué no escaparon durante la tregua? Hubiera sido mucho más fácil: la vigilancia tuvo que relajarse.

—¡Se equivoca! Los cruzados acampaban a los mismísimos pies del recinto: por lo tanto, no había forma de atravesar un cerco tan hermético. En cambio, el día de la quema, se cuenta que el castillo quedó desierto, y apostaría cualquier cosa a que los guardias se precipitaron a ver el espectáculo...

—Y así los tres hombres pudieron emprender la huida sin problema.

—Cuatro, para ser exactos, pero el último sigue siendo desconocido; se le cita pero no se dice su nombre. En consecuencia, la pregunta que surge es:

¿dónde se escondieron entre el momento en que los soldados sitiaron el castillo y el comienzo de la quema?

—En ningún caso pudo ser en la aldea —replicó el francés—, puesto que había sido registrada de arriba abajo.

Weistort golpeó de nuevo el suelo.

—No queda más que un sitio: la torre. Sin duda en alguna estancia subterránea. De modo que hay que encontrar el emplazamiento del torreón original.

Tristan permaneció silencioso mientras reflexionaba. Cuatro hombres. ¿Por qué tantos?

—Mañana llegará un nuevo equipo para encargarse de las excavaciones. Los mejores en su campo del Ahnenerbe, dirigidos por una eminencia en el tema.

El francés se abotonó la guerrera. Pese al sol primaveral, un viento frío descendía del norte. Había llegado el momento de reunirse con «Goebbels» en el espolón.

—Ah, lo olvidaba —añadió Weistort—, dicha eminencia es una mujer.

*Sur de Francia*

*Mayo de 1941*

La potente locomotora ténder Mikado TA 141 expulsaba sus generosas volutas de vapor blanco al cielo de Toulouse. Su gran caparazón negro y compacto relucía bajo los últimos rayos de sol, que no tardaría mucho en desaparecer detrás de los Pirineos, hacia España.

Solo en el compartimento con Jane, Malorley contemplaba el apacible paisaje que desfilaba tras la ventanilla. Los campos planos y blanquecinos habían dejado paso a suaves ondulaciones que comenzaban a verdear. La primavera estaba a punto de instalarse en ese rincón de Francia. El regular traqueteo de los bogíes sobre los raíles le acunaba hasta el punto de dejarle prácticamente adormecido. «Resulta difícil creer que Europa esté en guerra», pensó el jefe del comando mientras estiraba las piernas. El paso de la línea de demarcación se había producido sin complicaciones, a pesar de que el tren había estado detenido durante más de una hora, el tiempo que tardaron los alemanes en inspeccionar minuciosamente cada uno de los compartimentos de los diez vagones que formaban el tren. Tras una concienzuda redada, habían hecho descender a la vía a una decena de pasajeros, todos hombres, a los que obligaron a mantener las manos cruzadas sobre la cabeza.

Malorley se giró hacia Jane, sumergida en la lectura de un libro que prácticamente no había soltado desde su partida. Frunció el ceño al advertir la cubierta.

—*Las bellas sábanas*, de Céline. ¿Le gusta leer a escritores franceses antisemitas que incitan a colaborar con los nazis?

Ella alzó los ojos con mirada de asombro.

—No sabía que a los militares ingleses les gustaran los libros franceses. Sí, es su última obra. Los servicios de intendencia del SOE se tomaron muchas molestias para incluir un ejemplar entre mis bártulos. A ese respecto, podrían haberse evitado imponerme las medias de lana y las suelas de madera. Son un auténtico horror. Y en cuanto a lo que llevo puesto, bien podría servir como tela para un paracaídas.

Malorley sonrió. Él la encontraba espléndida con su ajustado vestido de cuadros pequeños. El turbante negro que enmarcaba sus cabellos le daba un aspecto travieso. Se suponía que ella debía encarnar a la mujer francesa sometida a las restricciones de la ocupación, pero orgullosa de preservar cierta elegancia discreta. O eso decían los expertos del SOE. Malorley se abstuvo de hacerle un cumplido. No quería ninguna ambigüedad en su misión.

—Antes de la guerra disfruté mucho leyendo *Viaje al fin de la noche*. ¿De qué trata este último?

—Por lo que se refiere al estilo, es una maravilla. Pero el contenido es una auténtica basura. Sabía que detestaba a los judíos, y en ese aspecto los francmasones también se llevan lo suyo. Solo hay una idea destacable en todo este panfleto: propone acortar la duración de la jornada de trabajo a treinta y cinco horas semanales.

Malorley sonrió.

—Treinta y cinco horas... Muy gracioso, esa sí es una idea muy francesa. No estaría mal que convenciera a Hitler de aplicarla en sus fábricas de armamento. Tal vez eso nos hiciera ganar la guerra.

Jane guardó el libro en su bolsa, se levantó y asomó la cabeza al exterior

del compartimento. El pasillo estaba vacío. Satisfecha, cerró la puerta corredera.

—Tengo una pregunta. Si Charles no se reúne con nosotros en el lugar y la hora fijados, ¿qué haremos?

Malorley consultó su reloj.

—Nuestro contacto tiene orden de regresar, siempre a la misma hora, durante dos días. Después, se le considerará perdido.

—¿Y por qué dos días?

—Es el tiempo máximo antes de claudicar a la tortura.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Y si llega con retraso?

—Entonces tendrá que unirse a su red en Nantes, o pasar a España y desde allí llegar a Gibraltar o a Lisboa.

—¿Y sigue sin querer decirme cuál es nuestro destino final?

Él sonrió.

—Contaba con hacerlo en Toulouse, cuando nos hubiéramos reunido con el resto del comando. Pero ahora que estamos en zona libre...

Desplegó su mapa del sur de Francia y señaló con el índice un punto concreto.

—Nuestro objetivo está aquí. En una minúscula aldea situada en el departamento del Ariège: Montségur.

La joven, sorprendida, abrió mucho los ojos.

—¿Acaso hay instalaciones militares en ese rincón perdido? ¿Algún centro industrial que sabotear?

—No. Debemos recuperar un objeto. Un objeto muy importante del que depende la resolución de esta guerra. Y no somos los únicos en buscarlo, una sección de las SS ha instalado sus cuarteles allí para encontrar lo mismo que nosotros.

—Un objeto... Resulta de lo más enigmático. ¿Y qué es exactamente?

Malorley volvió a plegar el mapa y lo guardó en su bolsa.

—No estoy en posición de revelarlo.

—¿Y tenemos que enfrentarnos a esa banda de las SS nosotros tres solos?  
¿Sin armas?

—Allí nos esperan refuerzos...

### *Kommandantur de Pessac*

A Charles ya no le quedaba una sola lágrima. Sus ojos se habían vaciado hasta la última gota.

Recostado y desnudo en un jergón medio desfondado, ni siquiera tenía fuerzas para sobresaltarse. Apenas habían transcurrido un puñado de horas desde que el oficial alemán les entregó a la Gestapo, momento en que el infierno se desencadenó sobre los dos hombres.

Su cuerpo no era más que un trozo de carne viva, solo sus piernas permanecían intactas. Blaise y él habían sido molidos a golpes metódicamente durante tres horas seguidas. Y todo sin que les hicieran una sola pregunta. Solo como preparación para el interrogatorio.

Los expertos del SOE le habían explicado la técnica.

La del carnicero.

Ese era el apelativo.

«Para ablandar la carne.»

Sobre todo la de su rostro, que no podía ver, pero cuyos bultos le deformaban la piel. Con una mano tanteó el borde del colchón para apoyarse e incorporarse; sus dedos rozaron el lateral metálico de la cama. El dolor electrificó su cerebro.

Justo antes de volver a meterle en la celda, le habían aplicado la segunda tortura.

«La manicura.»

«Para embellecer sus manos.»

Le habían arrancado las uñas de la mano izquierda. Una a una, con estudiada lentitud. Siempre sin hacerle una sola pregunta.

Él había gritado mucho más que durante la brutal paliza. Nunca hubiera pensado que pudiera sentirse tanto dolor en una parte tan pequeña del cuerpo.

Y eso no había sido más que el principio. El interrogatorio propiamente dicho comenzaría en breve. No le pillaba de sorpresa, ya que los expertos del SOE le habían ilustrado ampliamente sobre los métodos empleados por la Gestapo.

Un ruido de pasos resonó al fondo del pasillo.

Sabía que claudicaría. La cuestión era resistir el mayor tiempo posible antes de cantar todo lo que sabía. Le habían entrenado para ello. Hasta el momento de romperse... Se pasó la lengua sobre la muela ahuecada. Su última escapatoria a ese infierno. Bastaba con meterse en la boca alguna cosa dura a la altura de la muela y morder con fuerza. El empaste saltaría y el cianuro le proporcionaría la liberación.

Eso era lo que se aprendía en teoría, pero decidir morir... Ser tu propio verdugo... Ninguno de los oficiales del centro de entrenamiento podía jactarse de hablar con conocimiento de causa.

El chasquido del cerrojo hizo vibrar la puerta metálica.

Un chorro de luz inundó la celda. Dos siluetas enormes surgieron por encima de él. El ojo que le quedaba intacto identificó a sus verdugos.

Charles se acurrucó y recogió del suelo un trocito de piedra que se metió en la boca. Una voz con fuerte acento alemán gritó.

—Lamento anunciarle que su amigo el campesino no ha soportado...

nuestras preguntas. Ha muerto de un ataque cardíaco al principio del interrogatorio. Un lamentable error de mis colaboradores.

Un hombre pequeño, de rostro enfermizo y bata blanca, penetró en la celda y se sentó en el jergón a su lado posando un estetoscopio contra su pecho.

El enfermero meneó la cabeza y murmuró unas palabras a la oreja de su superior. El rostro de este último se iluminó.

—En buena hora. Su corazón funciona perfectamente. Vamos a continuar con nuestra charla.

Charles se dejó arrastrar por los hombros sobre el frío suelo de baldosas del pasillo. En el momento de entrar en la sala de tortura rompió su muela. Sintió el líquido amargo deslizarse por su garganta y cerró los ojos.

Dirigió una oración silenciosa a Dios. Él combatía por las fuerzas del bien. Esa enrevesada operación era por una buena causa. Lo absurdo era que moriría sin saber en qué consistía.



*Montségur*  
*Mayo de 1941*

La fachada de la mansión D'Estillac parecía sumida en un sueño de varios siglos. Daba la impresión de que nada había cambiado desde el final de la guerra de los Cien Años. Ni las altas ventanas geminadas con sus vidrieras de rombos que contemplaban el jardín, ni el tragaluz enrejado que se abría sobre el antiguo calabozo transformado en bodega, ni la torre redonda con su cónico tejado acabado en punta. Solo la puerta de entrada abierta sobre el patio soleado parecía acoger al visitante con una ligera sonrisa.

Un gato de pelaje a rayas rojizas salió a inspeccionar minuciosamente la base de los rosales antes de revolcarse por los desgastados adoquines de la zona que antes se utilizaba como era. Laure lo observó un instante desde la estrecha ventana del primer piso, y luego paseó su mirada hacia el *pog*. A simple vista podía distinguirse la tala de árboles y de matorros. La base del castillo liberada de su maleza resplandecía como una coraza nueva. Más a la derecha, el espolón desnudo recordaba a un espejo a pleno sol.

—Señorita...

Delante de la puerta de entrada había un campesino, con la gorra en la mano, haciéndole una señal para que descendiera.

—¡Ya voy, Bastien!

Bajó rápidamente por la escalera de caracol, franqueó el vestíbulo corriendo y voló hasta el patio. Bastien se secaba la frente de sudor.

—No me puedo quedar. Me esperan en la granja. Solo quería decirle que el camino al *pog* está ahora bloqueado por los alemanes. No dejan pasar a nadie.

Laure sintió que la rabia se apoderaba de ella. No había vuelto a subir a Montségur desde su tormentoso intercambio con el coronel de las SS. Y ahora, además de haber invadido el castillo, prohibían su acceso.

—Se dice también que están haciendo grandes excavaciones por la cara norte. Y todos se preguntan qué pueden estar buscando ahí, donde solo hay maleza y desechos.

Laure le dio las gracias con la mirada antes de explotar por dentro. Tener prohibido el paso a su castillo la exasperaba. Pero si esos SS pretendían impedir que se acercara a su propiedad estaban muy equivocados. Y no sería su padre, que se había resignado, quien decidiera por ella. De hecho, desde su última conversación no había abandonado la biblioteca. ¡Como si los libros pudieran servir de algo cuando el enemigo estaba acampado en sus tierras! Contempló de nuevo el *pog*. Si el acceso principal estaba cerrado, ¿por dónde podría llegar? ¿Por el espolón? También había sido ocupado por los alemanes. ¿Por la ladera norte? Allí los sondeos ya estaban en marcha. Giró la cabeza hacia el oeste. Por la parte trasera del torreón: en ese lado se alzaba una cornisa que los soldados aún no habían despejado. Sin duda porque no presentaba ningún interés para sus excavaciones. Demasiado estrecha y demasiado rocosa. Si Laure quería subir al castillo, sería por ahí por donde tendría que trepar. Por el lado más escarpado del *pog*.

Llevaba una hora ascendiendo. Una hora deslizándose entre los árboles, evitando el azote de las ramas, reptando bajo los setos de boj, con el rostro salpicado de humedad. Maldijo aquella parka pesada y demasiado holgada que se enganchara en las zarzas. Sus botas estaban cubiertas de arañazos a

fuerza de deslizarse sobre las piedras. Justo antes de la cornisa, había percibido el mareante olor de un grupo de jabalíes. Las bestias negras acababan de pasar y aún podían distinguirse sus huellas en el suelo. Laure intentó recuperar el aliento. El muro de rocas quedaba justo por encima de ella, a tres o cuatro metros, no más. Había que encontrar un pasaje, una chimenea por la que introducirse apoyándose en las piedras que sobresalieran. Se deslizó entre dos paredes rocosas raspándose la mejilla y plantó un pie en el promontorio. Una roca, moteada de líquen, estaba adherida al torreón. Laure la escaló y se encontró pegada contra el muro de la torre, frente a una aspillera que se ensanchaba en forma de estribo. Se acercó para echar un ojo. El suelo del torreón había sido despejado de sus escombros y aplanado con esmero. Advirtió que habían abierto agujeros a intervalos regulares. Sondeos, se dijo. En uno de los muros se había construido un cobertizo con una techumbre de palos y hojas. Cuando Laure volvía el rostro para percibir mejor el interior, la puerta que daba al patio del castillo giró sobre sus ejes. Un hombre de uniforme entró, pudo reconocer a Weistort, y se apartó para dejar pasar a una mujer. Se dirigían hacia el cobertizo. Por miedo a ser vista, Laure retrocedió. Apenas tuvo tiempo de entrever el perfil de la desconocida. De piel bronceada y ojos inmensamente claros, llevaba el cabello rubio trenzado alrededor de la frente. Con la mejilla apretada contra el borde de la abertura, se disponía a echar un nuevo vistazo, cuando una voz femenina resonó entre los viejos muros:

—Oberführer, he estudiado el informe preliminar de las excavaciones que me hizo llegar a Berlín. Su equipo ha despejado los cimientos de las fortificaciones exteriores y ha encontrado los vestigios de la aldea original, pero es evidente que no han descubierto lo que esperaban. De ser así, yo no estaría aquí.

Intrigada, Laure se inclinó aún más sobre la aspillera. La joven rubia, que

estaba examinando el suelo del torreón, alzó la cabeza.

—Veo que han efectuado sondeos sistemáticamente.

—Cada dos metros, pero una vez pasada la capa de relleno nos hemos encontrado siempre con la roca.

—Por tanto, no hay rastro alguno de excavaciones o de una falla en la roca, pues es eso lo que busca, ¿no es cierto?

Laure pensó en lo que le había dicho su padre. Estaba convencido de la presencia de una necrópolis subterránea en el castillo. Evidentemente, ese Weistort buscaba también alguna cavidad desaparecida.

—Entre los documentos que le hicimos llegar se encontraba una selección de los interrogatorios llevados a cabo por los inquisidores. Ya sabe que durante la quema, a los pies de la montaña, cuatro herejes escaparon del castillo. Un castillo que, no obstante, había sido tomado, registrado y ocupado por los cruzados. Y, sin embargo, esos hombres consiguieron escapar... Esa es la razón por la que estoy convencido de que existe un escondite secreto.

Una risa burlona resonó entre los cuatro muros del torreón.

—¿Y quiere que encuentre el lugar donde pudieron esconderse? ¿Aquí, setecientos años después de que sucedieran los hechos y en un castillo que, según sus propias palabras, fue arrasado y reconstruido?

El tono irónico hizo sonreír a Laure a su pesar. En el fondo, estaba encantada de que ese coronel mordiera un poco el polvo.

—Usted es una reconocida especialista, frau Von Essling, sus trabajos en arqueología medieval son toda una autoridad. Y además me ha sido especialmente recomendada por el Reichsführer Himmler, un amigo de su familia.

—Sí, pero, como bien sabe, yo no formo parte del Ahnenerbe...

—Aún no —precisó Weistort—, pero puedo encontrarle un puesto a la

altura de su competencia... y de lo que esperamos de usted.

—Olvida que estamos hablando de una organización dirigida por las SS cuyas expediciones, como la del Tíbet, utilizan las búsquedas arqueológicas como tapadera, ¿no es así?

—Veo que está muy bien informada, pero el Führer nos ha designado una misión esencial: encontrar las raíces de la nación alemana y demostrar su superioridad.

—Superioridad que para usted reposa en un saber esotérico perdido.

—Y que vamos a encontrar, no tenga la menor duda.

—¿Y de verdad cree que los cátaros poseían ese secreto?

La voz de Weistort se hizo más grave.

—Los cátaros, como los llaman sus adversarios, eran dualistas convencidos de que el mundo que habitamos había sido creado por el diablo, un mundo que era la encarnación del mal, pero en el que podíamos remontarnos hasta el verdadero Dios. Una ascensión hacia lo divino que requería de poderes secretos.

Laure advirtió que la arqueóloga se encogía discretamente de hombros.

—Hay muchos historiadores que no comparten ese punto de vista. Más bien ven a los cátaros como a unos rebeldes contra la autoridad aplastante de la Iglesia católica que trataron de devolver el cristianismo a sus orígenes, sin sacerdotes ni sacramentos.

—Entonces ¿por qué huyeron esos hombres?

—Sabe tan bien como yo que la Iglesia prohibía el acceso a los textos sagrados, al Antiguo y al Nuevo Testamento, de los que se reservaba, solo para ella, el conocimiento y su uso. Si los cátaros poseían esos libros, a sus ojos la verdadera palabra de Dios, puede que quisieran salvarlos de las llamas.

—¿Y cree usted que eran necesarios cuatro hombres para transportar los

libros?

—Sabemos que los cátaros despreciaban los bienes materiales, en especial el dinero, pero cuando uno vive en la clandestinidad, este se convierte en una necesidad vital. Esos fugitivos pudieron llevarse un tesoro monetario para continuar la lucha en otra parte. Es más, quisiera hacerle notar que se tardó más de un siglo en acabar con ellos.

—Dado que, por lo que parece, no ha podido leer todos los interrogatorios de los inquisidores, frau Von Essling, me veo obligado a explicarle varias cosas. En la Navidad de 1243, es decir dos meses antes de la caída de Montségur, dos hombres se fugaron del castillo llevando con ellos «una gran cantidad de oro y plata», como afirman los testimonios, y ese botín fue enviado al norte de Italia, donde se encontraban importantes comunidades cátaras aún en libertad. Por tanto, sí, es cierto, el dinero fue evacuado y asegurado, pero varios meses antes de la caída de Montségur.

—Así que su conclusión es que, si el tesoro monetario fue previamente puesto a buen recaudo lejos de las manos ávidas de la Iglesia, ¿eso significa que otro tesoro fue trasladado el mismo día en el que doscientos herejes perecieron entre las llamas?

Weistort no respondió.

—Excepto que, si, como está suponiendo, fue trasladado, no hay ninguna razón para buscarlo allí donde no se encuentra.

—¿No ha sido nunca interrogada por la policía, frau Von Essling?

—¡Qué pregunta!

—Yo sí, en 1926, en Munich.

Laure pegó aún más la oreja a la espillera.

—Durante el mes de noviembre, el Partido Nazi intentó hacerse con el poder por la fuerza. La policía, al llegar frente a los manifestantes, empezó a disparar: hubo una veintena de muertos. Hitler fue encarcelado y yo

interrogado. Lo que más interesaba a los investigadores era identificar a los participantes de ese golpe fallido, evaluar su grado de implicación, pero sobre todo conocer dónde se encontraban. No cesaron de presentarme nombres de camaradas, de amigos... Así que hablé.

—¿Y nada era verdad?

—Sí, los detalles. Como los clavos con los que se cuelga un cuadro. Lo suficiente para que los interrogadores creyeran mi versión y estuvieran entretenidos en lugar de concentrarse en lo esencial.

—¿Así que piensa que los cátaros interrogados mintieron voluntariamente, dieron nombres falsos y se inventaron una evasión que no existió?

—Pienso, por el contrario, que dieron los nombres verdaderos, precisamente para que les siguieran el rastro. En cuanto a la evasión, sin duda tuvo lugar, como un auténtico cebo para motivar el acoso de los investigadores.

Fascinada por lo que estaba escuchando, Laure apoyó un ojo contra la ranura del arco. La arqueóloga miró al coronel.

—Y entonces ¿el secreto que busca...?

Weistort alargó la mano hacia el patio del castillo.

—Aún sigue aquí.

Cogió enérgicamente a la joven por el brazo.

—Y usted va a encontrarlo. Cueste lo que cueste.

*Toulouse*  
*Mayo de 1941*

«¡Mantengo mis promesas e incluso las de los otros!»

El eslogan en gruesas letras negras resaltaba en el tablón de anuncios colocado por encima de una tubería de gas. El mariscal miraba a Jane con aire severo, su rostro liso y grave, tocado con un quepis adornado con hojas de castaño, hacía creíble la jactancia de la exclamación. En la parte inferior de la foto, un pequeño texto, extraído de uno de sus discursos, proclamaba los beneficios de su política de colaboracionismo.

—Qué decadencia... —murmuró Jane, que había posado su maleta en el suelo y observaba con tristeza al viejo general.

Justo al lado, otro cartel representaba un cuchillo cortando un pan: «Córtelo en finas rebanadas. Y utilice las cortezas para la sopa».

—Un viejo mendrugo como jefe y migajas en los platos... Pobre Francia —comentó la joven, contrariada.

—¿Viene ya? —saltó Malorley desde la acera de enfrente—. No es con Pétain con quien tenemos una cita.

La joven atravesó la estrecha calzada de la calle Bouquières para dirigirse hacia el pequeño restaurante situado en la planta baja de un viejo edificio de ladrillo rojo. En su periplo desde la estación de Matabiau a través de las calles del centro de la ciudad había sucumbido al encanto de la capital occitana. El crepúsculo peinaba las fachadas de una tenue luz rojiza que



invitaba a dar un paseo romántico. Durante unos preciosos instantes, a lo largo de las callejuelas que languidecían en la suavidad de la tarde, había olvidado esa horrible guerra. Tan solo un instante. Un paréntesis demasiado corto.

Malorley había seguido la ruta trazada, insensible a los encantos de la ciudad rosa.

—No logro entender por qué Pétain se ha convertido en el perro faldero de Hitler —murmuró Jane cuando llegó a la altura de Malorley—. Aun así, les dio a los alemanes una paliza del demonio en Verdún.

El inglés asintió mientras empujaba la puerta del restaurante El Cerdo Jovial.

—Deplorable, en efecto. Menos mal que aún queda De Gaulle para salvar el honor de Francia.

Un denso olor a cigarrillos y a barricas viejas impregnaba el interior del local. Tras el mostrador, justo a la entrada, una matrona con traje rosa chillón hacía de cancerbera sentada en un taburete. Su aspecto recordaba al de un bebé anciano y mofletudo a quien hubiesen plantado una mata de pelo gris alborotado sobre el cráneo. La mujer observó a la pareja con aire desconfiado y luego gritó con voz tan pastosa como su cara.

—Si han venido a comer, la cocina cierra en media hora.

El acento cantarín de sus palabras contrastaba con su aspecto tosco.

—Buenas tardes, señora, eso no es ningún problema —respondió Jane con su mejor sonrisa.

—¿Tienen cupones de racionamiento?

—Sí, más que suficientes.

—Bien —se suavizó la patrona—. Para cenar deben ir al fondo.

El oficial del SOE recorrió con una rápida mirada la sala. Las paredes estaban decoradas con anuncios publicitarios que representaban a unos

alegres cochinitos dándose una comilona. Un ejército de grandes jamones y carnosas salchichas colgaba del techo. No pudo evitar salivar. Su contacto sin duda había hecho una buena elección al escoger aquel lugar como punto de reunión.

El restaurante estaba medio vacío. Una pareja de mediana edad se sentaba al lado de una mesa ocupada por tres viejos que jugaban al dominó. Dos hombres solos cenaban en mesas separadas, uno esperaba su comida leyendo el periódico mientras que el otro tenía la nariz hundida en su plato. A excepción de los tres jugadores, nadie pareció prestarles atención cuando atravesaron la sala.

—Un lugar encantador —observó Jane—. Tendremos que repetir para corresponder a la amabilidad de los de Toulouse.

—Y ningún tipo a la vista con sombrero negro de cinta gris —indicó Malorley con voz tensa—. Nuestro contacto debe de haberse retrasado.

Un camarero de pelo blanco, esquelético y medio calvo, se plantó frente a ellos con un trapo colgando de su antebrazo mientras masticaba un palillo con fruición.

—Bienvenidos, señor y señora —saludó. Sus gruesos párpados parecían pesar toneladas sobre sus ojos negros.

—Estamos hambrientos —replicó Malorley.

El camarero sonrió levemente.

—Como la mayoría de la gente de este país, querido señor... Esta noche el patrón les propone su estofado de corteza de cerdo acompañado de pencas de coliflor. Si desean que pase mejor por el gaznate hay también tocino fundido, con un suplemento, claro está.

Jane abrió mucho los ojos y alargó el dedo índice en dirección al techo.

—¿Y si nos descuelga una de esas longanizas? —preguntó la joven guiñándole un ojo.

El camarero hizo un gesto vago.

—No se lo aconsejo a su dentadura, señorita. Son elementos de decoración, vestigios de una época muy lejana, cuando aún teníamos la despensa llena. Eso era antes de someternos al régimen de Vichy. En cambio, puedo proponerles col fermentada con torreznos, pero siempre por su cuenta y riesgo.

—Veo que el cerdo que da nombre al local ya no está tan jovial... Vamos a atenernos al plato del chef —respondió la joven haciendo una mueca.

Malorley asintió con la cabeza.

—¿Tienen vino?

—Como todo establecimiento que se precie, una jarra de la casa, aunque no más de veinte centilitros por cliente, es la ley. Pero se trata de un Minervois, que al menos no perfora el estómago.

—Será perfecto —comentó el oficial del SOE, que contempló al viejo camarero alejarse arrastrando los pies.

—Qué curioso —observó Jane—, estaba convencida de que en la zona libre sufrían menos restricciones.

—Al parecer no es así, o puede que guarden sus mejores platos para los buenos clientes —repuso Malorley consultando el reloj—. Nuestro contacto ya lleva diez minutos de retraso. Y también Charles.

La joven arqueó una ceja y le miró con curiosidad no disimulada.

—Es usted demasiado estricto. Espero que no se comporte así con la señora Malorley.

—No hay ninguna señora Malorley. Al menos no después de nuestro divorcio el año pasado.

Jane desplegó su servilleta, la colocó sobre sus rodillas y luego dijo con voz un poco más suave:

—¿Sería una indiscreción preguntarle por los motivos de la separación?

—Sí —contestó él con voz gruñona—. Yo no me he inmiscuido en su vida privada.

—Podría contársela —respondió con tono travieso—, si sirve para que se relaje un poco.

—Estamos en una misión, ya me relajaré cuando esté de regreso en Londres.

—Puesto que ha mencionado la «misión», debo señalar que somos marido y mujer —recordó ella pegándose contra su hombro—. Podría ser un poco más cariñoso. Un beso sería bienvenido.

El inglés estaba estupefacto. La mujer no esperó su respuesta y posó sus labios en los de Malorley. Luego se enderezó como si no hubiera pasado nada, con una expresión pícara en los ojos.

A pesar de su sorpresa, Malorley mostró una mueca cómplice. Hacía más de un año que una mujer no le besaba. Desde el principio de la guerra, su vida sentimental era tan animada como las landas escocesas en pleno invierno.

—¿Es siempre así con los hombres? —le preguntó desplegando su servilleta.

—Es solo profesional, no se equivoque. Entre los cursos de combate cuerpo a cuerpo y sabotaje, se aprenden algunos trucos de esta clase durante el período de entrenamiento en Arisaig House. Al menos en lo que respecta a las secciones femeninas.

—Afortunados instructores —añadió él, lacónico.

El camarero regresó con dos platos humeantes que depositó bajo sus narices. Unos trozos informes de carne flotaban en un caldo amarillento y grumoso.

—Un festín de reyes —comentó Jane—. Corremos el riesgo de sufrir una indigestión.

Por primera vez, Malorley sonrió.

El camarero sacó un folleto publicitario que posó junto al salero en forma de lechón.

—¿Y esto qué es? —preguntó el inglés.

El camarero señaló con la cabeza en dirección a un hombre delgado sentado a una mesa.

—Ese tipo de ahí es representante de comercio. Distribuye folletos a cuenta de una gran casa de confección.

Malorley tendió el folleto al camarero y negó con la cabeza.

—No estamos interesados, ya puede devolvérselo.

Los ojillos del sirviente se fruncieron y mantuvo los brazos pegados al delantal.

—Debería abrirlo. Hay un accesorio que le iría muy bien —sugirió el camarero girando sobre sus talones.

Malorley abrió el folleto. En el centro aparecía una colección de bastones y sombreros donde destacaba un modelo negro adornado con una cinta gris.

El inglés lanzó una mirada en dirección al representante. El hombre la sostuvo, se secó los labios con la servilleta y se levantó para acercarse a su mesa. Tenía un rostro rubicundo con la piel ligeramente picada de viruela. El poblado bigote que parecía comerle el labio superior compensaba sus ralos cabellos. Rondaba los sesenta años, pero en toda su plenitud, y su sobrepeso le daba un aspecto respetable para un hombre de esa edad. Se inclinó hacia ellos y posó un índice en la foto del sombrero.

—¿Es magnífico, no?

—Siempre se necesita un buen sombrero —contestó Malorley.

—Incluso en primavera —replicó el desconocido.

—Somos el señor y la señora Darcourt. Tome asiento.

—Encantado, yo soy Georges. Jo para los amigos.

En el momento en que el representante iba a sentarse, la puerta del restaurante se abrió de golpe para dejar paso a un chiquillo con gorra que se dirigió a toda velocidad hacia su mesa. El muchacho se inclinó sobre Georges y le murmuró algo al oído. El hombre del bigote asintió con la cabeza y sacó una moneda del bolsillo que entregó al chico, antes de volverse hacia la pareja.

—Cambio de planes. Por favor, síganme.

Malorley y Jane le contemplaron desconcertados.

—Apenas hemos empezado a comer —protestó la joven.

—No discutan. Hemos avistado a un grupo de policías vestidos de civil al fondo de la calle. Y esos no son clientes de la casa. Dense prisa.

Los dos agentes se levantaron precipitadamente, tomaron sus maletas y siguieron los pasos de su contacto, que se desplazó con una sorprendente agilidad para un hombre de tal corpulencia.

—No se preocupen, todos los presentes son camaradas.

El camarero había recogido los dos platos a la velocidad del rayo sin que la patrona y los otros clientes tuvieran tiempo de reaccionar.

—¿Esos policías saben quiénes somos? —preguntó Malorley.

—No lo sé, a veces hacen redadas para controlar los papeles. Son muy celosos... Con la guerra, la ciudad rosa se ha transformado en una nueva torre de Babel. Tenemos doscientos mil refugiados, entre el centro y los alrededores, para apenas un centenar de policías. Hay decenas de miles de españoles republicanos infiltrados tras la victoria de Franco, judíos franceses que no quieren regresar a la zona ocupada, como es comprensible, polacos en tránsito, italianos antifascistas... No es precisamente la ciudad francesa ideal, según los criterios del mariscal.

Entraron en un local que servía de almacén de cajas y cubos de basura y llegaron frente a un enorme tonel de madera apoyado contra un muro de

ladrillo. Georges tanteó con los dedos en un lateral. Se oyó un chasquido y el culo de la barrica se abrió como por arte de magia dejando entrever una escalera de piedra que se hundía en las tinieblas. El hombre se apartó para que pasaran y murmuró con voz sombría:

—*In vino veritas...* Deprisa, deprisa —dijo cerrando la puerta del tonel tras él.

Los peldaños estaban iluminados únicamente por los rayos de luz que se filtraban por los intersticios de la barrica.

—No es muy práctico con las maletas —refunfuñó Jane.

—No hay más luz —observó Malorley.

—Agárrese al bajo de mi chaqueta. La escalera desciende una veintena de peldaños y luego tomaremos un pasadizo en línea recta. No durará demasiado.

El olor a salitre saturaba el aire a su alrededor. Jane lamentó no haber cogido un pañuelo, pues aquello parecía estar infecto. Caminaron durante tres o cuatro minutos y después se detuvieron en la oscuridad total. Georges dio cinco golpes espaciados contra una superficie que emitió un sonido metálico. El ruido de una cerradura resonó y entonces un chorro de luz surgió con el chirrido de una puerta al abrirse. Un hombre de unos cincuenta y muchos años, frente alta, labios delgados y cabellos negro azabache pegados contra las sienes, apareció en el umbral. Escrutó largamente a los recién llegados con mirada enigmática, como si calibrara sus almas, y entonces soltó con voz acre y un pronunciado acento italiano:

—¡Bienvenidos al infierno!

*Montségur*  
*Mayo de 1941*

—¡Despierta! Pasa algo.

«Goebbels», con sus gafas empañadas colgando de la nariz, le zarandéo frenéticamente del brazo. Tristan se enderezó de golpe en su catre del campamento. El alba apenas iluminaba el patio del castillo, pero podían oírse pasos precipitados y gritos de alarma.

—¿Un ataque? —interrogó el francés tropezándose con la lámpara.

Desde hacía varios días circulaba el rumor de que un grupo armado operaba a lo largo de la frontera con España. Algunos hablaban de republicanos que habían retomado las armas y otros de franceses que habían formado una guerrilla. Esas habladurías provenían del valle, transmitidas por los aldeanos que surtían de comida al castillo.

—No he oído ruido de disparos —comentó «Goebbels»—, pero se dice que los bosques están plagados de rebeldes.

A pesar del brusco despertar, Tristan sonrió. Solo un arqueólogo, especialista en la Edad Media, podría hablar así. «Rebeldes», ¿y por qué no eremitas o, ya puestos, brujos?

—¿Sabes una cosa? —continuó «Goebbels»—. Ayer los agrimensores que trabajaban cerca del sector norte oyeron ruidos extraños subir por la espesura...

—Tal vez fueran duendes —replicó Tristan mientras se vestía—, se dice



que son muy numerosos en esta región.

—No bromees. Si ese es el caso, hace semanas que estamos siendo vigilados por los rebeldes...

—¿Y esta mañana han ascendido al asalto con escalas de cuerda y ganchos, como en los viejos tiempos? Escucha, voy a decirte lo que tus compañeros topógrafos han debido de oír en el bosque bajo: simples jabalíes y nada más. Y ahora vamos a ver qué es lo que está sucediendo fuera.

En el patio, los soldados habían tomado posición a la entrada mientras que los tiradores, tendidos boca abajo sobre los muros, escrutaban la campiña aún adormecida. Weistort gritaba órdenes a tal velocidad que Tristan no conseguía comprenderlas. «Goebbels», por su parte, se mantuvo prudentemente apartado, lanzando miradas inquietas hacia la cima del torreón como si los asaltantes fueran a surgir de repente por allí.

—Es un centinela —anunció Weistort—, acabamos de encontrar su cuerpo.

Una mujer joven salió de una de las tiendas. Iba descalza y llevaba una camisa caqui que trataba de remeter en su pantalón de uniforme. El SS dio un sonoro golpe de tacón.

—Lo siento mucho, frau Von Essling, pero tenemos un problema.

No hubo necesidad de explicarlo. Cuatro soldados traspasaron la puerta sosteniendo una sábana tensa y pesada que rozaba el suelo. Un sargento se precipitó con una linterna. Sobre la tela cruda descansaba un cadáver. Tenía el cuerpo dislocado, los brazos formaban una especie de corona trenzada alrededor de la frente y las piernas marcaban un ángulo recto cada una por su lado.

—Un suicidio —murmuró «Goebbels»—, ha debido de tirarse desde lo alto del acantilado.

Tristan no respondió. Contempló el rostro, o más bien su ausencia, porque

la cabeza estaba totalmente vuelta hacia atrás. Solo podía apreciarse la nuca fracturada en donde las vértebras sobresalían, y los cabellos estaban empapados de sangre.

—¿Disponen de médico? —preguntó frau Von Essling.

Weistort negó con la cabeza.

—Entonces tráiganlo a mi tienda. Yo examinaré el cuerpo. Los muertos son mi especialidad.

El SS hizo un gesto vago que podía entenderse como un asentimiento. Tristan contempló a la joven alejarse seguida del cortejo fúnebre. Esa debía de ser la arqueóloga llegada de Berlín. Tenía unas manos delicadas. Se había fijado cuando se había abotonado la camisa. Manos más propias de una pianista que de una arqueóloga. No conseguía imaginarla excavando el suelo en busca de algún vestigio o una tumba.

—¡Soldados! —La voz grave de Weistort resonó por los cuatro rincones del recinto—. No quiero que nadie más salga sin mi autorización. A partir de ahora este castillo es una fortaleza.

### *Mansión D'Estillac*

El padre de Laure se levantaba temprano. Tenía la costumbre de desayunar solo en la cocina mientras oía el tictac del reloj y contemplaba cómo la noche se iba dispersando al otro lado de la ventana. Se quedó muy sorprendido al encontrar a su hija, con una mejilla enrojecida y los párpados pesados por el insomnio.

—Ayer subí al castillo por la ladera oeste.

—¿Una zarza? —preguntó con calma D'Estillac señalando la mejilla de su hija.

—No, me raspé con una roca al saltar y como me quedé mucho tiempo pegada al muro del torreón, eso lo empeoró.

—No tomaste precisamente el camino más fácil para subir.

—Es el único que no está vigilado.

El gato entró maullando en la cocina para exigir su ración de leche. D'Estillac tomó la botella y vertió lo poco que quedaba en un cuenco. No le importó tener ese momento de respiro para reflexionar. Saltaba a la vista que su hija quería hablar, pero no más que él, y no sabía por dónde empezar.

—Por la parte por la que llegaste no pudiste ver gran cosa de las excavaciones que han emprendido los invasores.

Había elegido la palabra «invasor» deliberadamente, sabiendo que su hija vivía la requisición del castillo como un verdadero expolio.

—No vi nada, pero escuché muchas cosas —soltó Laure—. Un nuevo arqueólogo ha llegado directamente de Berlín. Una mujer. Enviada por el propio Himmler.

—¡Una mujer! —se sorprendió D'Estillac—. ¿Y sabes su nombre?

—Von Essling. Parecía un poco escéptica sobre el interés de las excavaciones. Nada que ver con Weistort. Tú me hablaste de una sala subterránea, y los SS también la están buscando. Incluso es un objetivo prioritario, pero no entiendo por qué los nazis han desplegado tantos medios por un cementerio con siete siglos de antigüedad. No tiene ningún sentido.

Su padre permaneció mudo. Siempre había sido muy enigmático. A diferencia de ella, que, al igual que su madre, expresaba todos sus sentimientos incluso cuando estos se tornaban en angustia.

Una vez más, la joven iba a tener que buscar sus propias respuestas.

*Montségur*

El castillo se asemejaba ya a una primera línea del frente. Los soldados controlaban todas las entradas y los arqueólogos se desplazaban bajo protección. Por todas partes se percibía ruido de botas, mientras los chasquidos de las armas se hacían oír como si un enemigo invisible hubiera conseguido introducirse en el mismísimo recinto del castillo. Ruidos que se expandían y contribuían a generar inquietud. Una situación que fácilmente podía llevar al descontrol. Esa era la razón por la que Weistort, con el rostro tenso, escuchaba el informe de la joven arqueóloga, que acababa de examinar el destrozado cuerpo del soldado muerto.

—No soy médico forense, pero he recibido una formación básica en anatomía para trabajar con las sepulturas medievales. La forma en que un cadáver está depositado en una tumba, su postura, la disposición de sus miembros, son elementos esenciales para la datación y la interpretación.

Señaló con el dedo al cadáver tendido sobre una mesa de trabajo.

—En el caso que nos ocupa, hay una anomalía evidente: la ruptura de las conexiones anatómicas. Tanto en los miembros inferiores como en los superiores, los huesos están sistemáticamente dislocados al nivel de las articulaciones.

—¿Y eso es posible en una caída?

—Sería necesario que esta fuera extremadamente violenta y que el cuerpo se hubiera golpeado con numerosos obstáculos.

—Entre el lugar donde hacía guardia y donde lo han encontrado hay un montón de rocas —comentó Weistort—, y debió rodar unas cuantas decenas de metros.

—Eso no responde al problema del impulso inicial. ¿Se cayó o fue empujado? En el primer caso es un suicidio; en el segundo, un asesinato.

—En todos los casos es un suicidio —zanjó el SS—. Hay que tranquilizar a los hombres inmediatamente.

Se giró hacia un subordinado.

—Usted redactará un informe en el que se concluya que ha sido muerte voluntaria. También deberá hacer circular el rumor de que se ha encontrado una carta de su novia entre sus efectos personales. Una carta de ruptura. Debo partir de inmediato a Foix para mantener al Reichsführer al corriente del avance de las investigaciones a través de una línea de teléfono segura. En ningún caso quiero que este incidente ralentice el ritmo de las indagaciones.

—Aún queda el problema de la cabeza —añadió la arqueóloga.

Se hizo el silencio en la tienda. Cada uno evitaba contemplar al muerto, del que podía advertirse su nuca abierta.

—Cualquiera que fuera la violencia de la caída, es imposible que la cabeza se desplazara de ese modo.

—¿Qué significa eso? —dijo fríamente Weistort para conjurar un naciente malestar.

—Las cervicales han sido fracturadas, dislocadas, su cráneo arrancado de la columna...

—Entonces ¿es un asesinato?

—Le atacaron por la espalda. No tuvo tiempo de sufrir. Murió en el acto.

Tristan se fijó en Weistort. No fue ni el espanto ni la rabia lo que se apoderó del rostro del Oberführer. No, era otra cosa aún más intensa, y más secreta: un pliegue fugaz en la comisura de sus labios, un brusco rubor en sus mejillas, un fuego violento en la mirada... «El placer», pensó Tristan, «el placer de la caza que comienza». Weistort había encontrado un adversario a batir. Y no lo soltaría fácilmente.

—Aquel que haya matado a este soldado no puede ni imaginar cómo va a sufrir. Quiero a ese hombre. Lo quiero para matarle.

*Toulouse*  
*Mayo de 1941*

—*Buonasera*, Georges —saludó el hombre de cabello azabache con voz acre.

—*Buonasera*, Silvio. Siempre buscando una entrada teatral. Te traigo a unos amigos llegados de Londres.

—¡Ingleses! Sean bienvenidos a mi humilde establecimiento.

La pareja de agentes le saludó cortésmente.

El hombre les hizo pasar a una especie de trastero lleno de cajas de libros a medio desembalar que llegaban hasta el techo. El olor a papel viejo reemplazó el del corredor por el que habían llegado.

—Vengan por aquí, hagan el favor.

Cerró la puerta metálica con mano segura y les indicó un nuevo tramo de escaleras que ascendía.

—Atención a sus cabezas, el techo es bajo.

Malorley advirtió la estilizada rama de acacia tallada en el dintel de piedra y siguió al jefe de la red por detrás del italiano. Este subía los escalones de cuatro en cuatro con paso precavido.

—¿Dónde estamos? —susurró Malorley a Georges.

—En casa de Silvio Trentin, un amigo italiano. Un antifascista desde el principio. Llegó a Toulouse en 1935 y ha abierto esta maravillosa librería. Aquí celebramos nuestras reuniones clandestinas desde hace algunos meses.

Desembocaron en una sala cuyas paredes estaban construidas con el mismo ladrillo de Toulouse y cubiertas de estanterías muy altas. Por todas partes, los volúmenes sobresalían de los anaqueles. Dos sofás de tela verde manzana estaban dispuestos uno frente al otro en el centro de la habitación, con una mesa baja en medio que también se hallaba sobrecargada de libros.

El librero italiano abrió los brazos.

—Bienvenidos al infierno de los libros malditos. En estas estanterías descansan medio millar de obras prohibidas por todos: duces, führers, mariscales, padres de todos los pueblos y caudillos varios que Europa ha adoptado con tanta alegría.

—Olvidas la sección de obras eróticas condenadas a la lista negra por los papas —precisó Georges.

—Amén —añadió el italiano realizando irónicamente la señal de la cruz—. Dejen sus maletas y siéntense, ¿han comido?

—No exactamente... Su amigo nos hizo salir en el momento en que nos traían el menú —respondió Jane acomodándose en uno de los sofás.

Trentin soltó una jocosa carcajada.

—E hizo bien. El Cerdo ya no tiene nada de jovial. Voy a traerles unas lonchas de jamón de Bigorre, y creo que aún me queda un poco de queso de cabra de Mauzac y un buen vino de Fronton. Raramente tengo ocasión de tener invitados londinenses.

Mientras se eclipsaba en una habitación vecina, Malorley se sentó frente al representante.

—¿No le vigila la policía?

—Esos borricos nunca han sospechado del pasaje secreto que une el restaurante con la librería. Vichy favorece la obediencia, pero no la imaginación. Sin embargo eso no durará eternamente...

—¿Y nunca han detenido a nadie? —lo interrumpió Jane.

—Sí, dos veces, pero esta habitación está bien protegida y es necesario tomar otro pasaje para llegar hasta la librería. Estamos en el barrio de Saint-Étienne, donde se construyó toda una red de refugios subterráneos durante la cruzada contra los cátaros para poder escapar de los inquisidores. Silvio acondicionó este escondite el mismo día de la capitulación en previsión de días peores. No quiero ni contarles el trabajo que ha sido necesario para instalar un sistema de ventilación y conectar la calefacción con la de la librería para poder proteger sus preciosos libros.

Trentin regresó con una bandeja que posó sobre la mesa.

—¿El señor Churchill se encuentra bien? —preguntó el librero mientras descorchaba una botella de vino tinto.

—Sí, tiene una salud de hierro a pesar de los muchos cigarros puros que fuma al día y de ingerir una cantidad no determinada de whisky.

Llenó los vasos de sus invitados.

—Admirable. Admirable... Y América, ¿va entrar en la guerra?

—El presidente Roosevelt sería partidario de una intervención —declaró Jane—, pero la gran mayoría de sus conciudadanos no quiere ni oír hablar de ello.

El italiano alzó un vaso a la altura de su cabeza.

—¡Salud! *Che quel pezzo di merda* de Hitler traicione a Stalin y rompa el pacto germano-soviético para atacar por fin a Rusia —brindó Trentin con un brillo en los ojos—. Es la única posibilidad de cambiar el signo de esta guerra. Abrir un nuevo frente por el este y que Hitler, al igual que Napoleón, se pierda en las gélidas estepas. De otro modo, Inglaterra estará condenada, y nosotros con ella.

Los tres invitados alzaron su vaso a su vez.

—Inglaterra siempre sale adelante —añadió Malorley—, siempre. Desde mediodía a medianoche.



El librero esperó a ingerir la mitad de su vaso antes de responderle.

—¿Cómo lo ha adivinado?

—Por la estilizada rama de acacia tallada a la entrada de la escalera. A menos que hayan sido sus predecesores.

Trentin negó con la cabeza.

—*Touché*. Gran Oriente, al menos lo que queda. Lo hice grabar antes de la guerra y después no he sido capaz de eliminarlo.

—Gran Logia Unida de Inglaterra.

—Lo sospechaba. Pero vosotros obligáis a vuestros hermanos a creer en Dios... En fin, nadie es perfecto. ¡Salud, hermano!

La joven abrió mucho los ojos, desconcertada.

—¿Alguien podría traducírmelo?

Los dos hombres permanecieron en silencio. Georges sonrió y encendió un cigarrillo.

—Acaban de descubrir que los dos son francmasones. «Desde mediodía a medianoche» es una de sus frases de reconocimiento.

—Francmasones... Realizan misas negras y otros misterios por el estilo, ¿no es cierto? —interrogó ella con expresión molesta.

Trentin respondió con una sonrisa divertida.

—Pues claro. Y también sacrificamos a jóvenes vírgenes en la habitación de al lado... Ah, no es preciso creer todas esas imbecilidades propagadas por nuestros adversarios. Ahora me toca a mí hacer una pregunta. Es usted muy joven para correr tantos riesgos. Y como escribió Ronsard: «La juventud se esfuma para no volver jamás».

La joven terminó de beber su vaso y lo dejó sobre la mesa.

—«Más vale aprovechar la juventud que no hacer nada en absoluto.»  
Courteline.

El rostro de Trentin se iluminó.

—La bella tiene réplica fácil.

Georges se levantó y agarró a su amigo por el hombro.

—Tenemos el tiempo contado. Silvio, voy a pedirte que nos dejes. Por tu propia seguridad.

El librero asintió con la cabeza.

—Lo sé... Llámenme cuando hayan terminado. Voy a atacar una traducción de Steinbeck en francés, me espera una dura noche.

Georges aguardó a que cerrara la puerta y entonces desplegó sobre la mesita baja un mapa del sudoeste de Francia.

—Bien. Esta noche se quedarán a dormir aquí. Mañana, a mediodía, un camarada les llevará directamente a Montségur en su coche de empresa. Llegarán allí a media tarde. El hombre trabaja para los servicios de avituallamiento y es el que supervisa los controles sanitarios de las granjas del Ariège y el Alto Garona.

Una expresión abrumada tiñó el rostro de Malorley.

—Otro agente debía llegar esta noche al restaurante. Ha debido de sufrir algún contratiempo. Me gustaría esperarle hasta mañana por la noche.

El representante se crispó.

—Imposible, el chófer debe respetar la agenda, que está prevista con mucha antelación. Cualquier retraso resultaría sospechoso. Si no, habría que esperar a la semana que viene para que les lleve, el tiempo necesario para que pueda regresar de su viaje.

—¿Y coger el tren?

—Se lo desaconsejo, los controles han sido reforzados en la línea de Foix.

Malorley vaciló. El tiempo jugaba en su contra y no podía permitirse perder una semana. Por otro lado, eso suponía tener un agente menos disponible en el terreno.

—Está bien, pero si no llega mañana por la noche es que ha sido

interceptado.

Georges asintió y se sirvió otro vaso de vino.

—Ni siquiera voy a correr ese riesgo. El restaurante permanecerá cerrado desde esta noche hasta nueva orden. Interceptaremos a su hombre cuando entre en la calle. Si es que viene...

Se sirvió un nuevo vaso de vino y continuó:

—Una vez en Montségur, quedarán a cargo de Trencavel, es el nombre en clave del jefe de la red en ese departamento. Les recibirá él en persona. No sé lo que pretenden hacer allí, pero me ha dicho que el lugar está trufado de alemanes. Y no de unos cualesquiera, sino de las SS. Son los más hijos de puta que han existido desde los tiempos de los hunos. Creo que incluso Atila era más simpático.

Malorley no reaccionó, todo lo contrario que la joven.

—Sin embargo estamos en zona libre —observó.

El francés emitió una risa atronadora.

—Solo tiene de libre el nombre, señorita. Los alemanes pueden penetrar en ella como la sífilis en un burdel de campaña. Y no será ese viejo pellejo de Pétain quien se lo impida.

Malorley interrogó al hombre con más tranquilidad.

—¿Y sabe lo que están haciendo por allí?

—Trencavel me ha contado que están llevando a cabo excavaciones arqueológicas. No me lo he creído ni por un segundo. No me sorprendería que estuvieran buscando un tesoro. Es por eso por lo que han venido, ¿no es así?

Malorley respondió con una sonrisa muda. Georges se encogió de hombros.

—Como quiera. Pero estamos de acuerdo, ¿no? A cambio de nuestra ayuda, Londres lanzará en paracaídas los cien mil francos convenidos.

—Sí, no se preocupe por el dinero.

La joven le miró estupefacta.

—Dinero... ¡Creía que eran de la Resistencia!

—Nosotros sí, pero no los funcionarios a los que tenemos que sobornar, ni los empleados de la prefectura que nos facilitan los papeles, o los guardias de la prisión que hacen pasar los mensajes... Además, esa suma va a permitirnos alquilar locales más seguros en la periferia de la ciudad. La librería de Silvio está ya demasiado expuesta.

—¿Cuántos hombres podrán proporcionarnos una vez allí?

—Cinco, tal vez seis. Son españoles que pertenecían al ejército republicano. Han formado una pequeña guerrilla en el Ariège tras haber escapado de un campo de detención de Vichy.

Malorley hizo una mueca.

—Eso es poco para enfrentarse a los SS.

—Nuestros amigos son aguerridos combatientes. Para ellos será un placer poder eliminar a algún nazi.

—¿Y las armas?

—Eso no supone ningún problema, los españoles se trajeron las suyas cuando atravesaron la frontera en 1939.

Sacó una pequeña pistola de culata oscura que depositó sobre la mesa frente a Malorley.

—Calibre 9 milímetros, modelo CZ de fabricación checa, versión de 1927. Sólida y eficaz, es la que usaban los oficiales del ejército republicano. Va a necesitarla.

—Y yo, ¿no tengo derecho? —protestó Jane con un tono de lo más inocente.

—Con todos mis respetos, no es un juguete para jovencitas —respondió Georges.

La joven tomó la CZ con mano ágil y la blandió a la altura de sus ojos. Después, con gesto vivo, sacó el cargador y desbloqueó la culata. En menos de un minuto, el arma estaba desarticulada en distintas piezas bajo la mirada boquiabierta del bigotudo.

—Por mi parte prefiero la VIS polaca, versión de 1935 —precisó Jane jugando con el cargador entre sus dedos—. Es más precisa y se encasquilla menos con el uso, pero nos las apañaremos con el «juguetito» checo.

Malorley sonrió ante la mirada perpleja de Georges.

—Todos nuestros agentes reciben formación especial en materia de armamento. Incluidas las mujeres.

—Qué época tan extraña —murmuró el otro—. Muy pronto acabarán por reclamar el derecho al voto.

*Berlín*

*Koeningsberg Platz*

*Oficina de prospectiva y cálculos especiales*

El pálido sol berlinés difundía una luz suave en la vasta habitación que antes hacía las veces de sala de fumadores. En las paredes, las burguesas colgaduras de terciopelo malva se habían volatilizado para dejar paso a unos armarios tapados por los estandartes con la esvástica que pendían del techo. La única concesión a los cánones de la burocracia era el retrato oficial de Adolf Hitler, normalmente con el riguroso uniforme del partido, que había sido reemplazado por una copia del cuadro pintado por Hubert Lanzinger. El Führer vestía la armadura plateada de un caballero de la Edad Media y enarbolaba una oriflama de combate. Su rostro esquivo, tenso en su búsqueda del Grial, estaba destinado a inspirar a los empleados del servicio.

En el lugar que antes ocupaban los señoriales sillones Chesterfield de color verde de los antiguos propietarios se había instalado una hilera de escritorios metálicos grises, el modelo estándar de la administración, cuidadosamente alineados. Detrás de cada uno de ellos, diez hombres y dos mujeres se mantenían ocupados con la nariz hundida en su trabajo. Podía oírse el sonido incesante del raspado de los lápices y de los trazos ejecutados con regla.

De pie en el umbral de la puerta, con las manos en las caderas, Rudolf Hess contemplaba a su equipo con devoción. Había seleccionado a los mejores tras someterlos a estrictos test y entrevistas llevados a cabo en el

gran Reich y en todos los países ocupados. Desde el rincón más recóndito de Bretaña hasta las costas del Báltico, desde las llanuras de Bohemia hasta las brumas de Brujas, había efectuado una selección despiadada. Podía apreciarse una mayoría de alemanes, pero también había dos polacos, una checa y una francesa.

Todos esos expertos gozaban de una reputación admirable antes de la guerra. A medida que la Wehrmacht avanzaba, a Hess no le había costado demasiado encontrarlos. Ni tampoco convencerlos. A excepción de los súbditos del Reich, los demás habían tenido que elegir entre la colaboración o el pelotón de ejecución. Todos se habían incorporado con entusiasmo para poner su competencia al servicio del nuevo orden europeo. Incluso el judío polaco se había revelado como uno de los más dotados. Su trabajo asombraba a Hess por su precisión y su exactitud, hasta el punto de preguntarse si no debería concederle un certificado de honor de «arianidad».

Hess contemplaba con satisfacción a su maravilloso equipo de colaboradores, únicos en todo el Reich. Esos hombres y mujeres, bajo la apariencia de funcionarios, ejercían todos el mismo oficio.

Escuchaban a las estrellas y hablaban con los planetas.

Eran astrólogos.

Oficialmente, el servicio se adscribía a la administración del partido, al igual que la Oficina de prospectiva y cálculos especiales, denominación que sugirió a Hess con mucha diplomacia uno de sus enemigos, Hjalmar Schacht, el ministro de Economía. Aunque su creación había sido autorizada por el mismísimo Führer, no fue posible atribuir una línea presupuestaria al servicio de astrología. «Oficina de prospectiva y cálculos especiales»... Hess aborrecía esa denominación que apestaba a tecnocracia, por lo que había hecho instalar a la entrada del servicio una inscripción en letras plateadas: «Skuld».

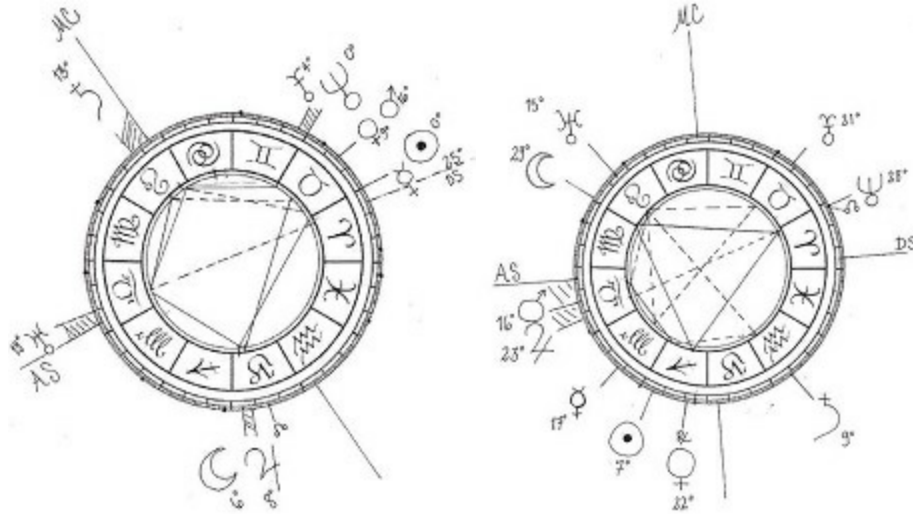
Skuld era una de las Nornas, las tres hermanas del panteón de la mitología nórdica. Eran las encargadas de confeccionar el tapiz cósmico del destino de los hombres. A Urd le correspondía la trama del pasado, a Verdandi la del presente y a Skuld, los hilos del futuro.

La OPCE, o mejor dicho, la Skuld, dependía directamente de Hess y nadie excepto él tenía derecho a poner los pies en ella.

Un trío de astrólogos alemanes se ocupaba prioritariamente de la vigilancia astral de los principales enemigos del Reich: Stalin, el presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt y Winston Churchill. Este último era objeto de una atención particular por parte de Hess, que presumía también de practicar la astrología como aficionado. Conocía de memoria la carta astral del obstinado Bulldog: nacido el 30 de noviembre de 1874 a la una y media de la madrugada, en el palacio de Blenheim, en el condado de Oxfordshire. Sagitario con ascendente Virgo. Luna en Escorpio, su talón de Aquiles: fantasioso, imprevisible, con tendencia a la depresión.

A Hess le gustaba comparar las ruedas del nacimiento de Churchill y del Führer, que gozaba de una sublime carta astral. Tauro con ascendente Capricornio, la fuerza y la energía sostenidas por la ambición y la tenacidad. Y un hecho aún más increíble: había nacido con Marte y Venus en conjunción perfecta en su signo. Una rareza astral que revelaba a un ser dotado de un equilibrio perfecto entre lo masculino y lo femenino. La carta era tan buena que Hess la había enmarcado como una reliquia en el salón de su casa.





Cartas astrales de Adolf Hitler y Winston Churchill.

El jefe del Partido Nazi se acercó al astrólogo a cargo de Churchill. Detestaba a este último, tanto más porque apreciaba a los británicos, pues contaba entre ellos con numerosos amigos de alto rango, a menudo simpatizantes secretos del nazismo. Como lo fue el rey Eduardo VIII o sir Oswald Mosley, líder del partido fascista inglés, que se pudría en prisión desde el comienzo de la guerra.

A causa de Churchill, Goering no dejaba de bombardear ese país día y noche, y él, Hess, se sentía furioso. Los ingleses no merecían tanta brutalidad.

—¡Dígame si ese bastardo de Churchill va a contagiarse de la viruela!

El astrólogo, con ojos enrojecidos por el cansancio, alzó la mirada hacia su protector.

—Estoy calculando el tránsito de Mercurio a la tercera casa, y, si eso se confirma, podríamos esperar un período de depresión repentina.

—Bien... Bien. ¿Y qué me dice de mi proyecto especial?

El adivino lanzó una mirada temerosa hacia sus colegas, y luego susurró:

—Estoy terminando las cartas, todo debería estar listo para esta noche.

Mostró a Hess la hoja inmaculada sobre la que estaba trazando la rueda astrológica. Por el exterior, y sobre todo por el perímetro del círculo negro, se mostraban las posiciones de los planetas en el corazón de las constelaciones del zodiaco, así como en las casas astrales. Por el interior, con trazos rojos o azules, los motivos geométricos, triángulos y cuadrados, formados por las posiciones de los planetas entre sí.

Hess se inclinó sobre la mesa para inspeccionar el trabajo. Incluso si no era más que un aficionado en la materia, sabía descifrar una carta.

—¡Magnífico, Yaros! Su trabajo ayudará a salvar millones de vidas.

El astrólogo creyó no haberle entendido bien, era la primera vez que su superior se preocupaba por el bienestar de la humanidad.

—¡De vidas arias, por supuesto! —se apresuró a matizar Hess riéndose a carcajadas.

El especialista de las estrellas inclinó la cabeza con una pálida sonrisa. La sola idea de que su jefe no estuviera satisfecho y pudiera enviarle a un campo de concentración le hacía estremecer.

Hess le dejó con su faena astral y se dirigió hacia un despacho privado, donde se encontraba el único astrólogo que disponía de un espacio para él solo: el Gran Woltan. Ese era su nombre artístico cuando predecía el futuro en su gabinete de Munich. Ahora, el experto se ocupaba únicamente de las cartas de los más altos dirigentes nazis, de la guardia cercana al Führer y de los mandos de primera línea en el ejército y el partido. Hess enviaba todos los años a cada uno una rueda de previsión astral a guisa de regalo de aniversario, si bien la mayoría la tiraban a la basura en cuanto la recibían. El hombre de cejas tupidas lo sabía, pero le daba igual, pues en primer lugar las cartas le permitían predecir su comportamiento. «Mi oficina de espionaje astral», como la apodaba delante de su mujer.

Entró sin llamar y cerró rápidamente. El Gran Woltan, un hombre mayor

con rostro puntiagudo y barba cuidadosamente recortada, alzó la cabeza e hizo amago de levantarse.

—Herr Hess, es un honor.

—Siga sentado, necesito confirmar una intuición.

—Dígame.

El jefe nazi se sentó en el escritorio del mago.

—Estoy preocupado por Heinrich Himmler. Ya sabe cuánto le aprecio, pero en este momento puedo percibir malas vibraciones a su alrededor.

—¿De qué tipo?

—Me pregunto si no estará dispuesto a tomar malas decisiones. ¿Podría sacarme su carta de este año?

—Sí, por supuesto.

Woltan abrió el pliego con el dibujo y lo observó atentamente. El nombre del jefe de las SS estaba escrito con finas letras en la parte superior del documento.

—¡Tiene usted toda la razón! Qué clarividencia. El Reichsführer tiene un cuadrado en su cielo de nacimiento. Júpiter, que gobierna la razón pura, está en disonancia con Plutón y Saturno, los dos maléficos.

—¡Lo sabía! Eso es lo que le está empujando a sugerir tan malas decisiones a nuestro Führer.

—Sí —aprobó Woltan—, debe prestar mucha atención. Es un hombre cada vez más poderoso con su ejército de SS.

Hess le fulminó con la mirada.

—En fin... Eh, aunque, por supuesto, no tanto como usted —balbuceó el mago barbudo, consciente de su desliz.

—¡Yo no tengo la oreja del Führer, tengo su cerebro! Conténtese con leer el lenguaje de los astros y deje la política a aquellos que saben —replicó secamente Hess, que se levantó de un salto y salió sin despedirse.

El jefe del partido dejó a Woltan con gesto de irritación y se dirigió a su despacho privado.

Las estrellas no mentían nunca... Y ahora Woltan había confirmado sus temores sobre Himmler. Debía reunirse cuanto antes con el Reichsführer para saber a qué atenerse.

El ruido de sus botas resonaba en el silencio. Siempre le había gustado ese chasquido seco y viril. En materia de calzado masculino, sus preferencias estaban definidas desde hacía mucho tiempo: un hombre, uno de verdad, debía llevar suelas rígidas. La única excepción que se permitía era en su casa, donde su mujer le exigía que se calzara zapatillas cuando estaban solos.

Llegó al final del pasillo y empujó los dos batientes de bronce que daban acceso a su santuario personal. Las pesadas puertas dieron paso a una sala de techo abovedado que recordaba la nave de una iglesia.

Adoraba ese refugio mágico, más tranquilo e íntimo que aquel de la cancillería del partido, al otro lado de Berlín, donde pasaba, para su gran disgusto, la mayor parte de su tiempo. Allá todo eran gritos, atropellos, voceríos e intrigas. En cuanto le era posible corría a refugiarse en ese edificio para entregarse a la reflexión.

De la decoración original del templo masón solo había conservado la pintura del techo, una bóveda estrellada y los símbolos de dos luminarias sagradas clavados en el muro de mármol al fondo de la sala. Un sol de oro y una luna de plata. El resto había sido presa de las llamas, comenzando por el maldito «delta luminoso», el triángulo con el ojo en el interior. Hacía seis años, día arriba o día abajo, que tomó posesión del lugar a la cabeza de una escuadra de viejos camaradas del partido. Ante los ojos de una muchedumbre de excitados berlineses, habían arrojado por las ventanas todo aquello que contenía el templo: muebles, esculturas, libros, dijes, cuadros, excepto a los dos viejos guardianes que, desgraciadamente, se habían golpeado la frente

contra una cachiporra. Luego esperaron a que se hiciera de noche para encender una magnífica pira sobre la encantadora plaza de Kortenbergr. La propia fecha de la quema no había sido escogida al azar. Un 21 de junio, el solsticio de verano. Ese día, cuatro planetas formaban un cuadrado perfecto en la constelación de Escorpio.

La hoguera supuso tal momento de júbilo que hubo que impedir que los militantes más entusiastas propagaran el fuego hasta el templo, y recurrir de nuevo a las cachiporras, esta vez para dispersar a los más recalcitrantes. Hubiera sido una pena destruir ese magnífico edificio del siglo XVIII cuando, además, contaba con requisarlo para su uso personal. Al día siguiente, el cambio de propietario se había producido conforme a la ley, ante notario. El jefe supremo de la Gran Logia masónica, un atemorizado director de banco, se había presentado espontáneamente para cederle el título de propiedad. Hess le había hecho añadir en el contrato una cláusula: «Donación en reparación por la influencia nefasta ejercida por la francmasonería en el pueblo alemán durante más de doscientos años».

Hess entró en su santuario sin cerrar las puertas.

Frente a él, a cada lado del pasillo central, se erguían dos filas de estatuas de talla ciclópea. Él mismo había encargado los modelos a Arno Brecker, el escultor oficial del régimen. A la derecha, hombres medio desnudos, en postura de combate, con mentón firme y músculos prominentes; a la izquierda, mujeres que tendían los brazos para ofrecer espigas de trigo, cuernos de la abundancia o un bebé. A la derecha, las virtudes viriles: valor, perseverancia, fuerza y audacia; a la izquierda: maternidad, dulzura, humildad y gracia. En arte, sus ideas eran todas tan tradicionales como en el vestir. Hess adoraba esa alianza de belleza y simplicidad. Ideas sencillas que cualquier ario podía comprender al contemplar una estatua. Muy lejos del arte

degenerado que él mismo había contribuido a aniquilar. Detrás de las estatuas, unos enormes apliques difundían una luz cálida, casi rojiza.

Le gustaba caminar en medio de esa guardia de mármol para llegar hasta su escritorio, colocado sobre el estrado, al fondo del antiguo templo masónico.

«Al Oriente», por emplear la expresión de los masones. Qué ironía. Qué señal del destino. Él, que había nacido en Oriente, en Egipto. En el país de los faraones, el mismo que había reducido a los semitas a la esclavitud.

Un súbito ramalazo de dolor retorció su cerebro enfebrecido. Se tambaleó y tuvo que apoyarse contra la estatua de una valquiria.

Ese malestar de cabeza le acuciaba cada vez con más frecuencia.

De pronto una voz surgió de ninguna parte.

*Un buen día para ti.*

Su rostro se iluminó.

Reconoció la entonación grave. Provenía de una de las estatuas, la más cercana a su escritorio.

Baldr. El dios de la luz.

Su protector, que le guiaba desde hacía años.

La primera vez que lo escuchó se remontaba a casi un año atrás, después de la instalación de la estatua. Había hecho llamar a Woltan y a su secretario personal para saber si ellos percibían las palabras del dios. Fue en vano, y el motivo estaba claro: Baldr le había escogido a él, Hess, y no a otro. El dios, claro está, no le hablaba todos los días, sino únicamente en determinadas ocasiones.

Se colocó delante de la estatua.

La voz resonó de nuevo.

*Presta atención a tus orejas este invierno, va a helar.*

No supo cómo interpretar esa frase. Desde hacía algún tiempo, los

propósitos de la divinidad se habían vuelto oscuros, pero tenía alguna idea al respecto.

La única hipótesis racional era que Baldr sabía que sus enemigos escuchaban aquellas conversaciones telepáticas y no quería que conocieran sus consejos. De pronto estaba codificando sus frases.

*Presta atención a tus orejas este invierno, va a helar.*

Garabateó la frase en una libreta que siempre llevaba consigo, para meditar más tarde sobre su sentido oculto.

*Volveremos a hablar.*

El dolor se atenuó. La voz desapareció.

Atravesó el pasillo central como si no hubiese sucedido nada y subió los pocos peldaños. Se dejó caer en un cómodo sillón que dominaba el escritorio que tenía delante, cuyo contorno formaba un rectángulo tan perfecto como una lápida.

Agarró el teléfono y llamó a su secretario personal.

—Póngase en contacto con el Reichsführer Himmler y dígame que necesito hablar con él. Es urgente.

—A sus órdenes.

Desde que dirigía la cancillería del partido se había granjeado numerosas enemistades. Todos conspiraban para desacreditarle ante el Führer. Todos esos arribistas, esos lameculos que se habían unido al cortejo de la gloria sin correr ningún riesgo. Ellos habían hecho circular rumores sobre su supuesta locura y sus caprichos esotéricos. Incluso su breve estancia en una institución psiquiátrica había calentado las gargantas de Goering y Goebbels. Esos cretinos no tenían idea alguna de las fuerzas ocultas que gobernaban el mundo y de las que ellos no eran más que peleles. Habían corrompido a su cocinera, a su mayordomo, a su chófer y, tal vez, incluso a su mujer. Aunque de eso no estaba seguro, necesitaba más pruebas.

El teléfono sonó y Hess descolgó a la velocidad del rayo.

—Rudolf, ¿cómo estás?

La voz de Himmler sonó como un lejano chisporroteo, como si proviniera del otro extremo de Alemania, pese a que su despacho estaba a unas pocas manzanas del edificio.

—¿Has encontrado la reliquia de Montségur?

—Acabo de recibir una llamada de Weistort. Tengo grandes esperanzas. Una vez que esté en nuestras manos podremos emprender la última batalla.

Hess frunció sus pobladas cejas.

—Debo verte con urgencia.

Hubo un silencio, y luego el jefe de las SS respondió con voz irritada.

—Tengo mucho trabajo en este momento. Demasiado. La invasión de Rusia...

—¡No! —le cortó Hess—. No podemos permitirnos abrir un segundo frente mientras aún estemos en guerra contra Inglaterra.

—Mi querido Rudolf, ¿no me habrás llamado para discutir de estrategia militar?

—Es preciso que hablemos de viva voz.

Transcurrieron varios segundos y entonces la voz de Himmler resonó en el aparato.

—Mañana tengo que visitar una obra importante. He quedado con el arquitecto y su equipo. Podemos encontrarnos allí.

—De acuerdo. ¿Es uno de esos nuevos edificios concebidos para Alemania, nuestra futura capital? He visto la maqueta en la cancillería, es magnífica.

—No, nada de eso. Se trata de un campo —dijo Himmler con voz suave—, un nuevo campo de concentración: Birkenau.



*Montségur*  
*Mayo de 1941*

El castillo semejaba un campamento fortificado. Antes de partir para Foix, Weistort había vuelto a reforzar la seguridad. No quería correr el riesgo de que las excavaciones sufrieran algún retraso o se vieran interrumpidas a causa de una amenaza exterior. Las patrullas se habían multiplicado en frecuencia y efectivos, y los guardias tenían orden de disparar a matar ante cualquier movimiento sospechoso. Y no se privaban de ello. Al más mínimo crujido en la maleza o de una piedra desprendida, el chasquido seco de un tiro resonaba en el *pog*. Esa facilidad para disparar inquietaba a Tristan. Y no por él, sino por la joven de la boina, ya que temía que pudiera volver a subir al castillo, ignorante de las nuevas medidas de seguridad. Como no tenía una misión concreta, tomó la decisión de acompañar al grupo de soldados que se acercaría al pueblo para el avituallamiento semanal. En teoría, habría tenido que informar a Von Essling, pero ella se había vuelto invisible mientras preparaba la siguiente campaña de excavaciones. Sin nada que hacer, «Goebbels» y los otros buscadores paseaban por el recinto lanzando miradas furtivas a la tienda donde la arqueóloga se hacía esperar desde primera hora de la mañana. «Una forma, sin lugar a dudas, de establecer su autoridad sobre ese grupo de hombres que iba a ser dirigido por una mujer», pensó Tristan.

A la entrada de la fortaleza, un ataúd aguardaba en el suelo. El francés se acercó. Las dos runas de las SS habían sido grabadas en negro bajo el nombre

del soldado muerto. Tristan se preguntó si su rostro habría sido colocado de nuevo en su lugar.

—Vamos a llevarlo hasta la aldea —anunció un Röttenführer, jefe de sección—, la intendencia se ocupará.

Ante la renuencia de los hombres a levantar el féretro, Tristan comprendió que los rumores debían de haber cundido entre ellos. No dijo nada y se colocó a la cola del grupo. Tan pronto como sus camaradas, pues muy a su pesar él llevaba ahora el mismo uniforme, partieran para el aprovisionamiento, trataría de encontrar a la propietaria del castillo. Se necesitaba al menos media hora para llegar al valle debido a la pendiente del pedregoso y resbaladizo camino de bajada. Poco a poco, el cortejo se estiró a lo largo del sendero flanqueado de setos cubiertos de escarcha. El suboficial marchaba a la cabeza, seguido del traqueteante ataúd portado por cuatro hombres que intentaban no escurrirse con las piedras húmedas.

—Si nos quieren atacar, ahora pueden dispararnos como a conejos —soltó uno de los soldados agarrando nerviosamente la culata de su fusil.

—Yo, por mi parte, no tengo miedo a una bala sino a lo que hay ahí dentro —añadió un joven recluta señalando el ataúd.

—¿Visteis su cabeza? Ese soldado debió de ver el infierno antes de morir. Tristan se acercó para escuchar.

—Cuanto antes bajemos, antes nos libraremos de él. Así que mantengamos el ritmo. De hecho, van a quemarlo. Al igual que hicieron con los herejes del castillo.

—Si tú crees que los demonios temen al fuego...

Las precauciones de Weistort no habían servido para nada. El miedo se había apoderado de la tropa. Los peores temores eran los irracionales. Para ver hasta dónde llegaban, el francés intentó sembrar la duda.

—¿Y si tan solo se debe a una mala caída? Las rocas pudieron romperle

los huesos.

—¿Y girarle completamente el rostro? No, esa es la marca del diablo.

Tristan no tuvo tiempo de responder. Acababan de alcanzar el puesto de vigilancia que controlaba el acceso al castillo. Aliviados, los hombres posaron el ataúd en el suelo y destaparon sus cantimploras; el olor a aguardiente se mezcló con la bruma que subía del valle. El francés no se entretuvo.

Enfiló discretamente el camino a la aldea.

A esa hora, la mayoría de los lugareños estaban ya en los campos u ocupándose de las bestias en los establos. Un perro aullaba al fondo de una callejuela como si estuviera solo en el mundo. Desde la llegada de los alemanes, la aldea se había replegado sobre sí misma. Muchas contraventanas permanecían cerradas y todos evitaban salir más de la cuenta. En la calle principal solo la tienda de ultramarinos estaba abierta. Un tenderete con paneles de madera donde casi todas las estanterías estaban vacías a causa del racionamiento. En cambio, podía encontrarse tabaco. Tristan entró y saludó a la silueta encorvada que se encontraba detrás del mostrador. Era una de esas mujeres sin edad, ataviada con un chal negro que le ocultaba los cabellos y le llegaba hasta los hombros. Una viuda, sin duda.

—Un paquete de cigarrillos, por favor. ¿Y podría decirme dónde viven los propietarios del castillo?

Un dedo esquelético salió de debajo del chal y apuntó hacia el final de la calle.

—Vaya todo recto hasta el cementerio y luego gire a la izquierda, por el camino de tierra. Cuando vea una gran verja, habrá llegado.

Tristan le dio las gracias y salió. La calle continuaba desierta. Una corriente de aire frío acompañaba a la bruma que no terminaba de levantar. Se recordó que vestía el uniforme enemigo y que no iba armado. Era un

blanco fácil. Y sin embargo no cambió de idea. Francés para los alemanes, y alemán para los franceses, esa guerra le había transformado en Jano, el dios que los antiguos representaban con dos caras, cada una diferente. Y tal vez incluso tuviera una tercera, la que todos ignoraban... Sus tacones resonaban contra la tierra endurecida por el frío. Acababa de pasar el cementerio. A la izquierda, un camino cubierto de hierba se fundía en la bruma. Se subió el cuello de la guerrera y empezó a silbar.

Encontró la verja abierta, atravesó el patio y tiró de la campanilla de la entrada. La puerta se abrió y apareció la persona que él esperaba, pero esta vez sin boina y con sus ojos grises aún más encolerizados que cuando tuvieron su primer encuentro.

—Nos vimos en el castillo hace...

—Ya sé dónde nos hemos visto. ¿Qué quiere?

—Me llamo Tristan.

—Su nombre no me interesa. El uniforme que lleva ya lo dice todo. Se lo repito de nuevo, ¿qué quiere?

Receloso, un gato asomó el morro por el ángulo de la puerta entreabierta. No debía de gustarle el uniforme, ya que empezó a bufar.

—Sé que su nombre es Laure d'Estillac y que su familia es la propietaria del castillo.

—Expropiataria, ya que ustedes se han apoderado de él.

—Es una situación provisional...

—Están haciendo turismo, ¿no es eso?

Tristan estuvo a punto de soltar una carcajada. Decididamente, a aquella mujer no le faltaba ni descaro ni valor.

—Estamos procediendo a importantes búsquedas arqueológicas, lo que nos ha obligado a reforzar la seguridad. Ahora mismo el perímetro del *pog* está totalmente prohibido a cualquier presencia extranjera.

—*Ròda que ròdaras, mai dins ton país tornaras* —respondió ella con acento áspero.

—Lo siento, no entiendo...

—Es un proverbio occitano: «Ronda que rondarás, pero a tu país volverás». ¡Ustedes son la presencia extranjera!

—Muchas gracias por ese pequeño curso de lengua. Me acordaré de ello. Entretanto, he venido a prevenirle de que los centinelas tienen orden de disparar a matar.

Laure se acercó.

—¿Es el coronel Weistort quien le envía?

—El Oberführer tiene otras prioridades en este momento.

Asombrada, frunció el ceño.

—Entonces ¿ha venido por su cuenta?

Se disponía a responder cuando una voz resonó al fondo de la mansión.

—¿Laure, tienes visita?

—Es mi padre. No quiero que me vea hablando con un...

—No pretendo ser inoportuno.

Tristan se despidió y se dio la vuelta. Cuando iba a traspasar la verja oyó una palabra. Una sola.

—Gracias.

«Goebbels» le esperaba en la entrada del castillo. Él, normalmente tan flemático, no podía ocultar su excitación.

—Date prisa, frau Von Essling va a hablar. Todo el mundo se ha reunido en el patio.

«Desde luego —pensó el francés—, a veces basta la presencia de una mujer para despertar el entusiasmo.»

Sin embargo, Tristan no se dio prisa. Una parte de sí mismo se había quedado en el valle. Prisionero desde hacía semanas en esa ciudadela asfixiante, su encuentro con Laure había brillado con un resplandor imprevisto, como si hubiera vuelto a ver la luz. Pese a ello, una pregunta resonaba en su cabeza: ¿qué habría pensado la joven de aquella visita imprevista? La voz firme de Von Essling puso bruscamente fin a sus interrogantes.

—Durante su ausencia, el Oberführer Weistort me ha confiado la dirección de las excavaciones a las que, a partir de ahora, vamos a dar una nueva dirección. Por lo pronto, la fase de reconocimiento queda concluida. —Se giró hacia el arquitecto y sus asistentes—. Nos basta con la cartografía del lugar de la que disponemos, y ahora debemos concentrarnos en el interior del castillo.

La mayoría de los arqueólogos se contuvieron de encogerse de hombros. ¿Concentrarse en el interior del castillo?, pero si no quedaba nada: apenas una roca y algunas piedras.

—Como sabemos, la fortaleza que nos rodea no es la misma que soportó el asedio de 1244. En aquella época se trataba de un *castrum* caracterizado concretamente por una torre de defensa.

—¿Se refiere al torreón?

—En absoluto. La torre se encontraba... —Hizo un gesto amplio hacia el centro del recinto—. Por allí.

—Si es lo único que tenemos... —dejó caer discretamente «Goebbels».

—A partir de ahora vamos a buscar la sala subterránea que se encontraba bajo esa torre.

—Pero entonces habrá que excavar toda la superficie del castillo —constató el arquitecto—, lo que representa unas masas enormes de relleno que habrá que retirar. Hay trabajo para meses.

—Salvo que sepamos dónde se situaba la base de la torre.

«Goebbels» se giró y miró estupefacto a Tristan. ¿Y esa era la arqueóloga de élite escogida por Himmler?

—¿Se han fijado en las troneras del torreón actual? Hay cinco en total, todas idénticas. Una estrecha hendidura vertical terminada por una base rectangular, llamada *pala*. Ese tipo de abertura permitía alargar la base de tiro y, por tanto, esperar a los enemigos al pie de los muros. Fue una innovación técnica característica de principios del siglo XIV, procedente del norte de Francia. Tienen mis más sinceras felicitaciones por haber excavado toda la plaza fuerte durante semanas, pero bastaba con observar ese simple detalle para saber que el castillo actual había sido construido por los cruzados.

De golpe, había empezado a ejercer su ascendencia sobre todo el equipo.

—Al parecer se llama Erika —murmuró «Goebbels», subyugado.

—En cambio, si tienen la paciencia de inspeccionar con precisión la muralla sur, podrán encontrar medio ocultas, pero todavía visibles, cuatro bases de aspilleras en forma de triángulo, llamadas estribos, que pertenecen sin duda al castillo original. Y como en aquella época las aspilleras estaban reservadas a las torres de defensa...

Tristan retuvo por la manga a «Goebbels», que estaba dispuesto a irse para verificar la información de la arqueóloga.

—Desde esta tarde vamos a destapar las bases de esas troneras. Una vez reabiertas por el lado interior del recinto, nos servirán de referencia para delimitar los restos de la torre en el patio. Y después solo hará falta cavar.

El arquitecto estaba punto de aplaudir, seguido por todo el equipo, cuando un soldado surgió por la puerta de entrada.

—¡El Oberführer Weistort ya está de regreso!

*Montségur*  
*Mayo de 1941*

Los tres cuervos encaramados al tejadillo del viejo palomar graznaban al unísono desde la llegada del coche. El Citroën había aparcado ante una barrera forestal, más abajo de la carretera que llevaba hasta el pueblo de Montségur. Hacía más de media hora que el conductor se había marchado para encontrarse con el grupo de la Resistencia. Les había dicho a Jane y a Malorley que le esperaran allí, pero estaba tardando mucho y pronto se haría de noche.

Malorley, de pie delante del capó, contemplaba el castillo de Montségur con sus prismáticos. El peñasco del *pog* se destacaba en el cielo del atardecer y, más al sur, se advertían las primeras ondulaciones de los Pirineos. El conjunto de piedra reflejaba una luz ocre al sol del ocaso. El inglés no era capaz de apartar su mirada de él. Conocía su historia y su tragedia de memoria.

Batallas, sangre y, para terminar, cenizas. Las de los desafortunados cátaros quemados en la hoguera por los inquisidores y los cruzados del norte, precursores de las hordas nazis. En el gran libro de historia de la crueldad, escrito con la sangre de los hombres, bajo el dictado de un Dios ciego, no existe un capítulo final.

El agente del SOE sintió un ligero cosquilleo en la nuca ante aquel panorama prodigioso.



Tuvo la sensación de haberlo vivido ya...

Como si hubiese estado en esos lugares hacía mucho tiempo. Antes de dejar Londres, había estudiado la doctrina de los cátaros y sabía que algunos creían en la reencarnación. ¿Sería él uno de esos Perfectos cuya alma había viajado por la corriente de los siglos para encarnarse en el cuerpo de un inglés de Devonshire?

Apartó esa idea ridícula de su mente. Desde que se había sumergido en las creencias oscuras de sus adversarios, su visión del mundo se tambaleaba. Eso le provocaba ideas muy extrañas. Debía concentrarse en la operación comando. Estaba allí para tomar al asalto esa fortaleza. Esa era su misión.

Su misión...

Iba a poner en riesgo muchas vidas, no solo la suya, por una quimera que podía estar oculta o no en alguna parte de las entrañas de la fortaleza en ruinas.

Una reliquia destinada a cambiar el curso de la guerra.

No podía confesárselo a Jane, porque ella le tomaría por un loco. Pero ¿acaso el teatro del mundo no había basculado hacia la locura y la obscenidad desde que comenzó la guerra?

Hitler y sus malditos nazis. Un ejército de malditos, un pueblo entero de malditos. Y entre ellos, el coronel Karl Weistort, que en ese momento se encontraba en el mismísimo recinto del castillo. Casi al alcance de su mano.

Por fin se acercaba el momento de su encuentro. Ahora podría cumplir la promesa que se hizo en Berlín una trágica noche de noviembre de 1938.

Uno de los cuervos salió volando e interrumpió el hilo de sus pensamientos. El pájaro le rozó y fue a encaramarse en la rama de un árbol suspendida por encima del coche.

Jane salió del interior y blandió su pistola apuntando en dirección al cuervo.

—¡Maldito pájaro! Hágalo callar o le disparo. Incluso si eso atrae a los alemanes —refunfuñó Jane.

—¿Es usted supersticiosa? —inquirió acercándose a ella.

—En absoluto. Cuando era pequeña mis padres poseían una casa cerca de Bourges que lindaba con una granja. El lugar era magnífico, pero estaba atestado de cuervos. Me cruzaba con ellos todos los días por la mañana y por la tarde cuando regresaba del colegio. Era muy lúgubre. Ya podía lanzarles piedras, que no servía para nada, esos sepultureros me provocaban todo el tiempo. Felizmente terminé por resolver el problema.

—¿Cómo?

—¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! —explicó apuntando al cuervo en la línea de su mira—. Así fue como mi padre me enseñó a disparar a los doce años, y, en consecuencia, soy una de las pocas mujeres que ha practicado el tiro de competición. Y...

—¡Chist! —la cortó él.

Malorley aguzó el oído. Creía haber oído un ruido al borde de la pista forestal. El roce de unas suelas en la piedra fue incrementando su intensidad.

Tomó sus prismáticos y reconoció al conductor saliendo de entre los árboles. Iba seguido de un pequeño grupo de hombres armados que caminaban en fila india. Todos vestían ropas desaliñadas, llevaban barba y tenían un aspecto escuálido, con el cabello revuelto bajo unos gorros de lana gruesa.

—Parecen más salteadores de caminos que una tropa de combatientes —observó pasándole los prismáticos a la joven—. Con tal de que no sean anarquistas.

Jane soltó una carcajada.

—¿Qué esperaba? ¿La guardia a caballo de la reina de Inglaterra?

Malorley hizo una mueca.

—Para su información, conozco bien España y a sus habitantes. Durante la Guerra Civil llevé a cabo dos misiones, una en Teruel y otra en Barcelona. Algunos batallones republicanos tenían una férrea disciplina que podía compararse con las tropas de Su Majestad, especialmente los comunistas, y Dios sabe que no los llevo en mi corazón. Pero los anarquistas... Son indisciplinados hasta decir basta. Unos auténticos borricos.

—Yo en tu lugar, inglés, contendría esa lengua. He degollado a gente por menos de eso.

La voz ronca, con un fuerte acento español, había brotado por detrás de ellos. La pareja se volvió y se encontró de frente a dos hombres armados con un subfusil Erma-Vollmer, reconocible por su característica culata de madera. El primero tendría alrededor de cuarenta años, muy moreno, con unas gruesas gafas colgando de la nariz y una gorra inclinada a un lado. Sostenía un palillo entre los dientes. El segundo, orlado por una corona de cabello blanco, tenía el rostro serio.

—Por suerte no somos alemanes —añadió el más mayor—. ¿No les han enseñado a asegurar su retaguardia?

—¿Quién es usted?

El más mayor inclinó ligeramente la cabeza hacia delante.

—Jean d'Estillac, alias Trencavel. Y le presento a mi amigo el capitán Enrique Bujaraloz, a quien llamamos el Cebolla.

El hombre de la gorra se mantuvo inmutable y continuó escrutando a los dos agentes del SOE con desconfianza. Claramente poco satisfecho de lo que tenía ante sus ojos, pasó una mano por su tupida barba y escupió en el suelo, mientras el grupo de maquis llegaba hasta el coche.

—No es tu día de suerte, inglés. En España, yo pertenecía a la Columna Durruti, 26ª división, la Columna Negra. No encontrarás más anarquistas que

yo y mis compañeros por estos pagos, y tal vez incluso en toda Francia. Los borricos se mean en tu culo.

Malorley lo examinó de pies a cabeza. Si quería mantener el control de la operación, necesitaba reafirmar su autoridad desde ese mismo momento. Se acercó a un metro de los dos hombres.

—Esperaba que la derrota contra Franco les hubiera servido de lección para aprender las virtudes de la obediencia y la disciplina. Pero a la vista de su indumentaria y la de sus compañeros, me temo que nada ha cambiado.

La tensión subió de golpe en el grupo, los rostros de los recién llegados se endurecieron. Jane echó mano a su pistola, oculta en el bolsillo del pantalón.

—No estoy segura de que esa sea una buena forma de acercarse a esta gente, comandante —murmuró la joven al oído de su jefe—. Debería ser un poco más... positivo.

—No necesito su consejo Jane, manténgase al margen.

El español se acercó hasta quedar a pocos centímetros de su rostro.

—Inglés, ¿sabes por qué me apodan el Cebolla?

—Si la memoria no me falla eso quiere decir *oignon* —respondió Malorley sin parpadear—. Con esas gafas, no creo que pudieras pertenecer a los tiradores de élite. ¿Eras el cocinero de tu brigada?

El español se volvió hacia sus camaradas y les increpó haciéndoles partícipes.

—¡El inglés cree que yo era cocinero durante la guerra!

Sus hombres se echaron a reír de buena gana. El español se volvió de nuevo hacia el hombre del SOE.

—La cebolla hace llorar. En mi caso era algo parecido, me gustaba hacer brotar las lágrimas de los fascistas antes de pasarles a cuchillo. ¿Tal vez quieras ver una demostración?

D'Estillac dio una palmadita en el hombro del maqui.

—Enrique... Ahora que ya hemos hecho las presentaciones, vayamos al grano. Este no es momento de hacerse el gallito. —Y luego, volviéndose hacia Malorley, añadió—: Esta gente se dejará arrancar la piel por usted, presénteles inmediatamente sus excusas. Si no, se marcharán sin vacilar.

—Tiene razón, debería seguir su consejo —sugirió Jane en su oído.

Malorley guardó silencio durante unos segundos y luego inclinó la cabeza medio centímetro.

—Señores, les ruego me perdonen —articuló mostrando una expresión tan fría como un termómetro en Siberia.

El Cebolla emitió una mueca que podía semejar una sonrisa.

El padre de Laure se vio sacudido por un ataque de tos antes de secarse la frente con un pañuelo.

—Vamos a tener que actuar con más rapidez de la prevista en el asalto del castillo —anunció con voz ronca—. Los alemanes están a punto de terminar las excavaciones.

—No se lo tome a mal —interrumpió Malorley—, pero ¿no es usted un poco mayor para formar parte de esta operación comando?

—No se preocupe por mi salud. El Cebolla dirigirá el ataque, él y sus hombres conocen bien el terreno. Ya han dado un primer golpe al asesinar a uno de los SS que estaba de guardia en el castillo.

—Yo mismo lo arrojé a las rocas —añadió el Cebolla—. El superhombre se desarticuló como una vulgar muñeca.

—Está bien, pero ¿seré yo quien dirija el ataque! —replicó el jefe del SOE—. Que quede bien claro. De acuerdo con su jefe superior de Toulouse, toda esta operación queda bajo mi mando. Si no, ya pueden olvidarse del dinero y el material que les será ingresado.

Los ojos del español se redujeron a unas simples ranuras.

—No hay problema, amigo. —El Cebolla se rio—. Tú nos harás descubrir

los pequeños senderos de excursión del lugar.

—He estudiado el terreno antes de venir, pero esté tranquilo, le dejaré la dirección operativa del ataque. Llévenos al interior del castillo y neutralice a los guardias, es todo lo que le pido.

—Nada más que eso... ¿Y una buena paella para cenar? —replicó el Cebolla con verbo ácido antes de girarse hacia Jane—. Y usted, señorita, ¿pretende unirse también a nosotros?

—No, yo zurciré sus calcetines mientras les espero. Y también sé lavar los platos y limpiar la casa.

D'Estillac sonrió por primera vez. Los ojos de la joven expresaban el mismo fulgor de desafío que los de Laure.

—Trencavel, deberíamos intervenir esta noche.

La voz del Cebolla le devolvió a la realidad. El español había extendido un dibujo de los contrafuertes del castillo sobre el capó del coche.

—Los alemanes están concentrados en el castillo y han instalado a medio camino un puesto de observación con un reflector. Esto es lo que yo propongo. Iremos...

*Birkenau*  
*Mayo de 1941*

Para la ocasión, los prisioneros habían construido un estrado de madera pintada que dominaba las obras del futuro campo. Desde el coche oficial hasta los escalones, una moqueta roja protegía las lustrosas botas del Reichsführer del fango que, desde hacía una semana, había transformado el paisaje en un auténtico cenagal. El arquitecto a cargo de la construcción siguió con mirada inquieta la progresión de Himmler, temblando por si alguna partícula de barro ensuciaba el uniforme del jefe de las SS. A su lado, Hess, con su chaqueta bávara abotonada hasta el cuello, permanecía en silencio. El arquitecto se preguntó cuál de los dos hombres le daba más miedo. En cualquier caso, tener a dos dignatarios de visita oficial no auguraba nada bueno. Y por si fuera poco, la lluvia no cesaba y había que chapotear en el barro como condenados. En cuanto a la obra... El arquitecto sacudió discretamente la cabeza. Nada avanzaba. Apenas habían logrado despejar el bosque y delimitar un difuso cuadrilátero donde acumular el material para construir los futuros acantonamientos. A ese ritmo, todo acabaría pudriéndose en el sitio.

Himmler se había subido al estrado seguido de Hess. Los obreros continuaban con su faena, aturdidos por el cansancio y el hambre. El arquitecto había renunciado a intentar ponerlos en fila frente al Reichsführer.

Demasiado esqueléticos, demasiado sucios, un auténtico ejército de mendigos.

—Y bien, ¿tú qué piensas, Rudolf? —preguntó Himmler mostrándole la obra con la mano.

Hess se desabotonó la chaqueta, se asfixiaba con tanta humedad. Se tomó su tiempo antes de responder. Todo lo que podía apreciarse era un inmenso campo de barro, sembrado de pilas de madera entre las que erraban esqueléticas siluetas.

—¿A cuántos prisioneros deberá acoger este campo?

—A cien mil.

Una larga práctica, adquirida más concretamente con Hitler, había enseñado a Hess a no manifestar nunca una reacción visible ante lo absurdo de un propósito o lo desmedido de un proyecto. Desde hacía mucho tiempo, había comprendido que lo impensable no existía para los nazis. De modo que se contentó con hacer otra pregunta:

—¿Y para cuándo tienes previsto abrirlo?

Con mirada interrogante, Himmler se volvió hacia el arquitecto, que se mantenía en posición de firmes con los pies en el fango.

—Para octubre, Reichsführer. Según sus órdenes.

Hess escrutó a una cohorte de prisioneros que tiritaban bajo una especie de pijamas, que les quedaban demasiado grandes, empujando carretillas cargadas de piedras. Himmler se inclinó hacia su amigo.

—Son soldados polacos hechos prisioneros. Antes que alimentarlos para que no hagan nada, los utilizamos como mano de obra. El problema es que no son muy resistentes. Es preciso que autorice constantemente nuevos reclutamientos.

Rudolf asintió despacio con la cabeza. Uno de los detenidos acababa de



caerse al suelo y el fango voraz lo había recubierto con su pegajosa mortaja. Ni los guardias ni los otros prisioneros habían reaccionado.

—Aquí —señaló Himmler— va a levantarse el campo del futuro. Ciento sesenta hectáreas, más de trescientas unidades de detención, dieciséis kilómetros de vallas de alambrada... Un modelo en su clase.

Al escuchar el discurso, el arquitecto fue presa de un pánico interior. ¡Seis meses! ¡No le quedaban más que seis meses para terminar esa réplica del infierno en la tierra!, o de lo contrario corría el riesgo de acabar su carrera en el campo de al lado, Auschwitz, donde tenían lugar terribles abominaciones.

—Aquí —continuó Himmler, exaltado— vamos a reeducar a poblaciones enteras para el trabajo. Hombres y mujeres por decenas de miles van a contribuir a la construcción de nuestro gran Reich. Aquí es donde el sueño de nuestro Führer emprenderá el vuelo.

—Un proyecto a la altura de las más nobles ambiciones —aprobó Hess—, pero hay algo que no entiendo. ¿Con qué prisioneros piensas llenar el campo? No creo que sean polacos, porque al ritmo que están cayendo muy pronto no quedará ninguno. ¿Con franceses? Demasiado arriesgado, eso podría poner en peligro la política de colaboración con el gobierno de Pétain.

—Piensa un poco más —replicó Himmler sonriendo.

—¿Prisioneros políticos? Ya los hemos encarcelado o liquidado a todos. ¿Judíos?

—Aún no —anunció el Reichsführer—, pero te vas acercando. ¡Decididamente, Rudolf, esta mañana te falta imaginación!

Haciendo un gesto con la mano, Hess despidió al arquitecto. No le gustaba que nadie le viera en dificultades. El dolor de cabeza le estaba atacando con insistencia. De nuevo oyó la voz de Baldr, su guía espiritual.

«¡Pregunta por Rusia! ¡Si no, tus orejas se helarán!»

El rostro de Hess se iluminó, así que ese era el sentido de la advertencia

que le había lanzado la última vez.

«Sí, Baldr. Ya entiendo.»

«No dejes que te manipulen. Ya sabes la decisión que debes tomar.»

—¿Va todo bien, Rudolf?

La voz de Himmler le sacó de su diálogo interior.

—Sí... Era solo un vértigo. Vamos, Heinrich, no me tengas esperando.

—¡Los rusos! Vamos a vencer a los rusos. Y de una vez por todas.

Hess le contempló con expresión inquieta.

—¿Y cómo es eso?, ¿quieres atacar a la Unión Soviética? Sabes bien que no estamos preparados. Acuérdate de lo que le sucedió a Napoleón. Invadir el este es hundir la cabeza en la nada, saltar con los pies juntos a un pozo, es... un suicidio. Hay que negociar un acuerdo con los ingleses, es la única solución si queremos vencer a Stalin.

—Ya no es tiempo de negociación, Rudolf, sino de la guerra total. A partir de ahora hay que terminar con los eslavos. Esa es la razón por la que he hecho construir este campo. Desde las primeras semanas de nuestro ataque relámpago, dispondremos de rebaños enteros de prisioneros rusos, sin contar a todos esos parásitos de los judíos que infectan Ucrania: Birkenau arreglará ese problema.

Incrédulo, Hess sacudió la cabeza.

—Invadir Rusia sería una locura —repitió.

—Una locura para los hombres normales, sí. Pero no para nosotros.

Hess retrocedió un paso.

—Estamos a punto de apoderarnos de la segunda reliquia de Montségur.

Se oyó un tiro. Uno de los guardias acababa de disparar al aire para hacer avanzar a un grupo de polacos al borde de sus fuerzas a los que el fango amenazaba con sepultar.

—¿Cuándo? —exclamó Hess con una impaciencia que Himmler tomó por

entusiasmo.

—En unos días, todo lo más, y la esvástica estará en Wewelsburg. Ahora ya puedes entender por qué vamos a atacar a la Unión Soviética... Y a vencerla.

De pronto el Reichsführer se calló. Miraba el claro en el bosque, los árboles caídos, los prisioneros demacrados, pero ya no los veía. Contemplaba su reino, que muy pronto haría surgir de la tierra su imperio con raíces de sangre que haría de él el hombre más poderoso del Reich.

Decididamente, Baldr tenía razón.

A diferencia de Himmler o de Goering, uno reinando sobre los SS y el otro sobre el ejército del Aire, él, Hess, solo mantenía su rango por amistad con Hitler.

Tras la entrada en guerra de Alemania, el Führer necesitaba generales, ingenieros, estrategas, técnicos... La conquista del poder había terminado, pero la del mundo había comenzado, y Hess no formaba parte de ella.

Pero no por mucho tiempo.

Tomó una decisión: sería él, y no Himmler, el que cambiaría el curso de la historia.

*Entrada despejada*

*Montségur*

*Mayo de 1941*

Un perímetro de seguridad había sido instalado en el patio del castillo: en el interior, un grupo de arqueólogos despejaba los escombros para depositarlos, pieza a pieza, en las carretillas que conducían con precaución los soldados. Al pie del torreón, otro equipo, sentado ante grandes mesas, los examinaba con cuidado antes de clasificarlos según su tamaño y forma. Ese trabajo tan meticuloso impacientaba a Weistort. Le había anunciado al Reichsführer el inminente descubrimiento de la cámara oculta de Montségur y no quería faltar a su palabra. Acompañado de Tristan, recorría la obra, fustigando sus botas de cuero y escupiéndole preguntas.

—La capa arqueológica que estamos excavando —explicó Erika— corresponde a los muros derruidos del torreón, pero en su caída se extendieron por una zona muy grande. Demasiado grande.

—Razón de más para hacer intervenir a la tropa y despejar cuanto antes esas ruinas —insistió el Oberführer—. Así ganaremos tiempo. Berlín espera resultados lo más pronto posible.

—Ganar tiempo es precisamente lo que estoy intentando al acotar el campo de investigación.

—¿Y cómo? —ironizó Weistort—. ¿Pasando los restos por un tamiz?

—Encontrando, por ejemplo, las piedras en ángulo que nos permitirían

resituarse en el suelo el perímetro de la torre.

Weistort estuvo a punto de encogerse de hombros, pero entonces cambió de opinión. La arqueóloga había sido la única capaz de adivinar el posible emplazamiento del escondite subterráneo: no tenía ningún interés en enfrentarse a ella. Más valía que se creyera apoyada, pero a condición de no quitarle el ojo de encima: esa chica, cuya familia poseía un pie de plata en la aristocracia y otro de oro en la industria, no tenía de adepta al nazismo más que la punta de sus labios nacarados, estaba seguro. Es más, había llegado a sus oídos que acudió como invitada a la última cacería del gordo Goering en Carinhall, todo un privilegio para una mujer. El Ogro jamás invitaba a alguien sin una razón.

—Confío en usted para llevar a buen puerto esta misión, frau Von Essling, pero ya conoce la importancia... —Hizo una indicación hacia Tristan—. Le dejo aquí a mi ayudante, él será nuestro enlace.

Dos años de prisión habían enseñado al francés a dominar sus reacciones, así que se volvió hacia la arqueóloga y entrechocó sus talones, sin embargo evitó saludarla, como haría cualquier SS, con un sonoro «*Heil Hitler*». Erika arqueó una ceja y observó a Tristan como si fuera algo que había descubierto durante una excavación, y luego, sin decir palabra, le hizo una señal para que se sentara a su lado. «En una escala del uno al diez, acaba de concederme un dos», se dijo Tristan, que la observó clasificar sin vacilar los restos que le iban llegando.

—¿Juzga siempre a los hombres con la misma rapidez?

—Y más rápido aún.

Ella se había recogido el pelo en una cola de caballo cuyos mechones claros caían por su nuca. Cada vez que arrojaba una piedra a un lado, un destello rubio iluminaba la mirada del francés. La mano de la arqueóloga se

detuvo de pronto sobre un fragmento cuya superficie era más lisa y aún conservaba un ángulo recto.

—La cara exterior ha sido alisada a buril. Las marcas aún son visibles. Acabamos de encontrar un resto de piedra en ángulo. Hay que encontrar los otros fragmentos para reconstruirla. Sígame.

Von Essling se dirigió hacia el perímetro protegido donde trabajaban afanosamente «Goebbels» y sus colegas.

—La zona está dividida en cuatro partes, cada una excavada por un grupo de arqueólogos. En cada fragmento descubierto escriben un código que permite identificar el lugar de la excavación. Y esta pieza se sitúa...

Erika se volvió hacia la parte nordeste e hizo girar el fragmento. Con el rostro empapado de sudor, uno de los arqueólogos alzó la mano.

—He sido yo quien lo ha encontrado.

—¿Dónde, exactamente?

—Aquí.

La posición de origen del resto encontrado estaba casi en el centro de la zona.

—Desde ahora deberán excavar únicamente una franja de dos metros de ancho a lo largo del eje central. Dos grupos, cara a cara, tendrán que avanzar centímetro a centímetro, ¿entendido? No se les puede escapar nada.

Se giró hacia Tristan.

—Vaya a decirle a su superior que iré a verle en dos horas. En cuanto a usted, no se moleste en volver antes, me gusta trabajar sin animal de compañía.

Se disponía a girar sobre sus talones cuando el francés la interpelló.

—Los animales de compañía a veces tienen olfato. ¿Se ha fijado en la orientación de las señales de la talla en la superficie de la piedra?

—¿Por qué?

—Las marcas de los golpes de buril están orientadas de izquierda a derecha. El obrero que labró esa piedra era zurdo. Una auténtica firma. Bastante útil cuando uno busca una piedra concreta en medio de centenares de otras, ¿no?

—¿Es usted arqueólogo?

—No, pero me encantaba que me regalaran rompecabezas en Navidad.

Von Essling retrocedió unos pasos como si quisiera fotografiarlo.

—Ignoraba que la insolencia formara parte de las cualidades de los SS.

—De hecho, no es la cualidad dominante de la organización.

—¿La palabra «orden» no significa para usted lo mismo que para el resto de sus camaradas?

Tristan juzgó que el cariz de la conversación se estaba volviendo demasiado arriesgado. Más le valía recular.

—¿Han realizado ya algunas excavaciones de las salas subterráneas?

—Sí, pero en la mayoría de los casos se trata de cisternas que drenaban el agua de recuperación, o bien espacios de almacenaje de alimentos. La arquitectura es tosca, las funciones elementales... Sin demasiado interés.

—¡Frau Von Essling! —gritó una voz—. Los otros fragmentos... Acabamos de encontrarlos.

Seguida de Tristan, la arqueóloga se acercó corriendo. Con mano experta, «Goebbels» estaba intentando ensamblar los restos. Las señales de la talla partían claramente de izquierda a derecha.

—La piedra debió de romperse cuando la torre se desplomó.

Erika trazó una línea mental con la mirada desde el lugar en el que habían sido descubiertos los restos hasta la base de la muralla.

—Perfecto, ya podemos dividir el espacio de búsqueda en dos. —Se volvió hacia el francés—. Pídale a Weistort que nos proporcione más soldados. Ahora vamos a despejar todo hasta la roca.

A pesar del calor primaveral, los soldados no se habían despojado de sus guerreras. Sin duda porque Weistort no les quitaba ojo. A lo largo de la muralla, la base rocosa había sido puesta al descubierto con sumo cuidado. Ahora brillaba como un espejo, totalmente plana. Demasiado, incluso, pues no se veía por ninguna parte la abertura de una trampa o los peldaños de una escalera. Tristan comenzó a abrigar dudas. Se acercó a Von Essling, que supervisaba las labores de despeje a lo largo de la muralla. La joven estaba mirando las antiguas aspilleras, de las que un soldado iba sacando pacientemente las piedras acumuladas en las ranuras. Un resplandor se filtró por una de las saeteras y golpeó el suelo. Después de setecientos años, la luz atravesaba de nuevo los muros del castillo.

—La mitad de la superficie ha acabado en el suelo —constató el francés—. Las posibilidades de encontrar la entrada a la sala han quedado, por tanto, reducidas a la mitad.

—¿La voz de su amo ya está de vuelta? —replicó Erika lanzando una mirada discreta sobre Weistort.

—Y usted se ha quedado atrapada en una vía muerta, ¿no es cierto?

—¡Observe!

Un ancho muro de mampostería acababa de aparecer. Erika se mostraba triunfante, pero el coronel la desanimó.

—A la vista de la longitud del muro, descender hasta los cimientos nos va a llevar horas.

—No hay otra opción —replicó la joven con tono seco—. ¿Acaso cree que la tumba de Tutankamón se descubrió en una mañana?

Tristan, por su parte, observaba con atención las saeteras que acababan de ser despejadas.

—¿No hay nada que le resulte extraño? —preguntó—. Las saeteras parecen ser de diferente tamaño, ¿no?



—¡La del centro! Parece más corta que las otras —declaró «Goebbels».

—¿Por razones de funcionalidad? —se preguntó el francés.

Von Essling negó con la cabeza.

—En absoluto.

El sol del mediodía caía de plano sobre el castillo, iluminando los muros sombríos donde, durante meses, los sitiados habían resistido a los ataques incesantes emprendidos desde la profundidad del valle. Weistort se tornó bruscamente hacia un suboficial.

—Una Biblia, rápido.

Mientras el soldado corría hacia las tiendas, todas las miradas convergieron en el Oberführer.

—Los cátaros tenían un evangelio predilecto, y si no me equivoco...

Tras un entrechocar de tacones, alguien le tendió un volumen con tapas de cuero negro. Durante unos instantes, solo se oyó el roce de las páginas al ser pasadas por un guante de cuero, y entonces la voz altanera de Weistort flageló el silencio.

—«La luz brilla en las tinieblas...»

Cada uno se volvió hacia la saetera central, desde la que un rayo luminoso se desplegaba en el suelo como una serpiente inmóvil.

—«... y las tinieblas no la recibieron.»

Tristan se volvió hacia el oscuro grosor del muro y señaló un punto exacto en la perpendicular del lugar donde la luz se extinguía.

—Es ahí donde hay que cavar.

Para evitar cualquier riesgo de fuga, Weistort había ordenado alejarse a los arqueólogos y les obligó a permanecer hasta la noche en el espolón. Solo quedaban «Goebbels» y Tristan, quienes, bajo la dirección de Von Essling,

estaban desmontando el fragmento del muro sospechoso de albergar la entrada al subterráneo. Armados de buriles, hacían saltar el mortero y luego sacaban cada piedra mientras Weistort daba vueltas por la obra como una bestia feroz alrededor de su presa.

—Ya casi estamos —le tranquilizó Erika.

Un lecho de piedras en forma de bóveda acababa de aparecer. Colocadas cara con cara, configuraban un redondel que se perdía en los cimientos. El mortero parecía menos espeso. Con el buril en la mano, «Goebbels» volvió sus gafas empañadas hacia Erika, que asintió vivamente con la cabeza. Un primer golpe de metal atacó las juntas. Tristan se había incorporado para evitar los fragmentos de piedra. Todos a su alrededor tenían el rostro tenso por la excitación.

El francés se apartó y se sentó en un montículo de piedras. Volvió a pensar en el ataque nocturno a Montserrat, en Lucía, ¿qué habría sido de ella?, en los meses que pasó encarcelado en Montjuic, en su muerte ficticia a los pies de las murallas de Castellón de Ampurias... En tantos acontecimientos, en apariencia imprevisibles, pero que convergían en ese instante.

—¡Paren!

Una de las piedras acababa de desmoronarse bruscamente rebotando en algo que, por el ruido, parecían ser muros de piedra.

—¿Y si no fuera más que un pozo? —sugirió «Goebbels», pesimista.

—Muy pronto lo sabremos —decretó Weistort—. Haced caer todas las piedras para abrir el paso.

Erika protestó:

—Al destruir el acceso nos arriesgamos a perder una preciosa información para comprender el lugar...

—Lo que es precioso está al fondo, frau Von Essling.

Un aire gélido subió por la entrada que estaba despejando «Goebbels».

—¿Quién dijo que el infierno ardía en llamas? —ironizó Tristan acercándose a mirar.

Erika deslizó una lámpara de petróleo cuyo halo desveló una gran cúpula de mampostería en equilibrio inestable.

—La entrada era más ancha en aquella época —constató «Goebbels»—, para que pudieran pasar muchas personas. Debieron de construir esta cúpula durante el asedio del castillo para despistar.

—Entonces échela abajo —ordenó Weistort.

—No será difícil —anunció «Goebbels»—, ya está bastante agrietada. Bastará con remover una piedra en el lugar adecuado.

Se inclinó y asestó violentos golpes de buril por todo un bloque que amenazaba con caer. Tuvo el tiempo justo para retirarse antes de que la cúpula se viniera abajo de golpe revelando un gran agujero. Erika se inclinó en el borde. Ya no hacía falta lámpara alguna. La luz del día penetraba por la abertura despejada.

—¡Hay una escalera!

Tristan se aproximó a su vez. Los últimos peldaños, atestados de escombros, daban a un amplio túnel que se hundía bajo el patio. Al igual que cuando descubría algún cuadro inédito, sintió una punzada de emoción.

—Y pensar que hace más de siete siglos los hombres pasaron por ahí...

Weistort posó su mano de hierro sobre su hombro.

—Sí, y usted va a hacer lo mismo.

*Montségur*  
*Mayo de 1941*

Weistort apostó a dos guardias delante de la entrada de la escalera y les ladró una orden:

—¡Prohibido dejar pasar a nadie sin mi autorización!

Se había pertrechado con una linterna Kreistel más voluminosa que el modelo estándar utilizado por el ejército alemán.

El haz amarillo barrió las tinieblas. Luego, con expresión excitada, se volvió hacia Erika y Tristan.

—¿No notan esa sensación mágica? Vamos a penetrar en un espacio que nadie ha pisado desde hace siglos. Como lord Carnavon y Howard Carter cuando estaban a un paso de descubrir la tumba de Tutankamón.

Abordó los primeros escalones con prudencia. Los tacones de sus botas chasqueaban sobre la piedra. El francés y la alemana le seguían al mismo ritmo. Tristan tocó la pared, estaba húmeda, casi resbaladiza bajo sus dedos.

—Todos los arqueólogos experimentan esta excitación cuando están a punto de hacer un descubrimiento importante —comentó Erika—, y no hace falta que sea el de Tutankamón.

Su voz resonaba en las paredes.

—Es más que eso. Infinitamente más, querida mía —dijo el coronel—. Aquí no vamos a encontrar un tesoro o algunos vestigios. No, ahora

formamos parte de un misterio. Estamos entrando en lo indecible. Al menos, si lo que vamos a descubrir se parece a lo que pude ver en el Tíbet.

Tristan permaneció en silencio. Comprendía perfectamente lo que sentía el SS. Una atmósfera de irrealidad planeaba a su alrededor. Algo que yacía en las entrañas de ese castillo. Algo que surgía de la profundidad de los siglos y que solo aguardaba su llegada para despertarse. Eso era lo que impregnaba la atmósfera.

Los segundos transcurrieron mientras descendían los peldaños y de pronto la escalera llegó a su fin. El haz de luz reveló un corredor de una longitud considerable. Al fondo, a una veintena de metros, no más, podía advertirse una nueva abertura en forma de arco.

Weistort avanzó por el corredor con cuidado. Sabía por experiencia que el mundo subterráneo podía ser una trampa fácil: alguna trampilla bajo los pies, una grada de borde afilado como una cuchilla... Pese a la excitación del descubrimiento, no había bajado la guardia. Quería ser él quien llevase la reliquia sagrada al Reichsführer. Y, a ser posible, en una sola pieza. Erika no compartía esos temores y avanzaba pisándole los talones, presionándole para llegar al santuario del que ella había descubierto la entrada.

El trío alcanzó el umbral de un nuevo pasaje.

Ante sus ojos maravillados surgió una gruta salpicada por la luz de la linterna. Una gruta cuyas paredes resplandecían con miles de estalactitas. Weistort no pudo evitar hacer danzar el haz por el entramado de piedras. Infinidad de perlas de agua chorreaban del bosque de carámbanos minerales reenviando una miríada de destellos oscilantes.

Penetraron en su interior subyugados por ese mundo de hadas. La voz de Weistort resonó en esa catedral natural.

—Magnífico... El agua ha debido de infiltrarse aquí desde hace millones de años.

—Su nombre va a figurar en los anales de espeleología —ironizó Tristan.

—¡Allí, a la derecha, contra la pared! —señaló Erika con voz tensa.

El haz se movió hacia la dirección indicada por la arqueóloga alemana.

Dos esqueletos estaban sentados a cada lado de un porche rectangular tallado en la roca. Los cráneos petrificados en una siniestra mueca, sus sombrías cuencas escrutando con malevolencia a los intrusos.

Weistort contempló el espectáculo macabro con aire satisfecho.

—No, no estamos demasiado lejos del objetivo. En el Tíbet también había esqueletos para indicar el camino al santuario. Seguramente se trate de víctimas de sacrificios, una práctica corriente en las antiguas civilizaciones. El alma de los muertos es conocida por impedir cualquier tentativa de intrusión de los vivos.

El haz se adentró en la fisura.

—Un nuevo túnel —advirtió Erika.

—¡No! —dijo Tristan—. Se diría que es una cámara cerrada. Hay maderos en el techo. Esperen... ¿No oyen ese rugido?

Todos bajaron la mirada. Un ruido de cascada y un sordo golpeteo escapaba del suelo a través de una vieja rejilla oxidada.

—Un río subterráneo. Estamos caminando sobre aguas enfurecidas —exclamó la arqueóloga.

Pero Tristan había dejado de escuchar. Acababa de pararse en seco.

Al fondo de la estancia, a menos de diez metros, una estatua surgió bajo el resplandor de la linterna. Esta se erguía frente a ellos como un espectro de piedra.

—Es idéntica a la del Tíbet —constató Weistort.

La figura masculina toscamente tallada brotaba de la roca como si hubiese sido emparedada al nivel de la cintura. Su rostro retorcido de dolor los contemplaba con una exclamación muda.

Los brazos estaban tendidos hacia delante, como en una súplica. Cada una de las manos, con las palmas abiertas hacia arriba, soportaba una cruz gamada.

Avanzaron con mucha cautela.

De cerca, las dos reliquias irradiaban un destello rojo rubí casi fosforescente.

Tristan no pudo evitar sentir un extraño malestar ante la visión del rostro deformado de la estatua, parecía que ofreciera unos regalos envenenados a los visitantes. Weistort rompió el silencio sepulcral.

—Esta estatua es muy anterior a los cátaros. Probablemente tiene miles de años, sin embargo pertenece a la misma civilización que las fabricó de un extremo a otro del mundo.

—Eso explicaría por qué se instalaron en Montségur, pues era considerado como lugar sagrado —añadió Erika.

El jefe del Ahnenerbe avanzó hasta la estatua inmemorial y tocó la piedra, como para asegurarse de su veracidad. Entonces su mirada se clavó en las cruces gamadas.

—Dos esvásticas rojas... —observó con tono perplejo—. Qué extraño, el *Thule Borealis Kulten* solo mencionaba una.

—¿Lo ha traído con usted? —preguntó Tristan.

—No, se quedó en Alemania, en la sede del Ahnenerbe.

Weistort interceptó la mirada curiosa del francés y prosiguió:

—De todas formas, eso no le concierne —replicó con voz irritada.

—Es simple y llanamente increíble —murmuró Von Essling, que observaba la estatua.

Tristan miró de reojo a Erika. La arqueóloga había abandonado su pose altanera. La fascinación se reflejaba en su rostro. El francés contempló el muro que albergaba la estatua. Frunció el ceño y se acercó a la pared rocosa.

—Coronel, ¿podría iluminar en esta dirección?

El haz osciló hacia Tristan y reveló una inscripción grabada en la piedra.



*Croiz rog*



*Crotz rog*

*Salut cap sinistra*

Pasó las manos sobre las letras que parecían haber sido escritas el día anterior.

—No es latín, ni tampoco francés antiguo —observó Erika, que se había acercado a Tristan.

—Seguramente es occitano —indicó él—. En aquella época por estos lares se hablaba la lengua de oc.

—No se entretengan en cuestiones lingüísticas —les cortó el SS—, el tiempo apremia.

Weistort abrió su bolsa y extrajo un par de guantes que recordaban a los que utilizaban los sopladores de vidrio para protegerse del fuego.

—Para la mayor gloria del Reich...

En el momento en que se disponía a recuperar la primera esvástica, Tristan gritó:

—¡No!

El coronel volvió su rostro encolerizado hacia él.



—¿Es que se ha vuelto loco?

Tristan blandió su dedo índice en dirección a la inscripción.

—Esto apesta a trampa.

—No sea estúpido, no había ninguna en el Tíbet.

A su vez, Erika se volvió hacia Weistort.

—Tiene razón. Espere antes de cogerlas.

—Pase la linterna por detrás de la estatua.

El haz reveló dos cadenas de hierro que partían del techo y se hundían en la base de la unión de la estatua y la roca.

—Y ahora ilumine la parte delantera.

Tristan se agachó y posó un índice en lo alto del brazo.

—Es eso. Se diría que hay un mecanismo en el interior de la estatua. Los brazos son móviles. Creo que están conectados con esas cadenas.

Alzó la cabeza y paseó la mirada por el techo de piedra. Unas vigas de madera entrecruzadas estaban dispuestas a lo largo de toda la superficie. Volvió a mirar la inscripción, que tanteó con la yema de los dedos.

—Le apuesto lo que quiera a que si retiramos la cruz incorrecta acabaremos sepultados bajo toneladas de piedra.

—Entonces hay que descifrar el mensaje —repuso Weistort.

—¡Qué perspicacia! —ironizó Tristan—. El problema es que las inscripciones parecen estar en occitano medieval. Una lengua perdida que nadie domina. Necesitamos ayuda.

—¿De quién?

—La hija del propietario del castillo. Laure d'Estillac.

*Mansión D'Estillac*

Laure emitió un suspiro al ver el montón de tablas posadas contra la puerta del desván del ala sur. La mansión estaba muy descuidada porque André, el último miembro del servicio doméstico, sufría de reumatismo y no podía echarle una mano. Hacía semanas que se había prometido recuperar la máquina de coser de su madre para confeccionarse un vestido digno de ese nombre.

La mercería de Pamiers le había cambiado una pieza y media de tela estampada «a la moda de París» por dos flamantes gallinas ponedoras que había sacado del gallinero. A ciento doce francos el ave, la vendedora había hecho un buen negocio, pero Laure tenía prisa. Cada vez que pasaba por delante del escaparate, veía aparecer el vestido como por encantamiento. Su madre le había legado unos buenos genes y dedos de hada.

Tres días después de aquel intercambio se sintió culpable, pero el gallinero aún estaba bien surtido, y nadie, ni siquiera los alemanes, se había atrevido a efectuar una requisición en casa de los D'Estillac. Y dudaba mucho que su padre o André llevaran la cuenta exacta de sus ocupantes.

Separó las tablas una a una, impaciente por descubrir el preciado tesoro. Había explorado la mansión de cabo a rabo y aquella era la única habitación que le quedaba por examinar. Posó los listones de madera bajo la ventana e instintivamente lanzó una mirada en dirección al *pog*. La idea de que esos alemanes husmearan en las entrañas de aquella vieja fortaleza, incapaz de defenderse, le erizaba la piel.

Una vez más, se irritó consigo misma. El rostro del misterioso francés que se había acercado a prevenirla, ese tal Tristan, regresaba con demasiada frecuencia a sus pensamientos. Algo en él desprendía un encanto venenoso, a la vez que peligroso e irónico. Nunca, desde que tuvo edad de interesarse por el sexo opuesto, se había codeado con ese tipo de hombres.

«No te hagas la ñoña.»

Ese dudoso personaje era la clase de persona de la que había que salir huyendo nada más verla. Y encima servía a los alemanes.

Laure apartó la mirada del espolón rocoso y se volvió hacia la puerta cerrada. Se sacó la pesada llave del pantalón y la introdujo en la cerradura. Para su sorpresa, los goznes parecían estar engrasados y la puerta se abrió con un discreto chasquido. Un olor a encáustica y cera impregnaba el aire. Accionó el interruptor y una bombilla se iluminó ahuyentando las sombras.

Se quedó asombrada cuando vio que el desván estaba cuidadosamente ordenado. Un enorme armario del siglo pasado destacaba al lado de un aparador cubierto con una manta de lana beis. En medio de la habitación sobresalía un batiburrillo de libros, pequeños muebles desvencijados, loza y cacharros abandonados, lámparas sin pantalla, taburetes y grandes latas de pintura abiertas. Avanzó y cerró los ojos, un suave perfume a cera y esencia de trementina se insinuó en sus fosas nasales. Resaca de una infancia feliz, evocó la imagen de su madre dispuesta a restaurar los muebles recogidos en los mercadillos de los alrededores.

Abrió los ojos y examinó lentamente la habitación hasta detenerse a su izquierda. Se le iluminó la mirada.

La vieja Singer estaba allí, justo debajo de un lucernario obstruido, encajonada entre dos escritorios con las patas rotas. Con su rueda lateral, el caballete de nogal negro y el pedal para la correa de transmisión, la preciosa máquina descansaba tranquilamente. Una silueta familiar destacaba en un rincón: el maniquí de tela de su madre, del que se servía para ajustar sus creaciones.

Laure se sentó frente a la máquina y luego pasó los dedos bajo la aguja, todo estaba en su lugar. Desbloqueó el seguro de la correa y presionó el pedal.

No sucedió nada. Decepcionada, probó de nuevo, pero el mecanismo

continuó obstinadamente bloqueado. Trató de hacer girar la rueda a la fuerza, pero la Singer le plantó cara.

—¡De eso nada! No me vas a dejar colgada con mis telas —exclamó la joven, irritada.

Se inclinó y pasó una mano bajo el tablero para abrir la tapa de protección. Sus dedos tantearon con impaciencia y necesitó casi un minuto para encontrar el cierre. La carcasa se abrió al destensarse el pestillo.

Se quedó paralizada. En lugar del mecanismo, había una pequeña caja de madera que ocupaba todo el espacio cuidadosamente ahuecado. Intrigada, la abrió con mano impaciente. El interior contenía un amasijo de cables eléctricos y bobinas, así como unos pequeños auriculares. Sacó el equipo para observarlo bajo todos los ángulos.

—Me temo que no vas a poder utilizar la máquina de coser en mucho tiempo.

Se sobresaltó y se dio la vuelta.

La voz masculina y familiar provenía de la puerta. Reconoció la silueta encorvada de su padre, que avanzó con paso lento hasta quedar a dos metros de ella y se cruzó de brazos. Parecía que fuera a regañarla como cuando era niña.

—Siempre has sido demasiado curiosa.

La joven le mostró la palanca del aparato.

—¿Es lo que yo pienso?

—No tengo que darte ninguna explicación, Laure. Sal de aquí.

La joven negó con la cabeza.

—Ni pensarlo. Un aparato de transmisión de radio en la máquina de coser de mi madre exige como mínimo una explicación.

—No tendrías que haberlo descubierto nunca. Es demasiado peligroso para ti.

—¿Para qué la utilizas?

El rostro del viejo pareció arrugarse bajo la luz que provenía del techo.

—Es un aparato de repuesto, por si el que está oculto en la biblioteca se estropea.

Laure abrió los ojos como platos, estupefacta.

—Pero yo creía que tú eras partidario del...

—¿Del mariscal? Al principio sí, pensaba sinceramente que era el único que podía proteger a Francia de los nazis. Pero el otoño pasado comprendí mi error.

Laure se levantó de la silla y se acercó a él con gesto serio.

—¿De qué me hablas, papá?

—Del estatuto de los judíos, de dividir nuestro país en dos... Pétain ha traicionado a Francia. Así que reactivé mis antiguos contactos con ciertos medios.

—¿Qué medios?

Tomó la mano de su hija y la arrastró fuera del desván. Cuando estuvieron en el descansillo, él cerró la puerta con doble vuelta y se guardó la llave en el bolsillo.

—Olvidas que tu viejo padre fue coronel en el ejército francés —respondió—. Dirijo la red clandestina que abarca la mitad sur de la provincia. Y ahora debes olvidar lo que has visto. Van a suceder cosas lo suficientemente graves aquí para que no te mezcles en ellas.

—¿Estás hablando de las excavaciones del castillo?

—Sí. Vas a hacer la maleta y te marcharás a casa de tu tía en Carcassonne, hasta que las cosas se hayan calmado. El jardinero te llevará a la estación de Foix.

Ella negó con la cabeza.

—No. Papá, estoy muy orgullosa de ti. ¿Cómo puedo ayudarte?

El conde la agarró por los hombros.

—Debes marcharte, te digo. Eres joven, el futuro te pertenece.

Ella se soltó.

—Mi futuro solo me pertenece a mí.

En el momento en que él se disponía a replicar, el rugido del motor de un camión resonó bajo la ventana. D'Estillac se pegó contra el cristal de la ventana con el rostro súbitamente pálido.

—¡Los alemanes!

Se oyeron unos golpes en la puerta principal. Padre e hija intercambiaron una mirada de angustia.

—Voy a bajar a ver qué quieren. Regresa a tu habitación.

—De eso nada.

Él la fulminó con la mirada. Era el vivo retrato de su madre, igual de obstinada que ella. O quizá más.

—¡Señor!

Ambos giraron la cabeza hacia la escalera, de donde ascendía la voz cascada del viejo sirviente.

D'Estillac se inclinó sobre la barandilla y advirtió el rostro sudoroso del criado dos pisos más abajo.

—Los soldados... Quieren ver a la señorita Laure. Inmediatamente.

*Mar del Norte*  
*10 de mayo de 1941*

El ruido sordo de las hélices remontaba a lo largo de las alas y recorría el fuselaje para incrustarse en la cabina y zumbar en los oídos de Rudolf Hess. Esa vibración incesante no le molestaba, todo lo contrario. Como buen aviador, el ronroneo agresivo de los motores le tranquilizaba, le calmaba. Estaba en su elemento, solo, por encima del mar, como uno de esos semidioses de las sagas nórdicas que surcaban el aire para volar hasta lo más alto del cielo.

Si tenía éxito en la misión que había planeado, él también se convertiría en uno de los héroes inmortales de Alemania, uno de esos nuevos paladines del Reich cuya leyenda igualaría a la de los caballeros de la Tabla Redonda. Esa idea le hizo sonreír. Él, Hess, iba a efectuar un gran golpe que le haría recuperar toda la confianza del Führer. La sonrisa se transformó en carcajada. Sí, muy pronto todos tendrían que reconocer su superioridad. Tal y como le había prometido Baldr. Esa voz en su espíritu que le aconsejaba el camino a seguir en la vida.

Hess lanzó una mirada al indicador del combustible: el consumo iba conforme a sus previsiones. De todas formas, había hecho instalar dos depósitos suplementarios en las alas del Messerschmitt 110 para estar seguro de alcanzar su objetivo.

Desde que despegó de Baviera, su plan de vuelo no había sufrido ningún

contratiempo. Había volado tras la estela de los bombarderos que iban a descargar la muerte sobre Londres. Manteniéndose a una distancia discreta, había seguido el vuelo negro de los Heinkel y los Stuka que, justo ahora, alcanzaban las costas inglesas. Aumentó la velocidad para unirse a ellos y se integró en su formación para evitar ser captado por los radares. Un avión solitario en cielo enemigo era una tentadora presa para los Spitfire, los cazas británicos, ávidos de añadir un triunfo a su lista.

No les daría ese placer.

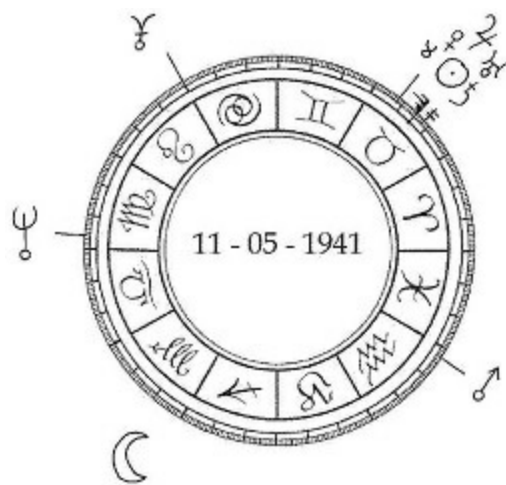
El mar del Norte había dado paso a la ondulada campiña que se extendía hasta las afueras de Londres. La luna iluminaba el paisaje con un resplandor de hielo. A diferencia de Himmler, que veía en el sol el símbolo absoluto de los arios, Hess pensaba que era la luna, la diosa tutelar de las tribus germánicas. En una ocasión le habló de ello a Hitler, pero este se mostró indiferente. Si bien le gustaba el sentido de los símbolos que despertaban la imaginación, no disfrutaba disertando sobre ellos. En todo caso, había sido él, Hess, quien le había sugerido adoptar la cruz gamada para que se convirtiera en el signo de reconocimiento del Partido Nazi, y en eso tampoco se había equivocado.

El intenso reflejo de la luna le impedía distinguir claramente las constelaciones. Encendió una luz en el panel para poder ver un papel en donde su astrólogo había trazado una carta del cielo.

Esa noche, la del 10 al 11 de mayo, iba a tener lugar un alineamiento de planetas bajo el signo de Tauro, símbolo de potencia y de victoria. De hecho, era esa conjunción excepcional la que le había decidido a viajar en esa fecha. Sus astrólogos eran fiables, no podía fracasar. Cambió su ruta de vuelo para alejarse de los bombarderos y puso rumbo noroeste. A partir de ahora, los radares ingleses estaban en condiciones de advertir su presencia. Si quería escapar de ellos, debía reducir la altitud y picar hacia el suelo. La palanca de



mandos vibró entre sus manos y la aguja del altímetro empezó a dar vueltas. Siempre había adorado esa sensación. Surgir del cielo y bajar en picado a la tierra como un pájaro de presa. La campaña inglesa se acercaba. Percibió el damero de los campos, la mancha oscura de los bosques e incluso los pueblos que se escondían en la noche. Estabilizó la altitud, verificó su posición y respiró hondo. Esa noche iba a asestar el golpe más grande de su carrera: el que cambiaría el curso de la guerra.



La luna comenzaba su descenso hacia el mar. Su pálido resplandor se volvió oblicuo, tiñendo el paisaje de una lluvia plateada. A la vuelta de un seto, a la salida de un bosque, uno casi esperaba ver surgir a un caballero con armadura en busca de aventuras. Hess había reducido su altitud al mínimo posible, rasando por momentos la cima de los árboles. El mejor medio de escapar a los radares, salvo que el Messerschmitt era de todo menos silencioso. Su zumbido nocturno iba a sembrar el pánico en tierra. De mala gana, recuperó altitud para evitar verse sorprendido por la defensa antiaérea. A su izquierda, un reflector se encendió y comenzó a barrer el cielo. Debía de haber alguna ciudad próxima. Tiró de la palanca de mando y viró hacia el oeste: no era momento de hacerse abatir como un vulgar cuervo. Una primera

explosión retumbó e hizo vibrar la carlinga, mientras un racimo de copos negros estallaba en el cielo. Una batería antiaérea acababa de advertir su presencia. Tendría que retomar altura para quedarse fuera del alcance de la DCA inglesa. Una nueva salva de detonaciones desgarró la noche. Sintió como la velocidad alcanzada por los motores le aplastaba contra su asiento. Unos minutos más tarde, volvía a ser invisible.

De joven, Hess siempre había soñado con volar. Para él, el avión había sido una revelación. Alistado voluntario en 1914, y convencido de convertirse en héroe, se había encontrado transformado en un fantasma de barro en medio de las trincheras frente a Verdún. La explosión de un obús que le afectó seriamente las piernas y la espalda, le había salvado de una muerte lenta y sin gloria. Tan pronto como pudo volver a ponerse en pie, se apresuró a partir de nuevo al frente, pero una bala en pleno pulmón puso fin rápidamente a sus ambiciones. Decepcionado por la guerra en tierra, se volvió a presentar voluntario, pero esta vez para convertirse en aviador. Sin embargo la mala suerte le perseguía y su avión se estrelló durante un entrenamiento. Cuando por fin volvió a surcar los aires, una semana después se firmó el armisticio. Una auténtica maldición. Hess nunca llegó a superarlo del todo, y lo acusaba especialmente cada vez que veía a Goering desfilar, atiborrado de medallas por haber abatido a veintidós aviones enemigos. Pero él sabía ser paciente.

Y hoy iba a cobrarse la revancha.

La luz del día fue reemplazando poco a poco a la de la luna. A partir de ahora, su avión podría ser visto con mayor facilidad. Más abajo, el paisaje había cambiado. Los campos bordeados de setos y los tupidos bosques habían dejado paso a un entramado de colinas encajonadas recubiertas de landas. Escocia acababa de hacer su aparición. Hess se inclinó sobre el parabrisas de la cabina con ojos febriles por el insomnio. La bella tierra celta, constelada de

castillos y de mitos, siempre le había fascinado y contaba con poder añadir una leyenda más a esa región excepcional.

Un reflejo blanco apareció en el horizonte: el mar de Irlanda. Bajo la luz grisácea del alba consultó el mapa que había desplegado sobre sus rodillas. Tras haber rodeado Londres por el este con el objetivo de confundir las pistas, había puesto rápidamente rumbo hacia el sol poniente, atravesando Inglaterra en diagonal. A pesar de algunos disparos de la defensa aérea, no le cabía duda de que había pasado inadvertido. Ahora volaba a lo largo de la costa para orientarse mejor. Según sus cálculos, estaba a menos de dos horas de su objetivo. Dio un golpecito al indicador del combustible. Aún le quedaba un depósito suplementario. Con eso le sobraba para alcanzar el objetivo que únicamente él conocía: el pueblo de Eaglesham. Si Hess tenía éxito, su nombre entraría en la historia.

*¡Serás recibido como un rey! A partir de ahora tus orejas ya no se helarán más.*

Ante las palabras que afloraron en su mente, su mirada se apagó. En ocasiones, Baldr tenía la lamentable costumbre de hablarle sin previo aviso.

*Tú eres el enviado de la paz, la gloria recaerá sobre ti por los siglos de los siglos.*

*Gracias, Baldr, pero debo concentrarme en pilotar el avión. Ya hablaremos a mi llegada.*

El ruido de las hélices resonó de nuevo en la cabina. Baldr había desaparecido.

Para resistir a la excitación que se apoderaba de él, Hess se concentró en la información de la que disponía. Desde hacía varias semanas, los servicios secretos del Reich habían multiplicado los informes alarmistas sobre los reveses políticos de Churchill. Los incesantes bombardeos que transformaban Londres en un infierno estaban a punto de quebrar el espíritu de resistencia de

los británicos. En el Parlamento, el grupo de diputados que había perdido la esperanza era cada vez más numeroso. Y si bien en el palacio de Buckingham guardaban silencio, se esperaba una tregua rápida. El Bulldog, como lo llamaban sus adversarios, corría el riesgo de perder muy pronto la mayoría, y un nombre había comenzado a sonar para reemplazarlo: lord Halifax.

Hess había consultado rápidamente a sus astrólogos, que fueron unánimes: los planetas anunciaban un destino político excepcional a ese pacifista convencido que hervía de impaciencia en Washington, donde Churchill le había relegado como embajador. Pragmático y aislacionista, Halifax quería romper con la guerra a ultranza y proponer a los alemanes un acuerdo: dejarles a ellos la posesión de Europa, y a los ingleses el dominio sobre el Oriente y África.

La posible llegada de Halifax al poder había decidido a Hess a asestar el gran golpe. Faltaba, sin embargo, encontrar el modo de entrar en contacto con el futuro primer ministro... No tuvo que emplear demasiado tiempo para descubrirlo. Desde hacía años, y con total discreción, el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán fichaba a todas las personalidades británicas susceptibles de simpatizar con el nazismo. Eduardo VII contaba con un dossier completo y hasta existía una copia de una película en la que se veía a los infantes reales haciendo el saludo nazi.<sup>[22]</sup> Muchos otros nombres figuraban en ese fichero: anticomunistas notorios, miembros del Parlamento conservadores, aristócratas de renombre... Y entre ellos, un nombre prestigioso había suscitado el interés de Hess: lord Hamilton. Lo había conocido durante los Juegos Olímpicos de 1936. El hombre se había revelado especialmente amistoso y no había ocultado su admiración por la Alemania de Hitler. Y hete aquí que en la ficha, actualizada con regularidad por los diplomáticos alemanes, Hess pudo saber que él también estaba muy próximo a lord Halifax...

El mar de Irlanda se había recubierto de un velo gris de bruma que ascendía al asalto de las costas. Estaba a solo una hora, quizá un poco menos, de su objetivo: la mansión de Hamilton, que además tenía la gran ventaja de disponer de una pista de aterrizaje... Hess se acercó al suelo. A partir de ahora ya no temía ser advertido. Tendría que girar hacia el este. La campiña escocesa desfilaba bajo sus alas. Miró la brújula que indicaba su dirección. Si mantenía ese rumbo, debería avistar las dos referencias que había señalado con un círculo rojo en sus mapas. Se acercó aún más a tierra para evitar los bancos de bruma. Los tejados de pizarra de las granjas centelleaban por el rocío, y de pronto surgieron ante sus ojos: dos lagos de aguas verdes que enmarcaban una carretera en línea recta. Eaglesham estaba al final. Para aligerar, se desprendió de los dos depósitos suplementarios. En el último momento tuvo que dar un rodeo para evitar el pueblo. A la altitud a la que volaba, las dos cruces negras que adornaban cada lado de la carlinga podían distinguirse con facilidad. Más le valía aterrizar con toda discreción. La pista apareció a la vista. Súbitamente, Hess comprendió su error, un Messerschmitt nunca podría posarse ahí: la pista de alquitrán que sobrevolaba era demasiado corta, apenas servía para una avioneta de turismo. Recuperó altitud mientras tomaba una decisión. Solo le quedaba una opción: tendría que saltar en paracaídas.

En el granero de Floors Farm, Dave McLean apoyó la horca contra el muro. Tanto su espalda como sus brazos reclamaban una pausa. Llevaba cargando heno sin parar desde el alba. Se dejó caer sobre un tronco recubierto de serrín y sacó su petaca de tabaco. Aquello le haría olvidar las agujetas. Una vez liado su cigarrillo, salió del granero, ya que fumar justo al lado del montón de heno que ascendía hasta el techo era impensable: ¡una chispa y todo podría

arder en menos de dos segundos! En el momento en que se disponía a girar la rueda de su encendedor de gasolina, una explosión hizo aparecer una lluvia de tejas justo por encima de su cabeza. Rodó por el suelo para protegerse y luego se incorporó, aún con los miembros temblorosos. Justo detrás del granero, el cielo acababa de incendiarse en un penacho incandescente. Mientras los restos metálicos caían sobre el suelo, un olor acre a gasolina quemada invadió el patio.

—Por la sangre de Cristo... —balbuceó Dave, incrédulo.

En el cielo, justo por encima de su cabeza, una corola blanca acababa de abrirse como una aparición divina. Dave se precipitó al granero para regresar con la horca entre las manos. El paracaídas yacía sobre el hormigón del patio mientras un hombre se deshacía de su arnés y se acercaba cojeando ligeramente.

—Soy...

No tuvo tiempo de decir nada más.

Los relucientes dientes de la horca estaban ya sobre su garganta.

*Montségur*  
*Gruta*  
*Mayo de 1941*

Laure d'Estillac lanzó una mirada de desprecio al SS que le había acompañado hasta la entrada de la gruta. Tristan llegó hasta ella con paso rápido y le hizo una señal al guardia.

—Vuelva a vigilar la entrada, son órdenes del coronel. Yo me ocupo de ella.

El SS no se movió.

—Vaya a ver a su superior si no me cree —dijo Tristan, furioso.

El alemán farfulló un insulto y giró sobre sus talones. Tristan le observó alejarse antes de dirigirse a la joven.

—Ha sido muy amable por haber venido. No lo va a lamentar.

—¿Acaso tenía elección? —replicó Laure con mirada hostil—. Por el contrario, a usted se diría que le complace traicionar a su país.

Él replicó con tono seco:

—Se trata solo de una búsqueda. No soy soldado ni policía y no comparto ninguna de sus ideologías, créame. En cuanto a la fibra patriótica, hace años que ya no vibra en mí.

—¿Cree que así me convencerá?

Él se encogió de hombros e indicó el interior de la gruta.

—Oh, no... Pero le aconsejo que se dé prisa. Al coronel no le gusta tener

que esperar a sus invitados.

Laure le siguió al interior de la gruta, donde su actitud hosca desapareció al instante. Jamás habría podido imaginar que semejante esplendor existiese en las profundidades del castillo que había recorrido a lo largo y ancho desde su infancia.

—Increíble... —murmuró—. ¿Cómo han podido descubrir este lugar?

—¿Y si le dijese que ha sido un juego de pistas que comenzó hace dos años en un monasterio español llamado Montserrat?

Ella no respondió y movió la cabeza en todas direcciones, deslumbrada por la belleza del mundo subterráneo.

—Y aún no ha terminado —añadió Tristan, que señaló con el dedo el refuerzo excavado en la roca donde se erigía la estatua.

Justo antes de entrar en el santuario, ella se sobresaltó. Acababa de pisar una rejilla en el suelo. Se inclinó para mirar. Un estruendo ascendía de las tinieblas.

—Es un río subterráneo —precisó Tristan—, fluye bajo toda la gruta.

Cuando Laure alzó la cabeza, las siluetas de los dos alemanes se destacaron en el halo de la linterna.

—¡Ah, por fin! —soltó Weistort con tono presuroso—. Necesitamos de sus conocimientos, dese prisa.

Laure penetró en el santuario, devorada a su pesar por la curiosidad. Erika la observaba con frialdad, como si le molestara su presencia.

—¿Fueron los cátaros quienes esculpieron esta estatua? —quiso saber la joven.

—No, probablemente fue labrada hace miles de años —respondió Weistort—. Pero al parecer sus herejes le añadieron un mecanismo. Una especie de trampa infernal para impedir recuperar la reliquia. O al menos eso es lo que cree nuestro querido Tristan.



Ella se aproximó a las manos de la estatua y advirtió las dos esvásticas.

—¿Cruces gamadas? ¡No me diga que había cátaros nazis! Qué abominación, yo que siempre había admirado su causa.

—Las cruces provienen de una época anterior —explicó Tristan, complaciente, todo lo contrario que los dos alemanes, cuyos rostros estaban crispados.

A guisa de respuesta, Weistort la agarró por el brazo y la colocó delante de las dos inscripciones.

—No me interesan sus comentarios. Traduzca, ya que al parecer conoce esta lengua.

—No conozco esta lengua, la vivo. Mi familia es una de las más antiguas de la región. Tuve antepasados cátaros que fueron quemados a los pies del castillo.

El nazi esbozó una fina sonrisa.

—Mis condolencias, pero ahora traduzca.



*Croiz rog*



*Crotz rog*

*Salut cap sinistra*

—¡Me hace daño! —protestó Laure tratando de liberarse—. No crea ni por un segundo que voy a ayudarle a lo que quiera que sea.

El coronel la soltó, y entonces sacó la Luger de la funda de su cinturón.

—Voy a contar hasta cinco...

Tristan quiso interponerse, pero Weistort apuntó en su dirección.

—¡Quédese donde está!

El SS se volvió de nuevo y pegó el cañón del arma contra la sien de Laure.

Una expresión de pánico atravesó el rostro de la joven.

—La escucho —indicó el jefe del Ahnenerbe con voz súbitamente untuosa.

Laure observó las inscripciones con ojo atento, pero parecía vacilar.

—Si exceptuamos que hay dos símbolos diferentes, la cruz gamada y el escorpión, los dos mensajes explican la misma cosa. Se trata de una cruz: *croiz* en francés antiguo y *crotz* en occitano. En cuanto a *rog*, la palabra se refiere al color rojo. Y respecto a la tercera línea, *Salut cap sinistra*, podría traducirse como: «La salvación hacia la izquierda».

—Perfecto —repuso Weistort—. El símbolo de la esvástica indica la cruz buena. La primera.

Tristan negó con la cabeza.

—No comprendo por qué se habrían tomado tantas molestias para ocultar la reliquia y plantear un enigma tan fácil de resolver. Una cruz es designada con un término occitano, y por tanto cátaro, y la segunda por una palabra en la lengua del enemigo.

Por segunda vez desde que encontraron el emplazamiento del torreón original en el castillo, Erika dirigió una mirada interesada a Tristan.

—Tiene razón, coronel, la clave está sin duda en el escorpión. ¿Por qué eligieron ese símbolo?

Weistort se impacientó.

—¡Estamos perdiendo un tiempo precioso!

Tristan se había cruzado de brazos, su mente trabajaba a toda velocidad.

—El escorpión es un símbolo astrológico, pero los cátares no creían en

absoluto en eso. Es también un símbolo de peligro, de muerte, de veneno, de maleficio...

—Como el nazismo —ironizó Laure—, están sobre la buena pista.

Exasperado, Weistort la empujó brutalmente contra la estatua.

—Otro comentario de ese tipo y le pego un tiro aquí mismo.

Erika, por su parte, estaba examinando la roca.

—El escorpión... El escorpión... Tratemos de concentrarnos en el contexto de la época. Los cátaros se batían contra los cruzados venidos del norte y la Iglesia católica...

Tristan asestó un brusco golpe contra la pared.

—¡Eso es! ¡El Oriente! Desde su nacimiento, el cristianismo ha debido batirse contra la herejía. En Judea, en Siria, en Egipto...

—No le sigo —dijo Erika.

—Para definir a los herejes, los primeros cristianos los trataban de escorpiones: el animal mortal del desierto. El hereje se oculta bajo la piedra de la Iglesia y su creencia es venenosa para los fieles. Todos aquellos que estaban siendo perseguidos por la nueva fe se reconocían entre ellos por el signo del escorpión.

Se acercó a la estatua antes de continuar.

—Si seguimos esa lógica, la cruz buena tendría que ser la del escorpión.

—No necesariamente —añadió Erika—. También podría ser una forma de inducir a los intrusos al error: la esvástica tampoco era un símbolo utilizado por la Iglesia.

—¿Y la tercera inscripción? ¿Cómo la interpretan? —intervino Laure—. *Salut cap sinistra*, la salvación hacia la izquierda.

Erika se aproximó a la estatua y pasó su mano por la piedra. Sus dedos subieron hasta el busto y luego hasta los hombros, para detenerse en el borde del cuello.

Entonces soltó una exclamación.

—Hay una separación, muy fina, que recorre todo el perímetro del cuello.

Sin esperar su reacción, tomó la cabeza de la estatua entre las manos y la hizo girar a la izquierda. Un chasquido estridente escapó de la estatua. Una de las cadenas que discurrían a lo largo del muro se tensó de golpe.

—La salvación... La cabeza girada hacia la izquierda trae la salvación. Muy audaz, el mecanismo tiene que ser de doble resorte —señaló Von Essling—. Supongo que si se retira la cruz buena, la segunda cadena se bloqueará también.

—Solo falta saber cuál es la buena.

—La de los herejes... —dijo Tristan.

—Yo no estoy tan segura —replicó la arqueóloga—. La otra elección está igual de justificada. Los cátaros que inventaron este enigma sabían lo que hacían: pretendían volver locos a aquellos que querían resolverlo.

Weistort salió de su silencio.

—No hay más que una forma de saberlo: nuestros amigos franceses lo probarán. Erika, venga aquí conmigo, y ustedes dos quédense al lado de la estatua.

Los alemanes se apartaron del santuario dejando a Tristan y a Laure el uno al lado del otro.

—Tristan, ya que está tan seguro de sí mismo, le toca jugar.

—¿Y si me equivoco?

—Nosotros perderemos la cruz y usted morirá. ¡Dese prisa!

Tristan examinó durante algunos segundos el rostro angustiado de Laure antes de lanzarse:

—Si la deja libre, haré lo que usted quiera.

El SS estalló en una sonora carcajada.

—¿Y ahora qué?, ¿jugando al valiente caballero? Tan romántico, tan

francés...

—Le toca elegir. Pero como ha dicho: el tiempo apremia.

El alemán vaciló unos instantes, y luego hizo un gesto con la cabeza a Laure.

—De acuerdo. Retroceda.

Laure se giró hacia Tristan.

—Gracias... Después de todo, no es tan sinvergüenza.

—Apresúrese antes de que cambie de idea.

La joven se reunió con el coronel y Erika mientras Tristan se acercaba a las manos de la estatua.

Las dos cruces parecían atraerle.

¿La del escorpión o la esvástica?

Casi podía sentir como el sudor brotaba por los poros de su piel. La búsqueda llegaba a su fin. Y tal vez también su vida.

Cerró los ojos.

Fueron los cátaros quienes imaginaron esa trampa infernal. Ellos no razonaban como sus enemigos.

«Piensa como ellos.»

Le habían dado la vuelta a todo. Creían que el mundo estaba dirigido por el diablo y no por Dios. La realidad no era más que ilusión y perder la vida era una liberación. A diferencia de sus adversarios de Roma, no tenían miedo a morir.

«El miedo... El miedo no es más que una ilusión.»

Su mente estaba paralizada.

Si tenía miedo era porque estaba pensando como un cruzado.

«No debo tener miedo. Soy un cátaro, un Perfecto. La trampa es una ilusión. ¡Sí!»

La trampa era demasiado evidente. Las cadenas... El techo con esas

toneladas de rocas dispuestas para derramarse sobre él. Y a sus pies, el abismo bajo la rejilla de hierro. El infierno.

Todo ese decorado estaba concebido para impresionar a los indeseables. Para hacerles perder la razón. Los cátaros contaban con los temores religiosos de los cruzados. Los católicos sabían que una mala elección les llevaría al infierno. Mientras que, con la cruz buena, nada se desencadenaría: resurgirían victoriosos para conquistar el mundo con el poder de la reliquia. Ebrios de su buen juicio.

«Como los nazis.»

Tristan abrió los ojos.

«¡Pues claro!»

Los cátaros jugaban con el miedo.

Era tan evidente. Por fin entendió la trampa. No había ninguna.

Alargó sin vacilar una mano por encima de la cruz gamada del escorpión y cerró los ojos de nuevo. Luego, con un gesto rápido, la retiró de la mano de piedra. Un nuevo chasquido se produjo en la estatua y esta vez la segunda cadena se tensó con un chirrido siniestro. Después se hizo el silencio.

Tristan sopesó la reliquia, era pesada como el plomo. Le dio la vuelta y vio una cruz grabada del tamaño de una moneda. Una cruz... El símbolo de Cristo. Sonrió en silencio. Había acertado.

—¡Felicidades, Tristan! Rápido, traiga la esvástica.

La voz de Weistort resonó por toda la gruta. Erika y Laure parecían aliviadas.

Tristan giró sobre sus talones, con la reliquia en la mano, y caminó despacio por miedo a que algún otro mecanismo pudiera desatarse. Pero todo estaba en calma.

En la entrada de santuario, Weistort le tendió una mano ávida.

—Me pregunto si no debería contratarle en el Ahnenerbe. Le diré al

Reichsführer que...

No pudo terminar la frase.

Una ráfaga de ametralladora resonó en el pasadizo de entrada.

*Montségur*  
*Gruta*  
*Mayo de 1941*

De pronto se oyó un ruido sordo al otro lado del corredor. Se oían gritos y detonaciones. El jefe del Ahnenerbe sacó su Luger y disparó al azar en dirección a la entrada. Una voz en alemán surgió del túnel.

—¡No dispare! Soy Werner.

Weistort bajó el arma. Uno de los SS de guardia apareció gritando en la estancia. La parte frontal de su guerrera estaba teñida de rojo.

—Hemos sido atacados por un comando. Han surgido de la nada.

—¿Dónde está el otro guardia?

Con ojos enloquecidos, el SS sacudió la cabeza.

—No lo sé... Todo ha sucedido muy rápido.

Weistort se apoderó de su metralleta e inspeccionó el cargador.

—Y casi sin cartuchos. Los atacantes querían atraparnos como a ratas.

Tristan se acercó, llevaba la esvástica sagrada aferrada en su mano.

—¡La reliquia, rápido! —gritó Weistort.

Sin decir palabra, el francés se la entregó.

Laure, con el corazón desbocado, se había pegado contra una de las paredes de la gruta. Era su padre el que venía buscarla, estaba segura. Tenía que ayudarle. Pero ¿cómo?

A su vez, el guardia herido se había apoyado contra la roca. Le costaba



respirar. Intentaba retener la vida que le abandonaba presionando la herida con su mano, pero la sangre se filtraba entre sus dedos.

—Queda una... posibilidad. La sirena de alerta se ha activado. Hans en la entrada... Él no se... rendirá. Los refuerzos...

Se desplomó.

—No aguantaremos mucho tiempo con esta munición —señaló Weistort.

Erika se apoderó de la pistola manchada de sangre del guardia y se puso en posición de tiro de cara a la entrada. Una extraña sonrisa asomó a su rostro.

—¿Eso le hace reír? —se asombró el coronel.

—Es por la ironía de la situación... Morir en este agujero en el último confín de Francia. Y todo por recuperar una cruz gamada cuando tenemos millones en Alemania...

Un disparo de metralleta resonó de nuevo seguido de un alarido. Se oyeron pasos en el pasadizo. Weistort disparó hacia el hueco de entrada.

—Que cese el fuego, tenemos un trato que proponer —gritó una voz desconocida.

—¿Qué trato? —espetó Weistort—. ¡No tienen ninguna posibilidad! Mis hombres llegarán en cualquier momento.

Disparó otra ráfaga para remarcar su comentario.

—Tal vez, pero no a tiempo para salvarlos. Basta con que arroje una granada y terminarán todos hechos picadillo. Déjenme entrar, sin armas.

Tristan se volvió hacia el coronel.

—Eso no nos cuesta nada, Weistort. Y ganaremos tiempo.

—Tiene razón —insistió Erika.

El jefe del Ahnenerbe asintió con la cabeza.

—¡De acuerdo, acérquese! Las manos en alto.

Transcurrieron unos segundos, y entonces una silueta apareció bajo el

resplandor de las linternas. Malorley avanzó hasta el centro de la estancia con los brazos levantados.

Antes de hablar, miró largo rato al SS.

—Si me entrega la reliquia, le prometo que salvaré la vida, por muchas ganas que tenga de dispararle. Llevo siguiendo su rastro desde hace tiempo...

El jefe del Ahnenerbe se sorprendió.

—¿Quién es usted? ¿De qué nos conocemos?

Malorley le clavó una mirada llena de odio.

—Nos cruzamos en noviembre de 1938. En Berlín. Usted salía de una librería y yo me disponía a entrar. Seguramente no se acordará de mí, es normal, estaba muy orgulloso de sí mismo.

—1938...

—Le refrescaré la memoria. Durante la Noche de los Cristales Rotos, usted asesinó a uno de mis amigos. El profesor Neumann, un hombre de profunda cultura y sabiduría. Poseía una librería no muy lejos de la sinagoga. ¿Empieza a recordar?

Weistort contestó rápidamente:

—¡Un judío! Si ni siquiera son seres humanos, cómo quiere que me acuerde...

—¿En serio? Sin embargo, por aquel entonces, ese judío tenía mucho valor a sus ojos. Usted le robó un libro. El *Thule Borealis Kulten*.

—Usted... Usted sabe...

—Llegué demasiado tarde. No pude salvarle, pero antes de morir me contó lo que había pasado.

El SS dio un paso atrás. No le gustaban los fantasmas surgidos del pasado.

—Una vez que me haya entregado la reliquia —añadió Malorley—, me devolverá también el libro. Y sus amigos habrán salvado la vida.

—¡No lo tengo aquí, imbécil! El *Borealis* está en un lugar seguro, en

Alemania. No lo tendrá nunca, a menos que invadan el Reich. ¡Y están muy lejos de conseguirlo!

Una sonrisa tentadora atravesó el rostro de Malorley.

—¡No si recupero la reliquia!

El ruido apresurado de pasos resonó por el corredor: D'Estillac apareció con respiración jadeante. Tras él, iban el Cebolla y otros dos hombres, metralleta en mano.

—¿Dónde está mi hija, Laure?

—Estoy aquí, papá.

Pero no tuvo tiempo de avanzar. Erika acababa de presionar su arma contra el costado de la joven, en el lado del corazón.

—Bien, me parece que tenemos una moneda de cambio —declaró Weistort con aire triunfal.

Transcurrieron unos largos y silenciosos segundos. Entonces se oyó un curioso silbido seguido de un pitido sibilante.

—¡Fumígenas! ¡Al suelo, amigos! —gritó el Cebolla, que acababa de lanzar unas granadas en la gruta.

Densas volutas de humo grisáceo brotaron del suelo. Inmediatamente sonaron disparos. Tristan se precipitó hacia el santuario. D'Estillac intentó correr hacia su hija pero Weistort, de una ráfaga, le detuvo en pleno impulso.

—No —gritó Laure escapando de las manos de Erika.

A su vez, Malorley disparó repetidas veces sobre la silueta de Weistort, desvanecida tras el humo. El alemán cayó de espaldas y soltó la esvástica. Erika estiró el brazo para atrapar la reliquia, y luego reptó hasta agazaparse en un ángulo muerto.

En el suelo, indiferente al caos, Laure sostenía la cabeza de su padre muerto, deslizando sus manos por los cabellos como si tratara de despertar a un niño. Malorley se lanzó a su lado.

—Ya no puede hacer nada, venga.

De nuevo resonaron disparos en la entrada, esta vez más intensos.

—Los alemanes se acercan —gritó el Cebolla—, hay que largarse.

Malorley arrancó a Laure del cadáver de su padre y la llevó con los españoles.

—Si no he vuelto en cinco minutos, ¡márchense! Debo encontrar la reliquia.

Se dio la vuelta hacia el santuario. El humo se asemejaba cada vez más a la bruma. Oyó a sus pies el sonido del torrente rugir como una bestia que se debatiera en los pasadizos subterráneos. El infierno no podría ser peor. Al avanzar, tropezó con el cuerpo de Weistort. Un gemido le respondió. El SS no estaba muerto. Resistió la tentación de meterle una bala en la cabeza. Por un instante, el fantasma de Neumann danzó delante de sus ojos, pero le quedaban pocas balas en el cargador. Dio un paso adelante escrutando las volutas de humo. Había entrevisto a una mujer apoderarse de la reliquia y rodar por el suelo. Ella había reptado... Se agachó. Sí, ahí estaba, agazapada contra la roca como una serpiente venenosa.

Erika vio a un hombre levantarse y apuntarla. Estrechó la reliquia contra su pecho. Un reflejo idiota, se dijo, pero no tuvo tiempo de pensarlo. Tristan acababa de surgir frente al inglés. Su cuerpo haciendo de pantalla y protegiéndola. Ella quiso levantarse para huir, pero de golpe el humo pareció espesarse en el santuario. Tristan y su adversario ya no fueron más que dos sombras tragadas por la bruma.

El Cebolla sostenía a Laure por los hombros. Lanzó una mirada inquieta hacia la entrada de la caverna donde las detonaciones se habían intensificado.

—Mis hombres, ahí fuera, no podrán aguantar más tiempo. Tenemos que huir.

Laure trató de soltarse.

—No podemos dejarle...

Malorley surgió como si regresara de los infiernos. El Cebolla se adelantó.

—Salgamos de aquí, rápido.

El inglés no respondió, no conseguía discernir qué sucedía. Se dejó llevar. Su misión había terminado.

*Montségur*  
*Mayo de 1941*

Descendieron la pendiente a todo correr tratando de evitar los dos focos de luz amarilla que danzaban a su alrededor. La sirena del castillo sonaba a todo volumen. Las balas de las ametralladoras alemanas despedazaban los arbustos a su paso. Uno de los españoles gritó y cayó al suelo, alcanzado por una ráfaga en la espalda. Del comando inicial ya no quedaban más que cuatro. Malorley, Jane, Laure y el jefe del grupo español. De los dos guerrilleros que permanecieron atrás para cubrirles las espaldas e impedir que los SS se echaran sobre ellos, solo uno había sobrevivido. El inglés avanzaba cojeando, se había torcido el tobillo nada más salir del recinto del castillo.

—¡A cubierto contra el muro! —gritó el Cebolla, que corría diez metros por delante.

Malorley y las dos chicas se lanzaron contra un bloque de piedra seca. Más abajo, el camino abandonaba la protección de la rocalla y los arbustos para dar paso a un terreno de pastos donde danzaban de nuevo los inquisidores haces de luz.

Laure, acurrucada, temblaba como una hoja, abrumada por la muerte de su padre. Jane se pegó contra ella y tomó su rostro entre las manos.

—Saldremos de esta. Te lo prometo.

La luna iluminaba el rostro de Laure, bañado en lágrimas.

—Yo... No puedo moverme. Márchense...

—Ni hablar.

Jane se volvió hacia Malorley.

—No podemos quedarnos aquí. Van a encontrarnos.

—¿Acaso cree que me apetece pasar la noche en la colina? —replicó Malorley mientras se masajeaba el tobillo para intentar aplacar el dolor. Se volvió hacia el español—. ¡Eh, *Oignon!* ¿Qué opciones tenemos?

—Estamos atrapados. Mientras utilicen su maldito reflector, pueden dispararnos como a conejos. Y no nos queda más remedio que pasar por ese camino para unirnos a mis camaradas de más abajo.

El Cebolla tomó sus prismáticos y trató de inspeccionar la ruta más allá del prado. Los rayos de luna apenas proporcionaban claridad suficiente para distinguir una silueta negra que recordaba a un camión.

De pronto advirtió en dirección a Montferrier tres pares de faros ondulando por la carretera que parecían circular en dirección a los guerrilleros.

—Caliente... Muy caliente. Seguro que son los gendarmes franceses a los que han llamado como refuerzo. Pedí a mis hombres que talaran árboles para formar una barrera improvisada en la carretera, pero eso no les detendrá mucho tiempo.

—Y mientras tanto continuamos bajo el asedio de los alemanes ahí arriba —indicó Malorley—. Estamos hundidos en la mierda...

—Es preciso que uno de nosotros suba hasta el espolón rocoso y dispare a los reflectores del puesto de guardia. Eso nos proporcionará tiempo para atravesar el prado y llegar hasta el camión. En vista de su tobillo, yo mismo me encargaré.

Jane se había levantado de un salto y había tomado el fusil del español.

—Me toca a mí encargarme.

—Ni lo piense —exclamó Malorley—. Yo...

El guerrillero sacudió la cabeza.

—No, señora. Es demasiado peligroso, ahí arriba aún quedan alemanes y hay que tener buena puntería.

Las ráfagas de ametralladora regresaron con fuerza. Las balas hacían saltar esquirlas de las piedras a menos de un metro del grupo.

—Antes de la guerra fui campeona de tiro —insistió Jane con tono seguro—. ¿Y usted, señor? En vista del grosor de sus gafas, dudo que sea el mejor gatillo de España.

Malorley alzó el tono.

—Se lo prohíbo. ¡No desobedezca!

—No es nada nuevo, ¿no? Soy la única que puede alcanzarles. Y corro rápido, muy rápido. Estaré de vuelta mucho antes de que ustedes lleguen al camión.

El español la calibró con mirada entristecida.

—No tendrá tiempo de reunirse con nosotros.

Ella comprobó la munición del fusil y se lo colgó en bandolera.

—Usted no me vio correr en el instituto. Un auténtico bólido.

—Bien... Si nos marchamos antes que usted, dos de mis hombres la esperarán. Ellos conocen el lugar como la palma de su mano y tal vez puedan huir con usted a través del bosque.

—Eso me parece bien, adoro las excursiones campestres.

Las ráfagas de ametralladora habían cesado, pero los halos amarillos danzaban de nuevo sobre el prado, como si tuvieran vida propia. Uno de ellos les pasaba cada vez más cerca.

Laure empezó a gritar. Malorley la recostó en el suelo para que no pudieran verla.

—Los alemanes no quieren derrochar sus balas —remarcó el español—. Están esperando la llegada de refuerzos. Saben que estamos atrapados.

Jane esperó a que la mancha de luz cambiara de dirección y se precipitó a



la sombra del camino.

—¡Jane, no! —gritó Malorley intentando ponerse de pie para alcanzarla. El dolor le paralizó en el suelo.

La joven dio bruscamente media vuelta, llegó a su altura y tomó su rostro entre las manos.

—Esta vez no es profesional —declaró con voz dulce.

Y plantó sus labios contra los suyos. El beso fue tierno y para Malorley pareció durar una eternidad. Luego, antes de que pudiese darse cuenta, ella se había levantado con mirada traviesa.

—La próxima vez tendrá que invitarme a cenar —añadió—. En el mejor restaurante de Londres.

—Está loca, yo...

El Cebolla la vio saltar por el sendero y desaparecer en las tinieblas.

—¡Qué valiente! Conocí a mujeres como ella durante la Guerra Civil, combatientes del ejército republicano. Su agente está hecha del mismo acero. —Entonces se giró hacia Laure, que sollozaba en su rincón—. En cuanto a ella...

Malorley se acercó a la hija de Trencavel y posó una mano en su antebrazo.

—Cálmese, Jane va a...

—¡No me toque! —explotó ella apartando su mano como si fuera una serpiente—. ¡Márchense! ¡Todos!

—Está sufriendo una crisis nerviosa, dejémosla que se recupere —murmuró el inglés al Cebolla.

Este último asintió con la cabeza con gesto irritado. Se agachó frente a ella y la agarró por los hombros.

—¡Su padre se avergonzaría de usted, señorita!

—¡Imbécil! ¡Usted apenas le conocía! —replicó ella con rabia.

Sin previo aviso, el Cebolla le soltó una bofetada.

—Solo dos personas me han tratado de imbécil en mi vida. Mi madre, que en paz descanse, y un pequeño coronel comunista que terminó en una fosa con una bala entre los ojos. Debería usted tomar nota de la otra señorita que ha arriesgado su vida para salvar la suya.

El ronroneo del motor de los camiones resonó en la noche.

El Cebolla recuperó sus prismáticos y escrutó la carretera.

—Los camiones se están acercando a la barrera. Si Jane no consigue su objetivo, tendremos que separarnos y escapar por los senderos, pero a la vista de su tobillo no doy ni un céntimo por usted.

Laure, mientras tanto, se había secado las lágrimas y contemplaba fijamente el prado que se extendía ante sus ojos.

—El *prat des cremats*...

—¿Qué? —preguntó Malorley.

La joven parecía haber recobrado el ánimo y articuló con voz lenta:

—Aquí fue donde perecieron, quemados vivos en la pira, los más de doscientos cátaros supervivientes del asedio, entre ellos mujeres, adolescentes y ancianos. Las crónicas cuentan que fue necesario un día y una noche para quemarlos a todos. Y pensar que tal vez vamos a morir aquí mientras que...

Dos disparos resonaron uno tras otro. Las manchas de luz desaparecieron del prado como por ensalmo. Las ráfagas de ametralladora se desencadenaron de nuevo. El Cebolla se levantó de golpe.

—Lo ha conseguido. ¡Estupendo!

Malorley se puso en pie, atrapó su morral, que se colgó alrededor del cuello, e hizo una mueca. El dolor no le abandonaba. Laure se enderezó a su vez y, sin decir palabra, le agarró por el antebrazo.

—Gracias, pero intentaré arreglármelas solo —respondió el inglés.

Ella hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y resopló.

—Si así puedo servir para algo, apóyese en mí.

Malorley giró la cabeza y echó un vistazo al sendero que ascendía hacia el *pog*. Entornó los ojos para tratar de vislumbrar a Jane. En vano.

—Regresará, estoy segura —le tranquilizó la joven.

—¡Tenemos que irnos! —gritó el español.

Salieron de los arbustos y recorrieron rápidamente la pendiente del prado mientras las balas zumbaban por todas partes.

—¡Lo lograremos! Están disparando al azar.

Sostenido por Laure, Malorley consiguió avanzar mejor de lo que esperaba.

Al llegar a la mitad del prado, un siseo resonó por encima de ellos.

—¡Mortero! ¡Al suelo!

Los tres fugitivos se arrojaron al suelo al tiempo que una explosión sonaba por detrás. El obús levantó un trozo de tierra y hierba quemada que les salpicó.

—¡En marcha!

Con la ropa impregnada de barro, Malorley y Laure se levantaron a duras penas. Ante ellos, a la orilla del bosque que bordeaba la carretera, dos hombres les hacían señas.

Un obús zumbó de nuevo en la noche, pero ya habían alcanzado el lindero. Una vez más, la deflagración había fallado por poco.

Los dos guerrilleros fueron al encuentro de su jefe y ayudaron a los tres a subir a la parte trasera del camión.

—¡Jefe! Hemos instalado unas cargas en varios árboles enormes justo después de la próxima curva, en la ruta de Fougax —indicó uno de ellos, un hombre pequeño con el rostro estriado por oscuras arrugas—. En cuanto la

dejemos atrás, las haremos estallar y los gendarmes no podrán seguirnos. Eso les tendrá bloqueados durante un buen rato.

—Eso si no nos hacen trizas con sus malditos obuses —refunfuñó el Cebolla.

Una nueva explosión pulverizó un árbol a varios metros de ellos. El impacto se sintió incluso en el interior del vehículo.

—Debemos marcharnos —gritó uno de los guerrilleros—, la próxima no fallará. Y si no es una bomba, serán los gendarmes quienes acabarán agarrándonos como a peras maduras.

—Espere un poco —ordenó el inglés, que había apartado la lona del camión y estaba enfocando al prado con sus prismáticos.

—Lo siento, señor, es demasiado peligroso —objetó el Cebolla. Y luego, volviéndose hacia uno de sus hombres—: Pacho, quédate a esperar a la chica. Si llega, marchaos al refugio de Monts d’Olme, los alemanes no os encontrarán ahí.

El hombre asintió con la cabeza y se encaminó hacia el prado, metralleta en mano.

En cuanto arrancaron, el motor rugió e hizo temblar todo el camión. Las ruedas patinaron unos instantes en el fango, y luego el vehículo enfiló la carretera en la dirección opuesta a la de la barrera improvisada.

—¡No! ¡Paren! —gritó Malorley tambaleándose en el interior del camión, con las manos crispadas sobre sus prismáticos—. En el prado. ¡Es Jane! ¡Lo ha conseguido!

Apartando la lona, Laure se pegó contra él y miró por encima del lateral. El Cebolla golpeó la chapa que separaba la parte trasera del camión de la cabina del conductor.

—¡Pepe! ¡Para!

El camión se detuvo en seco.

La silueta de Jane se dibujó en las lentes.

La joven descendía rápidamente por el talud sin ningún arma a la vista.

El corazón del inglés brincó en su pecho.

—¡Lo va a conseguir!

Jane corría a toda prisa cuando, a su espalda, surgieron dos siluetas. Armadas.

—¡Los alemanes!

—¡Corre, por Dios! —se desgañitó Malorley, con las manos aferradas a los montantes del camión.

Ella había recorrido más de tres cuartas partes de la distancia cuando resonó una nueva explosión.

Bajo la fuerza del impacto, Jane salió proyectada hacia delante en vuelo raso como si hubiera tropezado con algún obstáculo invisible.

—¡No! —gritó el inglés.

Vio que la joven intentaba levantarse, tendió un brazo hacia el cielo negro, pero luego volvió a caer. Malorley apretaba los prismáticos como si quisiera triturarlos. Espectador impotente, sintió la rabia trepar por su interior.

—La han herido. ¡Hay que ir a buscarla!

El español posó una mano en su hombro.

—No tenemos tiempo. Ahora solo Pacho puede salvarla. Si es que sigue vivo.

—Ni pensarlo —espetó Malorley soltándose—. Si usted no tiene valor, iré yo. Yo asumo la responsabilidad, soy yo quien comanda esta expedición.

El hombre del SOE se disponía a descender cuando sintió el contacto de un objeto duro contra la parte trasera de su cráneo.

—No, señor. Yo tomo las riendas —dijo el Cebolla, con la mano crispada sobre la culata de su pistola.

Antes de que el inglés pudiese responder, el español le asestó un golpe en

la cabeza. Malorley se desplomó. Acto seguido, bajo la mirada estupefacta de Laure, el Cebolla dio un golpe contra la cabina.

—¡Vámonos, Pepe!

Un poco más arriba, en el prado de los cátaros, Jane yacía boca arriba con los brazos en cruz. Incapaz de levantarse, no oía nada, la onda expansiva le había destrozado los tímpanos.

Ahora todo estaba tan tranquilo, tan silencioso.

Allí tendida en el suelo, con la nuca posada contra la hierba fresca, en el mismo lugar donde, muchos siglos atrás, doscientos inocentes habían sido calcinados en la noche, Jane contemplaba el cielo de tinta salpicado de destellos plateados. No sentía ningún dolor. Su espíritu se iba desvaneciendo bajo la cúpula estrellada.

## TERCERA PARTE

*Federico Barbarroja,  
el emperador Federico,  
en la penumbra se aloja  
de su mágico castillo.*

*De su inmortal vida  
plácidamente reposa:  
en su trono su alma dormida,  
rodeada de calma rebosa.*

*Consigo se fue la gloria  
y la majestad del Reich;  
hasta que la luz un día,  
por fin logre restaurar.*

FRIEDRICH RÜCKERT, *Der alte Barbarosse*.  
Poema aprendido en todas las escuelas del Reich

*El Berghof*  
*Mayo de 1941*

A la salida de Salzburgo, tras haber remontado el valle del Salzach, el Mercedes oficial redujo la velocidad para tomar las primeras curvas de los Alpes bávaros. Sentado en el asiento trasero, Joseph Goebbels cerró los ojos. Siempre había tenido pavor a la montaña. Sus desnudas mesetas y sus picos nevados le provocaban repugnancia, a él, un berlinés de adopción que no sabía vivir sin el ritmo incesante de la capital. Por desgracia, el Führer tenía gustos absolutamente contrarios: él suspiraba por la pureza de las montañas y se extasiaba con el límpido cielo de esas altitudes. Una pasión que le había llevado a hacerse construir una casa de descanso alpina, el Berghof, donde, en cuanto llegaba el buen tiempo, se instalaba con sus más allegados. Allí se entregaba con pasión a largas caminatas y, sobre todo, a fervientes discusiones sobre las estrellas. Goebbels sacudió la cabeza. Los monólogos sin fin de Hitler frente al cielo eran su obsesión: él, que protestaba cuando no podía hablar, debía soportar durante horas los delirios líricos del jefe, glorificando la alimentación vegetariana o celebrando las óperas de Wagner.

—Estamos llegando a Berchtesgaden, señor.

Joseph respondió al anuncio del conductor con un breve gesto de cabeza. Tenía por norma no explayarse jamás con el personal. Sobre todo porque sospechaba que Himmler mantenía una red de informadores en su entorno. Nada sorprendente, por otra parte, ya que el jefe de las SS y de la Gestapo era



un paranoico que pasaba su tiempo espiando a todos sus antiguos camaradas convertidos ahora en dignatarios del régimen. Tan solo una semana antes, había corrido un rumor por todo Berlín: tras haber coleccionado cuadros y estatuas... Goering ahora tenía una nueva pasión: los sostenes, con los que llenaba vitrinas enteras.[23] Incluso habían hecho circular una foto. Goebbels estaba seguro, pues no cabía duda, de que había sido Himmler quien estaba detrás de esos chismes maledicentes: una tentativa más para debilitar al jefe de la Luftwaffe y poder suplantarlo en la confianza de Hitler.

Las ruedas rechinaron por la carretera de montaña que ascendía hasta la villa del Führer. Joseph entornó los ojos al ver la inmensa fachada blanca que reflejaba la luz del sol. Las puertas francesas estaban abiertas de par en par. Hitler debía de estar rumiando su cólera en la terraza. Esta vez, Himmler y Goering corrían el riesgo de pasar un mal trago. El Retaco, como le apodaban los otros dignatarios, se encogió de hombros, despectivo. ¿Cómo había podido el jefe de la Luftwaffe permitir que Hess huyera en avión? ¿Cómo el jefe de las SS, que vigilaba a todo el mundo, no lo había visto venir? ¿Negligencia culpable o complicidad probada? Sin contar con que Himmler y Hess compartían una pasión por ese turbio ocultismo del que ya había llegado el momento de purificar al nazismo.

El coche se detuvo ante el puesto de guardia. Un suboficial apareció y dio la vuelta al vehículo. Al ver al ministro de Propaganda se cuadró entrechocando sus talones. Joseph sonrió: Goering enredado en sus fantasmas eróticos, Himmler en sus andanzas esotéricas, Hess huido a un país enemigo... Presentía que esa estancia en el Berghof iba a terminar por hacerle amar la montaña.

Sentado en un sillón de mimbre, con el rostro en sombra gracias a un

sombrero bávaro, Hitler contemplaba el macizo de Obersalzberg que se recortaba en el sol poniente. No se cansaba de mirarlo, y no solo por su belleza salvaje, sino también a causa de su leyenda fascinante. Se decía que el emperador Federico Barbarroja dormía un sueño profundo en una sala secreta anidada en las entrañas de la montaña. Según la profecía, el día en que los cuervos caigan de los cielos él se despertará y restablecerá su imperio durante los mil años siguientes. Hitler no podía evitar identificarse con el mítico emperador. La primera vez que viajó a la región fue a principios de los años veinte, cuando no era más que un agitador político entre otros muchos y el Partido Nazi, un grupúsculo exaltado. Su mentor, Dietrich Eckart, le había aconsejado reponer fuerzas en el aire limpio de la montaña, lejos de los miasmas de Munich.

«Te llevaré a ver la montaña del viejo emperador. La montaña mágica.»

Él había caído presa de su encanto, como si le hubiera hechizado. Una señal del destino. De su destino. Algún día, él también transformaría la leyenda en realidad. Unos años más tarde se había hecho construir allí su nido de águila, el Berghof, su refugio. De todas las residencias oficiales, esta era su preferida. Y también en donde había tomado las decisiones más importantes para Alemania. Y respecto a Europa... se complacía en creer que estando frente al Obersalzberg, el viejo emperador le guiaba silenciosamente en sus elecciones. Y lo calmaba.

Pero esta vez no lograba encontrar serenidad. La rabia contra su más antiguo amigo, que le había traicionado, le devoraba.

—Mi Führer, ya han llegado.

La voz de su secretario Martin Bormann le sacó del ensimismamiento.

Se dio la vuelta para mirarlo. Como siempre que la rabia se apoderaba de él, su mano derecha era presa de breves sacudidas que su entorno evitaba contemplar.

—¿Han llegado todos?

—El Feldmariscal Goering y el Reichsführer Himmler esperan para entrar, mi Führer. Como se trata de un consejo reducido, no he convocado ni al jefe del Estado Mayor Keitel ni a Albert Speer.

—¿Y Goebbels?

—Acaba de llegar en este instante.

Hitler se levantó y se dirigió hacia el gran salón. A pesar del sol que se filtraba por los cristales, un fuego ardía en la chimenea de mármol rojo, regalo de Mussolini. El Führer subió los tres escalones que dividían la sala en dos para instalarse en el ángulo izquierdo opuesto a la mesa de trabajo, donde se apilaban los mapas del este de Europa. Era su rincón preferido: un diván, dos viejos sillones y una mesa baja de madera gastada. Funcionalidad y sobriedad. Dejó su sombrero ornado con una pluma, un símbolo bávaro que le producía horror, pero había que sacrificarse al color local, y se sumió en la contemplación del artesonado del techo. Las vigas se alineaban en perfecta simetría. Exactamente lo que necesitaba para su reflexión. En su refugio del Berghof nada debía distraerle de su sueño interior. Líneas puras y claras, grandes ventanales para dejar pasar la luz, un mobiliario depurado... Bormann se mantenía en silencio detrás de él. Por nada del mundo habría interrumpido la meditación del Führer. Además, la idea de hacer esperar a Goebbels, Himmler y Goering resultaba de lo más agradable. Cuando estaban en el Berghof, las tres grandes fieras del Reich debían aprender a comportarse como animales domésticos, con temor y sumisión.

Hitler aún seguía sumido en sus sueños. De espaldas al fuego, con las manos descansando en el reposabrazos y los ojos entornados, recordaba a un felino adormecido, pero Bormann sabía que se estaba preparando para devorar a sus presas.

—Haga entrar a Goering. Solo.

Las pesadas botas del Feldmariscal golpearon el mármol como un martillo de forja. «El Ogro ha vuelto engordar», pensó el jefe del Reich al oír cómo jadeaba mientras subía las escaleras.

—¡Mi Führer!

—Siéntese, Hermann.

Ese era uno de los secretos de Hitler: a pesar de la rabia que bullía en su interior, su voz era capaz de disimularlo, aunque aquello no duraba demasiado. Goering lucía su uniforme de jefe de la Luftwaffe, atestado de condecoraciones que tintineaban al menor movimiento. Su frente estaba empapada en sudor y sus ojos enrojecidos parpadeaban sin cesar. El miedo, más aún que los excesos, podía leerse en su rostro. Hitler cruzó las manos sobre su pecho y lo interrogó:

—Así pues, ¿un avión puede cruzar Alemania, Baviera y el mar del Norte, franquear el canal de la Mancha, atravesar Inglaterra y aterrizar en Escocia, sin que usted estuviera informado?

—Mi Führer, permítame ser preciso: Hess ha pilotado un avión que no estaba registrado oficialmente. Un avión prototipo, con el cual, debo decir, se estaba entrenando desde hace varias semanas.

—¿Esa información es cierta? —Hitler pareció entristecerse.

—Absolutamente. La seguridad de la Luftwaffe ha interrogado a los mecánicos a cargo del mantenimiento del aparato. Todos los testimonios coinciden.

—Varias semanas —repitió el Führer—. ¿Está queriendo decir que preparó deliberadamente su fuga?

—Todo hace pensar que así fue —respondió Goering—. Pero... yo no soy el responsable de su vigilancia.

Con una mirada oscura, Hitler se volvió hacia Bormann.

—Haga venir a Himmler y Goebbels.

De nuevo se oyó un ruido de botas, pero esta vez más veloz. Himmler entrechocó los talones antes de inclinarse en su presencia. Joseph, por su parte, aún estaba subiendo las escaleras, lastrado por su pierna entumecida.

—Heinrich, ¿cómo es posible que los manejos criminales de Hess no fueran detectados?

—Mi Führer, se trata de uno de los más altos responsables políticos del país —replicó el jefe de las SS—. La policía no se sentía obligada a vigilarle.

Goering soltó una carcajada.

—¡Vamos, Heinrich, todos tenemos una ficha con nuestro nombre en sus servicios! Una ficha cuidadosamente puesta al día por los suyos. Cada rumor, el menor chisme, es documentado. ¡Algo sé de eso! Es imposible que no le hubieran puesto al corriente de los preparativos de huida de Hess.

—Le recuerdo, Hermann, que su vuelo partió de un aeropuerto de la Luftwaffe, resulta difícil creer que usted no estuviera al corriente.

Tras haber echado un vistazo rápido a Goebbels, Hitler bramó:

—¡Bormann, el informe!

El secretario sacó una libreta de su bolsillo:

—Según nuestra información, Hess despegó de un aeropuerto bávaro ayer, pretextando un vuelo de entrenamiento. El avión, un Messerschmitt 111, estaba equipado, a petición suya, con dos depósitos suplementarios. Dado que él probaba regularmente ese aparato según lo acordado con la fábrica de producción, su petición, aunque sorprendente, no llamó la atención de los técnicos.

Hitler casi dio un respingo en su sillón.

—Es intolerable que los responsables del esfuerzo de armamento alemán se hayan convertido en cómplices de...

Balbuceó mientras su mano golpeaba furiosamente la mesa. Ahora la cólera le superaba, impidiéndole terminar la frase.

—Mi Führer, estamos listos para proceder a su arresto bajo una supuesta convocatoria a una reunión de trabajo en Berlín —precisó Himmler.

—¿Y debemos suponer que sufrirán un accidente durante el viaje? —se burló el Ogro.

—Bormann, continúe.

—El avión cruzó Alemania hasta el mar del Norte antes de unirse a un vuelo de bombarderos en dirección a Londres. Es ahí donde se pierde su rastro en nuestros radares.

—Hess estaba bien informado —resaltó Himmler mientras limpiaba sus gafas redondas—, aunque, por supuesto, no estoy implicando a nadie.

Furioso, Goering le lanzó una mirada tan sombría como un cielo tormentoso.

—Esta mañana —prosiguió Bormann—, nuestra red de informadores en Inglaterra nos ha hecho saber que el avión de Hess se estrelló al sudoeste de Escocia, a unos kilómetros de Glasgow, cerca del pueblo de Eaglesham.

—¿Un accidente? —preguntó Goebbels.

—Lo ignoramos, al igual que la razón por la cual sobrevolaba Escocia. Sin embargo, Hess consiguió accionar su paracaídas y aterrizar sano y salvo.

—Lamentablemente —concluyó Himmler.

Hitler empezó a gritar:

—¡Ha estado en todos los combates, ha compartido mi celda, dirigía el partido, gozaba de toda mi confianza! ¿Por qué? ¿Por qué semejante traición?

—Yo creo tener una razón para su viaje —replicó Goering—. Hess es un chiflado que imagina que le espera un gran destino, se hace leer horóscopos y escucha voces. Mantiene un ejército de astrólogos que se pasan el tiempo ideando cosas. Recuerden cuando nos anunció que Churchill iba a perder el poder porque, según él, estaba escrito en los astros... Un chiflado, con su mente fascinada por lo oculto. De hecho no es el único.

—Es muy posible —aventuró Goebbels— que a fuerza de frecuentar a los iluminados Hess haya terminado por caer en una especie de locura. Lo que explicaría su gesto. Se ha debido de creer investido con una misión divina, la de entablar la paz entre nuestro país e Inglaterra.

—¿Eso cree? —se asombró Hitler.

—Seguro, y no tengo ninguna duda de que un psiquiatra de renombre podría confirmarlo en público. Nuestro camarada Hess, tan devoto de vuestra causa, mi Führer, ha sucumbido mentalmente al peso de sus responsabilidades. Es una víctima, no un traidor.

—Si Hess es declarado loco —prosiguió Goering—, su gesto no será político sino patológico, y eso lo cambia todo.

—Y más si el diagnóstico ha sido dictaminado hace meses —intervino Goebbels—. Si estamos de acuerdo, voy a enviar un comunicado en ese sentido a todos los periódicos tanto alemanes como europeos.

Tras un instante de silencio, el Retaco continuó:

—¡Una buena propaganda, eso es lo que necesitamos! Y luego habrá llegado el momento de hacer limpieza en nuestras filas. Hay que terminar con todos aquellos que creen que la guerra se gana con horóscopos, rituales o qué sé yo... ¡Es una desviación del espíritu alemán que no podemos tolerar!

Goering posó su mirada en Himmler. Una leve sonrisa asomó lentamente en su rollizo mentón.

—Estoy totalmente de acuerdo con Joseph. Dé las órdenes, mi Führer, y terminemos ya con esas perversiones sin sentido.

La voz calmada de Himmler sorprendió a todos.

—Eso ya se ha hecho. Mis SS han arrestado al grupo de astrólogos que trabajaban para Hess. Hablarán. Y pronto.

Hitler, al que la tensión volvía febril, se distendió de golpe.

—Por suerte te tengo aquí, Heinrich.

Al mismo tiempo que los rostros del Retaco y del Ogro se ensombrecían, furiosos al ver que Himmler salía indemne, un ayudante de campo abrió la puerta del salón y se deslizó como una sombra hasta la mesa de reunión.

—Preguntan por el Reichsführer al teléfono. Es urgente.

Goering siseó como una serpiente:

—Adelante, Heinrich, estoy seguro de que los astrólogos tienen muchas cosas que decirle. ¿Cree que saben ya cómo van a morir? ¿Qué dicen los astros? ¿Horca o pelotón de ejecución?

Himmler agitó la cabeza.

—Ni lo uno ni lo otro. Muy pronto vamos a crear un nuevo campo de concentración en Birkenau. Ellos lo inaugurarán.

El ayudante de campo le tendió el auricular.

—¿Reichsführer?

Himmler reconoció la voz excitada de Erika von Essling.

—¡La tenemos!



*Berlín*

*Junio de 1941*

Tristan miró por la ventana de la habitación. Aún seguían ahí. Apostados al otro lado de la calle, vigilaban la entrada del hotel. Cada hora, el francés les veía salir para recorrer la acera. Dos sabuesos, con mentones tan cuadrados como sus hombros, peores que perros guardianes. Irritado, Tristan se apartó de la ventana y volvió a sentarse en la cama. Había dormido mal. Un sueño plagado de imágenes violentas donde se repetían sin cesar las dos cruces gamadas, Weistort tendido en el suelo en un charco de sangre, el ruido metálico de las balas que rebotaban... Una verdadera danza macabra.

Tras el descubrimiento de la esvástica y el ataque del comando, todo había sucedido muy rápido. Un avión Heinkel de la Luftwaffe les había rescatado, a Erika y a él, en el aeródromo de Pamiers. Weistort había sido trasladado al hospital de Foix en estado crítico.

Su avión había hecho escala en Chalons-sur-Saône para repostar, con la prohibición de salir del aparato, para continuar en vuelo directo hasta Berlín. Apenas descendieron en Tempelhof les habían separado. Erika y la reliquia en un coche, y él en otro, conducido por dos agentes de la Gestapo.

Y aún seguían ahí abajo.

Esperando sin duda a que se decidiera su suerte.

Weistort no estaba en condiciones de prestar testimonio, solo Erika podía salvarle, pero ella se había marchado sin mediar palabra.

Se acercó al espejo de la habitación. Durante un instante contempló su rostro, que aún se veía más cansado a causa de una barba incipiente. Le costaba trabajo reconocerse. Su mirada se había endurecido, su cuerpo, aún más delgado, parecía directamente salido de los infiernos. Se preguntó qué habría sido de Laure. Durante el enfrentamiento en la caverna se había volatilizado. Incluso aunque siguiera con vida, no volvería a verla nunca. El día que la conoció en el espolón de Montségur, con su verbo ácido y su mirada gris, le parecía ahora muy lejano. Se observó una vez más en el espejo y luego alzó la cabeza. En este momento tenía que concentrarse en el presente.

Había hecho lo que debía.

Llamaron a la puerta. Instintivamente, Tristan retrocedió. No había muchas posibilidades de que le trajeran el desayuno a la habitación. Agarró su camisa y se la puso deprisa. Volvieron a llamar. Si los tipos de la Gestapo habían ido a buscarle, no se tomarían la molestia de ser tan educados. Tristan respiró hondo e hizo girar el pomo.

Frente a él estaba Erika.

No le fue fácil reconocerla. La arqueóloga había desaparecido. Ya no vestía el pantalón de tela gris y la guerrera manchada de barro por las excavaciones, sino una falda ceñida y una blusa que ponía de relieve formas hasta entonces insospechadas. Estupefacto, Tristan permaneció inmóvil en el umbral de la puerta.

—¿No vas a dejarme entrar?

El tuteo también era nuevo. El francés se apartó y Erika von Essling se dirigió hacia el espejo, donde se arregló el peinado. Este también era distinto. Las trenzas habían desaparecido en beneficio de unos mechones rubios sueltos que le caían sobre el cuello.

—Hasta ahora mi estancia en Berlín estaba siendo bastante gris... —

comenzó Tristan tratando de rehacerse.

Pero Erika no le escuchaba. Estaba mirando por la ventana. Uno de los agentes de la Gestapo acababa de salir del coche y se dirigía hacia un café en la esquina de la calle.

—Va a hacer una llamada. Nos queda poco tiempo.

—¿Poco tiempo para qué?

Su mirada había cambiado. Los ojos almendrados le contemplaban con una atención inédita, como si viese en su rostro alguna cosa que él ignorase.

—En la gruta, ¿por qué me salvaste?

Tristan visualizó el momento preciso en que había impedido su muerte. ¿Por qué se había interpuesto en el camino de la fatalidad? Solo había una respuesta, pero el momento no había llegado. Von Essling se acercó.

—Weistort estaba fuera de juego. Bastaba con que yo muriese para que recobraras la libertad. La francesa te habría ayudado a huir.

Tristan cruzó los brazos y la miró con gesto ligeramente desengañado.

—¿Qué libertad? ¿La de esconderme como una rata en las montañas del Ariège esperando una hipotética derrota alemana? ¿En compañía de unos piojosos guerrilleros? ¿La de hacerme perseguir por los gendarmes y un regimiento de SS ávidos de venganza? Gracias, pero eso ya lo viví durante mi estancia en España. Aspiro a una vida más... gratificante.

Ella se le acercó un poco, con ojos brillantes.

—¿Aunque sea una vida con los colores del nacionalsocialismo?

—Estoy seguro de que esta habitación está plagada de micrófonos de tus amigos de la Gestapo. Pero me da igual. Aborrezco las ideologías, querida. Todas prometen el paraíso y solo traen el infierno. Nazismo, comunismo, liberalismo, socialismo, anarquismo, patriotismo... Cada vez que oigo una palabra que termina en «ismo» me sale urticaria.

—Los nazis quieren construir un mundo nuevo. Una Europa grande está a

punto de nacer, y necesitarán a todo el mundo.

—Diles eso a los judíos, dudo que aprecien el futuro radiante que promete tu Führer.

Estaban a escasos centímetros el uno del otro. Tristan se inclinó sobre su oído y continuó en un murmullo:

—Me importan un bledo tu gran Europa, tu Hitler, Pétain, Stalin y todos esos de enfrente. Solo quiero salir de este aprieto. Os ayudé a encontrar vuestra maldita reliquia. Espero a cambio una recompensa que esté a la altura.

—Al menos tienes el mérito de ser franco —reconoció ella con una sonrisa irónica.

Alargó una mano. Sus dedos acariciaron la mejilla de Tristan.

—Como recompensa, puedo concederte algo...

Lo miró intensamente, y luego se soltó el primer botón de la blusa. Un pequeño botón de nácar cuyo reflejo brilló un instante como un guiño del destino.

—¿Es suficiente para que me digas por qué me salvaste?

Las manos de Tristan se posaron delicadamente en su cintura. Bajo la falda, la piel era como una promesa cálida y viva. Una sensación que creía haber olvidado.

El escote de la blusa se había acentuado. Bajo la fina tela, se adivinaba la cúpula de unos senos erguidos como al asalto del cielo. Acercó sus labios. La piel, en la intersección del pecho, tenía una dulzura estremecedora, parecida a la espuma de una ola de verano. Tristan sintió los dedos de Erika hundirse en su pelo mientras su respiración se aceleraba. La habitación dejó de existir. Lugar, tiempo, todo se alejó. Como en los cuentos antiguos, una bruma mágica pareció invadir el mundo para ocultarlos de las miradas. Tristan fue remontando con la boca hasta llegar al rostro de Erika y recorrió el cuello

antes de besar sus mejillas súbitamente enfebrecidas. A su vez, ella hizo saltar los botones de la camisa de él, deslizando la palma de sus manos a lo largo del torso de piel bronceada.

Las yemas de sus dedos podían sentir el calor del cuerpo de Tristan, que iba en aumento como si fuera recuperando vida bajo sus caricias. Ella descendió aún más abajo.

Su mirada adoptó un aire travieso que Tristan nunca le había visto.

—Creo que tengo mi respuesta.

Tristan la tomó en sus brazos y la besó con pasión. Sus manos se hicieron más apremiantes, más audaces. El deseo se convirtió en llama. Hacía más de un año que no había tocado a una mujer, y la que tenía contra él era de una sensualidad sorprendente.

Erika soltó un largo suspiro y ese suspiro le envolvió.

Ella temblaba bajo sus caricias y en pocos segundos se encontraron entrelazados sobre la cama. Su ropa estaba desperdigada por el suelo. Sus cuerpos, febriles e impacientes.

Cuando despertó por la mañana, el día ya estaba muy avanzado. Con la mente aún aturdida, se giró entre las sábanas y sus manos buscaron a su amante.

La cama estaba vacía.

Erika había desaparecido. Evaporada.

Durante unos segundos se preguntó si no habría soñado esa noche mágica. Se sentó al borde de la cama, notando agujetas en los músculos, y contempló la habitación en la que se encontraba. O más bien su prisión.

Un desagradable escozor recorrió su nunca. Se planteó si la ofrenda de Erika no sería el regalo ofrecido a un condenado antes de su ejecución.

La puerta se abrió con estrépito y le trajo la respuesta.

Dos hombres con abrigo de cuero negro entraron en la habitación. Se plantaron delante de él, con las manos en los bolsillos y los rostros serios. Uno de ellos le arrojó un pantalón sobre las sábanas arrugadas.

—Tú, francés, síguenos.

*Escocia*  
*Mayo de 1941*

A pesar de la venda en los ojos y las esposas en sus muñecas, a Hess no le llevó mucho tiempo comprender que por fin lo sacaban de ahí. Ya iba siendo hora. El ronroneo uniforme del motor, el suave tapizado de los asientos... Era un vehículo de lujo, nada que ver con la húmeda banqueta del camión que lo había transportado tras su aterrizaje a la prisión más cercana. Durante tres días le habían dejado pudrirse en una celda exigua como a un vulgar ladrón de gallinas. Un médico se había pasado para vendarle el tobillo que se había torcido en el aterrizaje forzoso, y luego le habían dado un traje demasiado grande y un par de zapatos sin cordones para, finalmente, proceder a interrogarle. Hess estaba estupefacto. Un único suboficial mal afeitado había colocado una máquina de escribir en la mesa y encendido un cigarrillo antes de preguntarle, arrastrando la voz, cuál era su identidad.

—Rudolf Hess.

Sin inmutarse, el militar había tecleado su nombre y le había formulado unas preguntas de rutina, aplastando su cigarrillo antes de desaparecer sin decir palabra. Y durante dos días, aparte del guardia que le llevaba la comida, Hess había permanecido solo. Luego, de repente, todo se había precipitado. Apareció un barbero, seguido de un peluquero, siempre bajo la vigilancia de hombres armados, y poco después le habían llevado un traje de tweed y un par de zapatos brillantados. Apenas había terminado de atárselos cuando se

encontró cegado y empujado al interior de un coche que se hundía en la noche.

Bajo la venda, Hess se sentía cada vez más animado. Su auténtica misión comenzaba ahora. En pocas horas, en pocos minutos, sería recibido oficialmente y entonces... No pudo contener una risa maligna al pensar en aquel soldado, ese chupatintas, que había anotado su nombre sin reaccionar. Ahí había uno que tendría que comerse sus palabras. En Alemania ya lo habrían ejecutado. Imaginó la estupefacción en las filas del Gobierno inglés. ¿Cómo, Hess? ¿El más próximo entre los próximos del Führer? ¿Aquí, en nuestro país? El pánico debió de apoderarse de ellos. Si les había llevado tanto tiempo reaccionar, era porque estaban paralizados. ¿A quién enviar para negociar con él? ¿A Churchill? Este estaba a punto de perder el poder. Entonces ¿a su sucesor? Sí, lord Halifax. Para Hess aquello sería pan comido. Era portador de la paz: toda Inglaterra acabaría adorándole. Tal vez fuese recibido en Buckingham. Sus astrólogos no lo habían previsto, pero ahora todo era posible... ¡Qué caras pondrían Goebbels y Goering cuando le vieran a él, Hess, sentado al lado del rey!

El coche se detuvo. Una puerta se abrió. Y una mano enguantada le guio para salir.

—Quítenle la venda y las esposas.

Apenas despuntaba el alba. Hess se frotó los ojos. Estaba frente al porche de una vieja iglesia flanqueada por una torre gris que dominaba sobre un cementerio. Las cruces, carcomidas por el líquen, parecían olvidadas desde hacía siglos. Más abajo, pudo oír el rumor lejano de un torrente. «¡Decididamente, los ingleses son únicos para la puesta en escena!», se dijo Hess. Un oficial le hizo una señal para que avanzara. Esperó unos segundos para no dar la impresión de que obedecía y luego atravesó el atrio. Por un momento se preguntó si aquello no sería un montaje. ¿Y si las autoridades



británicas habían mantenido su aterrizaje en secreto? Quizá el gobierno de Churchill, para no perder prestigio y poder, había tomado la decisión de eliminarlo. ¿Qué mejor que una iglesia perdida en medio del campo? ¿Habría quizá una cripta y terminaría bajo una lápida, por siempre anónima...?

—Alguien le espera.

En medio de la nave, una mesa obstruía el paso. Dos sillas habían sido dispuestas a un lado y al otro. Hess tosió. Debía de haber velas encendidas en alguna parte. No le gustaba ese olor rancio a religión. Una puerta chirrió. Rudolf se giró. Una voluminosa silueta apareció y su pesada mano aplastó un puro en la pila de agua bendita más cercana. El confidente del Führer lo reconoció incluso antes de que su voz resonara bajo la cúpula.

—¿Cree usted en Dios, mister Hess?

Churchill acababa de entrar en escena.

Un nuevo cigarro apareció en los labios del Bulldog, seguido de la fugaz llama de una cerilla. Hess, al igual que Hitler, no fumaba ni bebía y limitaba drásticamente el consumo de carne. La disciplina y el respeto al cuerpo eran esenciales cuando se trataba de fundar una nueva civilización destinada a durar miles de años. El Imperio británico, en cambio, a juzgar por la imagen de su dirigente, no iba a durar demasiado tiempo. Además de destruir sus pulmones con grandes bocanadas de habano, el primer ministro sometía a una gran presión a su hígado, lo que evidenciaban las venitas reventadas de sus ojos y los capilares que ascendían al asalto de su nariz. «Un alcohólico», pensó Hess.

—¿No quiere responder a mi pregunta? —insistió Churchill.

—Personalmente, no creo en Dios. En cambio, sí creo en el destino. Y a día de hoy, el destino es alemán.

El Bulldog había tomado asiento. Hess podía oír su respiración, ruidosa y rápida.

—¿Y ha sido ese destino el que le ha hecho saltar en paracaídas encima de Escocia?

—Evidentemente.

—Pues en opinión de su jefe, eso no es tan evidente.

Churchill hizo una seña al oficial para que se acercara. Este depositó un fajo de periódicos alemanes en la mesa.

—Después de su espectacular fuga de Alemania, ha salido en los titulares. Observe.

Rudolf los miró de reojo y luego se encogió de hombros. Se lo esperaba. Por supuesto, ni el Partido Nazi ni Hitler podían admitir públicamente la realidad de su misión.

—«¿Está loco Hess?» —leyó Churchill—. «¿Hess aquejado de alienación mental?» Su amigo Goebbels pretende preparar a la opinión pública. Ahora mismo insinúan que está usted loco, mañana aportarán pruebas. El Retaco no va a desaprovechar una ocasión así para desembarazarse de usted.

—Efectivamente, preparamos a la opinión, pero para algo muy diferente. En ese tipo de juego, somos mucho más fuertes que ustedes.

—Si está hablando de sus amigos Goering y Himmler, ellos son desde luego mucho más fuertes que usted, y no van a tardar ni un segundo en ocupar el asiento aún caliente que ha dejado al lado del Führer. Está usted acabado, mister Hess.

—Es usted quien está acabado como primer ministro, herr Churchill.

Los dos hombres se contemplaron como si fueran dos jugadores de póquer, tratando de saber si el otro se estaba marcando un farol. Fue Winston quien enseñó primero sus cartas.

—Esta es la portada del *Times* de mañana. Debo reconocer que me gusta

especialmente el titular: «Rudolf Hess solicita asilo político en el Reino Unido». El amigo íntimo de Hitler huye de la dictadura de su país para refugiarse en la mejor de las democracias, el mundo entero va a disfrutar...

—Sobre todo cuando sepan que he venido en nombre del Führer para traer la paz.

Winston alzó un párpado cargado de sueño.

—¿La paz, usted?

—Sí, una paz que garantice su imperio. Desde Canadá hasta las Indias pasando por África.

—Y ustedes se quedan con Europa, ¿no es eso?

—Para Inglaterra, la supremacía de los mares. Para el Reich, el poder sobre la tierra.

El Bulldog soltó un bramido:

—¡Jamás!

Hess soltó una carcajada.

—¿No me diga que ustedes se preocupan por la suerte de Europa? Ustedes desprecian a los franceses, y a los checos y a los polacos los ignoran... No, si usted rechaza la paz es únicamente para conservar su poder.

—Nosotros, los ingleses, adoramos hablar mal de nuestros amigos. Pero siguen siendo nuestros amigos. He sido elegido por el pueblo para ganar esta guerra.

—¿Y qué dirá el pueblo cuando comprenda que sus hijos mueren bajo los bombardeos únicamente para que un viejo alcohólico pueda seguir ingiriendo su whisky en el número 10 de Downing Street?

Churchill se levantó, volvió a encender su cigarro y luego llamó al oficial de guardia en la puerta.

—Ya puede acompañar a mister Hess a su residencia habitual.

Rudolf se enderezó a su vez.

—¿Rechaza mi proposición?

—No ha existido jamás.

—Entonces perderán la guerra. Inglaterra está sola.

Churchill adoptó una expresión astuta.

—Salvo que a su gran Führer se le meta en la cabeza atacar Rusia, como hizo Napoleón antes que él... Entonces habrá un segundo frente.

Una sombra cruzó el rostro de Hess, pero no respondió. Aunque quería hacerlo, no podía traicionar a su Führer. Churchill llamaría inmediatamente a Stalin para hablar con él. Trató de ponerse en contacto telepático con Baldr, pero el dios permanecía extrañamente mudo.

—¿Tal vez tenga alguna información que comunicarme a ese respecto? — insistió el primer ministro británico.

Hess negó con la cabeza.

—Nuestro jefe y Stalin han firmado un pacto de no agresión. El Führer siempre cumple sus promesas.

—¡Por supuesto! —Churchill se echó a reír—. Como en Munich cuando nos prometió la paz tras la invasión de Checoslovaquia. Mi predecesor, Chamberlain, sigue sufriendo eczemas cada vez que recuerda la forma en que fue engañado.

El Bulldog tosió antes de proseguir con tono áspero:

—Bien, ya he perdido demasiado tiempo. Muy pronto le transferiremos a una prisión más digna de su rango. Sin duda, la Torre de Londres. Con un poco de suerte, una bomba de su amigo Goering nos libraré de usted.

El oficial posó la mano en el hombro de Hess. El encuentro había terminado.

—No serán los bombardeos de la Luftwaffe los que destruirán Londres — replicó el alemán, irritado.

Mientras se dirigía hacia la puerta con paso pesado, Winston se encogió de

hombros.

—Eso ya lo sé.

Hess temblaba de rabia.

—¡No, será un arma mucho más poderosa! —escupió—. Un arma venida del fondo de los tiempos. Un arma invencible que pondrá a Inglaterra de rodillas y aterrorizará al mundo entero.

Churchill se paró en seco. Sintió un escozor en la nuca. Una señal que conocía demasiado bien. La notaba cada vez que se precipitaba hacia una situación catastrófica.

—Está fanfarroneando, mister Hess. Un arma así no existe.

—Tiene razón, herr Churchill, no existe... Todavía. Pero estamos a punto de crearla. Mejor dicho, de recrearla.

—Por primera vez desde hace años, voy a creer en los periódicos alemanes: ¡está usted loco!

—Es un arma compuesta por cuatro elementos, ya hemos recuperado uno y muy pronto el siguiente estará en nuestro poder.

—¿Y dónde lo han recuperado?

—En el Tíbet, en 1939.

Winston se quedó paralizado. El escozor de la nuca se había propagado a su cerebro y un nombre acababa de surgir en su mente: ¡Malorley!

—Y después de eso vencimos a Polonia, Francia, Noruega y Grecia...

—¡Ya es suficiente!

Hess clavó su mirada gris en los vacilantes ojos de Churchill.

—El loco es usted si rechaza la paz.

El coche camuflado del primer ministro atravesó la campiña en dirección al aeropuerto militar más cercano. Un avión civil, sin plan de vuelo oficial,

esperaba para llevarle a Londres con total discreción. La bruma se había ido levantando lentamente. Winston retiró el vaho de la ventanilla con sus dedos amocillados y luego apoyó la frente ardiendo contra el cristal helado. Desde que había dejado a Hess, tenía la sensación de que la cabeza le iba a estallar. Todo se mezclaba en su mente. Malorley, el Tíbet y ese castillo en ruinas al sur de Francia, ¿cómo se llamaba? Casi enseguida la línea oscura de la pista apareció en mitad de la planicie. El vehículo se paró delante de un hangar del que escapaba el ruido sordo de una hélice.

—El avión está listo, señor primer ministro. Estaremos en Londres en...

—Consíganme un teléfono. ¡Inmediatamente!

Le condujeron hasta un hangar camuflado. Al fondo, en un despacho de madera tosca, un técnico estupefacto adoptó la posición de firmes.

—Déjeme solo.

Una secretaria respondió al tercer timbrado.

—SOE, oficina de la sección F.

—Aquí el primer ministro, ¡póngame con Buck!

Winston no tuvo que esperar demasiado.

—Buckmaster a su servicio, señor.

—Malorley, ¿tenemos noticias tuyas?

—Sí, señor, pero...

—No me haga esperar.

—Lo lamento mucho, pero la red de la Resistencia que aseguraba la logística de recepción ha sido descubierta. Sus miembros han sido todos arrestados.

—¿Y eso qué significa?

—Les hemos perdido, señor.

*Castillo de Wewelsburg*

*Mayo de 1941*

El salón de recepciones del Reichsführer recordaba a una sala de baile como las que Erika únicamente había visto en Italia. Alargado y con suelo de parquet, uno casi se esperaba ver surgir a los bailarines por una puerta al son alegre de un vals. Un sueño, porque cuando Himmler recibía en su castillo de brumas, ninguna música resonaba entre los viejos muros y aún menos podía encontrarse algo de beber en las mesas siempre frugalmente servidas. Sin embargo, al contemplar el rostro de los dignatarios de las SS invitados a la velada, Erika se dijo que algunos, con las mejillas ya encendidas, habían debido de tomar sus precauciones...

La joven no sentía placer alguno por encontrarse en medio de esa tropa de machos arrogantes. Deseaba marcharse de ahí y reunirse con Tristan en su habitación. Jamás había conocido semejante embriaguez. El francés no era tan guapo como sus escasos amantes anteriores, pero era infinitamente más seductor. Dulce y ardiente a la vez, no la había amado como a un objeto conquistado. Y ella había experimentado en su compañía algo más que simple placer. La idea de que los hombres de la Gestapo pudieran torturar a Tristan le erizaba la piel. Era preciso que hablara otra vez de él a Himmler.

Apartó a Tristan de sus pensamientos y se acercó a una esquina del salón un poco menos frecuentada. Desde hacía algún tiempo había adoptado esa costumbre durante todas las veladas. Pero esta vez la decoración de las

paredes no se parecía en nada a la del palacio del mariscal Goering. Su mirada se detuvo en un látigo de cuero negro suspendido en un muro encalado de blanco. Le recordaba a una serpiente venenosa que se ondulase en vertical. No tenía nada que ver con el que poseía su padre, aunque le evocó las mismas sensaciones: sufrimiento, dolor y humillación. Su padre utilizaba un *knut*, una cuerda trenzada provista de nudos destinada originariamente a someter a los campesinos rusos. Incluso era su instrumento pedagógico por excelencia en el trato con sus sirvientes. Y no solamente con ellos.

Apartó la mirada del objeto aborrecido y advirtió que uno de los invitados, un Hauptsturmführer, la observaba fijamente. El alcohol, sin duda ingerido con generosidad por el capitán, iluminaba sus mejillas púrpuras, haciendo resaltar las numerosas cicatrices que surcaban sus facciones de borrachuzo.

—Otto Skorzeny —anunció Himmler, que acababa de llegar con el SS—. Es miembro de la guardia personal del Führer. Y uno de nuestros oficiales más prometedores.

El capitán se inclinó ante Erika.

—Y si se siente incómoda por sus cicatrices —añadió Himmler—, como le sucede a muchas mujeres, debe saber que son el testimonio de los numerosos duelos a sable que el capitán disputó en su tumultuosa juventud.

—He manipulado cráneos carcomidos por la lepra, otros destrozados a fuerza de pedradas y algunos quemados vivos —replicó Erika—. Esos arañazos de gato no van a impresionarme.

Turbado y ofendido, Skorzeny solo fue capaz de entrechocar sus talones antes de desaparecer.

—Sabe cómo hablar a los hombres —comentó el Reichsführer—. Qué dureza, es usted el ejemplo perfecto de la feminidad aria tal y como la



imagino. Sin duda engendrará buenos hijos, fuertes y despiadados, para las SS.

Erika estuvo a punto de ahogarse al oír las palabras del dueño del lugar, pero se quedó como una estatua de mármol. Blanca y fría.

—Hay que agradecerse a mi padre. Fue él quien me inculcó esos valores. «El cabrón de mi padre.»

Había sido él quien le hizo descubrir lo que era el dolor y cómo soportarlo. Quien la enseñó a matar. Apartó de su mente la imagen del torturador y continuó.

—Y hablando de hombres, me gustaría saber qué va a ser del francés, Tristan, que me permitió identificar lo que usted tanto deseaba.

—Ya sé que está preocupada por su suerte —remarcó entonces Himmler—, y debe saber que nosotros también. Nos ocuparemos de ello como corresponde más tarde. No dé muestras de sentimentalismo. Es malo para la salud.

El tono frío hizo estremecer a Von Essling. Lo sabía.

Himmler prosiguió:

—Aún no la he felicitado por el notable trabajo efectuado en el castillo de Montségur.

Sin dejarle tiempo a responder, Himmler la tomó del brazo.

—El Führer, a quien anuncié su descubrimiento, se quedó muy impactado por la similitud entre el nombre de Montségur con el de Montsalvat, el castillo del Grial, mencionado en el *Parsifal* de Wagner.

—Ignoraba que el Führer se interesara por esas...

El Reichsführer la cortó.

—Usted ignora un montón de cosas sobre el Führer. Sígame.

Abandonaron la gran sala para tomar una escalera que daba sobre un rellano vigilado por un SS vestido con uniforme de gala. Al ver a Himmler, le

abrieron la puerta de un largo pasillo con suelo de baldosas. Erika advirtió que los muros estaban cegados por ambos lados, creando la sensación de estar bajo tierra.

—No hay más que un solo acceso —precisó Himmler—, la seguridad debe ser total.

Y señaló una puerta, la única, al fondo del corredor.

—¿Por alguna razón en particular? —se asombró Von Essling.

—Sí, es la habitación de Hitler.

Himmler extrajo una llave de bronce que introdujo en la cerradura.

—Cuando concebí el Wewelsburg, el Führer aceptó tener una habitación en el castillo con una condición: solo vendría tras la victoria final. Un pacto de honor entre las SS y él, que nos alentaría aún más a triunfar sobre todos nuestros enemigos.

El Reichsführer se apartó para dejar paso a Von Essling.

—Entretanto, la hemos acondicionado según las directrices precisas del Führer. Es, sin duda alguna, el lugar que más se adecua a su imagen. La hemos llamado «Barbarroja».

—Como el emperador germano. ¿Por qué?

—Es el modelo del Führer.

Himmler adoptó un tono confidencial:

—Y estoy seguro de que él es su reencarnación.

Al entrar, Erika se quedó impactada por la sobriedad de la estancia. Un ambiente monacal reinaba en la habitación. Una sola ventana sombreada por pesadas cortinas, un catre de campaña y una rústica mesa de madera sobre la cual reposaba una partitura manuscrita.

—Ofrecida por la familia de Wagner. ¿Sabía que Hitler es uno de sus íntimos? Durante su detención en 1924, fueron ellos quienes le surtieron de

papel para escribir *Mein Kampf*. ¡Sin contar con que los niños de la familia lo adoran, y le llaman tío Wolf!

—¿Tío Lobo? ¡Qué nombre tan gracioso!

El jefe de las SS no pareció captar el tono irónico.

—En cuanto al bastón que puede ver cerca de la cama, es el de Nietzsche. Ofrecido por la hermana del filósofo en reconocimiento a lo que el Führer ha hecho por Alemania.

Erika iba a replicar que la hermana del autor de *Zarathustra* era conocida sobre todo por haber manipulado vergonzosamente los textos de su hermano para que se correspondieran con la ideología nazi, pero se contuvo, impresionada por la enorme biblioteca que ocupaba la mayor parte de la estancia.

—De los dieciséis mil volúmenes que constituyen su colección privada, Hitler ha elegido reunir aquí sus libros preferidos.

Von Essling se acercó. Una serie de encuadernaciones idénticas ocupaba toda una estantería. En cada lomo estaba grabada una doble inicial: «A. H.».

—Se trata de una de las primeras traducciones de Shakespeare al alemán. El más grande dramaturgo de todos los tiempos, según nuestro Führer.

—¿Un inglés?

—Hitler es un lector por encima de los prejuicios. Observe aquí, por ejemplo, la estantería cercana a la ventana.

Allí no se trataba precisamente de libros finamente encuadernados, sino de volúmenes desparejados con las tapas abombadas y amarillentas.

—Estos son los volúmenes que el Führer compró en Viena cuando se preparaba para entrar en Bellas Artes. En esa época se privaba de la comida para poder comprar algo que leer. Sin duda son los libros a los que más afecto guarda.

Pese al desgaste de los títulos, Erika se agachó y consiguió descifrar

algunos.

—*Las profecías de Nostradamus explicadas... Los muertos son vivientes... Parsifal, el mensaje revelado...*

—Como puede ver, el interés de Hitler por los aspectos ocultos de la obra de Wagner se remonta a tiempo atrás.

—Pero de ahí a interesarse por las mesas giratorias de espiritismo y las predicciones de un astrólogo del Renacimiento...

Cuando ella se incorporó, Himmler se le acercó.

—Eso es precisamente lo que constituye la fuerza del Führer: él está por encima del bien y el mal, de la verdad y la mentira, él supera todos los límites, y usted debería hacer lo mismo.

Por un instante Erika se preocupó. El Reichsführer estaba demasiado cerca. ¿Le estaría haciendo una proposición? Pero no, se debía a su exaltación, pues estaba convencido del poder del genio de su maestro. Y, sobre todo, quería convencerla a ella.

—Fíjese en la tarima del suelo.

Uno a uno, los listones se fueron separando para desvelar un suelo traslúcido sobre una habitación circular construida en piedra. El foco de un reflector se encendió y luego dos, tres, cuatro... desvelando cada vez una cruz gamada profundamente excavada en la piedra.

—Fui yo quien las hizo instalar directamente bajo la habitación del Führer. Es ahí donde se guardan las esvásticas sagradas.

Con un dedo, Himmler señaló una de las cruces incrustadas en el hueco de piedra.

—Al este hemos colocado la esvástica traída del Tíbet. Al sur, la que usted encontró en Montségur.

Fascinada, Von Essling contemplaba ese símbolo que semejaba a una serpiente a punto de engullir sus propios anillos.

—Con cada nueva esvástica, Alemania progresa como una ola inexorable. Primero Europa, muy pronto Rusia...

—¿Cree que esos objetos tienen realmente el poder de ganar la guerra? —inquirió Erika.

—¿Recuerda la sala del fuego perpetuo durante su primera visita a Wewelsburg?

Incómoda, Erika asintió en silencio. Prefería no hablar de ello. Los lacerantes aullidos del prisionero quemado vivo aún resonaban en sus oídos.

—En el Tíbet, en Montségur... En todos los lugares en donde las cruces fueron depositadas, pudieron conservar su poder solo porque eran los receptáculos de los peores sufrimientos humanos.

«El prado de los quemados», pensó la arqueóloga, ese lugar maldito donde centenares de víctimas habían perecido en una pira digna del infierno.

—Pero con el tiempo su poder se va debilitando, y por eso es necesario recargarlas de energía.

—¿Y qué pretende hacer?

—Le veo una expresión sorprendida. Y, sin embargo, ha sido la arqueología la que nos ha revelado esas tumbas de reyes que se hacían sepultar con los sirvientes que mataban para la ocasión.

—¡Un rito bárbaro!

—No, un saber ancestral perdido. El de la raza suprema que no puede vivir y fortalecerse salvo inmolando todo aquello que le es inferior. Contemple bien la cruz que trajo de Montségur. Siete siglos han transcurrido desde que no ha recibido su cuota de sacrificios. Tiene sed de dolor.

Bajo sus pies, una puerta se abrió. Dos guardias penetraron en la cripta acarreando a un joven desnudo atado a una silla. Lo colocaron delante del foso central, y luego otro guardia apareció empujando a punta de metralleta a una mujer, también desnuda.

—Dos militantes comunistas —anunció el Reichsführer—, unos fanáticos. Irrecuperables.

—¿Son amantes? —interrogó Erika mientras la mujer se lanzaba al cuello de su compañero prisionero.

—Así es.

Un soldado la arrancó de su abrazo, ordenándola que permaneciera de pie a un metro del foso.

—¿Sabía que los etnólogos del Ahnenerbe han encontrado una constante en los sacrificios humanos de las grandes civilizaciones?

Erika negó con la cabeza. Delante de la joven comunista, el SS acababa de extraer una daga que entregó a la mujer mientras la amenazaba con su Luger.

—Las víctimas eran todas voluntarias. Por ese motivo no podemos disparar a esta pareja, será uno de ellos quien decida morir o matar.

—Pero no tienen ninguna razón.

Himmler los observó como si no fueran más que cobayas de un experimento de laboratorio.

—¡Sí, el amor! Ese sentimiento despreciable... El soldado le está proponiendo a la mujer la elección siguiente: o bien ejecuta ella misma al hombre al que ama y se salva, o, si se niega a hacerlo, será violada y luego torturada hasta morir ante los ojos de su compañero. Tiene diez segundos para tomar la decisión.

—Eso es innoble —murmuró Erika.

—No mencione la nobleza —respondió Himmler—, no hay ningún sadismo por mi parte. Para mí no son seres humanos, y por tanto no veo dónde se encuentra el problema moral...

Petrificada, Von Essling contempló a la mujer tomar la daga y aferrarla en su mano. Estaba llorando y se estremecía, incapaz de moverse. El SS se acercó a ella y le puso la pistola en la sien.

—El guardia está contando los segundos —comentó Himmler con voz neutra—. Imagine lo que pasará por la mente de esa mujer... Está desgarrada entre dos elecciones incompatibles.

La desafortunada se acercó a su compañero y blandió el puñal frente a él. El hombre parecía alentarla.

Erika lanzó una mirada de soslayo a Himmler. El hombre de las finas gafas parecía hipnotizado por el espectáculo. Su labio superior temblaba.

De pronto, la desafortunada volvió la daga contra sí misma y se la clavó en el pecho. Osciló durante algunos segundos y luego su cuerpo se desplomó sobre la esvástica. Para estupefacción de Erika, el Reichsführer emitió una pequeña risa de satisfacción.

—Exactamente como nosotros preveíamos. Ha sido incapaz de decidir y ha preferido suicidarse. Esa es la prueba de su pertenencia a una raza inferior. Qué debilidad de carácter, pero al menos su muerte nos ha sido útil. Ah, esto aún no ha terminado.

El guardia arrastró el cuerpo de la mujer por el suelo y lo lanzó a la fosa circular. Luego, ayudado por otro guardia que acababa de llegar, tomaron al hombre de la silla y lo arrojaron también a él.

—Lo ve, no soy un monstruo. Él morirá al lado de su amada. De hambre y de sed.

Los guardias volvieron a colocar la losa sobre el agujero.

Erika no se movió, petrificada por la barbarie del acto que acababa de presenciar. No era una casualidad que Himmler la hubiera convidado a esa atrocidad. La estaba poniendo a prueba. Si manifestaba el más mínimo signo de repulsión, eso significaría firmar su sentencia de muerte. Pero había algo más que le desagradaba, y ese algo malsano estaba agazapado en lo más profundo de su ser. Se había sentido profundamente impactada por esa esvástica que se nutría de sangre. Ya no era una serpiente enroscada sobre sí

misma lo que percibía, sino una bestia. Una bestia salida de las tinieblas que había fascinado a todas las mitologías, esa bestia que había que alimentar sin cesar...

—¿Frau Von Essling?

El tono interrogante de Himmler la sacó bruscamente de su ensimismamiento.

—Discúlpeme, Reichsführer, he tenido un momento de distracción.

—De fascinación, más bien. Todos aquellos que han visto las esvásticas sagradas conocen esa sensación. ¿Se imagina lo que sucederá cuando las cuatro estén aquí?

La arqueóloga clavó su mirada en las dos cruces aún vacías. Se sintió presa del vértigo.

—La buena noticia es que a partir de ahora no será Weistort quien las encuentre, sino usted.



*Costa mediterránea*

*Mayo de 1941*

Una luna ascendente relucía por encima de la cala, difundiendo una leve claridad en la costa y sus alrededores. Las olas rompían suavemente en la orilla, una tras otra, con regularidad de metrónomo. La minúscula playa estaba cubierta por algas negras y malolientes que trepaban en montones compactos contra las destartaladas casetas de madera, tristes vestigios de la floreciente actividad balnearia anterior a la guerra.

Sentado en un pontón en desuso empotrado en la rocalla, Malorley colocó el morral entre sus piernas y consultó el reloj con aprensión. Luego recuperó sus prismáticos para escrutar las olas oscuras. Nada. Ni una luz. Solo el Mediterráneo hasta donde se perdía la vista, tan en calma y tan desesperantemente vacío. Se enfureció, era demasiado estúpido. ¡Haber salido indemne para ahora encontrarse abandonado en esa playa! El viaje desde Montségur había sido duro, pero relativamente corto, habida cuenta de los atajos tomados para evitar los controles eventuales de los gendarmes. Habían dejado el Ariège una hora después de escapar del castillo, y luego el camión se había adentrado en los Pirineos Orientales por la carretera de Prades. El conductor había preferido rodear Perpiñán por carreteras medio devastadas y apresurarse hasta llegar a una cala recoleta cerca de Colliure. Malorley apenas había abierto la boca en todo el trayecto, atormentado por la última visión de Jane en el prado.

—¿Todavía nada? —preguntó Laure, apoyada contra la puerta de una garita medio desfondada.

—Tritón amarillo se hace esperar —murmuró el jefe del SOE—. Dos horas de retraso.

—«Tritón amarillo.» Otra vez un nombre en clave ridículo inventado por Radio Londres —ironizó el Cebolla, atareado con un pequeño bote atado a una argolla oxidada mientras que su camarada del gorro depositaba un par de remos en el pontón.

—«Tritón» corresponde a los modelos de los submarinos de la armada. El color indica el tipo de misión, en este caso de recogida.

—En una hora amanecerá, no vamos a poder quedarnos aquí mucho más —farfulló el español—. Tendremos que dirigirnos al interior, a la zona de Montauriol, para escondernos.

Laure d'Estillac se acercó al agente del SOE.

—¿Qué tal va su tobillo?

—¡De maravilla! —exclamó con tono forzosamente alegre—. Lo he entablillado con dos trozos de madera de una caja. Ya puedo entrenarme para los próximos Juegos Olímpicos.

Uno de los guerrilleros comenzó a cantar una especie de balada. Las palabras se esfumaron bajo la luna.

—Cállate, coño —espetó el Cebolla a su camarada—. ¡Nos van a descubrir!

—Eso que cantas es catalán, ¿no? —preguntó Laure.

—Sí...

—¿Qué dice la letra?

El conductor sonrió en la penumbra.

—No sé si debo traducirla delante de una señorita...

—No pasa nada, ya soy mayor...

El español señaló con el dedo unos puntos de luz que brillaban en una colina a su derecha.

—¿Ven eso de ahí, el pueblo? Es Colliure. La canción habla de él, o más bien del castillo que lo domina. La traducción sería: «Allí, en lo alto de la colina, está el Colliure de los cojones, plagado de gendarmes que te hacen doblar los riñones...».

La joven negó con la cabeza.

—No entiendo nada.

—Lo llaman el «castillo real». Allí pasamos cinco meses justo después de nuestra llegada a Francia en 1939. Y puedo asegurar que no hay nada de real en su hospitalidad. Es una auténtica prisión, donde nos hacinaron como si fuéramos ganado. Y de menú, trabajos forzados, palos y racionamiento. Cuatro de mis camaradas murieron de agotamiento.

Malorley aguzaba el oído mientras continuaba observando el mar.

—Creía que Francia por esa época era su aliada.

—Una aliada muy extraña. Nos abrió las fronteras para escapar de Franco, pero no era cuestión de dejar en libertad a un ejército derrotado con su cortejo de familias atemorizadas. Nos metieron en corrales donde nuestra suerte dependía de la humanidad de sus comandantes. En Colliure no hubo suerte, mandaba el capitán Raulet. Un legionario, admirador del caudillo.

—Un hijo de puta —espetó el guerrillero.

El Cebolla dio una palmadita en la espalda de su camarada.

—Mis compañeros y yo nos escapamos de ese infierno para refugiarnos en el Ariège. Volver a este lugar me pone nervioso. Por más que mi país esté a pocos kilómetros yo...

—Ahí está —interrumpió Malorley—. ¡El submarino acaba de llegar!

Laure y los dos españoles volvieron la cabeza en la dirección indicada por el inglés.

Entre las oscuras olas, a bastante distancia de la orilla, una luz amarilla parpadeaba a intervalos regulares. Malorley agarró su morral y luego balanceó la linterna, y envió un breve mensaje en morse para indicar su presencia.

—¡Allá vamos! —gritó el Cebolla—. ¡El paquebote está listo!

Los dos españoles se hicieron cargo de los remos mientras el inglés y la francesa se sentaban delante. Remaron como condenados emitiendo unos gritos sordos. Hicieron falta diez minutos para que la barca alcanzara el punto de encuentro.

Frente a ellos se silueteaba una forma alargada, negra y afilada que oscilaba en las aguas tenebrosas. De proa a popa debía de medir casi cien metros de largo, calculó Malorley, impresionado. Ya había visto un modelo igual en los muelles de Portsmouth antes del comienzo de la guerra. Una auténtica bestia depredadora. En medio de la estructura se erguía la torreta coronada por una antena. De pie en la estrecha pasarela circular, un hombre con un grueso jersey de cuello vuelto azul marino inspeccionaba los alrededores con sus prismáticos. Más abajo, en el puente, tres marineros situados junto a un cañón de 102 milímetros atornillado al suelo metálico les hacían señales para alentar a los ocupantes del bote.

El esquife alcanzó cabeceando el flanco del depredador de acero. El Cebolla lanzó una cuerda a uno de los marineros que la atrapó al vuelo. El bote se estabilizó de golpe.

—¡Creíamos que no llegarían nunca! —dijo Malorley.

—¡Nosotros también! —respondió el suboficial, que anudó la cuerda a un punto de amarre—. Al salir de la isla de Malta tuvimos pegados a dos submarinos U-Boot, y fue necesario zigzaguear para despistarlos. ¡Suban!

—Dos segundos, marinero, debemos despedirnos de nuestros amigos.

Malorley y Laure se volvieron hacia el español.

—Si tiene noticias de Jane, envíeme un mensaje por radio —dijo el inglés con voz tensa.

El español le contempló con tristeza.

—No debe esperar nada, señor, ya le he explicado que mi camarada no pudo reunirse con ella en el prado.

—¡Nunca se sabe, prométamelo!

—Sí... A cambio, hágame también una promesa.

—Eso depende. ¿Cuál?

—Inglés, si por suerte algún día su país consigue vencer a los nazis, le dirá a Churchill que nuestra verdadera lucha no ha hecho más que comenzar. Volveremos a España para expulsar a Franco. Y será necesario que Inglaterra nos ayude.

Malorley estrechó durante un buen rato la mano del guerrillero.

—¿Y poner a los anarquistas en su lugar? No estoy seguro de que nuestro primer ministro lo vea con buenos ojos. Pero le prometo que le trasladaré el mensaje.

—Dense prisa —exclamó el oficial desde lo alto de su torreta—. No podemos demorarnos en estos parajes. Nos han informado de la presencia de un patrullero de la marina francesa del lado de Port-Vendres.

Mientras Malorley saltaba al casco, ayudado por un marino, el español cogió a Laure por los hombros.

—¡Señorita, su padre era un auténtico cabrón!

—¿Cómo dice? —replicó la joven, atónita.

—Un cabrón aristócrata, pero con unos cojones así de grandes —dijo agitando las manos como si sopesara unos cocos—. Ha sido un honor combatir a su lado. Espero que usted sea digna de él y continúe la lucha en su lugar.

Emocionada, Laure le devolvió el abrazo, y luego se subió al submarino

izada por dos marineros.

Soltaron el amarre y el bote comenzó a alejarse del sumergible.

—¡Haré todo lo posible! —gritó Laure al español, que había retomado los remos.

El agente del SOE observó cómo el esquife desaparecía en la noche. Un sentimiento de profunda compasión se apoderó de él. Esos hombres, a los que probablemente no volvería a ver nunca, regresaban para luchar en un país hostil, motivados únicamente por una absurda esperanza: prepararse para una nueva guerra en otra tierra. Su propia tierra. La que les había rechazado y no quería saber nada de ellos.

Malorley y Laure echaron un último vistazo a la silueta del bote y luego se volvieron hacia la torreta.

De pronto una sirena sonó en la noche.

Detrás del espolón rocoso que bordeaba la cala surgió la proa de una masa negra coronada por un enorme reflector.

—¡Nave a la vista! —bramó el oficial de guardia.

Apenas había sonado la alerta cuando un cañonazo, procedente del misterioso navío, resonó en el aire. Una fuerte explosión a una centena de metros del submarino levantó un inmenso chorro de agua salada que les empapó como una lluvia tropical.

—Marina nacional, primer aviso —atronó un megáfono en la noche—. ¡Apaguen el motor para inspección a bordo!

El haz del reflector del barco recorría las olas a toda velocidad en su dirección.

—¡Inmersión! —gritó el oficial de guardia en su micrófono, y luego se dio la vuelta hacia Malorley y Jane, empapados hasta los huesos—. ¡Espabilen o les arrojamos por la borda!

Un timbre estridente surgió de las entrañas del sumergible.

Los recién llegados penetraron por la abertura y descendieron por una escalerilla de hierro. Aterrizaron en el puesto de mando del barco, abarrotado de marinos que corrían ajetreados en todas direcciones. El oficial se deslizó detrás de ellos e hizo girar a toda velocidad la rueda de la escotilla. Un fuerte olor a aceite de engrasar y sudor acre impregnaba la hermética atmósfera.

—Inmersión a treinta metros —gritó el oficial, y luego se volvió hacia la pareja—: agárrense a las correas de cuero, vamos a cabecear.

El capitán había bajado el eje central del periscopio y lo giraba en todos los ángulos con el ojo derecho pegado al ocular.

—Un patrullero costero. No es cosa de caer en sus manos, no nos harán ningún regalo después de Mers el-Kebir.[24] ¡Inclinación máxima, teniente!

Su ayudante pulsó un grueso botón rojo.

Una nueva deflagración hizo temblar todo el casco y la nave se inclinó a estribor. Malorley y Laure se agarraron justo a tiempo a las correas que pendían del techo de hierro. En un movimiento de coordinación perfecta, los hombres de la tripulación iniciaron un ballet mecánico, bajo la mirada atenta de Laure, que se preguntaba cómo podían manejarse en medio de ese bosque de válvulas, palancas, indicadores y esferas de toda clase.

—Trace la ruta a 160 —ordenó el comandante al oficial navegador, que hizo girar un compás y una escuadra en una carta marina pegada a la pared.

De pronto el suelo se inclinó hacia delante. Malorley sintió una súbita náusea que le hizo tambalearse. En un acto reflejo, estrechó rápidamente su morral contra sí. El oficial del cuello vuelto le sostuvo sin parecer afectado por el cabeceo incesante.

—He faltado a todas mis obligaciones. Soy el teniente comandante Richard Peacock, bienvenido a bordo del *Tetrarch*. A partir de ahora están en territorio inglés. Al menos por el momento, si ese maldito patrullero no nos dispara granadas submarinas.

—No puede imaginar hasta qué punto me complace encontrarme en la madre patria —respondió Malorley, que se bamboleaba como una marioneta agarrada a hilos invisibles. ¿Cuál es nuestra ruta?

—Dirección Gibraltar, evitando a los italianos que controlan todo el sector entre las Baleares y la península Ibérica.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar?

—Unas diez horas si todo va bien. A continuación tomarán un avión para Londres, vía Lisboa. Si no hay ningún contratiempo estarán en Piccadilly Circus en dos días.

Un nuevo rugido se propagó a través de las paredes de acero. Esta vez el baile fue en el otro sentido. Aquello vibraba por todas partes. Un chorro de agua brotó de un tubo ondulado por encima de sus cabezas sin que el comandante se sobresaltara. Un marinero se precipitó sobre la fuga con un trapo y una llave inglesa.

Laure lanzó una mirada inquieta a Malorley, que no protestaba pero que tampoco parecía encontrarse cómodo.

—Voy a tener bastante trabajo en las horas venideras —prosiguió el comandante con aire preocupado cuando se volvió hacia los agentes del SOE—. No se lo tomen a mal, pero me están estorbando. Aprovechen para ir a descansar a mi camarote, hay dos literas.

—Gracias, creo que podría desmayarme por el agotamiento —dijo Laure con tono cansado.

—Debe disculpar la falta de espacio, señorita —respondió Peacock—. Esta ballena es larga como tres canchas de tenis, pero sus entrañas están ocupadas por motores, baterías y sistemas de armamento. El hombre no es más que un invitado en este tipo de construcción. Aquí, la comodidad es tan poco importante como una barra de labios para un almirante de la marina.

Dio varias indicaciones más a un contraamaestre que controlaba un



manómetro tan grande como un reloj de pared. Este abandonó su puesto y les hizo una señal para que le siguieran. O más bien para que descendieran, pues el Tritón continuaba su inmersión hacia las profundidades.

Atravesaron distintos compartimentos con paredes tapizadas por redes inextricables de cables y tuberías de todos los tamaños. A medida que avanzaban, el ronroneo de los motores diésel se transformó en una vibración sorda y poderosa. Como la respiración de un animal gigantesco.

Por fin llegaron ante el minúsculo camarote del comandante que lindaba con el comedor de oficiales. Dos literas superpuestas se hacinaban contra una mesilla de noche y una silla de hierro atornilladas al suelo.

—Nos volveremos a ver dos horas antes de nuestra llegada —indicó el contramaestre con voz afable—. Si no nos hundimos antes ...

Hizo una inclinación con la cabeza y desapareció en las entrañas de la nave.

Un atronador sonido mucho más fuerte que el anterior les hizo deslizarse contra la pared que les separaba del comedor. Un crujido siniestro se propagó a su alrededor como si la nave se estuviera retorciendo sobre sí misma. Malorley lanzó una mirada inquieta a Laure, esperando que no fuera a sufrir una nueva crisis nerviosa.

—Espero que no sea claustrofóbica...

—Si la pregunta es: ¿Va a echarse a llorar como en Montségur?, la respuesta es no. Aunque tampoco es que esté muy tranquila. Morir ahogada en este ataúd de acero me aterroriza.

El submarino recuperó la posición horizontal. Laure se encaramó a la litera de arriba mientras Malorley se sentaba en la de abajo. El agente posó con precaución su morral al lado de la almohada y se tendió todo lo largo con los pies sobresaliendo y preguntándose si la cama no tendría unas correas para impedir que basculara.

La voz de Laure le previno desde la litera de arriba.

—Por cierto, le prometió a mi padre que se ocuparía de mí.

—Y voy a cumplirlo. Está sana y salva. Y cada hora que pasa se aleja de los nazis.

—Es algo más que eso. Quiero volver a mi país, esta vez como combatiente. Quiero vengar a mi padre.

—No sé si...

—Usted ha perdido a Jane, ella se ha sacrificado. Yo ocuparé su lugar. Así estaremos en paz.

Malorley cruzó los brazos bajo su cabeza.

—Nunca lo conseguirá, el entrenamiento es implacable, suelen eliminar al noventa por ciento de los solicitantes y las oportunidades de sobrevivir de los agentes enviados al terreno son ínfimas. En cambio, puedo ocuparme de encontrarle un puesto en nuestros servicios. Tiene un perfil que...

La joven dio un salto desde su litera para arrodillarse a su altura.

—Ni secretaria ni enfermera, o regresaré a Francia en el primer barco de pesca.

Él bostezo largamente para desanimarla, pero ella no se movió y continuó mirándole con expresión resuelta.

—Bueno, estudiaré el asunto a nuestra llegada a Londres —terminó por contestar a regañadientes.

—¿Tengo su palabra?

—Sí, y también la de los otros, como decía Pétain.

Satisfecha, ella trepó de nuevo a su cama.

Malorley sintió que la fatiga se apoderaba de él. El rostro de Jane danzaba ante sus ojos enrojecidos.

El balance de la misión en pérdidas humanas era terrible. Había perdido prácticamente a todo su comando, sin contar a D'Estillac. Si al menos

Churchill le hubiera dado más hombres, habría podido evitar toda esa carnicería.

—Malorley...

El inglés sintió que la rabia le invadía.

—Tengo sueño.

—Ese tal Tristan, el colaboracionista que trabajaba para los alemanes...

—Sí... Una pena que no pudiese liquidarlo en la gruta —replicó Malorley—. Detesto a los franceses que mancillan su bandera.

La voz de Laure se volvió más titubeante. Evocó su rostro cuando él había ido a buscarla a la mansión.

—En la caverna nos dejó marchar cuando podría perfectamente habernos entregado a los alemanes.

—Sí, ya me di cuenta. Pero por su culpa los nazis se lo han llevado todo.

—Sin embargo, tenía una expresión extraña en su cara, ¿no? Como si quisiera decirnos algo.

El oficial del SOE prefirió no responder y se deslizó bajo la manta de lana recia con el escudo de la marina impreso.

—¡Quién sabe, tal vez incluso entre la basura subsiste a veces un fondo de humanidad! Buenas noches.

Sin esperar respuesta, apagó la luz. El camarote se sumió en la oscuridad, tan solo un pequeño piloto rojo brillaba en el techo.

Otro rugido resonó, el casco del Tritón protestó de nuevo.

Malorley se acurrucó con la espalda pegada a la pared de metal. Saber que unos pocos centímetros de hierro le separaban de millones de toneladas de agua helada le aterrorizaba.

Se sumió en un sueño sombrío y abisal.

*Berlín*

*Prinz-Albretch Strasse 8*

*Mayo de 1941*

El edificio alto y enorme que albergaba la sede de la Geheime Staatspolizei, la Gestapo, no había sido siempre sinónimo de miedo y crueldad. Antes de abril de 1933 era un magnífico museo de artes decorativas al que los berlineses acudían para descubrir una vasta colección de obras de arte famosa en toda Europa. Pero desde la llegada al poder de Hitler, las salas de exposición habían sido transformadas en salas de tortura, los suntuosos vestidos de encaje de las elegantes damas del siglo XIX habían sido reemplazados por abrigo de cuero negro y los cuadernos de bocetos de los artistas habían dado paso a los registros de los prisioneros martirizados.

La Gestapo se había convertido, a lo largo de los años, en un organismo tentacular y burocrático temible. Bajo la responsabilidad suprema de Himmler, un ejército de agentes competentes y devotos, con quince mil ochocientos oficiales, trabajaba sin descanso para aniquilar a los innumerables enemigos del Reich: comunistas, judíos, liberales, demócratas, católicos y protestantes recalcitrantes, miembros de la Resistencia... En resumen, todos aquellos que no compartían la fe en el nacionalsocialismo triunfante. Y había muchos. Para conseguir llevar a cabo esa tarea colosal ejercían un montón de oficios: policía, espía, contable, especialista en interrogatorios, secretario, estadista, conductor, descifrador de códigos. Había

incluso médicos y enfermeros contratados para asegurar la supervivencia de los prisioneros interrogados en los siniestros sótanos.

Si bien el número 8 de Prinz-Albrecht Strasse no podía albergar a ese ejército de funcionarios de la Gestapo diseminado a lo largo de Alemania y la Europa ocupada, sí presentaba la particularidad de alojar a la vez las direcciones administrativas y los servicios de represión. Los chupatintas y los verdugos se codeaban cada mediodía en la cantina con toda naturalidad...

Detenido en una celda situada en la cuarta planta del edificio, Tristan se preguntaba qué hacía allí, respondiendo desde hacía horas a las preguntas de un policía. Estaba agotado y al borde del ataque de nervios. Aquello no era en absoluto la acogida que esperaba tras su llegada a Berlín.

—¿Y esa joven? —preguntó con voz suave el policía sentado frente a él—. Esa tal Laure d'Estillac. Veo por el informe que su padre era responsable de una red de Resistencia compuesta por una banda de peligrosos comunistas españoles.

El oficial juntaba las sílabas vacilando sobre cómo unir las, pero, por lo demás, su francés era perfectamente comprensible. Incluso hablaba en un tono que parecía cortés. Como si se sintiera avergonzado por repetir las mismas preguntas sin cesar.

—Por enésima vez —se irritó Tristan—, yo no la conocía. Ni a ella ni a los miembros del comando.

Se masajeó las sienes con gesto molesto. Desde su arresto en la habitación del hotel, un insidioso dolor de cabeza se negaba a abandonarle. Ahora hacía ya casi veinticuatro horas que se pudría en esa celda de categoría superior: ocho metros cuadrados con catre, colchón y aseo. En comparación con el calabozo de Barcelona, era lujosa. Incluso le habían suministrado dos comidas calientes desde su llegada. Cualquiera creería que la siniestra reputación de las cárceles nazis era totalmente inmerecida.

Alzó los ojos hacia el policía, que no cesaba de retorcer el expediente posado sobre la mesa de hierro dispuesta para su interrogatorio. De unos sesenta años, rostro marcado y congestionado y rasgos duros, no daba el perfil del ario ideal. El comisario Drexler se había presentado muy educadamente, demasiado quizá, y no había dejado de bombardearle con preguntas desde hacía más de tres horas.

—Es irritante, la verdad... usted la dejó escapar... —dijo juntando los dedos como si fuera a rezar. Ahora su aspecto le recordó al de un obeso sacerdote de pueblo.

Tristan golpeó la mesa con el puño.

—Yo no soy como ustedes los de la Gestapo, yo no asesino a gente desconocida.

—¿Quién le ha dicho que yo asesino a la gente? —respondió el policía con tono tranquilo—. Soy comisario de la Kripo, no de la Gestapo. Mi trabajo consiste en acorralar a criminales de todo tipo. Estoy echando una mano a mis colegas con su expediente.

El oficial sacó un paquete de cigarrillos de su bolsillo y encendió uno.

—No soy ningún malhechor, estoy tratando de explicarle que ayudé al coronel Weistort en una misión estratégica para el Reich. ¡Por Dios! ¿Cuánto tiempo voy a permanecer aquí? —explotó Tristan levantándose de un salto.

El policía se encogió de hombros.

—Siéntese... El tiempo que haga falta, amigo mío. ¿Sabe por qué me han llamado para que le interrogue personalmente con urgencia, además del hecho de que pocos de los mandos de mi departamento dominan su lengua?

—No lo sé, ¿una pasión oculta por la arqueología?

—Nada de eso, el Violinista me aprecia por una razón muy concreta.

—¿El Violinista? ¿Acaso usted también forma parte de la orquesta sinfónica de Berlín? —ironizó Tristan.

El policía se inclinó por encima de la mesa.

—Es uno de los sobrenombres del Obergruppenführer Reynhardt Heydrich, director de la RSHA[25] y brazo derecho de Himmler. Un virtuoso del arco, entre otras cualidades...

El policía hundió su mirada en la de Tristan, y añadió con tono desprovisto de toda animosidad:

—Soy el mejor detectando mentirosos.

Tristan no parpadeó, y dejó que unos largos segundos transcurrieran en silencio.

El policía continuó con tono tranquilo:

—En mi larga carrera, he metido entre rejas a más de un millar de delincuentes. A menudo suelo echar una mano a mis colegas de la Gestapo, gente eficaz, pero no demasiado ducha en psicología. Basta con descender a los sótanos de este edificio para darse cuenta de ello.

—No dudo de sus palabras —replicó Tristan—. Estos últimos días han sido agotadores, preferiría una estancia en una ciudad termal para recuperar la salud. Por lo que parece, Alemania se ha vuelto toda una especialista. Con sus campos de prisioneros, naturalmente...

Las cejas del policía temblaron.

—No le aconsejo tomárselo a broma. Conmigo puede pasar, pero no con mis colegas. Y su pasado durante la guerra de España no juega a su favor. Reconozca que es bastante curioso que el comando del castillo estuviera compuesto por antiguos republicanos.

—Yo estaba en el bando de los malos, ¿de acuerdo? En cuanto a esos tipos, no los conocía. Y como he señalado, al coronel Weistort no le importaba nada mi pasado.

El policía volvió a hundir su nariz en el expediente.

—Sí, pero no está aquí para testimoniar en su favor. Lamentablemente.

—Demonios, llame a Erika von Essling, ella le confirmará mi declaración.

El comisario Drexler le observó durante un momento sin decir nada, y luego cerró los ojos antes de continuar:

—Usted no siente ninguna simpatía especial por el nacionalsocialismo y Alemania, así está indicado en el informe y anotado por el coronel Weistort en persona. ¿Cuáles son sus verdaderos motivos?

—Sobrevivir. ¡Se lo repito por trigésima vez! Sobrevivir. Mi país, Francia, ha sido vencido, e Inglaterra está de rodillas, detesto a Stalin y a sus camaradas, y Alemania vuela de victoria en victoria. Si quiere le hago un dibujo. Me he colocado del lado del vencedor. Es algo que está muy de moda ahora mismo en los países ocupados.

—Lo que más me gusta de usted es que es un idealista.

—Prefiero dejar el idealismo a los revolucionarios, a los patriotas y a los imbéciles.

El comisario se rascó su ancho mentón, luego se levantó pesadamente y tomó el dossier de Tristan.

—Muchas gracias por su colaboración. Voy a serle franco, solo me ha convencido a medias. Aún quedan demasiadas zonas oscuras. Un policía detesta la oscuridad, le gusta el día, la claridad, el sol... La luz cegadora de la verdad.

—Me aflige no haberle podido deslumbrar —refunfuñó el francés—. ¿Qué viene a continuación?

Drexler soltó un suspiro.

—Voy a llamar inmediatamente al Violinista y hacerle partícipe de mis impresiones. A partir de ahí, solo caben dos opciones: o bien regreso para continuar nuestra pequeña conversación y disolvemos esas pequeñas nubes negras que oscurecen el horizonte, que para usted es la solución más favorable, o bien él decide confiarlo a manos de la Gestapo y entonces tendrá



que visitar sus celdas... subterráneas. O tal vez le sacarán fuera de la ciudad para ejecutarle en algún bosque vecino. He visto pasar alguna circular en ese sentido, la gestión de los cadáveres aquí se está convirtiendo en un auténtico quebradero de cabeza...

Tristan notó que su garganta se secaba. Drexler golpeó la puerta y se volvió en su dirección.

—Me marcho a comer. ¿Quiere que le sirvamos algo?

—No estoy seguro de tener apetito después de lo que acaba de contarme.

La puerta se abrió, el comisario salió al pasillo y soltó con voz casi calurosa:

—Tienen un delicioso filete empanado con champiñones en la cantina de los oficiales. Yo en su lugar aceptaría, tal vez sea su última comida de verdad.

—¡Métsela por donde le quepa! —gritó el prisionero lanzando una silla en su dirección.

Esta se estrelló contra la puerta de hierro justo en el momento en que se cerraba.

Tristan se acercó a la ventana para calmar su angustia. Unos densos cúmulos desfilaban a toda velocidad en el cielo azulado por encima de la ciudad. El viento golpeaba con fuerza los cristales emplomados. Tenía la impresión de que en cualquier momento iban a estallar. Como él.

¿Cuánto tiempo hacía que no gozaba de un instante de serenidad en su corta vida? La última vez fue cuando se escondió en Cataluña, pero eso tampoco había durado demasiado. Dejó vagar su mirada por las fachadas de los edificios que tenía enfrente. Tras sus ventanas había hombres, mujeres, niños... Todos muy arios, evidentemente, y dispuestos a obedecer sin vacilar a su amado Führer. Por la noche volverían a reunirse en familia, cenando y

bromeando. Los despreciaba y, a la vez, los envidiaba. Hacía mucho tiempo que él había escogido otra vía muy solitaria.

Y ahora ese camino quizá iba a detenerse brutalmente. La imagen de los SS degollados por los españoles en el castillo regresó a su memoria. Incluso esos cabrones debían de tener parientes que llorarían a sus muertos.

Pero a él nadie le lloraría.

Había jugado demasiado con su suerte.

Cuanto más reflexionaba sobre las últimas palabras amenazadoras del policía alemán, más claro lo veía. No le había convencido de su buena fe. Y, por tanto, su próximo destino sería el subsuelo...

La idea de ser torturado le paralizaba. Morir sí, eso formaba parte de la opción de vida que había escogido. Pero que le mutilaran, laceraran, desollaran, quemaran...

Permaneció más de diez minutos con la mirada levantada hacia el cielo. La huida era inconcebible, debía de haber al menos varios centenares de policías en aquel colosal edificio. Sus posibilidades de salir con vida eran las de un gusano de tierra en una pajarera.

Bajó la mirada al patio adoquinado, cuatro plantas más abajo. Una tercera solución se perfiló. Una solución no prevista por el policía. La caída libre. A esa altura, no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir.

Tristan pasó un índice sobre la masilla agrietada entre la pared y la ventana. Despegarla no sería un problema, en cambio, los barrotes parecían demasiado difíciles de arrancar. Imposible arrojar al patio. Regresó al centro de la celda y empezó a reflexionar a toda velocidad. No poseía ningún objeto punzante para abrirse las venas y, aunque ese fuera el caso, eso exigía horas antes de morir.

Se sacó los zapatos y los examinó. No tenía cordones, se los habían quitado antes de encarcelarlo.

De pronto un ruido de botas resonó en el pasillo.

¿Kripo o Gestapo?

Unas exclamaciones guturales surgieron al otro lado de la puerta. No era la voz de Drexler.

Con el cerebro en llamas, agarró la silla apretándola entre sus manos. Un arma irrisoria, pero no se lo llevarían tan fácilmente.

La puerta se abrió con un chirrido siniestro. Dos hombres aparecieron entre un chorro de luz blanca. Llevaban abrigos de cuero negro.

Tristan lo supo de inmediato.

*Afuera de Berlín*

*Mayo de 1941*

En un instante, Tristan se vio arrastrado por los pasillos, desiertos de los carceleros habituales. Al pasar se tropezó con una reja: no le había dado tiempo a calzarse adecuadamente los zapatos.

—Por ahí.

Descendieron por una escalera de metal que debía de hacer años que no se usaba. En cada rellano, una lamparita chisporroteaba penosamente.

—A la derecha.

Tristan salió a un estrecho patio abarrotado de basura. Se le hizo un nudo en la garganta por el fuerte olor a almizcle. Ratas. Una puerta de madera obstruida por una tranca metálica surgió de golpe cuando la iluminó el haz de una linterna. Uno de los hombres la abrió de un tirón.

—Rápido.

Afuera, unos faros encendidos esperaban. Justo antes de arrojarlo a la parte trasera del coche, le pusieron una venda en los ojos. Una mano dio un golpe en la carrocería y el coche arrancó.

*Berlín*

*Sede del Ahnenerbe*

—No se esperaba esto, ¿verdad?

Von Essling vaciló antes de avanzar sobre el césped impecable que llevaba hasta el porche de entrada: cinco columnas dobles de color blanco sustentaban una vasta terraza sobre la que se abrían unas ventanas francesas. La mansión, de una blancura inmaculada, no se parecía en nada a un instituto de investigación.

—No dude en darse una vuelta —añadió Himmler, todo sonrisas bajo su fino bigote.

Por un instante, Erika tuvo la impresión de ser una esposa a la que le hacían visitar su nuevo hogar. Sin embargo, bordeó la fachada, pasó por detrás de las dos últimas columnas y se desvió a un lado. Un pabellón anexo con una zona acristalada rematada en curva se adentraba en el jardín que daba a la fachada trasera. Al levantar la vista, percibió un alto frontón acariciado por las ramas tupidas de un castaño.

—Lo hemos requisado, por supuesto. Antes estaba habitado por una familia de aristócratas. Esos decadentes. Desde entonces es aquí donde se juega el destino del pueblo alemán... Y el suyo.

*Afuera de Berlín*

El coche redujo la velocidad e hizo un nuevo viraje. Con el rostro hundido en el cuero del asiento, Tristan tenía problemas para respirar. Uno de sus guardianes había abierto la ventanilla. El aire frío se filtró bajo su camisa, helándole la epidermis, como un anticipo de la muerte que le esperaba. El vehículo aceleró de nuevo. ¿Cuánto tiempo le quedaba? ¿Una hora? ¿Algo más? Ya había sido ejecutado una vez, pero en esta ocasión no volvería a levantarse. Sabía demasiado. De Montserrat a Montségur, el camino secreto

que había encontrado iba a desaparecer. Y él también. Sin dejar rastro y sin otra historia que una simple imagen en el recuerdo de Lucía o de Laure. En cuanto a Erika... El coche volvió a aminorar la marcha. Percibió el silbido del viento entre las ramas de un árbol. Un bosque, pensó Tristan. En pocos minutos le harían salir y luego caminar.

Sin duda en dirección a uno de esos silenciosos estanques que rodeaban Berlín.

Tal vez ni siquiera hiciera falta una bala, con un saco y unas piedras bastaría.

### *Sede del Ahnenerbe*

Por lo que iba descubriendo Erika, el edificio y sus anexos se dividían en distintos departamentos de investigación, cada uno consagrado a un campo científico concreto. En una de las salas, toda forrada de madera, que daba a la parte trasera de la mansión, unos archiveros clasificaban con sumo cuidado una biblioteca privada que acababa de llegar de Noruega.

—Disponemos de comandos de las SS especializados en la recuperación de documentos preciosos y obras de arte —explicó el Reichsführer—. Allí —indicó un rincón— estudian una petición de uno de nuestros investigadores, especialista en escritura antigua. Están intentando descifrar las inscripciones rúnicas a lo largo del mar del Norte y el mar Báltico. Una búsqueda prioritaria: las runas son el alfabeto sagrado de los germanos.

—¿Una petición? —se asombró Von Essling, que durante toda su carrera de arqueóloga había tenido que rellenar montones de formularios para obtener una pala o un pico suplementario.

—Él necesitaba esta biblioteca, y nosotros se la hemos transferido —

respondió secamente Himmler—. ¿Y si vamos a visitar la sección de arqueología? ¿Conoce usted Carnac?

—Por supuesto, es el santuario megalítico de Bretaña.

—Centenares de menhires alineados —se entusiasmó Himmler—. Un bosque de granito. Y aún no conocemos más que una parte. ¡Observe!

Acababan de entrar en una habitación con paredes de corcho tapizadas de fotografías. En la mayoría de las imágenes podían distinguirse los megalitos recostados en el suelo, que acababan de ser limpiados de su cobertura de líquen y brezo.

—Nuestros investigadores han encontrado decenas de megalitos abatidos y luego hundidos. Nosotros los medimos, establecemos su orientación y después los cartografiamos con precisión.

Erika se inclinó sobre el mapa salpicado de cruces rojas y negras.

—¿Han hallado algún otro resto arqueológico en el lugar? ¿Piedras talladas, fragmentos de cerámica?

—Sí, pero sin importancia —respondió el Reichsführer—. Carnac es ante todo un observatorio astronómico. El más antiguo de Europa.

Von Essling ya había oído hablar de esa teoría, que ninguna investigación había podido confirmar jamás. Himmler golpeó con un dedo una de las fotos:

—Y ahora vamos a demostrarlo.

Se volvió hacia ella sonriendo de nuevo.

—¿Continuamos la visita?

*Berlín*

El coche no se había detenido. Ahora rodaba por una carretera adoquinada de la que Tristan podía notar la vibración característica. Uno de sus guardianes

había posado una mano en su nuca. La velocidad había disminuido y podía oírse el eco del motor resonando entre los muros de las casas. Esta vez, estaban de regreso en Berlín. El francés aguzó el oído para tratar de captar un ruido, una palabra, pero las ventanillas parecían estar cerradas. ¿Le trasladaban quizá a otra prisión? Sus preguntas acabaron ahí. Un brusco frenazo le hizo golpearse contra el asiento trasero. Se oyó un portazo, seguido de la misma voz chillona de la prisión:

—¡Baja!

### *Sede del Ahnenerbe*

Habían subido a la planta donde se encontraba la serie de salones que daban a la terraza. A través de una ventana francesa totalmente abierta, Erika percibió a un hombre de tupida barba que esculpía un busto.

—Le presento al capitán Schäfer —anunció el Reichsführer—. Él fue quien dirigió la expedición al Tíbet. Un héroe de las SS.

El oficial apartó los mechones rubios que le caían sobre la frente mostrando una mirada descolorida, casi blanca. Himmler se inclinó hacia Erika para presentarla:

—Frau Von Essling, la arqueóloga que ha conducido la operación de Montségur.

Schäfer se inclinó a su vez.

—Mis felicitaciones por el éxito de su misión. Una pena lo de Weistort. Estuve con él en el valle de Yarlung, y puedo asegurar que se mostró especialmente eficaz.

—Frau Von Essling va a reemplazar al coronel Weistort a la cabeza del



Ahnenerbe. Algo transitorio. Durante el tiempo que el Oberführer continúe en coma.

Erika frunció el ceño. Aún no había aceptado la oferta del Reichsführer. En cuanto a Schäfer, si aquel nombramiento le sorprendía, no lo demostró. Por el contrario, tomó a Erika por el brazo.

—Durante mi viaje al Tíbet, recogí las medidas faciales de varios centenares de tibetanos y he llegado a la conclusión de que, de hecho, en ese pueblo existen dos tipos de personas diferentes. Por un lado, los campesinos, los nómadas, en resumen, las clases inferiores, descendientes de las invasiones mongolas, y por el otro...

Posó delicadamente una mano en el rostro que estaba esculpiendo.

—... la raza de los amos. La que dirige el Tíbet. Un mentón afilado, pómulos que no sobresalen, frente alta que despeja la mirada... En resumen, arios.

Himmler intervino.

—Esos trabajos van a permitirnos establecer pruebas anatómicas irrefutables de su pertenencia a la raza aria y así preparar una futura selección más rigurosa.

Echó un vistazo a su reloj.

—Mi querido Schäfer, tenemos que dejarle. Debo enseñarle algo esencial a mi querida Erika.

Se alejaron para adentrarse por un pasillo que les llevó a un antiguo oratorio con paredes decoradas con frescos nórdicos e iluminada por vidrieras estampadas con el sello de las SS. En el centro se erigía un altar, protegido por paredes de cristal, en el que estaba depositado un libro con tapas de cuero rojo.

Se aproximaron y Himmler posó su mano en la pared transparente.

—El *Thule Borealis Kulten*. Todo comenzó gracias a él...

Dejó de hablar para quitarse las gafas y limpiarlas meticulosamente. Todo había dejado de tener importancia, como si el mundo entero dependiese de ese simple gesto.

—Aún no me ha dicho si acepta suceder provisionalmente a Weistort.

—¿Ha tenido noticias?

—Se le ha trasladado a un hospital de las SS en las afueras de Berlín. Aún sigue en coma. La necesito para reemplazarle. ¿Y bien?

La joven sabía que ante aquella pregunta solo cabía una respuesta.

—La respuesta es sí.

Himmler volvió a ponerse las gafas y declaró, con una sonrisa:

—Me complace saberlo. Muy pronto será usted quien estudiará este libro. Mientras tanto, sígame, vamos a asistir a una pequeña ceremonia.

Una mano anónima acababa de arrancar a Tristan la venda de los ojos, mientras que otra clavaba el frío cañón de una pistola en su espalda. Estaban en un sotobosque. El francés avanzaba por un sendero de arena que crujía bajo sus pies. En medio del follaje advirtió una brecha a través de la cual se vislumbraba el reluciente césped de un jardín. A medida que se acercaba escoltado por sus dos guardias, pudo distinguir más claramente la fachada de un edificio de dos plantas y la última estaba provista de una extensa terraza. Un frontón, horadado por una ventana circular, parecía vigilar el jardín.

—Más rápido. Le esperan.

Un grupo de SS con uniforme de gala, cascos relucientes, guantes blancos y fusiles al hombro acababa de apostarse delante de la fachada. Instintivamente, Tristan aminoró el paso. Era la segunda vez que se encontraba frente a un pelotón de ejecución. Un oficial caminaba a paso lento sobre la grava examinando con atención armas y uniformes.

Tristan hizo una mueca.

«A diferencia de los españoles, los alemanes mantienen las formas.»

De pronto vio que los soldados y el oficial se ponían firmes. Un hombre con uniforme de las SS surgió por la puerta principal del edificio caminando con paso enérgico.

Un chasquido unánime de tacones resonó para saludar la llegada del oficial superior al patio de honor.

Tristan le reconoció al instante. Era el único dignatario nazi que llevaba gafas.

Himmler en persona se había desplazado expresamente para enviarle a la muerte.

«Qué honor.»

Su corazón se desbocó.

¡Ella!

Erika acababa de hacer su aparición. También iba a asistir al espectáculo. ¿Qué clase de mujer era capaz de acostarse con él la víspera y asistir a su muerte al día siguiente?

Ahucó el torso y estiró el cuello. Su mirada se desvió de los soldados del pelotón para concentrarse en la de Erika. Con desprecio. No pensaba ofrecerle su miedo como regalo...

Himmler se acercó al pelotón e hizo una señal al oficial que dirigía la guardia.

—¿Está todo preparado?

—Sí, Reichsführer.

—Entonces, adelante con la ejecución.

Tristan cerró los ojos. Esta vez no tendría escapatoria, ni posibilidad de remisión. Se tensó instintivamente como si sus músculos contraídos pudieran protegerle del mordisco de las balas.

De golpe, los soldados presentaron armas en el frontón, justo por encima de Erika, se desplegó la bandera de la Alemania nazi.

—¡Música!

Por un ángulo del Instituto surgió una fanfarria con uniforme de gala que tocaba el *Horst Wessel Lied*, el himno del Partido Nazi. Tristan abrió los ojos asombrado. Los fusiles continuaban bajados, y Erika se había colocado justo al lado del jefe de las SS y le miraba sonriente.

Himmler saludó y avanzó hacia Tristan. Con gesto lento, sacó de su bolsillo un estuche de terciopelo negro estampado con una esvástica roja. La música se interrumpió, reemplazada por un redoble de tambor que a Tristan le pareció que duraba una eternidad. Entonces se hizo el silencio. La voz de Himmler se elevó de golpe:

—En nombre de nuestro Führer Adolf Hitler...

Abrió la tapa del estuche y sacó una pequeña cruz de metal pavonada en negro sujeta por un cordón oscuro.

—... le concedo la Cruz de Hierro, por los servicios que ha prestado al Reich...

Tristan sintió que su mente se tambaleaba. ¡No lo iban a ejecutar sino a homenajear! Y con la más prestigiosa medalla atribuida a título militar.

Himmler prendió la condecoración sobre la chaqueta arrugada de Tristan, y añadió con tono amenazador:

—... y por los que va a prestar.

*En alguna parte de Europa  
22 de junio de 1941*

Las dos líneas plateadas ondularon bajo los rayos de la luna hasta desaparecer por la boca abierta de un túnel. Recostada contra el tronco de un abeto, en la linde del bosque que llegaba casi hasta la vía férrea, Laure d'Estillac sintió que su corazón se aceleraba. Apenas quedaban diez minutos antes de la llegada del tren. El tiempo justo para fijar la carga y regresar a su escondite. Se maldijo a sí misma. Media hora, había perdido media hora en aquel extremo del bosque antes de encontrar la entrada al maldito túnel.

A su alrededor la noche estaba tranquila, pero su nerviosismo había alcanzado el punto máximo. Al lado de la entrada del túnel había una especie de garita coronada con un reflector. Todo parecía desierto. Ninguna luz se filtraba desde su interior. Según el plano, se trataba de un puesto de control abandonado por el enemigo. No había tenido tiempo de comprobarlo.

«Me calmo y respiro lentamente.»

Se concentró en los latidos de su corazón tratando de hacer el vacío en su interior. Una técnica aprendida de su instructor durante los cursos de sabotaje de la escuela de instrucción de Glenmore Loch, en Escocia.

Por encima de su cabeza, encaramado a la rama del abeto, un búho o una lechuza, nunca había sabido distinguirlos, ululaba en la noche.

Laure posó su pistola Walther PP6 contra el tronco del árbol y cogió la mochila llena de explosivos. Un escalofrío subió a lo largo de su espalda.

«¿Y si explota?»

«No sé qué hago aquí... Jugando a la Resistencia cuando podría estar tranquilamente en una cama.»

Nuevamente su cerebro comenzaba a embalsarse.

«Déjate de tonterías... Hay que prender la mecha. Respira. Respira.»

Abrió la mochila sin necesidad de luz y tanteó en el interior para verificar que todo estaba en su sitio.

«Carga, detonador, cable, pinza... ¿No he olvidado nada? Eso está bien.»

Satisfecha, dejó en el suelo la caja de pistones para el encendido de la mecha y se colgó la mochila alrededor del cuello.

«Go!»

Su corazón brincó de nuevo. La joven salió a toda velocidad de la linde del bosque. Apenas había una decena de metros hasta la vía. Alcanzó rápidamente el balasto y se tendió frente al punto de unión de dos raíles, ahí donde le habían enseñado a colocar las cargas. Sacó el explosivo y lo adosó contra una traviesa de unión, el talón de Aquiles de las vías férreas. Unos gestos automáticos imposibles de olvidar.

Le sudaban las manos, no conseguía fijar la carga. Los dedos le temblaban. De pronto, el raíl empezó a vibrar.

«¡Mierda! El tren ya está aquí. No me va a dar tiempo. Tendré que largarme.»

Una rabia sorda la invadió. Tenía que conseguirlo. Tragó saliva. No era momento de abandonar.

No pudo evitar echar una mirada rápida hacia el túnel. Había algo amenazador en esa abertura tenebrosa. Como si el tren fuera a surgir de golpe y aplastarla sobre los raíles.

«Cálmate, está a muchos kilómetros.»

Terminó de fijar la carga. Con gesto enérgico, insertó el detonador y anudó

el cordón de encendido eléctrico. En el momento en que se incorporó, la pinza para cortarlo se le cayó de la mochila y golpeó en uno de los raíles emitiendo un ruido metálico.

Soltó una maldición en voz baja y se agachó para recogerla.

De pronto una luz blanca desgarró la noche.

El reflector de la garita se había encendido inundando de claridad la vía férrea.

—*Halt!*

Laure se quedó inmóvil como una estatua.

—*Achtung!*

Un ruido de botas crujió sobre la grava.

«No es posible. El lugar estaba abandonado.»

Tanteó el bolsillo de su chaqueta y se maldijo. ¡La pistola! La había dejado en el bosque.

Una ráfaga de ametralladora brotó súbitamente haciendo volar la tierra a su alrededor.

—*Halt!*

No podía moverse. Jaque mate.

Tres hombres surgieron en su campo de visión. Tres soldados alemanes, con cascos y metralletas apuntándola. Alzó los brazos, contrariada.

—*Ein Sabotage!* —gritó uno de ellos.

—No... Estoy plantando zanahorias —respondió Laure, consciente de la incongruencia de su respuesta.

Uno de ellos se colocó detrás y comenzó a cachearla. Sus manos deslizándose por sus muslos.

Ella permaneció con los brazos en alto y la mirada furiosa.

—Acaso creen que...

No pudo terminar la frase. El soldado la golpeó en la nuca con la culata de

su arma. Se hundió en las tinieblas y se desplomó sobre la vía férrea.

Laure se despertó de golpe, tenía el cráneo dolorido. Abrió los párpados con lentitud.

Una suave luz inundaba la habitación rococó en la que se encontraba. Se enderezó de un salto. Aún seguía ataviada con su chaqueta de combate y sus botines con suelas de caucho.

Un hombre alto, con barba cuidadosamente recortada, estaba de pie contra el dintel de la chimenea. Fumaba una pipa y la observaba con aire curioso.

—Tranquilícese, el dolor desaparecerá en dos días. A mí me golpearon dos veces durante mi etapa de comando en el mismo centro de entrenamiento que el suyo.

La voz le resultaba familiar.

Laure parpadeó varias veces. Y entonces lo reconoció, aunque había cambiado de uniforme.

—¡Comandante!

Malorley se acercó a ella.

—En cambio, el chichón le durará una semana.

—No lo entiendo... El centro de entrenamiento —balbuceó la joven—. ¿Dónde estoy?

—En un hotel, en el centro de Londres. Sus instructores la trajeron aquí. Debe darles las gracias, al menos han tenido el pudor de dejarla con su ropa de combate.

Sonreía mientras limpiaba su pipa.

—Ah, sí, y es una pena, ha suspendido el examen de sabotaje. No comprobó la presencia de los guardias al lado del túnel.

—Perdí mucho tiempo en el bosque.



—Las indicaciones eran falsas precisamente para hacerle perder tiempo. Una prueba clásica, para medir su concentración en situaciones de estrés intenso. Tiempo... Ese es un lujo que uno no puede concederse en tiempos de guerra. Sígame, tenemos que hablar.

Ayudó a la joven a ponerse de pie.

—¿Dónde vamos?

—A mi despacho.

Abandonaron la habitación y atravesaron un largo pasillo cuyas paredes estaban decoradas por colgaduras granates y cuadros con marcos dorados representando las máscaras de la tragedia griega. El suelo estaba cubierto por una gruesa alfombra de buena factura. Tres arañas de cristal difundían una luz suave a medida que avanzaban hacia una puerta situada al fondo del pasillo.

—Veo que en el SOE no se privan de nada, ¿los aloja la reina de Inglaterra? —preguntó Laure con tono incisivo.

—Estamos en la mansión Próspero, un teatro que pertenece a un grupo de amigos.

Malorley se detuvo ante una puerta a la derecha y empujó.

—Entre y siéntese, Laure.

Ella penetró en una habitación rectangular de tamaño medio panelada de madera, donde había dispuesto un escritorio de estilo victoriano. Una ventana enmarcada por pesados cortinajes verdes daba a un patio ciego, mientras que un espejo alto y de gran tamaño ocupaba la pared de enfrente. La decoración era mínima, tan solo una consola apoyada contra una pared sobre la que colgaba una foto enmarcada y un cuadro de una escena de caza al lado de la ventana.

Se sentaron uno frente al otro a cada lado del escritorio, Malorley encendió de nuevo su pipa y la escrutó con mirada benevolente.

—¿Qué tal ha ido su entrenamiento?

—Si exceptuamos el fracaso de la última noche, ha sido una excursión de lo más placentera. Tres semanas extenuantes de clases preparatorias en Brompton, seguidas de otras dos semanas en el centro de endurecimiento de Arisaig House. Sin olvidar el cursillo de paracaidismo, donde estuve a punto de partirme el cuello.

Malorley sonrió. Era evidente que el entrenamiento no le había hecho perder su característica mordacidad.

—Me gustaría saber cómo está de ánimo.

—He fallado dos veces. No, tres si contamos la bofetada al sargento jefe que me insultó durante la sesión de bombas.

Él la contempló en silencio.

—Pero me he sentido bien —añadió con una chispa de desafío en la mirada—. ¿Acaso eso le decepciona?

—Muy al contrario, estoy impresionado. He leído su test de resistencia al interrogatorio de la Gestapo. Incluso los peces gordos del servicio se han quedado impresionados.

—A diferencia de los otros reclutas, yo me he codeado con verdaderos SS en Francia, y no con instructores disfrazados de nazis para hacer más real...

—¿Se acuerda mucho de su padre?

Ella encendió un cigarrillo y aspiró una larga bocanada.

—¿Ahora está jugando al psiquiatra? Lo que hay en mi cabeza solo me concierne a mí.

—No quería ser indiscreto. Creo que él estaría muy orgulloso.

—Ahora es mi turno de hacer una pregunta —dijo Laure con tono más tranquilo—. ¿Ha tenido noticias de Jane?

El rostro de Malorley se oscureció.

—Ninguna. Para mí, ella murió en ese prado, allí donde los cátaros fueron

quemados vivos. Prefiero saberla mártir antes que en manos de los alemanes.

—Lo siento.

El teléfono sonó. Malorley cogió el auricular sin dejar de mirar a la joven. Respondió con un sí y con un no, y luego colgó.

—Bien. Si está aquí es porque quiero hacerle una proposición.

—Le escucho.

—¿Ha oído hablar del aterrizaje de Rudolf Hess el mes pasado en Escocia?

—Sí, como todo el mundo, a través de los periódicos. Le han encarcelado en la Torre de Londres y, por lo que parece, ha perdido la cabeza. Incluso Hitler ha declarado que estaba chiflado.

El oficial del SOE asintió con la cabeza.

—Esa es la versión oficial. En realidad vino para proponer la paz a Inglaterra sin que su Führer estuviera al corriente. Imagínese que ese siniestro personaje nos lleva en su corazón, y nos ve como a unos primos arios un poco cabezotas que no han comprendido la misión civilizadora del gran Reich. Churchill fue a visitarle en secreto para hacerse una idea de su carácter. Y salió preocupado.

—¿Y eso qué significa?

—El primer ministro descubrió que ese personaje de alto rango en la jerarquía nazi había decidido volar con su avión siguiendo los consejos de sus astrólogos. Que creía en la magia y el ocultismo desde hacía decenios. Y que no era el único...

—No me diga.

—El propio Himmler es un adepto a una serie de extrañas doctrinas ocultas que la harían estremecer si le diera los detalles. Pero lo más importante es que Hess le habló al primer ministro del descubrimiento en el Tíbet de una esvástica. Descubrimiento que habría provocado la entrada en guerra de Alemania unos meses más tarde. Y eso no es todo. Hess también estaba al

corriente de la expedición del coronel Weistort a Montségur. Sabía lo que se ocultaba en el escondite de los cátaros.

—Me cuesta creer que Hitler haya desatado las hostilidades debido a una reliquia —respondió Laure aspirando una nueva bocanada de humo.

—Churchill también era escéptico. Pero ya se lo he dicho, ha cambiado de opinión.

Cualquier rastro de ironía en el rostro de Laure había desaparecido. Malorley continuó:

—En vista de esas revelaciones, el primer ministro ordenó que encerraran a Hess bajo doble llave y, sobre todo, que se divulgara por todas partes la versión de su locura. Pero...

Se interrumpió para sacar de un cajón un papel con el membrete del gabinete de la Oficina de Guerra que deslizó ante la joven.

—También me convocó para pedirme que creara un departamento especializado en las operaciones ocultas de los nazis. Un equivalente al Ahnenerbe, en versión reducida y, desgraciadamente, con muchos menos medios.

Laure parecía vacilar.

—Me cuesta creer que su primer ministro haya tomado en serio esos delirios.

—Churchill es ante todo un hombre práctico. No cree en los poderes mágicos, pero sabe que algunos de nuestros adversarios son grandes adeptos. Y quiere conocer lo que están planeando para combatirlos en su propio terreno.

—No lo entiendo... ¿Es que acaso usted también pretende organizar expediciones como los nazis?

—No, debemos recolectar toda la información sobre lo que preparan y

considerar operaciones preventivas. Pero primero hay que pensar como ellos, y para eso necesitamos expertos.

—¿Y eso existe?

—Estoy organizando un equipo de investigadores especialistas en esoterismo, magia y religiones primitivas. Y debo reconocer que he encontrado, en algunos casos, a personas increíbles. Esta mañana, por ejemplo, me he reunido con un tal Aleister Crowley,<sup>[26]</sup> que me fue recomendado por unos amigos. Tiene una trayectoria asombrosa: consiguió abrir un centro de magia en Corfú, ante las narices de Mussolini.

Deslizó una foto de un hombre calvo, con rostro hinchado, sin duda a causa de la cortisona, y mirada alucinada.

—Un personaje encantador... Pero no termino de entender qué podría hacer yo aquí.

—Me encantaría tenerla conmigo.

Laure abrió exageradamente los ojos.

—¿Es una broma? No soy astróloga ni echo las cartas. Es más, soy una racionalista total.

—Y yo también, pero en este mundo existen fuerzas poderosas, fuerzas que se nos escapan. Solemos rechazarlas de entrada, pues nuestra mente ignora todavía cómo integrarlas. Sin embargo, algún día se encontrará una explicación y una justificación para ellas, de la misma manera que hemos descubierto los secretos de la radioactividad de la que tanto hablamos hoy en día. La magia del presente es la ciencia del mañana. Y la necesito.

Ella lo observó durante un momento y luego agitó la cabeza.

—Gracias por la proposición, pero ahora mismo solo tengo un objetivo: regresar a Francia para combatir a los alemanes.

—¿Y no es más bien el deseo de venganza lo que la mueve? Asesinaron a su padre.

—Eso también... De todas formas, no tengo ninguna gana de jugar a los arqueólogos. No tiene más que enviarle una oferta de empleo a ese traidor de Tristan. Estoy segura de que, si le ponen un precio, cambiará de chaqueta sin inmutarse.

Malorley encendió otra vez su pipa antes de sacudir la cabeza con gesto decepcionado.

—Me esperaba su reacción. Como bien sabe, debido a su fracaso de la última noche, ya no podrá ser lanzada en paracaídas en Francia antes de, al menos, seis meses. Y se va a someter a nuevas evaluaciones. Conmigo sería directamente enviada a misiones en los países ocupados.

Laure se masajeó la parte trasera del cráneo. Estaba claro que sus instructores no se andaban con rodeos. Vaciló un instante. La proposición era tentadora, mientras que la idea de volver a pasar por un nuevo entrenamiento no la seducía nada. Pero no se sentía cómoda con esas historias de magia, de brujería... Contempló una vez más la fotografía del tipo calvo y grueso con rostro libidinoso. ¡No, imposible tenerlo como colega de trabajo!

—No me convence... —empezó apartando la imagen—. Buenas noches, comandante.

Se levantó y se despidió con el saludo reglamentario. Malorley se lo devolvió.

—Como quiera... Vuelva a su habitación. Mañana la acompañarán al centro de entrenamiento. Nunca más volverá a saber de mí.

Se dirigía hacia la puerta cuando la voz de Malorley la detuvo.

—¿Podría hacerme un último servicio? A su derecha hay un cacharro con limpiapipas sobre la consola. ¿Le importaría pasarme uno?

—Por supuesto.

El cacharro de arcilla estaba en un lugar muy concreto. Justo debajo de una enorme fotografía en un marco de plata labrada colgado de la pared. Le echó

un vistazo, distraída. Seis hombres con uniforme de combate posaban hombro con hombro para la foto, con rostros fatigados y el fusil en bandolera. Malorley estaba en el centro, con el uniforme del ejército republicano español.

—Esa foto, ¿de cuándo es? —preguntó ella.

—De enero de 1937. En Teruel, España, durante la Guerra Civil. El servicio de inteligencia me había enviado para dirigir una brigada internacional. Esos son los oficiales de mi unidad, compuesta por ingleses y franceses.

Laure extrajo un limpiapipas cuando su mirada se detuvo en uno de los hombres, arrodillado, con las manos descansando en el cañón de su fusil. Se quedó impactada por su sonrisa irónica.

Durante largos segundos permaneció en silencio, con los ojos clavados en el soldado.

—El tipo de la foto... No estoy soñando. Es...

Detrás de su mesa, Malorley la observaba con atención.

—Ya se lo he dicho, son los hombres de mi brigada. Mi limpiapipas, por favor.

La joven se giró con rostro tenso.

—¡Déjese de comedias! —exclamó pegando la yema de su índice al cristal de la foto—. Sabe muy bien de lo que quiero hablar.

Malorley se encogió de hombros.

—Eso ya no le concierne, dado que ha rechazado mi proposición.

Con un gesto de rabia, Laure descolgó la foto de la pared y se aproximó al escritorio para blandirla ante su nariz.

—Respóndame, Malorley, ¿conocía a este hombre desde el principio? Trabajaba para usted, ¿no es cierto?

—Lo lamento, es un secreto de defensa. Como todo lo que concierne a los

expedientes que se tratan en este departamento. Le deseo una buena noche, Laure.

—¡No juegue conmigo! Sabía perfectamente que vería la foto cuando me pidió su maldito limpiapipas.

Él no replicó directamente.

—He leído su expediente de formación. Uno de sus instructores destacó su agudo sentido de la observación. Y no se equivocaba.

Laure d'Estillac miró la foto con insistencia.

—Es él...

El comandante tomó la foto entre sus manos.

—En efecto, él es uno de mis oficiales más eficaces. Se llama Tristan... Tristan Marcas.

Ella le contempló con estupefacción.

—¿Y la esvástica que se llevaron los alemanes de Montségur?

Malorley sonrió.

—¿Y su enfrentamiento con Tristan en el santuario?

—Usted, que descende de los cátaros, sabe bien que todo no es más que una ilusión... Tristan comprendió que el mecanismo instalado por los cátaros era un simple cebo. Que precisamente había sido instalado para dar miedo a los intrusos. Que retirar de la estatua una u otra de las dos reliquias gemelas no habría cambiado nada, nada se habría desplomado. Lo más importante era dar la esvástica falsa a los alemanes.

—¿Y cómo lo hizo?

—La mala tenía una sencilla cruz grabada en el reverso. Una cruz destinada a los buenos cristianos, pero que no simbolizaba nada para los cátaros. En resumen, esa reliquia no era más que una ilusión.

—¿Y cómo pudo saber que ustedes iban a atacar la gruta?

—Tristan sabía que nuestros servicios le estaban siguiendo y que tarde o



temprano íbamos a encontrarle. Si no hubiésemos intervenido, él habría ocultado la verdadera reliquia ante las narices de los alemanes. Y se las habría ingeniado para enviarme un mensaje de una forma u otra, es un hombre con muchos recursos... —Malorley aspiró una nueva bocanada y prosiguió—: Los nazis se marcharon con la esvástica falsa. Nosotros tenemos la verdadera.

—Pero ellos poseen la del Tíbet, ¿verdad?

—En efecto, estamos empatados... Ahora el bien y el mal están a la par, incluso si aún quedan dos esvásticas más por encontrar. Esa será nuestra misión. Y también resolver su misterioso origen. No sabemos quién las modeló y por qué fueron diseminadas por los cuatro puntos del mundo hace miles de años.

La mirada de Laure empezó a brillar.

—Entonces, si creen tener la reliquia de Montségur, los alemanes van a volverse incontrolables... Su locura se desatará, van a querer... —Se paró en seco, como golpeada por la evidencia, antes de continuar—: abrir un segundo frente, ¿no es eso?

—Cuando se sientan invencibles, los alemanes serán vulnerables. Y... —Malorley volvió a chupar su pipa y expulsó una vaharada con voluptuosidad—. Tenemos un agente en el corazón de las tinieblas.

## Epílogo

*En ese preciso instante, a miles de kilómetros de allí, más al este, se produjo un importante acontecimiento.*

*Ese 22 de junio de 1941, a las tres en punto de la madrugada, las divisiones de Hitler se desplegaron a lo largo de miles de kilómetros para abalanzarse sobre el Imperio soviético. Jamás en la historia el hombre había presenciado una invasión de semejante magnitud. Alejandro el Grande, César, Atila, Gengis Kan, Napoleón, ningún conquistador había forjado un ejército tan gigantesco.*

*En ese 22 de junio de 1941, justo un año después de que se firmara la capitulación de Francia, cuatro millones de soldados, siete mil carros de combate y aviones, y medio millón de caballos serían enviados al este.*

*En ese 22 de junio de 1941, la guerra pasa de ser un conflicto europeo a convertirse en mundial.*

*Para Hitler ya no es suficiente con su discurrir normal, sino que ahora es cuando cobra todo su sentido. Pues si todas las guerras son en esencia monstruosas, esta, conducida por un artista fracasado convertido en tirano, va a distinguirse por una sola palabra: Gesamtkunstwerk. La obra total.*

*La conquista militar de Rusia irá acompañada de la exterminación planificada de poblaciones consideradas como inferiores, judíos, zíngaros y eslavos... Para el Führer y sus entusiastas ejecutores, no es el mal lo que está en marcha. Todo lo contrario. Es el combate último por el bien del pueblo alemán, según la expresión consagrada por la propaganda nazi.*

*Y puesto que era necesario un poderoso símbolo para esa empresa*

*titánica, Hitler eligió él mismo el nombre en clave de la invasión:*

*Unternehmen Barbarossa.*

*Operación Barbarroja.*

*Federico Barbarroja. El héroe mítico de Hitler. Un hombre aureolado con un prestigio inmemorial en toda Alemania, el emperador mítico del Primer Reich, que se había lanzado también a una cruzada al alba del primer milenio. El emperador cuya leyenda cuenta que reposa en una montaña mágica esperando ser despertado para restablecer la grandeza del Reich.*

*En ese 22 de junio de 1941, unas horas después del solsticio de verano, el nuevo emperador nazi acababa de lanzar su cruzada más grande.*

**Próxima entrega de la saga Sol negro:**

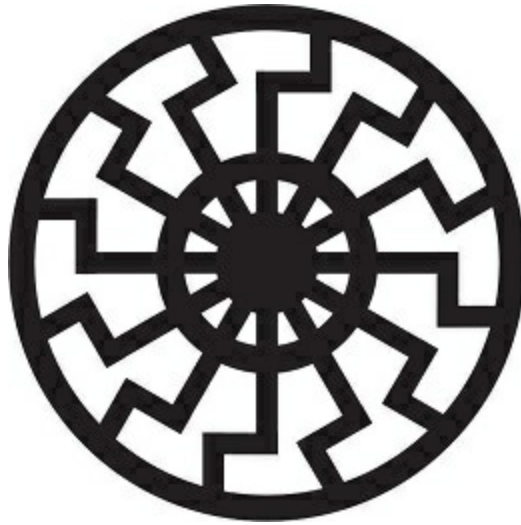
LA NOCHE DEL MAL

En las páginas siguientes encontrarán anexos para indagar con más profundidad en los temas abordados en esta obra.

## Para saber más...

Seguid a Hitler. Él bailará, pero soy yo quien ha compuesto la música. Le hemos abierto los ojos y le hemos proporcionado los medios para comunicarse con el pueblo. No me lloréis: habré influido en la Historia más que ningún otro alemán.

DIETRICH ECKART, mentor de Hitler, miembro de la sociedad secreta Thule



Símbolo del Sol negro. Está representado en el suelo de mármol de la sala de los generales de las ss en Wewelsburg, el castillo de Himmler. Esta runa doble también representa el detestado signo de las ss. Este signo pagano describe el curso del sol a lo largo del año, integrando doce veces el símbolo rúnico nórdico *Sowilo* o *Sol*.

1. Distinguir lo verdadero de lo falso
2. Nazismo y esoterismo salen del purgatorio
3. Un pensamiento totalitario impregnado de lo sobrenatural
4. La esvástica, Thor y el bardo loco
5. Un monje exclaustro profetiza lo indescriptible
6. La sociedad Thule, magia y asesinatos políticos
7. El mentor del futuro Führer
8. El vivero del diablo
9. La Orden negra y el castillo de Wewelsburg
10. El Ahnenerbe o el laboratorio del mal
11. Montségur, de Otto Rahn a la arqueología actual

## **1. Distinguir lo verdadero de lo falso**

Tal y como se cuenta en el prefacio, *El triunfo de las tinieblas* es una obra de ficción y la historia de las cuatro reliquias sagradas, un producto de nuestra imaginación, así como sus protagonistas principales: Tristan, Weistort, Erika, etc. En cambio, el libro está inspirado en numerosos hechos inquietantes y muy reales. La expedición de Schäfer al Tíbet que tuvo lugar entre 1938 y 1939, fue difundida por los periódicos alemanes de la época y dio lugar a la filmación de un documental. El comandante de la expedición, miembro del Ahnenerbe, consiguió que le regalaran ciento ocho rollos del libro sagrado tibetano, el *Kanjur*. Más asombroso aún, los SS realmente descubrieron y trasladaron a Berlín la estatua de un buda ornamentado con una esvástica. De mil años de antigüedad, ¡había sido esculpida a partir de un meteorito caído en la Tierra hacía más de diez mil años!

Para los aficionados a las coincidencias, o a la sincronización, hay que decir que cuando imaginamos nuestra estatua del Tíbet no estábamos al corriente de ese descubrimiento. No fue hasta finalizar la novela, al redactar estos anexos, cuando nos topamos con esta extraña historia.[\[27\]](#)

El viaje de Himmler a Montserrat tuvo lugar tal y como está descrito en el libro, y es cierto que les preguntó a los monjes del monasterio si poseían el Grial. Por el lado inglés, la descripción del SOE de Churchill se inspira en la realidad, aunque no existió ninguna operación en Montségur ni una oficina especializada en esoterismo. En cuanto al librero Silvio Trentin, existió de verdad. Este italiano exiliado era una de las grandes figuras de la Resistencia de Toulouse. Un bulevar en la ciudad aún lleva su nombre.

## **2. Nazismo y esoterismo salen del purgatorio**

Abordar los vínculos entre nazismo y esoterismo ha demostrado ser un

ejercicio peligroso. El tema fue evocado en 1939 en el libro *Hitler me dijo*. Escrito por Hermann Rauschning, antiguo nazi, expresidente del Senado de Dantzig, y refugiado en Estados Unidos antes de la Segunda Guerra Mundial, nos presenta a un Hitler alucinado que sufre delirios místicos y es aficionado a las experiencias sobrenaturales. Si bien el libro constituyó todo un éxito de ventas, la mayoría de los historiadores no le atribuyen demasiado crédito. La temática resurgió en Francia durante los años sesenta del siglo xx, con un libro que provocó a la vez sensación y polémica: *Le matin des magiciens* («El retorno de los brujos»), coescrito por el periodista Louis Pauwels y Jacques Bergier (al que podemos ver en el álbum de Tintín *Vuelo 747 para Sydney*). Este científico, espía y antiguo deportado de Mauthausen aborda por primera vez la dimensión oculta del hitlerismo, pero bajo una óptica de «realismo fantástico», lo que molestó a un buen número de críticos de la época.

Posteriormente, esa teoría fue difundida al gran público a través de obras de ficción, tales como el cómic de *Hellboy* o numerosos thrillers y novelas de ciencia ficción ucrónicas, según las cuales Alemania habría ganado la guerra gracias a esos misteriosos poderes. Y por lo que respecta al cine, ¿es necesario recordar a Indiana Jones en su búsqueda del Arca perdida o del Grial? El tema ha llegado también a internet, donde pueden encontrarse centenares de páginas o documentales en vídeo que abarcan un amplio espectro de análisis, que va desde la curiosidad de buena fe a las teorías más disparatadas rayando en la obsesión malsana, donde Hitler habría partido en un platillo volante a la Luna, hasta terminar en un revisionismo desvergonzado.

Todo lo cual no quita que la fascinación de numerosos nazis por el esoterismo y el ocultismo fuera muy real. Incluso si no hacía gala de ello en público, Hitler poseía en su biblioteca personal decenas y decenas de obras consagradas a lo oculto, comenzando por las *Profecías de Nostradamus*,

como ya se ha mencionado en nuestra obra. El descubrimiento reciente en Praga de la colección oculta de trece mil libros esotéricos de Himmler es solo uno más de los numerosos ejemplos.

El problema principal consiste en diferenciar aquello que cae en lo anecdótico de lo que sería digno de un análisis serio. Y no imaginar que el nazismo es como un Harry Potter a la cabeza de una división Panzer.

Durante varios decenios, el tema fue ignorado o contemplado con desconfianza por los historiadores oficiales, demasiado crispados o sin interés. Los únicos estudios disponibles se encuentran bajo la forma de libros publicados por investigadores independientes o periodistas. Tomando el relevo de Pauwels y Bergier, tienen el mérito de adentrarse en la «cara oculta», recuperando la expresión de Freud, por lo general alérgico al esoterismo. Con el paso de los años hemos visto aparecer numerosas informaciones sorprendentes (véase la bibliografía al final del libro), a veces verdaderas y en ocasiones falsas, con conclusiones más o menos pertinentes, léase conspiracionistas. En los años 2000, un historiador inglés, Nicholas Goodrick-Clarke, rompió el tabú y publicó una obra de referencia en la materia: *Las raíces ocultas del nazismo*. Así, una vez rota la barrera, el tema poco a poco salió del purgatorio de la historia para volverse creíble.

### **3. Un pensamiento totalitario impregnado de lo sobrenatural**

Los últimos trabajos hasta la fecha provienen de un historiador americano, Eric Kurlander, que en 2017 publicó una obra apasionante en Yale University Press: *Hitler's Monsters: A Supernatural History Of the Third Reich*. En ella confirma la obsesión por lo oculto y habla del «imaginario sobrenatural» que



modeló sus mentes. Esto es lo que declaró en una entrevista traducida por la página de la revista *Slate*[28] respecto al «pensamiento nazi»:

¿Por qué tantos nazis creían o encontraban que ese pensamiento era interesante o potencialmente útil para manipular a la población? Porque habían crecido en una época de auténtica floración del pensamiento sobrenatural en toda Alemania y Austria. Incluso los nazis más escépticos consideraban ese pensamiento sobrenatural como una herramienta. [...] En Alemania, numerosos miembros o simpatizantes del Partido Nazi emplearon palabras e ideas directamente inspiradas en esas teorías «científicas» ocultas y sobrenaturales. Se cree, además, en la existencia de razas inferiores, y en una civilización de Thule. [...] En efecto, estamos en un momento histórico, en Austria y en Alemania, en el que, por distintas razones, la popularidad intrínseca de ciertas ideas ocultas y doctrinas paracientíficas, como las religiones alternativas, la mitología nórdica o el folklore alemán, espoleadas por crisis como la Primera Guerra Mundial o la Gran Depresión de los años treinta, permitieron al imaginario sobrenatural expandirse de manera más amplia hasta convertirse en un peligroso componente del pensamiento político, un fenómeno que no se observa en ningún otro país en ese momento.

En aquella época, la leyenda del durmiente emperador Federico Barbarroja que debía restaurar el gran Reich durante mil años era conocida por todos los alemanes. Un poema que celebraba su culto era aprendido de memoria en todos los colegios.

Una vez delimitado el terreno, ya podemos sumergirnos en el período que proporcionó un suelo oculto y fértil para la germinación del nazismo.

#### **4. La esvástica, Thor y el bardo loco**

Retrocedamos en el hilo de la historia esotérica del nazismo partiendo de su mayor símbolo: la cruz gamada o esvástica (palabra de raíz sánscrita). En el plano gramatical, se trata de un nombre en origen masculino, aunque se

emplea en femenino desde finales del siglo XIX. Puede encontrarse desde hace millones de años en todas las civilizaciones, especialmente en Asia, donde aparece aureolada con un significado positivo: paz, armonía, oportunidad. Orientado hacia la izquierda, el símbolo representa también la idea del movimiento del sol o de una rotación de fuerzas cósmicas. Puede verse también en estatuas de Buda en Japón, China o la India. La esvástica se extendió, aunque en menor medida, por Europa, Grecia y los pueblos nórdicos.

Pero ¿cómo pudo pasar de ser un signo de paz a la siniestra cruz gamada nazi, que está orientada hacia la derecha, como una inversión de los valores positivos iniciales? Contrariamente a la opinión generalizada, Hitler no inventó nada al adoptarla como símbolo de su movimiento político. Era un símbolo muy popular en los ambientes nacionalistas y racistas alemanes que despuntaban a finales del siglo XIX, para quienes representaba la *Hakenkreutz*, el emblema del martillo de Thor, el dios nórdico del trueno.

En esos cenáculos que veneraban la cruz gamada como el crucifijo de la nueva religión aria emergió un hombre de gran influencia: Guido von List. Este excéntrico austríaco, pseudonovelistas, pseudofilósofo, adepto al paganismo radical, profesaba un encarnizado antisemitismo y practicaba con sus discípulos entusiastas invocaciones mágicas en la Selva Negra. La influencia del «bardo nórdico», como él mismo se hacía llamar, entre la alta sociedad fue bastante considerable. Creó un instituto de búsqueda espiritual, organizando conferencias y soliviantando hasta al último de los militantes antisemitas. También popularizó la cruz gamada, en la que veía el símbolo de renovación de las fuerzas germánicas frente a la invasión de las razas inferiores. ¡Y todo eso en 1905, quince años antes de la creación del futuro Partido Nazi! Sin embargo, Von List no era el único en profesar esas doctrinas racistas. En Francia, Inglaterra y Estados Unidos surgieron teóricos

que cultivaban ideas similares, como el francés Joseph Arthur Gobineau, el escritor inglés Houston Stewart Chamberlain y, en menor medida, la creadora del movimiento espiritualista teosófico oriental Helena P. Blavatski, quien creía en la existencia de razas más evolucionadas que otras...

## **5. Un monje exclaustro profetiza lo indescriptible**

Entre los admiradores incondicionales de Guido von List estaba Lanz von Liebenfels, un hombre que jugó un papel esencial en los años jóvenes de Hitler. Este antiguo monje cisterciense exclaustro era el cabecilla de una sociedad secreta ultrarracista: la Orden de los Nuevos Templarios, que no tenía de templanza más que el nombre. Este grupúsculo practicaba rituales mágicos y su gurú profesaba creencias radicales: selección de hombres y mujeres rubias con ojos azules para crear una raza pura aria en los establecimientos hospitalarios; esterilización o exterminación de pueblos juzgados inferiores, judíos en primer lugar; creación de una orden militar fundamentada en la pureza de sangre y en ejercicios de meditación espiritual para los miembros de esa caballería.

Un adelanto, al pie de la letra, de lo que sucedería unos años más tarde en la Alemania nazi. Para difundir esas ideas nauseabundas, Von Liebenfels editó la revista *Ostara*. Hoy en día sabemos que Hitler, como alumno aspirante en su juventud a la carrera de Bellas Artes en Viena, era un asiduo lector de *Ostara*, de la que poseía toda una colección en una de sus bibliotecas personales, y que además conoció personalmente a Von Liebenfels.

## 6. La sociedad Thule, magia y asesinatos políticos

Todas esas ideas habrían podido quedar en papel mojado y caer en el basurero de la historia del esoterismo si los discípulos del dúo infernal, Von List y Von Liebenfels, no hubieran decidido llegar aún más lejos.

En 1918, fundaron otra sociedad secreta, una más, pero esta vez de otro género: la *Thule-Gesellschaft*, rama bávara de la *Germanenorden*. En ella se puede encontrar una curiosa mezcla de aristócratas, oficiales del ejército imperial, industriales y aventureros de todo pelaje. El objetivo se hizo político: se trataba de poner en práctica las ideas profesadas por Von List y Von Liebenfels. Cada sesión comenzaba con un saludo con el brazo levantado y gritando: «*Sieg Heil*». Como lo hará Hitler unos años más tarde. Y adoptaron como emblema un puñal coronado por una esvástica con los bordes redondeados y orientada hacia la derecha (al revés de la asiática). El cuchillo anunciaba las ambiciones de sus creadores: llevar el acero contra los enemigos de Alemania y hacer brotar su sangre. La Thule financió grupúsculos paramilitares nacionalistas para luchar contra los comunistas, que asumieron el poder de forma efímera en Baviera. Estos últimos se vengaron asesinando a siete de sus cargos dirigentes. Una vez controlada la revuelta roja, y ejecutados sus cabecillas, los miembros de la Thule comprendieron que necesitaban crear un movimiento análogo al Partido Comunista para propagar sus ideas entre las clases populares. Se acercaron a activistas de extrema derecha para fundar, en 1919, el DAP, *Deutsche Arbeiterpartei*, el Partido Obrero Alemán que, unos meses más tarde, se convertiría en el Partido Nacionalsocialista. Para la mayoría de los historiadores, si bien los adeptos de la Thule participaron en la creación del monstruo, eso no implica en ningún caso que lo controlaran. Sin embargo, un joven cabo exaltado, un tal Adolf Hitler, iba a cambiar la situación.

## 7. El mentor del futuro Führer

Llegado al partido para espiar por cuenta del ejército, el joven inmigrante austríaco, antiguo aspirante a estudiante de Bellas Artes, se implicó rápidamente en la organización del movimiento y llamó la atención de uno de los dirigentes de la Thule, que lo tomó bajo su protección: Dietrich Eckart, cofundador del Partido Obrero Alemán. Este hombre era una figura prominente de la vida cultural bávara, poeta, traductor del *Peer Gynt*, todo un intelectual brillante y descarriado, autor de obras de teatro. Director de prensa, editaba el *Völkischer Beobachter*, un panfleto de contenido racista que muy pronto se convertirá en el periódico oficial del Partido Nazi. Antisemita feroz, era además un apasionado del ocultismo y del misticismo y había participado en la creación de rituales esotéricos de la sociedad Thule.

Él fue el primero en ver en Hitler al mesías del movimiento que iba a dominar Europa. Pero un mesías que había que educar y formar para guiar a la nueva Alemania. Eckart decidió tallar la piedra bruta para convertirla en un diamante negro. Por un lado, le costeó cursos de arte dramático y retórica para perfeccionar sus talentos como orador y seducir al pueblo, y por otro, le enseñó buenas maneras para que pudiera codearse con la élite en los salones de Munich. Eckart no dudó en implicarse personalmente en la tentativa de golpe de Estado de Munich de 1923, organizada por Hitler y el general Ludendorff. Murió en 1923, diez años antes de la ascensión de su protegido al poder. Poco tiempo antes de su muerte escribió este texto profético:

Seguid a Hitler. Él bailará, pero soy yo quien ha compuesto la música. Le hemos abierto los ojos y le hemos proporcionado los medios para comunicarse con el pueblo. No me lloréis: habré influido en la Historia más que ningún otro alemán.

Hitler perdió a su mentor cuando todavía su partido no era más que un

grupúsculo entre otros muchos. Le dedicará el segundo tomo de *Mein Kampf* comparándolo con los más ilustres alemanes.

Y quiero destacar entre ellos, como a uno de los mejores, al hombre que consagró su vida a despertar a su pueblo, nuestro pueblo, por medio de la poesía y el pensamiento, y finalmente por la acción.

## **8. El vivero del diablo**

A medida que iba ascendiendo, Hitler fue marcando distancias con la Thule, que muy pronto quedó prohibida, como la mayoría de las sociedades secretas e iniciáticas. Si bien se burló en público de las creencias ocultas, se rodeó de numerosos adeptos, apasionados del esoterismo, y que constituyeron su guardia más próxima. Rudolf Hess, jefe del Partido Nazi, entusiasta de la astrología, y que efectivamente voló a Inglaterra para negociar la paz. Alfred Rosenberg, «filósofo oficial» del partido y responsable de las expoliaciones de los bienes culturales en Europa durante la Segunda Guerra Mundial. Obsesionado por los complots y el ocultismo, ordenó robar la mayoría de los grandes tratados masónicos en Francia y en el resto de los países ocupados, convencido de que los francmasones poseían el secreto de los alquimistas... Murió ahorcado en Nuremberg en 1947.

Si la mayoría de los mandos nazis no se vieron atraídos por el ocultismo, el número de antiguos miembros de la Thule en el seno del movimiento está lejos de ser anecdótico. El historiador Ian Kershaw, uno de los mejores biógrafos de Hitler, explica que se puede encontrar en esa sociedad secreta el «quién es quién del Partido Nazi».

## 9. La Orden negra y el castillo de Wewelsburg

Fundado por Himmler en los primeros tiempos del Partido Nazi, en 1925, los SS, *Schutzstaffel* o «grupo de protección», cuya función era asegurar la seguridad personal de Hitler, pasan desapercibidos si se los compara por ejemplo con los SA, la milicia de choque de los nazis. Sin embargo, en una quincena de años, ese sencillo servicio de orden se convirtió en una organización tentacular que controlaba una parte importante de la economía de guerra, los servicios de información interiores, el SD, la policía política del país, la Gestapo, y disponía de cientos de miles de combatientes de los que una gran parte eran extranjeros, como la división Carlomagno, compuesta por franceses.

Esa hegemonía de las SS en la Alemania nazi es el resultado de la ambición y la voluntad frenéticas de su fundador: Heinrich Himmler. Objeto de burla durante mucho tiempo en el seno del Partido Nazi, el antiguo criador de pollos en bancarrota se convirtió durante la Segunda Guerra Mundial en el personaje más importante del Tercer Reich. Su escalada al poder político, económico y militar le valió la confianza cada vez más absoluta de Hitler, quien, desde 1937, le encargó «solucionar la cuestión judía», primero en Alemania, y luego en la Europa y la Rusia ocupadas. Creador de campos de concentración, como Dachau, construido en la primavera de 1933, en un principio destinado a los opositores políticos, el Reichsführer se va a erigir, según la expresión consagrada, en «el artesano de la solución final».

Durante mucho tiempo se ha visto a Himmler como un organizador frío y metódico, cuya eficacia indudable descansaba en la ausencia total de cualquier sentimiento y en una estricta aplicación de la ideología nazi. Esa imagen, sin embargo, ha sido revisada en profundidad. La publicación de sus

notas privadas, de sus discursos reservados a los SS y los testimonios de sus colaboradores definen en la actualidad una personalidad muy diferente.

Himmler aparece más bien como un autodidacta compulsivo, semejante a Hitler, obsesionado por las leyendas nórdicas, fascinado por las reliquias y convencido de que la guerra es también, y ante todo, un combate espiritual que hay que ganar con armas esotéricas.

Fue así como concibió progresivamente las SS, como una élite militar aria, basada en el modelo de las órdenes de caballería de la Edad Media, como los caballeros teutones. Esa Orden negra necesitaba tener una base, un santuario que Himmler encontró en el castillo de Wewelsburg, que adquirirá a finales de 1933. Restaurado por los prisioneros del campo de concentración vecino, el castillo estuvo listo en septiembre de 1934, cuando se convirtió en el centro de formación ideológica y esotérica de las SS.

Himmler acondicionó especialmente varias salas para organizar ceremonias iniciáticas, una cripta circular en la que debían ser enterrados los más valerosos generales de las SS, una especie de Tabla Redonda fúnebre, una habitación para Hitler que no debía ser abierta más que el día de la victoria final... Y contaba con una biblioteca nutrida con lo que robaron las SS por toda Europa y con un museo donde estaban expuestos los principales descubrimientos del Ahnenerbe.

Fascinado por la conquista del Grial, obsesionado por la brujería y convencido de ser la reencarnación del emperador germánico Enrique I, el Pajarero, Himmler ordenó personalmente la destrucción de su sueño el 31 de marzo de 1945 para que no cayera en manos de los aliados. Pero la rápida llegada de las tropas americanas salvó al castillo de la ruina. Restaurado, ahora alberga un museo consagrado a su atormentada historia.



## **10. El Ahnenerbe o el laboratorio del mal**

Durante la ocupación, los habitantes de la pequeña ciudad de Bédarrides, en el Vaucluse, contemplaron sorprendidos cómo una buena mañana unos oficiales de las SS tomaban posesión del lugar llamado Mont Thabor, un antiguo invernadero de naranjos abandonado en el siglo XVIII. Durante muchos días, el equipo procedió a numerosos sondeos y excavaciones antes de desaparecer sin mayor explicación. A su vez, en la región de Provenza empezaron a detectar la presencia de unidades especiales del Ahnenerbe, como había sucedido en Normandía, los Pirineos o el Périgord... Pero ¿qué pretendían hacer los arqueólogos de las SS en ese viejo edificio perdido de la campiña del condado Venaissin? Los eruditos locales terminaron por aclarar el misterio. En 1784, en esa dependencia cedida por el marqués de Vaucrozes, se había instalado un tal Pernety, un erudito francmasón, pensador esotérico y, sobre todo, el mejor alquimista de su época. Durante años hizo calentar su atanor en busca de la piedra filosofal. Ciento sesenta años más tarde, cuando ya nadie se acordaba en Francia de esa historia, los especialistas del Ahnenerbe desembarcaron en busca del secreto de la alquimia...

Búsquedas esotéricas y excavaciones arqueológicas en los cuatro puntos del planeta mientras el mundo entero estaba oscurecido por la guerra: esa es la obra, que permaneció mucho tiempo en el anonimato, del Ahnenerbe, la más extraña de las organizaciones de las SS.

Fundado en 1935 por petición expresa de Himmler, el Instituto asumía en apariencia un objetivo totalmente acorde con la ideología nazi. Como su nombre indica («búsqueda del legado»), el Ahnenerbe tuvo también la función de encontrar en los dominios históricos, arqueológicos, etnológicos y

religiosos cualquier rastro de la «raza» germánica, de su origen ario y, por supuesto, de su superioridad absoluta sobre los demás hombres.

Esa búsqueda llevó a los especialistas del Ahnenerbe hasta el Tíbet para encontrar la cuna de la raza aria, a las Canarias para localizar indicios de una presencia vikinga, a Suecia para descubrir el verdadero significado de la lengua rúnica, o a Crimea para sacar a la luz un hipotético reino godo. Expediciones todas ellas presentadas como científicas pero que tenían también un trasfondo esotérico y objetivos ocultos.

Un buen número de miembros del Ahnenerbe estaban convencidos de que el alfabeto rúnico, como el hebreo para los cabalistas judíos, era un alfabeto sagrado que permitía adquirir el conocimiento, y sobre todo el poder, de lo divino. O bien, que el secreto del auge de las democracias en el mundo, después de la Revolución francesa, se debía al poder secreto de los francmasones, cuyos archivos saquearon los nazis por toda Europa.

Aparte de revisar la historia e idealizar la arqueología, el Ahnenerbe se marcó como objetivo reescribir el pasado encontrando los secretos perdidos de las culturas desaparecidas. No obstante, el Instituto, que contará con hasta cincuenta departamentos de investigación y publicará cientos de informes y artículos, no solo perseguía una búsqueda esotérica... El Instituto estuvo implicado en espantosos experimentos médicos en los campos de concentración nazis con hombres, mujeres y niños. Y entre los científicos que se mancharon las manos, podemos encontrar a uno de los miembros de la expedición al Tíbet. Es, en efecto, un miembro eminente de la organización, Bruno Berger, a quien se le confió en diciembre de 1941 la misión de definir los trazos anatómicos de los judíos. Para conseguir sus fines, Berger reunió una colección de cráneos enviando una directiva a la Wehrmacht en la que se decía: «Tras la muerte provocada del judío cuya cabeza no debe ser dañada, el asistente separará dicha cabeza del torso y la enviará a su lugar de destino

en un recipiente metálico cuidadosamente cerrado». Llevadas a cabo durante toda la guerra, esas búsquedas anatómicas «de los rasgos patológicos de la forma del cráneo judío» jugaron un papel fundamental en la elaboración de la solución final. Después de la guerra, Beger fue condenado a una pena reducida y nunca más fue molestado por las autoridades.

## **11. Montségur, de Otto Rahn a la arqueología actual**

Fue a principios de los años treinta del siglo pasado cuando el joven Otto Rahn desembarcó en el departamento del Ariège, fascinado por la herejía cátara que había descubierto durante sus estudios universitarios. Adoptado rápidamente por los lugareños, visitó los castillos de la región, rebuscó también en grutas y archivos y recogió las confidencias de los eruditos locales, muchos de los cuales estaban convencidos de la dimensión esotérica del catarismo. Una convicción que compartía Otto Rahn, quien estaba seguro de que si los cátaros habían atraído la furia destructora de la Iglesia de Roma era porque poseían un secreto peligroso para la religión dominante. Inspirándose en un poeta alemán de la Edad Media, Wolfram von Eschenbach, así como en el *Parsifal* de Wagner, llegó a la conclusión de que los cátaros habían sido perseguidos por lo que poseían... El Grial. Una teoría que desarrolló en su libro *Cruzada contra el Grial*, aparecido en 1933 y que rápidamente atrajo la atención de Himmler, lo que le llevó a entrar en el Ahnenerbe, donde multiplicaría las conferencias y los seminarios para los mandos de las SS. Además de su éxito entre las altas esferas del nazismo, publicó un nuevo libro, *La corte de Lucifer*, en el cual presenta a los cátaros como los poseedores de la verdadera luz, según la etimología latina de *Lucifer*: «aquel que porta la luz», en oposición al oscurantismo de la religión

católica. La elección de Lucifer es voluntaria y una tradición esotérica que hace del verdadero Grial la piedra preciosa desprendida de la frente de Lucifer, el ángel rebelde, en su caída del cielo.

Una piedra dotada del don del conocimiento y del poder... Una idea que no pudo más que seducir a Himmler, obsesionado con el poder de las reliquias medievales, quien envió una expedición para excavar el castillo de Montségur bajo protección militar. Se ignora lo que pudieron encontrar esos arqueólogos, pero ahora sabemos que no buscaron en el castillo correcto...

En efecto, las ruinas de Montségur tal y como se pueden ver y visitar hoy en día no son las mismas del asedio de 1244. Con la caída de la fortaleza, los cruzados demolieron el castillo para acto seguido reconstruirlo y defenderse frente al Reino de Aragón.

Así pues, el verdadero castillo de la época cátara no tenía la configuración actual. No existían ni el largo torreón en el extremo ni el recinto en forma de sarcófago; en el castillo actual no queda más que la base de algunas troneras en el muro sur... De las que nos hemos servido para nuestro juego de pistas.

Entonces ¿a qué se parecía Montségur en la época cátara? Estaba compuesto por una torre central a la que se había adosado una sala noble donde vivía el señor, Raymond de Péreilles, con sus allegados. A su alrededor, un laberinto de callejuelas estrechas, casas de pisos, tenderetes de artesanos o almacenes diversos, y todo ello encerrado en una ciudadela de la que hoy no quedan más que algunos cimientos aún visibles en el suelo del lado norte.

Por tanto, nuestra descripción de Montségur durante el asedio se corresponde rigurosamente con las búsquedas arqueológicas más recientes.

Igualmente, las dos huidas de los cátaros durante el asedio, relatadas en el libro, han sido documentadas gracias a los interrogatorios llevados a cabo por la Inquisición, que se hallan a disposición de los investigadores.

Sabemos que la primera huida, en diciembre de 1243, sirvió para poner a buen recaudo el tesoro monetario de los herejes y así poder financiar su supervivencia clandestina, que durará todavía un siglo.

Aún se ignora por qué algunos cátaros se ocultaron bajo el castillo en el momento de su rendición, el 16 de marzo de 1244, para después huir durante la quema, aunque, como ya saben, tenemos nuestra propia teoría.

Excavado, medido y estudiado, el castillo de Montségur todavía conserva, sin embargo, un misterio que nos ha fascinado durante toda la escritura del libro. Habitado durante casi cuarenta años, y violentamente asediado durante meses, ¿dónde se halla el cementerio de Montségur?

¿En una cavidad natural? ¿En una gruta artificial? El misterio permanece, aunque nosotros hemos ido dejando algunos indicios...

## Bibliografía

- Alleau, René, *Hitler et les sociétés secrètes*, París, Grasset, 1969.
- Almeider, Fabrice d', *La vie mondaine sous le nazisme*, París, Tempus, 2008.
- Aziz, Philippe, *Les Sociétés secrètes nazies*, Ginebra, Versoix, 1978.
- Bergier, Jacques, y Pauwels, Louis, *Le Matin des magiciens*, París, Gallimard, 1960. [Hay trad. cast.: *El retorno de los brujos*, Barcelona, Plaza y Janés, 1980.]
- Biedermann, Hans, y Cazenave, Michel, *Encyclopédie des symboles*, París, Le Livre de poche, 1996.
- Fest, Joachim, *Les Maîtres du IIIe Reich*, París, Grasset, 2008.
- François, Stéphane, *Les Mystères du nazisme, aux sources d'un fantasma contemporain*, París, PUF, 2015.
- , *Le Nazisme revisité, L'occultisme contre l'histoire*, París, Berg International, 2008.
- Goodrick-Clarke, Nicholas, *Les Racines occultes du nazisme*, París, Éditions Camion blanc, 2011. [Hay trad. cast.: *Las oscuras raíces del nazismo*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 2005.]
- , *Soleil noir*, París, Éditions Camion noir, 2007.
- Guillaud, Lauric, y Debenat, Jean-Paul, *L'imaginaire face au nazisme*, Agnières, Éditions du temps présent, 2014.
- Kershaw, Ian, *Hitler*, 2 vols., París, Flammarion, 2000. [Hay trad. cast.: *Hitler*, 2 vols., Barcelona, Península, 2002.]
- Kinney, David, y Wittman, Robert K., *Le Journal du diable, mémoires d'Alfred Rosenberg*, Neuilly-sur-Seine, Michel Lafon, 2016. [Hay trad. cast.: *El diario del diablo: Alfred Rosenberg y los secretos robados del Tercer Reich*, Barcelona, Aguilar, 2017.]
- Kirkpatrick, Sidney D., *Les Reliques sacrées d'Hitler*, París, Le Cherche Midi, 2014.
- Kurlander, Eric, *Hitler's Monsters: A Supernatural History Of the Third Reich*, New Haven, Yale University Press, 2017.
- Levanda, Peter, y Mailer, Norman (Prefacio), *L'Alliance infernale*, Rosières-en-Hayes, Éditions Camion blanc, 2008.
- Pringle, Heather, *Opération Ahnenerbe*, París, Les Presses de la Cité, 2007. [Hay trad.

cast.: *El plan maestro: arqueología fantástica al servicio del régimen nazi*, Barcelona, Debate, 2007.]

Ryback, Thimoty W., *Dans la bibliothèque privée d'Hitler*, París, Le Cherche Midi, 2009. [Hay trad. cast.: *Los libros del Gran Dictador*, Barcelona, Destino, 2010.]

Rauschnig, Hermann, *Hitler m'a dit*, París, Pluriel, 2013. [Hay trad. cast.: *Hitler, confesiones íntimas*, Sant Andreu de la Barca, Círculo Latino, 2006.]

Ravenscroft, Trevor, *La Lance du destin*, París, J'ai lu, 1973. [Hay trad. cast.: *El talismán del poder*, Teià, Ediciones Robinbook, 2006.]

Riols, Noreen, *La vie dans les services secrets*, París, CalmannLévy, 2014.

Schellenberg, Walter, *The Memoirs of Hitler's Spymaster*, Londres, Andre Deutsch Éditions, 1956. [Hay trad. cast.: *Al servicio de Hitler: memorias del jefe de espionaje nazi*, Barcelona, Ed. Belacqua, 2005.]

Van Grasdorff, Gilles, *Opération Shambhala*, París, Presses du Châtelet, 2012.

Wulff, Wilhelm, *Zodiac and Swastika*, Nueva York, Coward, McCann & Geogheagan, 1973.

Videografía:

*La Mémoire volée des Francs-maçons*. Realizador: Jean-Pierre Devillers, con Eric Giacometti y Jacques Ravenne. Producción: ADLTV. Difusión: France 5, RTBF, canal de Historia.

Enlaces de internet:

<<http://www.lefigaro.fr/culture/2016/03/22/03004-20160322ART-FIG00124-les-livres-d-himmler-sur-la-sorcellerie-retrouves-pres-de-prague.php>>

Y también, aunque nada tiene que ver con el esoterismo, pero para no olvidar lo indescriptible:

<<http://www.memorialdelashoah.org/>>

# Los nazis recorren el mundo en busca de cuatro reliquias que convertirán el Tercer Reich en un poder milenario.

## El eterno combate entre el Bien y el Mal.



El pánico se apodera de Berlín cuando se descubre el cadáver de un marinero víctima del **Tíbet, enero de 1939**. Una expedición de las SS se apodera de una esvástica tallada en un metal desconocido. Es una de las reliquias que simbolizan los cuatro elementos: fuego, aire, agua y tierra. Según una antigua profecía, quien los posea se convertirá en el amo del mundo.

España, enero de 1939. Tristán, aventurero y traficante de arte francés unido a la causa republicana participa junto con un grupo de soldados en el saqueo del monasterio de Montserrat. Poco después del final de la guerra acabará en una celda franquista donde un poderoso oficial alemán, el responsable de la Anhenerbe, le propone un trato.

Inglaterra, 1940. El comandante Malorley, agente del nuevo servicio secreto británico, organiza una operación para impedir que los nazis consigan las reliquias.

La lucha entre la «Estrella» y la «Esvástica», que determinará el resultado de la Segunda Guerra Mundial, se pone en marcha.

### Reseñas:

«El libro que tienen en las manos es una novela pero está inspirada en numerosos hechos tan reales como sorprendentes. Están a punto de descubrir que la realidad supera la ficción.»

Éric Giacometti/Jacques Ravenne



«Una novela increíblemente fascinante.»

*Aujourd'hui*

«El arca perdida de Indiana Jones, El libro del rey de Indridasson y una novela de espías a lo John Le Carré. Empieza la aventura.»

*Le Point*

«Los delirios místicos de Hitler, la cuna de la raza aria, un tesoro oculto que otorgará poder absoluto a quien lo encuentre, reliquias cátaras y una joven en peligro.»

*Le Point*

**Éric Giacometti** se ha dedicado durante varios años al periodismo de investigación. Es el nuevo guionista del popular cómic belga *Largo Winch*. Es coautor, junto a Jacques Ravenne, de *El triunfo de las tinieblas*, primer volumen de la trilogía «Sol Negro», una serie policíaca traducida a más de dieciocho países y de la que se han vendido más de dos millones de ejemplares.

**Jacques Ravenne** es maestro francmasón, especialista en el estudio de manuscritos antiguos. Es coautor, junto a Éric Giacometti, de *El triunfo de las tinieblas*, primer volumen de la trilogía «Sol Negro», para la composición de la cual se sumergieron en los monumentales archivos esotéricos del Tercer Reich.

Título original: *Le triomphe des ténèbres*

Edición en formato digital: junio de 2019

© 2018, éditions Jean-Claude Lattès

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Paz Pruneda, por la traducción

Diseño de portada: © Lookatcia

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5745-9

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

[1] *La mémoire volée des francs-maçons*. Realizador: Jean-Pierre Devillers, producción ADLTV. Difusión: France 5, RTBF, canal de Historia.

[2] El 7 de noviembre de 1938, en París, Ernst vom Rath, tercer secretario de la embajada alemana, fue asesinado por un joven judío alemán, Herschel Grynszpan.

[3] Residencia del Dalái Lama en Lhasa.

[4] Alto dignatario tibetano.

[5] «León de mar», en alemán.

[6] Directora de cine encumbrada por el régimen nazi, que se hizo famosa por filmar los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936.

[7] Estado Mayor combinado de los tres ejércitos: Tierra, Mar y Aire.

[8] Juego de palabras: en alemán, «lacayo» se traduce como *Lakeitel*.

[9] Antiguo alfabeto nórdico considerado sagrado por los nazis. Así, las dos iniciales de las ss, en forma de rayo, estaban inspiradas en la runa Sig.

[10] Cerca de tres mil curas católicos, la mayoría polacos, pero también alemanes y franceses, fueron retenidos en Dachau. Ese campo fue considerado el mayor cementerio de sacerdotes católicos de Europa durante la Segunda Guerra Mundial.

[11] «¡Al ataque!» (*N. de la T.*)

[12] «¡Al suelo!» (*N. de la T.*)

[13] Segunda esposa del mariscal.

[14] Para Churchill era una cuestión de honor recibir semanalmente a cada uno de los responsables de las diferentes secciones del SOE.

[15] Personaje de ficción muy conocido en el Reino Unido.

[16] Según Conan Doyle, el gran detective residía en esa misma calle, en el número 221b.

[17] Por razones de seguridad, los jefes de determinadas secciones del SOE llevaban la inicial de su servicio.

[18] Catapulta de contrapeso empleada para la destrucción de muros por medio del lanzamiento de piedras. Algunas podían pesar hasta cien kilos.

[19] Otto Rahn publicó dos obras sobre el tema: *Cruzada contra el Grial* y *La corte de Lucifer*. Véase «Para saber más...» en la página 453.

[20] Palabra occitana que designa la montaña sobre la que está edificado el castillo.

[21] El recinto fortificado del castillo.

[22] Esa filmación apareció en 2015: en ella puede verse a la futura reina de Inglaterra,

Isabel II, haciendo el saludo nazi en 1933. Con solo seis años de edad, sin duda no era muy consciente del alcance político de su gesto.

[23] Esa colección particular fue encontrada por los aliados en 1945.

[24] Los ingleses destruyeron la flota francesa con base en el puerto de Mers el-Kebir, el 3 de julio de 1940.

[25] Reichssicherheitshauptamt: Oficina Central de Seguridad. Organismo que reagrupó todos los servicios de policía, seguridad interior y contraespionaje del Reich.

[26] Ocultista célebre que adquirió cierta fama en la Inglaterra de antes de la guerra.

[27] Descubrimiento relatado en la revista científica *Meteoritics et planetary science*, el 14 de septiembre de 2012: «Un Buda del espacio. Un antiguo objeto de arte elaborado con el fragmento de un meteorito de hierro».

[28] <[www.slate.fr/story/150573/nazis-surnaturel](http://www.slate.fr/story/150573/nazis-surnaturel)>

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

El triunfo de las tinieblas. Sol negro I

Cómo nació este thriller...

Prólogo

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Un año y medio más tarde...

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Segunda parte

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32



Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Tercera parte

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Epílogo

Para saber más...

Símbolo del Sol negro

Bibliografía

Sobre este libro

Sobre Éric Giacometti y Jacques Ravenne

Créditos

Notas